

Los Niños

Por

Edith Wharton

Freeditorial 

LIBRO PRIMERO

I

Mientras el gran buque de pasaje flotaba entre un enjambre de remolcadores en la bahía de Argel, Martin Boyne contemplaba desde la cubierta de paseo el pelotón de pasajeros de primera clase que abarrotaban la pasarela, mirando arriba, ofreciendo inconscientemente el rostro a su observación.

«¡Ni un alma con quien me apetezca hablar... como siempre!»

Ciertos hombres tenían una suerte increíble en sus viajes. Les bastaba con subir a un tren o a un barco para encontrarse con un antiguo amigo o trabar amistad con alguien, lo cual era mucho más emocionante. Siempre coincidían en el mismo compartimento o en el mismo camarote con alguna celebridad errante, con el propietario de una casa famosa, de una colección notoria o de una personalidad divertida y peculiar, siendo este último, claro está, el caso más infrecuente, por ser el más reconfortante.

Así era, por ejemplo, en el caso de Edward, tío abuelo de Martin Boyne. Las aventuras de tío Edward en el curso de sus viajes eran famosas en la familia. Entre la solemne tapicería de su casa de Boston, tío Edward era un modelo de complacencia y mediocridad, pero en cuanto embarcaba en un transatlántico o tomaba un tren (o una diligencia en los remotos días de su juventud), era distinguido por el destino como el héroe de algún encuentro delicioso. Podía tratarse de Rachel en su malhadado viaje por Estados Unidos; de Ruskin en el lago de Ginebra; del deán de Canterbury mientras el tío Edward, con la debida emoción, visitaba la tumba del Príncipe Negro; o del que en sus tiempos era duque de Devonshire, en el momento en que el tío Edward formulaba una cortés (aunque acaso absurda) pregunta al guardés de Chatsworth. Y al punto era obsequiado con un palco para asistir al legendario estreno de Rachel en Boston, o era invitado por Ruskin a pasar un mes en Venecia, o por el deán a quedarse en el deanato, o por el duque en Chatsworth; y el resultado neto de estas experiencias era que, cuando alguien lo interrogaba, el tío Edward respondía con su dulce y gélida sonrisa: «Sí, Rachel tenía talento, pero no belleza»; o «No había hombre más sencillo y amable que el duque»; o: «Ruskin era todo un caballero». Tales eran las impresiones que en él producía su éxito sin parangón en las altas esferas que, por espacio de unos sesenta años, frecuentó con benigna ceguera.

Bien distinto era el caso de su sobrino nieto. No habría dejado escapar

Martin Boyne en circunstancias similares un estremecimiento de emoción: habría dejado que el racimo completo de uvas estallase en su paladar. Pero por más que disfrutaba viajando, y había viajado mucho, pues su profesión de ingeniero lo había llevado a lugares del mundo tan interesantes como apartados, y por más que se mostrase siempre atento a la posibilidad de encuentros gratos, éstos jamás se producían. Amaba la aventura, pero la aventura digna de tal nombre lo esquivaba; y, cuando ha esquivado a un hombre que pasa de los cuarenta, no es probable que lo busque más tarde.

«Creo que es por mi nariz», se había dicho esa misma mañana mientras se afeitaba en el espacioso camarote de la cubierta superior del vapor que surcaba el Mediterráneo.

La nariz en cuestión era sin duda poco afortunada; no sobresalía lo suficiente para meterse en los asuntos de los demás; y los ojos, muy separados, hundidos y entrecerrados para observar mejor, eran de un discreto gris crepuscular que en nada animaba a la nariz.

«Nadie que merezca la pena... como siempre», refunfuñó. Pero el día era tan espléndido, la bahía de Argel tan resplandeciente de luz y calor, y el ánimo de Martin Boyne estaba tan henchido de ímpetu vacacional —eran sus primeras vacaciones tras muchos meses de trabajo agotador— que el hombre apenas podía creer que el resto del mundo lo viese como él se había visto esa mañana: un individuo crítico y cauto de cuarenta y seis años a quien difícilmente alguien asociaba con sucesos románticos o inesperados.

«Siempre igual; lo mejor será no salir del camarote en lo que queda de travesía», sopesó filosóficamente, congratulándose ante la perspectiva de otra quincena de soledad marítima, ante... bien, ante la aciaga incertidumbre de lo que le aguardaba después del viaje...

«¡Y hace ya cinco años que no la veo!», se dijo, con esa sensación de vacío en el estómago que produce la aprensión prolongada.

Los pasajeros continuaban subiendo por el costado del barco y Boyne volvió a inclinarse, esta vez con los ojos contraídos y abriendo ligeramente sus prudentes orificios nasales. Se había fijado en una joven, más bien una chiquilla, que llevaba en brazos a un bebé rollizo y colorado, demasiado pesado para la delgada muchacha, y que contemplaba el rostro de la criatura dormida con un aire de solicitud que arrancó en él un murmullo de admiración.

«¡Ah... si yo fuera más joven!»

Los hombres de cuarenta y seis años no se quedan sin respiración ante la visión de una cara bonita con tanta frecuencia como a los veinte pero, cuando ésta los impresiona, el impacto es mucho más fuerte. No eran caras bonitas,

sino caras interesantes lo que Boyne buscaba, y le molestó bastante verse apartado de su búsqueda por algo que en su situación actual se le antojaba excesivamente joven y dotado de una gracia conmovedora.

«¡Dios mío...! Ese bebé pesa demasiado para ella. Debe de haberse casado nada más salir de la guardería; ¡maldito canalla el que...!»

El joven rostro que avanzaba hacia él seguía inclinado sobre el bebé, los frágiles hombros de la muchacha cada vez más encorvados por el peso, mientras el gentío la obligaba a mantener esa posición inclinada cuando aún le quedaba medio camino para alcanzar el costado del barco.

Una niñera con el oportuno sombrero y velo tocó el hombro de la muchacha, como si se ofreciera a aliviarla de su carga; pero la joven se limitó a agarrar al pequeño con más fuerza, con lo que la niñera se agachó y cogió en brazos a una niña de unos cuatro o cinco años, con el pelo de color zanahoria, vestida con un llamativo traje de gitana.

«Pero ¡cómo es posible! ¿Otra? Es una barbaridad; debería estar prohibido por la ley. Pobre chiquilla...»

Boyne se distrajo un momento al pasar una camarera y preguntarle dónde deseaba instalar su hamaca. Se volvió para ocuparse del asunto y, en la hamaca situada junto a la suya, vio un cartel que llevaba escrito el siguiente nombre: «Señora de Cliffe Wheater».

¡Cliffe Wheater...! ¡Cliffe Wheater! Qué nombre tan absurdo... y entonces recordó haberse sonreído del mismo modo al oír ese nombre años atrás... ¡Claro! Cuánto tiempo debía de llevar fuera del mundo, concentrado en su trabajo como ingeniero, primero en Argentina, luego en Australia y desde la guerra en Egipto, qué lejos se hallaba del viejo baile social de Nueva York para no situar a Cliffe Wheater de inmediato como el chico de Chicago, de cara ancha y encarnada, que había estudiado con él en Harvard y más tarde se había convertido en uno de los millonarios más extravagantes de Nueva York. Cliffe Wheater, claro... una de esas personas de las que se hablaba con respeto, pues tenía «intereses» en todas partes. Boyne recordaba haber tropezado con los «intereses» de Wheater incluso en Argentina. Aunque se decía de él que, desde que se casó, lo que más le interesaban eran los hoteles Ritz y los coches potentes. ¿No tenía también un yate? Desde luego que tenía una esposa... Boyne empezaba a recordarlo: se había casado hacía unos dieciséis o diecisiete años con una chica muy guapa de Nueva York, Joyce Mervin, con la que el propio Boyne había bailado y coqueteado en un lejano invierno poco después de Harvard. Joyce Mervin: le había escrito para anunciarle su compromiso matrimonial, y había incluido con la carta una pequeña foto donde decía: «Adiós, Martin». ¿Sería posible que quien le gustara fuese Boyne?, se preguntaba Boyne. Por aquel entonces era demasiado

pobre para intentar averiguarlo. Y ahora ¡iban a ser compañeros de cubierta durante quince días en las mágicas aguas entre Argel y Venecia! Recordó el rostro que esa mañana había contemplado en el espejo y pensó: «Probablemente no haya cambiado nada; las mujeres inteligentes se conservan siempre maravillosas; pero seguro que no me reconoce». La idea le resultó desalentadora y tranquilizante a partes iguales. A fin de cuentas, eso le permitiría observar con detenimiento y llevarse su hamaca a otro sitio si el resultado lo decepcionaba.

El barco se había librado del enjambre de remolcadores y veleros que rodeaban sus temblorosos costados, y el gran plano del cielo se extendía ahora delante de él mientras se adentraba en la mañana. Boyne sacó un libro, se tapó la nariz con el sombrero y se tendió en la hamaca, a la espera de la señora Wheeler...

—Creo que aquí estaremos bien... sí; aquí estaremos bien —dijo una voz inmadura y aflautada, una voz infantil junto a su codo. Boyne se apartó el sombrero y vio, a pocos pasos, a la delgada muchacha con el bebé en brazos.

La joven se detuvo, echó un vistazo a la hilera de hamacas, en dirección a Boyne, hizo un gesto de asentimiento a la camarera y desapareció por la puerta de una suite «de lujo» situada un poco más allá. En el momento en que la muchacha se detuvo Boyne captó una cara menuda y pálida, una frente arrugada por las preocupaciones sobre unos ojos castaños de trágico tamaño y unos labios rojos y carnosos que, a la menor provocación, podían estallar en saludable risa. No se le ocurrió preguntarse si era una cara bonita o fea... estaban pasando demasiadas cosas para pararse a pensar en ello.

Mientras la muchacha entraba en el camarote, Boyne la oyó decir, con voz rápida y firme, a alguien que ya estaba dentro:

—Nanny, ¿le has dado a Chip sus Bengers? ¿Quién está en el camarote con Terry?

«¡Qué madre!», se dijo Boyne, todavía preguntándose si no era demasiado pronto para que ese entrecejo maternal ensombreciera la frente juvenil.

—Disculpe, señor... ha llegado un nuevo pasajero a su camarote —anunció la camarera cargada con un par de maletas de aspecto caro y un hato de mantas.

«¡Vaya por Dios...! ¡Tenía que pasar!» Boyne se levantó con un gruñido y siguió a la camarera.

—¿Sabe usted de quién se trata?

—No estoy segura, señor. Wheeler... Creo que se llama Wheeler.

¡Al fin una coincidencia! La hamaca de la señora de Cliffe Wheeler se

encontraba junto a la suya, y su viejo compañero de Harvard iba a compartir camarote con él. Si no del todo complacido, Boyne se sintió al menos ligeramente emocionado e interesado por la inesperada combinación de circunstancias.

Se volvió y vio a un niño en la puerta del camarote que lo miraba con indiferencia y decía:

—Muy bien... me quedaré aquí. —Hablabla en tono levemente chillón, ni quejumbroso ni afeminado; simplemente agudo y algo cansado, como su esbelta figura. Boyne le calculó unos once años, y lo juzgó demasiado alto y juicioso para su edad, una prueba más de la fragilidad física que su voz delataba. Iba pulcramente vestido de colegial inglés, pero no parecía inglés sino cosmopolita, como si el contacto con demasiadas civilizaciones diferentes, o acaso tan sólo con demasiados hoteles diferentes, lo hubiera afilado hasta desgastarlo.

El muchacho continuó observando a Boyne con aire crítico, pero amistoso; luego le dijo:

—Me ha tocado aquí; ya lo ve.

—¡Yo pensaba que se trataba de tu padre!

—¿Sí? Qué gracioso. ¿Es que conoce a mi padre?

—Lo conocía. Estuvimos juntos en Harvard.

El joven Wheeler no pasó de mostrar más que un leve interés.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? —dijo con desenvoltura y conocimiento de las normas sociales.

—Me llamo Martin Boyne. Pero ha pasado mucho tiempo desde que tu padre y yo nos vimos por última vez y no creo que te haya hablado de mí.

El hijo del señor Wheeler reflexionó y dijo:

—Es posible que lo hiciera y yo no estuviese presente. No pasamos demasiado tiempo con nuestro padre —añadió, con aparente deseo de precisar.

Una niña de la edad del muchacho, pero con un brillo más cálido en su rubia palidez, había avanzado unos pasos en el interior del camarote, y tomó al chico del brazo.

—Te he estado buscando por todas partes —anunció—. Me envía Judith.

—Pues estoy aquí; con este caballero.

La niña levantó los párpados ribeteados por densas pestañas y se inclinó ante Boyne, observándolo atentamente con sus grandes y hermosos ojos

grises. Los labios rojo amapola se fruncieron en un mohín al mirar a su hermano.

—¡Son quince días, Terry! ¿Podrás soportarlo?

El niño se sonrojó y se soltó del brazo.

—¡Calla, imbécil! —la amonestó.

—Permíteme que le diga a Judith que le dé una propina a la camarera...

El chico se volvió hacia ella, furioso:

—¿Quieres hacer el favor de callar cuando te lo ordene? Este caballero es amigo de nuestro padre.

—Ah —musitó la niña; y, tras una rápida ojeada a Boyne, añadió—: No lo parece.

—Blanca... ¿quieres marcharte de aquí, por favor?

La niña titubeó; sus brillantes labios temblaron y, presa de la confusión salió corriendo a cubierta.

—No se entera de nada. Es mi hermana gemela —dijo Terry Wheeler, en tono de disculpa.

Terminó de examinar el camarote, dirigió a Boyne una mirada nostálgica y salió corriendo tras la delincuente.

Boyne regresó a cubierta con su libro; aunque interesado en la lectura, no dejaba de mirar el reloj por el rabillo del ojo, y la hamaca vacía con el nombre de la señora Wheeler. Su curiosidad por verla había crecido enormemente desde su encuentro con los niños y, a medida que el pasado se tornaba más nítido, descubría en la niña un parecido con la madre tan definitivo como remoto. Joyce Mervin... sí; tenía los mismos labios rojo amapola y la misma cara de traslúcida palidez, y movía sus ojos grandes con lenta destreza; pero su hija parecía hecha de una pasta aún más delicada y frágil, como si en ella se condensara una buena parte de la esencia de la madre junto con una pizca de cierta extraña sustancia. «Quizá es que todavía es muy joven y tiene demasiado de su madre», se dijo Boyne, recordando en Joyce Mervin una abundancia superior aunque desprovista de objeto. «En casos así puede que baste con ser la gemela de alguien», decidió.

Pero ¡qué raro resultaba todo! Terry se parecía mucho menos al padre de lo que su gemela se parecía a la madre. También en eso, más aún en el caso del muchacho, la calidad parecía imponerse sobre la cantidad. Sin saber por qué, Boyne sintió que algo obvio y casi vulgar acechaba bajo la impertinencia de Blanca, mientras que el hermano era a las claras un chico distinguido. ¡Lástima que un chico tan encantador pareciese tan enfermo!

En ese momento, la joven de la suite contigua salió a cubierta con el bebé. Llevaba de la mano a su durmiente querubín, al que conducía con maternal cuidado por la cubierta. Se dejó caer en la hamaca situada junto a la de Boyne, sentó al niño sobre sus rodillas y, con un gesto, indicó a la camarera que le echase una manta sobre los pies. Acto seguido se recostó con un suspiro de satisfacción.

—Esto es otra cosa, ¿verdad, Chip? —dijo, con voz alegre y aflautada.

Chip soltó una risotada perfecta y a modo de reconocimiento se puso a jugar con el ala del sombrero de su madre. Era evidente que ambos tenían la más alta opinión el uno del otro.

II

No era asunto de Boyne informar a su vecina de que el asiento que había elegido correspondía a la señora de Cliffe Wheeler; mucho menos cuando (eso decidió después de observar más atentamente) la joven podría ser una institutriz o cualquier otra empleada de la dama. Decidió entonces —tras otra mirada— que era demasiado joven para ese papel, aun cuando pudiera parecerlo, o representarlo... y tampoco lo hacía. El tono en que se dirigía a sus invisibles compañeras era de autoridad, no de sumisión; las otras eran las niñeras e institutrices, no ella. Tal vez hubiera ocupado el asiento de la señora Wheeler por ser uno de los pocos que quedaban vacíos, aun siendo muy consciente de que en cualquier momento le pedirían desalojarlo. Eso era precisamente lo que a Boyne le habría gustado ahorrarle, pues no veía a Joyce Wheeler —a la Joyce que él había conocido— renunciar a su asiento sin pelear.

—Disculpe; creo que antes de que nadie le reclame el asiento puedo buscarle otro, antes de que toda la cubierta esté ocupada.

La frase resultó larga y torpe, pero Boyne la formuló sin tomarse el tiempo necesario para pulirla. Deseaba oír de nuevo la voz de la muchacha y que ella lo mirase. Eso fue justo lo que hizo con perfecta compostura. Saltaba a la vista que no le había sorprendido que Boyne se dirigiera a ella, sino lo que éste había dicho.

—¿Es que éste no es mi asiento? —comprobó el letrero y dijo—: Sí; eso pensaba.

—Vaya... Lo siento...

—No se preocupe. El barco va lleno. ¿Verdad?

Sus ojos castaños, bajo unas pestañas tan densas como las de Blanca, se posaron sobre Boyne con cortés reconocimiento de su buena intención, pero éste estaba demasiado confundido para distinguir algo más que una nebulosa.

Entonces, la señora de Cliffe Wheeler era... ¿esa niña? ¿Por qué no, a fin de cuentas? Era evidente que no podía ser la señora de Cliffe Wheeler que él esperaba, aunque en aquellos tiempos de cambiantes parejas no había razón para esperar nada. Los Wheeler a quienes él conocía debían haberse casado hacía veinte años, y entretanto Cliffe Wheeler había hecho dinero suficiente para permitirse media docena de divorcios y nuevos matrimonios, con sus consabidos desembolsos. «No tenía más que construirse una casa nueva... algo mucho menos difícil que gobernar un yate», reflexionó Boyne con cierta envidia.

Sí; estaba claro que su vecina era una señora Wheeler posterior... la última; acaso la segunda o la tercera después de la pobre Joyce. Pero por qué decía la pobre Joyce, cuando lo más probable es que ella hubiera avanzado por el tablero conyugal al mismo ritmo de progresión que su primer marido... Bueno, en todo caso, si aquélla era una nueva señora de Cliffe Wheeler, Boyne podía presentarse como un viejo amigo de su marido, lo que a su juicio era pretexto suficiente entre pasajeros de un crucero de placer. Sólo que, al recordar la fría reacción de Terry al oír el nombre de su padre, Boyne vaciló. Estos líos de los matrimonios modernos estaban llenos de peligros para el ausente...

La aparición de Blanca, que se acercaba como una mariposa bailando un vals sobre un lecho de tomillo, dio respuesta a las dudas de Boyne.

Al verla llegar, la joven sentada junto a Boyne preguntó con severidad:

—¿Por qué no te has puesto el abrigo, niña? Ve a buscar a Scopy inmediatamente y que te lo dé. El viento es frío.

Blanca se inclinó sobre la joven con gesto cariñoso.

—De acuerdo —pero en lugar de marcharse volvió a dirigir su mirada hacia Boyne para informar—: Dice que conocía a nuestro padre.

La joven también se volvió hacia él, que sintió el misterioso peso de su mirada.

—¡Qué gracia! —fue su único comentario. A todo el grupo parecía sorprender por igual que Martin Boyne pudiera tener amistad con el patrón. «Supongo que no soy lo suficientemente elegante; no llevo maletas de Bond Street», refunfuñó para sus adentros al recordar el lujoso equipaje de piel con que su vecina había subido por la pasarela.

La joven había dejado de fijarse en él.

—¡Blanca! Te he dicho que vayas a ponerte el abrigo. Y que Terry se lo ponga también... No te eches encima de mí. ¿No ves que Chip está dormido?

Boyne pensó que había en su voz cierto fastidio; casi irritación. Pero, al inclinarse sobre el bebé, su perfil se suavizó, adoptando una expresión en cierto modo pueril y atractiva.

—¡Calla! —indicó. Y Blanca, obediente, se alejó de puntillas.

En ese momento, invocando al tío Edward, santo patrono de la aventura, Boyne se aventuró a hacer un comentario jocoso.

—¡Hay que ver cómo los maneja usted!

La joven sonrió.

—Son todos muy buenos chicos; todos menos... ¡Zinnie! —exclamó. Y, siguiendo su horrorizada mirada, Boyne vio entonces a un personajillo completamente desnudo con el pelo completamente naranja y una ristra de cuentas de ámbar que se acercaba hacia ellos dando brincos, para asombro y deleite de todos los espectadores de la cubierta.

En un abrir y cerrar de ojos la joven se había puesto en pie y Boyne apretaba contra su pecho un fardo con olor a jabón.

—¡Sujete a Chip! —le ordenó—. ¡Será posible! ¡Este diablillo! —cruzó corriendo la cubierta, agarró a la niña del pelo zanahoria y la zarandeó con fuerza—. Te vas a resfriar; eres una granuja —la reprendió, como si eso fuera lo principal de la infracción; y, una vez dejó a la culpable en brazos de la niñera que la perseguía, regresó a su asiento—. ¡Gracias por sostenerlo! Sigue dormido. —Recuperó al bebé bien abrigado, relajado y con aroma a sueño, antes de volverse hacia Boyne, esta vez con expresión de cordial intimidad, con unos ojos que le parecieron mucho más jóvenes que los de Blanca—. ¿Se había ocupado alguna vez de un bebé?

—Sí; pero no tan bueno como éste... ni tan grande.

La joven resplandeció de orgullo.

—¿Verdad que pesa mucho? Casi un kilo más que la mayoría de los niños de dos años. Cuando Beechy tenía su edad sólo pesaba...

—¿Beechy? —interrumpió Boyne—. Me pareció que la llamaba Zinnie.

—¿Zinnie? Es que Zinnie no es la misma que Beechy —informó la muchacha, riendo como una niña ante la ignorancia de los adultos—. Beechy es hermanastra... claro que usted todavía no ha visto a los otros —se recordó—. ¿Dónde se habrán metido?

—¿A los otros hermanastros? —repitió Boyne, con profundo desconcierto.

—Bun y Beechy. Los únicos que son de la familia sólo a medias, como Zinnie. Los tres son hermanastros. Pero los queremos tanto como si fueran nuestros; menos cuando Bun se porta mal. Bun es el más travieso de todos... Por favor, ¡sujete un momento a Chip! —exclamó. Y Boyne volvió a ser depositario de aquel sonrosado montón de sueño—. Ahora es Bun... nunca me fío de él cuando está solo. No puedo —gimió, mientras un niño robusto y moreno, vestido con un pichi granate, se arrastraba a cuatro patas por la cubierta emitiendo extraños ladridos y cacareos—. Ya va a hacer su número de los animales. Madre mía... No puede, con tanto movimiento del barco. Su madre era domadora de leones. Se va a hacer daño; estoy segura... ¡Ah, Scopy! Sí; llévatelo...

Una mujer flaca de pecho estrecho, con una suerte de amable resolución labrada en el rostro y un desvaído sombrero de paja ladeado sobre el pelo gris alborotado acudía en pos de Bun para detenerlo en la medida en que el balanceo lo permitía. El rostro del niño, ensombrecido de ira, se tensó para lanzar un aullido, pero justo en ese momento una niñita morena, de ojos inmensos del color del ágata y una maraña de rizos oscuros salía corriendo de uno de los salones con los brazos abiertos. La ira del infractor se tornó al punto en llanto, y las dos criaturas se abrazaron dramáticamente mientras la institutriz, impasible ante semejante alarde de emoción, los conducía de vuelta a sus camarotes con actitud severa.

La joven sentada junto a Boyne se recostó soltando una carcajada.

—¡Qué graciosa es Scopy! No soporta que Bun se lance así al cuello de Beechy. Le parece «propio de extranjeros y poco masculino». Porque lo cierto es que son extranjeros... italianos... pero yo doy gracias porque Beechy tiene mucha influencia sobre Bun. Si no fuera por ella no daríamos abasto con él —estrechó a Chip, profundamente dormido, contra su pecho.

—Me parece que no dan abasto... incluso sin Bun —se atrevió a observar Boyne, consumido por el deseo de desenmarañar el lío de aquella guardería y seguir sus distintos hilos hasta el bebé que dormía a su lado—. Viajar con todos ellos... y sin ayuda de Wheeler debe de ser terrible —añadió.

La joven se encogió de hombros ante su comentario.

—No es de gran ayuda; detesta viajar con nosotros —dijo, despectivamente, pero sin intención de herir. Boyne empezaba a pensar que esa desapegada visión de la debilidad humana tal vez fuera el rasgo más sorprendente de su vecina—. Pero Terry ayuda mucho... es estupendo —añadió; y una sonrisa de ternura maternal iluminó su rostro menudo y cambiante, pues eran tantas las cosas que ocurrían sin parar que Boyne aún no había logrado decidir si resultaba hermoso o tan sólo curiosamente agradable.

—Mi compañero de camarote —asintió Boyne, con una sonrisa—. Sí, un chico así debe de ser un consuelo. —No se atrevió a decir «un hijo así», pues no daba crédito a la idea de que la muchacha con la que estaba conversando pudiera ser la madre de un chico tan alto y de la edad de Terry. Y eso que ella no lo había incluido entre los «hermanastros». Sin salir de su perplejidad, osó decir—: A esa edad los chicos se sienten muy orgullosos de sus madres.

La observación pareció merecer la reflexión de la joven.

—Bueno, yo no diría que Terry se sienta exactamente orgulloso de Joyce... aunque desde luego la admira; todos la admiramos. Es increíblemente guapa. Creo que ni siquiera Blanca llegará a parecerse a ella.

¡Joyce! Boyne se aferró a ese nombre familiar como a un salvavidas. Era evidente que su antigua amiga Joyce Mervin seguía ocupando algún lugar en el laberinto de los Wheeler. Pero ¿dónde estaba? ¿Y quién era la muchacha que la llamaba por su nombre de pila con la mayor naturalidad? Lo que al principio pareció que le aclararía las cosas no hizo sino aumentar su perplejidad.

—¿Sabe que Joyce, como usted la llama, fue una buena amiga mía hace años? —no pensó que decirlo pudiera hacer ningún daño.

—¿De verdad? ¡Qué estupendo! Dicen que entonces era idéntica a Blanca. ¿Usted qué cree? Claro que ahora ha engordado un poco... pero no tanto como ella se imagina. Le preocupa mucho. Es su mayor desgracia.

Boyne se echó a reír.

—¿Quiere decir con eso que no tiene desgracias peores?

—No. En este momento. Han vuelto a pasar una luna de miel desde que nació Chip... ¿Verdad que sí, Chippo?

¿Una nueva luna de miel? ¿Desde que nació Chip? En tal caso, el durmiente querubín no era propiedad de la muchacha sino de Joyce Mervin... de Joyce Wheeler... Joyce Loquefuera. Boyne se moría por preguntar: «¿Joyce qué?».

Este último paso adelante pareció conducirlo hasta el corazón del laberinto; el problema residía ahora en cómo salir de allí.

Pero las confianzas de la muchacha parecían invitarlo a intimar. ¿O era sencillamente que la joven se comportaba con esa naturalidad que se había puesto de moda? Muy probablemente. Además, a un vejestorio como él que de pronto salía al mundo podía excusársele por tomarlo como algo más que un signo de simpatía, casi como una invitación a buscar nuevas alusiones con nuevas preguntas.

—Sí; fuimos amigos... muy buenos amigos durante un invierno...

(—Eso es mucho para Joyce —observó su vecina en un inciso.)

—... tanto que quisiera decirle cómo me llamo: Martin Boyne. Y saber cómo...

—¡Ay, ay! —gritó la joven tan inesperadamente que Boyne no pudo terminar la frase.

Al principio no entendía Boyne la causa de esta nueva interrupción, pero en seguida descubrió al pequeño Bun que, descalzo y con la agilidad de un gato, se deslizaba por detrás de la hilera de hamacas, mientras sus ocupantes intentaban esquivarlo y reían con aprobación ante su habilidad.

—También era equilibrista... su madre —anunció la joven, saltando en dirección a Bun. Tras alcanzarlo y darle un azote, y otro más, lo llevó a rastras hasta la despeinada dama que antes se había ocupado del pequeño. Cuando regresó a su asiento, pálida y con la respiración algo agitada, dio la impresión de que sus responsabilidades domésticas a veces le pesaban demasiado. Se desplomó junto a Boyne con un suspiro—: Si alguna vez se casa («¿Cómo sabe que no me he casado?», se preguntó él) no tenga hijos. ¡Se lo aconsejo! ¿Le sorprende que nuestros padres no viajen con nosotros?

III

La señal del almuerzo se estrelló contra la pregunta, y Boyne se quedó a solas, sin saber a qué atenerse. Al primer sonido del gong su vecina se había puesto en pie, sin tener en cuenta su sugerencia de que, en caso de que no hubiera reservado sitio, podrían compartir mesa en el restaurante.

—Muchísimas gracias, pero, como es natural, almuerzo con mis niños — Boyne recordó con pesar que el palacio oceánico disponía de un comedor independiente para los pasajeros más jóvenes.

«Lástima. Me habría gustado seguir charlando con ella tranquilamente un poco más.»

Se dejó ir hasta su mesa de siempre, ocupada por solitarios y abandonados como él; una anciana dama con anteojos que se «preparaba» para Sicilia; un anciano que todas las mañanas proclamaba: «Siempre digo que el beicon de estos barcos es mejor que el que tomo en casa»; y un sacerdote muy pálido al que sus fieles habían mandado de vacaciones y cuya única idea clara era que se negaba a visitar las catacumbas. «Por una vez me apetece llevar una vida pagana», le confió a Boyne con una sonrisa ascética que, entre accesos de tos,

desvelaba unos dientes picados y unas encías anémicas.

Terminado el almuerzo, Boyne se apresuró a volver a su rincón, con la esperanza de que el asiento contiguo ya estuviera ocupado; pero estaba vacío, y vacío continuó mientras el largo día azul se arqueaba imperceptiblemente hacia el atardecer.

«A nuestros padres no les gusta viajar con nosotros», había dicho la joven.

«¿Padres?» Para Boyne no podían ser otros que Cliffe y Joyce Wheeler, sus antiguos amigos, en su versión más moderna, por así decir. En tal caso, la impaciente y delgada muchacha que se había sentado junto a él sería su hija, la hija mayor, nacida probablemente poco después de enlace que, unos trece o catorce años después, había producido al rollizo y desbordante Chip.

«Todo esto es muy poco moderno.» Boyne empezaba a tener una imagen más alentadora del estado conyugal de la que últimamente había tenido y afrontó con mayor ligereza la perspectiva de reunirse con la mujer que lo esperaba en los Dolomitas... la mujer a la que no veía desde hacía cinco años. Ciertamente debía resultar muy agradable ser los padres de un bebé tan sano y fuerte como Chip...

Pero no bien supuso que había resuelto el enigma de los Wheeler cuando la imagen del misterioso trío formado por Zinnie, Bun y Beechy alteró la claridad de la ecuación. Los «hermanastros»: ¿quién diablos eran los «hermanastros» y cómo y dónde encajaban en la familia que, con Judith (¿no la habían llamado así?) en un extremo y Chip en el otro formaban su propio círculo intacto? Recordó que la señorita Wheeler le había ofrecido algunos detalles de los dos niños morenos, Bun y Beechy. «Son extranjeros... italianos...» En ese caso, no eran ni de Cliffe Wheeler ni de su esposa; desde luego que de ella no, porque Judith, al hablar de Bun, había añadido: «Su madre era domadora de leones...», no empleando el término metafóricamente sino como mera constatación de un hecho social.

En cuanto a Zinnie, el diablillo, quedaba completamente al margen, y no había nada en su inteligente y descarado rostro, con su nariz respingona y sus pecas bajo el impacto del pelo zanahoria, que indicara relación de consanguinidad con los pequeños italianos. Zinnie tenía aspecto de ser totalmente estadounidense, tanto como Beechy y Bun parecían italianos, incluso más que los otros tres Wheeler, cuya ascendencia quedaba matizada por sus contactos cosmopolitas. Los «hermanastros» tenían ciertamente la impronta de eso que los botánicos llaman un espécimen, mientras que Judith, Blanca y Terry eran como exquisitos híbridos de jardín. Cuanto más se adentraba en el problema, más extraño le resultaba todo a Boyne.

Hasta las travesías marítimas más desprovistas de acontecimientos se

prestan a las relaciones, y en el curso de la tarde, la mujer del pelo gris a quien los pequeños Wheeler llamaban «Scopy» volvió a aparecer en cubierta, esta vez sola, con aire de buscar un asiento libre. Boyne le señaló al instante el que estaba junto al suyo, a lo que la mujer respondió con una escueta sonrisa:

—Creo que los nuestros están al otro lado, pero puedo sentarme aquí mientras Judith descansa —dicho lo cual se acomodó con desmañada precisión. Miró a Boyne con tímida benevolencia, antes de añadir—: He sabido por Judith que es usted amigo de sus padres.

Boyne asintió con avidez, mientras la mujer seguía diciendo cuánto le reconfortaba, en aquellos largos viajes con los niños, encontrarse con alguien que fuese amigo de los padres y al que se pudiera recurrir en caso de emergencia.

—No es que haya ninguna necesidad en este momento, pero es demasiada responsabilidad para Judith transportar a todo el grupo desde Biskra hasta Venecia; además, siempre estamos muy preocupados por Terry. Ni siquiera después de cuatro meses en Biskra se ha recuperado como esperábamos... Siempre le sube un poco la fiebre por la tarde —suspiró, y apartó el rostro curtido y recio, como un acantilado en cuya cima un ermitaño hubiera construido un precario refugio: su sombrero.

—¿Les inquieta Terry? Parece un poco retraído —confiaba Boyne en que, si hablaba en el tono propio de un viejo amigo, su vecina se dejara llevar de confianza en confianza.

—¿Inquietar? No me gusta esa palabra; Judith no la aceptaría. Pero no pierde de vista al muchacho... ni se lo quita de la cabeza —la mujer suspiró de nuevo y Boyne vio entonces que había vuelto la cabeza porque se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Desde luego, es una responsabilidad tremenda para alguien tan joven como la señorita Wheeler —asintió Boyne. Y vaciló, antes de añadir—: Casi adivino la edad que tiene porque veía mucho a sus padres antes de que se casaran.

Fue un consuelo para la autoestima de Boyne ver que la mujer a la que llamaban «Scopy» se tomaba esto con menos ligereza que los niños que tenía a su cuidado. Su vecina parecía claramente interesada, incluso tranquilizada, por el hecho de que Boyne hubiera sido amigo de los Wheeler en algún momento de su vida.

—¡Ojalá hubiera seguido viéndolos a partir de ese momento! —exclamó, con otro de sus suspiros.

—Nuestros caminos se separaron por completo; tanto es así que al

principio no sabía si... hasta que vi a Chip...

—Ah, el pobre Chip: es nuestra esperanza; nuestro consuelo —bajó la mirada y un leve arrebol del color del ladrillo cubrió su rostro como el sol poniente sobre el granito—. Ya ve; como Terry es tan delicado (a los gemelos suele pasarles), el señor Wheeler siempre quiso tener otro hijo.

—Chip parece un cimiento bastante sólido sobre el que construir las esperanzas.

La mujer sonrió con aire sombrío y luego murmuró:

—Hasta ahora no nos ha dado ni un minuto de preocupación.

Su vecino la escuchaba con el mayor interés, si bien quedaba el asunto de los tres «hermanastros»; esos de los que Judith había dicho que los querían tanto como si fueran «suyos de verdad».

—Ni un minuto de preocupación... ojalá pudiera decir lo mismo de los otros —siguió diciendo la mujer, cediendo, tal como Boyne había esperado, a la rara ocasión de airear sus penas.

—¿Los otros? Se refiere a...

—Sí; a los extranjeros, con sus escenas y sus gritos y su teatro. Nunca me acostumbraré a ellos. ¡Nunca!

—Pero Zinnie no es extranjera, ¿verdad? —preguntó el señor Boyne, para hacerla caer en la trampa.

—Para nuestras costumbres lo es ciertamente; incluso más que los otros dos que, por parte de padre... —bajó la voz y miró prudentemente alrededor, antes de añadir—: ¿Supongo que habrá oído usted hablar de Zinnia Lacrosse, la estrella de cine?

Boyne se esforzó por recordar a las escasas estrellas de cine que conocía, y finalmente pensó que sí.

—¿No fue la que se casó el otro día con un hombre famoso? ¿Un lord Algo?

—Desconozco cuál ha sido su última barbaridad. Una se casó con el señor Wheeler... y tuvo a Zinnie...

¿Zinnia Lacrosse se había casado con Cliffe Wheeler? ¿Entonces... entonces quién demonios era la madre de Chipstone? A Boyne le entraron ganas de gritar: «¡No me ponga más acertijos! ¡Deme tiempo... deme tiempo!». Pero su vecina se había lanzado de tal modo a la confesión que continuó, sin hacerle caso, y como si su rostro fuese la estrecha rejilla por la que ella soltaba sus penas:

—Es inconcebible, pero así es. El señor Wheeler se casó con Zinnia Lacrosse. Y Zinnie es hija suya. Lo cierto es que no se le puede culpar; yo siempre he defendido al señor Wheeler. Estaba muy desanimado desde que la señora Wheeler lo dejó y deseaba tanto tener otro hijo... con todos esos millones que dejar en herencia...

Pero Boyne había levantado la mano del abogado. ¿La señora Wheeler había dejado a su marido? ¿Pero entonces... pero cómo... pero por qué? Imploró a la implacable narradora que no le dijera más de una cosa de una vez; sólo una. Tantas súbitas apariciones de nuevos personajes y nuevos hijos resultaban demasiado desconcertantes para un hombre que llevaba años y años alejado del mundo como un salvaje.

—¿Un salvaje? Lo salvaje es el mundo en que vivimos; cada pocas semanas levantamos el tenderete para mudarnos... Los matrimonios son como tenderetes que se pliegan y se desechan cuando ya no sirven —pero la mujer vio, al menos, que para ganarse la simpatía de su vecino debía contar con su comprensión y, tras otra cauta mirada en torno a la cubierta se dispuso a aclarar el misterio y a rellenar las lagunas. Naturalmente, empezó diciendo que él... ¿Señor Boyne era su nombre? Gracias. Ella era la señorita Scope, Horatia Scope (sabía que los niños la llamaban «Horror Scope» a sus espaldas, pero no le importaba)... Pues bien, al haberle contado Judith que el señor Boyne era amigo de sus padres, la señorita Scope lo había supuesto al corriente de los sucesivos episodios de la agitada historia de la pareja; pero como veía que no lo estaba, intentaría aclararle las cosas, si es que tal cosa era posible cuando algo se había enredado tanto. Había mucho que explicar, ya lo vería, pero si había alguien capaz de aclararlo era ella, pues llevaba con los Wheeler como institutriz de Judith desde antes de que nacieran Blanca y Terry: antes de la primera, no, de la segunda pelea seria, añadió, como quien dice: «Antes de la invasión de los hititas».

Peleas, al parecer, había habido muchas desde entonces; la señorita Scope confesó que había perdido la cuenta; pero la mala, la fatal, ocurrió cuando la señora Wheeler conoció a su príncipe, el malvado Buondelmonte, que era el padre de Bun y Beechy: Beatrice y Astorre Buondelmonte; ése era el verdadero nombre de los niños.

Llegado ese punto Boyne se sumergió y tuvo que levantar de nuevo la mano. Entonces, ¿Zinnie era hija del señor Wheeler y Bun y Beechy eran hijos de la señora Wheeler? ¿Y de quién, por piedad, era Chipstone? Bueno... La señorita Scope afirmó comprender su asombro, su perplejidad; lo consideraba, declaró, un hombre de principios demasiado elevados para aceptar la dolorosa verdad de golpe. No; Bun y Beechy, gracias a dios, no eran hijos de la señora Wheeler; eran hijos del sinvergüenza del príncipe Buondelmonte y de una mujer horrible —una artista de circo, eso creía— con la que éste se casó y a la

que abandonó poco antes de que la señora Wheeler se encaprichase de él. (Sabía que «encapricharse» era una palabra espantosa, pero la propia señora Wheeler la empleaba para referirse a esa época tan desgraciada.)

Pues bien... la señora Wheeler, en su locura, había insistido en dejar a su marido para casarse con el príncipe Buondelmonte. Pese a que ella se había portado tan mal, el señor Wheeler era un caballero y «se equivocó» (Boyne rejuveneció al oírlo) al conceder el divorcio a su esposa, pero insistió en su derecho a que Terry se quedara con él, y a tener consigo a Judith y Blanca cuatro meses al año; y como había una gran disputa por la pensión a la que la señora Wheeler debía renunciar por los niños... fue entonces cuando Judith empezó a tener problemas. Desde muy chiquitina, explicó la señorita Scope, Judith no soportaba que sus padres discutieran. Por desgracia tuvo que acostumbrarse a eso, pero a lo que no se acostumbró fue a estar separada de Terry después del divorcio y dos nuevos matrimonios, y a ser empaquetada con Blanca todos los años de acá para allá, de un Hotel Palace a otro Hotel Palace, donde en el momento se encontraran el padre o la madre... Pensaba la señorita Scope que eso era lo que había dado a sus ojos esa expresión adulta...

Por fortuna, la ilusión de la señora Wheeler no duró mucho; el príncipe no lo permitió. Antes de que pasara un año se encargó de mostrarle quién era. La pobre Judith, que pasó los últimos y terribles meses sola con su madre, sabía algo al respecto. Pero la señorita Scope comprendía que no debía divagar sino ceñirse a la línea del relato hasta que el señor Boyne tuviera una idea más clara...

Pues bien... cuando la señora Wheeler abrió los ojos y finalmente se separó del príncipe, sintió tanta lástima por Beatrice y Astorre —no hay mejor persona que la señora— que decidió ocuparse de ellos, y así lo ha hecho desde entonces. El padre se sintió enormemente agradecido de que se los quitaran de encima, y la miserable de la madre también. La señorita Scope hizo una pausa para tomar aliento y expresar su esperanza de que el señor Boyne empezara a comprender.

—Sí; empiezo. Pero ¿y Chipstone? —insistió con impaciencia.

—Ay, Chip. ¡Chip es un Wheeler de los pies a la cabeza! El vivo retrato de su padre, ¿no le parece? Pero veo que aún no le he dado todos los datos; son tantos... ¿Por dónde iba? Ah, por la separación de la señora. Como sabe, en Italia no existe el divorcio, y la señora pensó que estaba atada al príncipe de por vida. Por fortuna, sus abogados descubrieron que él se había casado legalmente —en algún consulado italiano al otro lado del mundo— con la madre de Bun y Beechy; como la mujer seguía viva el matrimonio del príncipe con la señora Wheeler se consideró bigamia y fue anulado de inmediato. Y la señora volvió a ser quien era...

—¿Y después?

—Después se sintió muy abatida por todo lo ocurrido, y al señor le pasaba lo mismo, pues entretanto había descubierto el horror con el que se había casado y estaba a punto de divorciarse. Judith, que por entonces tenía trece años y era tan lista y madura como ahora, suplicó e imploró a sus padres que aclarasen las cosas y vieran si podían volver a estar juntos, a fin de que los niños no tuvieran que separarse y andar como maletas de acá para allá.

—¿Eso hizo? ¿Esa niña?

—Judith nunca ha sido una niña... no ha tenido tiempo. El caso es que consiguió que sus padres volvieran a juntarse. Los dos se sentían heridos y desgraciados por sus errores y eran conscientes del lío que habían armado... Al final decidieron intentarlo de nuevo y volvieron a casarse hace unos tres años; entonces nació Chip, y desde entonces todo ha ido bien... por el momento.

—¿Por el momento? —se inquietó Boyne; la institutriz se alisó el pelo y volvió hacia él la ajada integridad de su rostro.

—¿Cómo puedo decir otra cosa que «por el momento», si respeto la verdad? Lo cierto es que lo digo por miedo... por miedo a que los Hados me escuchen... Todo marcha de maravilla; y podríamos ser plenamente felices si no fuera por el pobre Terry, que nunca acaba de tener buena salud... Los señores adoran a Chip y quieren mucho a los demás niños. Judith está casi segura de que esta vez durará.

La señorita Scope se interrumpió y volvió a apartar la mirada de su vecino. El «casi» hizo que a Boyne se le encogiera el corazón y le entrasen ganas de extender la mano para apretar el guante de algodón cerrado en un puño sobre la rodilla de la señorita Scope. Pero en lugar de eso, se limitó a decir:

—Si algo puede hacerlo durar, eso son usted y Judith.

A lo que la institutriz respondió:

—Todo es cosa de Judith. Y tiene a los demás niños de su parte. Dicen que se niegan a volver a separarse. Hasta los pequeños lo dicen. Están mucho más unidos de lo que parece cuando se les ve reñir y pelear. Y todos sienten veneración por Judith. Incluso los dos extranjeros.

IV

En un principio los niños se habían opuesto unánime y rotundamente a ir a

Monreale.

Mucho antes de que el vapor tomase rumbo a Palermo habían debatido el asunto con el máximo rigor. Judith, que nunca había estado en Sicilia, consultó con Boyne cuál era el modo más provechoso de emplear el día que se les había ofrecido y, tras inclinarse por Segesta, al ver que todo el mundo se apuntaba, incluido Chip, sugirió Monreale por parecerle más accesible.

—¿E igual de precioso? —Judith lo miraba con ojos hambrientos e ignorantes.

—Uno de los sitios más hermosos del mundo. Los mosaicos...

Judith aplaudió, extasiada.

—¡Tenemos que ir! Conozco tan pocos sitios...

—¿Cómo? Yo creía que habían recorrido Europa de punta a punta.

—Eso sólo sirve para ver coches-cama y Hoteles Palace, ¿o no? Mamá y papá ni siquiera tienen una guía de viaje; siempre le preguntan al portero del hotel dónde pueden ir. Pero siempre pasa algo que se lo impide. Tiene usted que enseñármelo todo; todo.

—Bueno, empezaremos por Monreale.

Pero los niños tenía otra opinión. Por desgracia, la señorita Scope había encontrado en el vapor una antigua guía Baedeker y, al refrescar su memoria con vagos recuerdos de antiguos pupilos, había vuelto a descubrir el nombre de un maravilloso jardín ducal que abarcaba una enorme extensión de naranjos siempre llenos de flores y frutos. Recordaba que sus antiguos pupilos habían ido a verlo y que los jardineros les habían dejado coger todas las naranjas que quisieron.

Los niños, un organismo con absoluta capacidad de autogobierno, se decidieron entonces como un solo hombre por el Giardino Aumale. Boyne ya había observado que, pese a la fuerte influencia de Judith, a veces no había nada que ésta pudiera hacer frente a la cerrada oposición de los hermanos, y en este caso los razonamientos y la persuasión habían fracasado por completo. Al fin, Terry, que evidentemente deseaba ser el hombre del grupo y dar ejemplo de sensatez, señaló que Judith debía ir a donde quisiera, pues se había tomado la molestia de cuidar de todos ellos. Bun colocó la boca en posición de aullido y Blanca observó secamente que uno siempre consigue lo que quiere cuando finge ceder.

—Pues si eso es lo que crees, inténtalo —replicó Terry bruscamente; y la sangre se concentró bajo la delicada piel de la hermana, como si la hubiese herido.

—¡Qué bestia eres, Terry! No quería decir que...

Entretanto, Beechy, que al ver el disgusto de Bun se deshacía en lágrimas, abrazaba contra su pecho la hundida cabeza del hermano y murmuraba «Zitto, zitto, carissimo! Cuor mio!», mirando con enfado a Judith y a Terry.

—Pues yo quiero ir donde se comen zoranjias —dijo Zinnie, con un acento estadounidense tan metálico y afilado que casi podría pelar la fruta—. Y, si no, quiero un sitio mucho mejor. Y pienso ir.

Boyne se echó a reír, mientras Judith murmuraba con desesperación:

—Será mejor que vayamos al naranjal.

—Eh —interrumpió Terry—, los pequeños se mueren por oír el final de esa historia antigua, la de los dos niños que nunca habían visto un motor. Están hartos de aeroplanos y máquinas y rayos X y radios; y tú prometiste que terminarías de contárnosla. ¿Por qué no vamos a donde tú quieres ir y prometes y juras que allí terminarás de contarnos la historia y tomaremos chocolatinas para merendar?

—Ah... y naranjas; yo llevaré las naranjas —intervino Boyne—. Hay un jardín precioso cerca del claustro y convenceré al jardinero para que nos deje entrar a merendar allí.

—¿Con montones de zoranjias? —estipuló Zinnie, con aire calculador mientras Beechy se secaba disimuladamente las lágrimas de Bun de su arrugado delantal y éste, renunciando por desesperación a dar volteretas por la cubierta, gritaba:

—¡Noranjas! ¡Noranjas! ¡NORANJIAS!

—Muy bien... Lo sabía —murmuró Blanca, dirigiendo hacia Boyne sus ojos grises; y Judith, levantando a Chip con aire triunfal, declaró:

—Chip dice que quiere ir a Monreale.

—Y con eso está todo dicho, naturalmente —dijo Blanca, con resignado movimiento de párpados.

Zinnie, Beechy y Bun se habían enzarzado en una batalla dialéctica para determinar si la aclamada fruta se llamaba zoranjias o noranjias, momento que aprovecharon Judith y la señorita Scope para acordar los detalles de la excursión con Boyne; y al día siguiente, cuando el vapor atracó en Palermo, el grupo, bien equipado y lleno de expectación, encabezaba la cola de pasajeros para embarcar en el remolcador.

Tendido cuan largo era sobre un banco de piedra al sol, Boyne escuchaba con los ojos entrecerrados la impaciente y quejumbrosa voz de Judith. Había sobornado al guardia para que los dejara pasar desde el claustro al jardín

catedralicio que, envuelto en un aroma de lavanda, dormitaba en su tibia terraza sobre los naranjales. Al fondo de las llanuras, las montañas descendían en tenues gradaciones de zafiro hasta el azul más denso del mar, junto al cual la ciudad brillaba temblorosa con sus torres y sus cúpulas. Cerca de allí, Judith se encontraba sentada bajo el sol con los niños amontonados en sus rodillas, mientras Scopy y Nanny tejían y cuidaban de la cesta con la merienda a una distancia prudencial. La voz de Judith iba diciendo:

—Pero cuando Policarpo y Nana regresaron en el carruaje con el caballo blanco al palacio de su mamá, descubrieron que la alfombra de cebra de la entrada se había levantado y se estaba comiendo todas las flores de los jarrones del salón, mientras los grandes pájaros amarillos del papel que decoraba las paredes revoloteaban por todas partes y organizaban un terrible alboroto esparciendo semillas por las habitaciones. Pero lo más asombroso de todo fue que el reloj de cuco del cuarto de los niños también se había marchado y las niñeras no sabían qué hora era ni cuándo acostar a los niños o despertarlos de nuevo.

—Qué estupendo —canturreó Bun.

Y Beechy coreó:

—Essstupendo, esstupendo...

—Nada de eso —exclamó Judith con severidad—. Era lo peor que les había pasado nunca, porque la cocinera tampoco sabía qué hora era y como nadie podía decírselo no preparó el desayuno; se marchó a cabalgar en la cebrá, porque no tenía carruaje y dijo que no podía hacer otra cosa.

—¿Por qué no avisaron a sus padres? —preguntó Zinnie en tono práctico.

—Supongo que porque tenían unos padres nuevos que tampoco sabían lo del cuco —observó Bun con autoridad.

—¿Entonces por qué no se marcharon con sus padres de antes? —añadió Zinnie.

—Porque la amiga de su madre, Sally Money, no era suficientemente grande... grande... grande... para llevarse a todos los niños —soltó Bun, visiblemente desconcertado ante el posible desenlace de la historia.

—Grande para subirlos a todos en su espalda y llevárselos con ella. Pero seguro que sus nuevos padres se habrían portado muy bien —continuó Judith — si los niños hubieran tenido paciencia y hubieran aprendido a tratarlos. Pero al principio no sabían; además, en el momento del que os estoy hablando, resultaba que los padres estaban de viaje.

—¿Y por qué los niños no los llamaron por teléfono para que volvieran?

—Porque en aquella época no había teléfonos.

—¿No había teléfonos? ¿Eso lo pone en los libros de historia? —espetó Zinnie, con escepticismo.

—Claro que lo pone, tonta. Y cuando Scopy era pequeña —les recordó Terry— vivía en una casa que no tenía teléfono.

Beechy, tan sensible como siempre, ya se disponía a llorar al pensar en la privación de Scopy; pero la institutriz intervino severamente:

—Vamos, Beatrice, no seas «extranjera»...

Y la narradora continuó:

—El caso es que no podían desayunar y...

—¡Ya sé! ¡Ya sé! Se murieron de hambre. ¡Poverini! —se lamentó Beechy, trasladando de inmediato su pena hacia afuera y lanzando al cielo sus bracitos morenos de angustia ante la idea.

—Todavía no. Porque en la orilla del bosque se encontraron...

—¿Qué bosque? Antes no había ningún bosque —dijo Zinnie cortantemente.

—Antes no, pero ahora sí; porque todos los árboles y las flores del papel pintado se habían desprendido de la pared y habían salido al jardín para crecer y para que los grandes pájaros amarillos tuvieran donde construir sus nidos y las cebras donde...

—¡Cabras! Sólo había una cebra —curiosamente, el comentario vino de la indiferente y en apariencia madura Blanca.

—¡Idiota! Él ya había estado casado y tenía un montón de preciosos huerfanitos y tres hijastros, como nosotros. Y la señora Cebra también tenía una gran familia; no, tenía dos familias —anunció Zinnie, enumerando los grupos sucesivos con sus dedos regordetes.

—¡Qué suerte para la cebra! Y luego todas las cebritas se quedaron juntas para siempre jamás. Di que sí... Judith. ¡Dilo! —clamó Beechy.

—Claro que sí. (Zinnie no está bien que insultes a Blanca.) Pero mientras tanto Policarpo y Nana se morían de hambre, porque el reloj se había parado y la cocinera se había marchado con la cebra.

—Y tenían mucha hambre... se morían de hambre poco a poco... —se deleitó Zinnie.

—Sí; pero en la orilla del bosque se encontraron con un caballero, grande y alto, que iba en un carruaje con un poni...

—¿Qué es un poni?

—Un caballo del tamaño de Bun...

—¡Ah! ¡Soy un poni! —exclamó Bun, pateando y relinchando.

—Y el carruaje iba lleno, completamente lleno de... ¿de qué creéis? —concluyó Judith. Y su pregunta quedó ahogada por un grito general de «¡Naranjas! ¡¡¡No, noranjas... zoranjas!!!», en medio de un barullo de saltos, mientras Boyne, en el momento de máxima intensidad dramática, desataba servicialmente sus preciados paquetes y la señorita Scope y Nanny murmuraban:

—Tranquilos, niños, tranquilos...

—Ha llegado el momento de correr a toda mecha hasta la catedral.

Deslizó la mano bajo el brazo de Judith y la condujo por el claustro hasta la grande y sonora basílica. Al principio, tras la larga sesión en la terraza inundada de sol, el lugar pareció velado por una impenetrable oscuridad, pero poco a poco los enormes muros y tímpanos empezaron a brillar con un resplandor propio y sobrenatural: el de la densa luz de los mosaicos de oro, sombras y llamas de colores que revelaban la silueta de santos, profetas, reyes y sabios en tenues y solemnes tonos. Boyne condujo a la niña hasta una de las columnas de la nave, para sentarse en el saliente de la base.

—Desde aquí puedes ver...

Pero Boyne comprendió entonces que Judith no veía nada. Su menudo perfil apuntaba atentamente en la dirección que él indicaba, la cabeza hacia atrás y los labios separados, las largas pestañas dibujando un arco ascendente sobre la palidez de su piel; mas nada ocurría en aquel rostro en el que habitualmente se escenificaban tantas emociones.

Permaneció así un buen rato, y Boyne no se movió ni habló de nuevo. Finalmente, la niña se volvió hacia él y, con voz tímida (era la primera vez que Boyne advertía esa timidez), dijo:

—Supongo que soy mucho más ignorante de lo que usted imaginaba.

—¿Quieres decir que todo esto no te interesa demasiado?

Judith bajó la voz para responder:

—Me parece que todas esas figuras me dan un poco de miedo —y añadió—: Me alegro de no haber traído a Chip.

—¡Pero bueno! —Boyne dejó caer su mano sobre la de Judith, sin poder evitar una débil risa. ¡Qué infantil se había vuelto en cuanto se separó de sus hermanos!

—Pero quiero admirarlo —continuó en tono serio—, porque usted lo admira, y Scopy dice que usted sabe un montón de cosas.

—Lo importante no es saber... —empezó a decir Boyne, pero se interrumpió, pues, a fin de cuentas, ¿no se trataba exactamente de eso? ¿Cuántos miles de asociaciones, ligadas a imágenes almacenadas en el cerebro, a recuerdos de libros, de cuadros, de grandes nombres y hazañas, se tendían entre él y esas visiones sobrehumanas, trazando un camino que iba de su propio mundo al de ellas? Sí; había sido una estupidez por su parte esperar que una niña de quince o dieciséis años, educada en la más absoluta ignorancia del pasado y sin más comprensión que un salvaje de las sutilezas y los simbolismos del arte, pudiera sentir algo en Monreale que no fuera opresión ante aquel escenario terriblemente irreal. Y sin embargo se sentía decepcionado, pues se había entregado a la tarea masculina de ofrecer a la mujer ese momento especial con todos los matices que hacían de la vida algo interesante para él.

«¡Mujer... pero si no es una mujer! Es una niña.» Lo más absurdo de todo era el hecho de pensar en ella como algo distinto. Extrañamente molesto consigo mismo y con ella, se levantó, dando la espalda con impaciencia al abismo dorado del ábside.

—Vamos, hace fresco aquí, después de tanto sol. Los jardines son más bonitos.

Judith se detuvo un momento en la puerta para contemplar con un punto de nostalgia la poderosa perspectiva que estaban a punto de abandonar.

—Creo que algún día tendré ganas de volver aquí —dijo.

—Ah, muy bien, volveremos juntos —respondió mecánicamente.

Pero una vez bajo el sol, con los niños brincando a su alrededor y conduciéndola entre alegres gritos hacia el lugar de la merienda, volvió a convertirse en una mujer: alegre, competente, serena, y plenamente dueña de la situación...

Sí; decididamente, cuanto más la observaba Boyne, mayor era su asombro, más difícil le resultaba situarla en el tiempo y en el espacio. Ni siquiera sabía su edad —calculaba que entre quince y diecisiete— y tampoco había decidido si era o no era guapa. Hacía tan sólo un momento, en la catedral, le había parecido casi boba, con la boca abierta y esa piel que parecía mortecina cuando no era iluminada por la alegría, el pelo castaño y denso, simplemente castaño y denso, sin esa magia que infunde en el pelo de algunas mujeres la misma vida que sus labios, y la nariz pequeña e impersonal, una nariz ni perfectamente dibujada, como la de Blanca, ni graciosa y descarada como la de Zinnie. Al catalogarla parecía quedar reducida a un puñado de rasgos

negativos; pero allí, bajo el sol, con el sombrero cubriéndole el pelo revuelto y todos los niños alborotados a su alrededor, su boca se convertía en llama, sus ojos en fuentes de risa y su cuerpo delgado y frágil en un temblor de luz; no sabía de qué otro modo describirlo. Fuera lo que fuese, lo era sólo intermitentemente, como si su cuerpo no fuera más que un mero vehículo de sus estados de ánimo, la proyección de sucesivos temores, esperanzas y ardores, sin apenas una identidad material propia. Le pareció extraño que una muchacha tan imponderable y escurridiza fuera hija de dos personalidades tan sólidas como recordaba que eran sus padres. Para encontrar algo de la Joyce Mervin que él había conocido, alta, enérgica y con enjundia, había que fijarse en Blanca, no en Judith. Si Blanca no hubiera tenido que compartir una parte de sí con Terry, habría sido una réplica perfecta de su madre. Pero Judith era como un pensamiento, una visión, una aspiración, cualidades todas ellas que nunca habrían podido atribuirse a la señora Wheeler. Y cuando el exhausto y adormilado grupo volvió a apelotonarse en el coche, Boyne aún no había decidido cómo era físicamente Judith, y mucho menos si de verdad le parecía guapa.

Esa noche se quedó dormido escribiendo una carta para la mujer de los Dolomitas. «... lo que imaginarías. Una extraña criatura que se transforma cada hora y que apenas parece dotada de personalidad propia, salvo cuando ejerce de madre de sus hermanos. Entonces resulta extraordinaria: compañera, madre e institutriz al mismo tiempo; y todo en el mejor de los estilos. Pero cuando no está con ellos, buscas a tientas su verdadera identidad y encuentras un instrumento con el que el viento juega a su capricho, un espejo que refleja las nubes, una extraña y pequeña placa sensible, muy pequeña y muy sensible...». Y en un último instante de prudencia, antes de que el sueño lo venciera por completo, añadió: «La pena es que no sea nada guapa».

V

«Me ha interesado mucho la pintoresca descripción que haces de la niña-madre (suena casi tan repugnante como “niña-esposa”, ¿verdad?) que guía a esa familia tan heterogénea por toda Europa mientras los padres se divierten en Venecia. ¡Qué buen ejemplo de las maneras modernas! ¡No, no de las maneras —pues se han perdido— sino de las costumbres! Estoy segura de que si conociera a esa niña me enamoraría de ella, como es evidente que te está pasando a ti. Por suerte te marcharás pronto, de lo contrario te veré llegar con una niña-novia como en las películas y una tribu de seis (¿o son siete?) hijos adoptivos. No imagines que, en tal caso, aceptaría el puesto de institutriz.» Y a continuación, p.s: «Naturalmente, es guapísima; de lo contrario no te habrías

tomado la molestia de decir que no lo es».

Una de las magníficas cartas de Rose Sellars: inteligente, comprensiva y con sentido del humor. ¿Por qué se sentía Boyne súbitamente abatido al leerla? ¿Sería tan sólo una menudencia... deliberadamente preparada? Sí; si la señora Sellars destacaba especialmente en un arte, era en el de los preparativos. Se entregaba a las cosas —a las cosas más sencillas— con la destreza de un jinete que dirige al caballo hacia una valla de cinco barras. Su vida entera había sido una sucesión de adaptaciones, de ajustes, de cambios de luz, de velos caídos, de pantallas y cortinas retiradas. Nadie era capaz de organizar una habitación la mitad de bien que ella; y había organizado su vida y a sí misma con el mismo talento. Disponía de materiales muy modestos, indignos de ella en todos los sentidos, pero, así como sus hábiles manos eran capaces de transformar un fular en una funda de diván o de arrugar un poco de papel para confeccionar una lámpara, también había logrado, a partir de medios mediocres un marido mediocre, una fea casa en Nueva York y un anodino grupo de amigos neoyorquinos, crear algo distinto, personal y casi apasionante, tanto que en su pequeño mundo la gente acostumbraba a decir «Rose Sellars» como sinónimo de inteligencia y originalidad.

Sí; tenía ese talento, y lo empleaba tranquilamente, discretamente, dando un toque aquí, un matiz allá, sin salirse nunca del marco doméstico y social que le era propio. Su originalidad consistía, habida cuenta de la época, en esa consistencia y esa continuidad. Era eso lo que a Boyne le había atraído de ella en los tiempos de sus grandes viajes, cuando, al regresar de un duro proyecto de ingeniería en Rumanía, Brasil o Australia, hallaba en su siempre cambiante Nueva York el sólido cimiento de la puerta de la señora Sellars, siempre la misma puerta en el mismo número de la misma calle, con los mismos grabados de Whistler y las mismas acuarelas de Sargent en las paredes de la sala de estar, y la misma serena bienvenida junto a la misma chimenea.

A lo largo de su años de hombre sin hogar, la estabilidad de la señora Sellars le había agradado muy especialmente: cómo, cada vez que Boyne regresaba, ella se había limitado sencillamente a añadir algo más a su persona, como una rosa que despliega otro pétalo. Una rosa a pleno sol habría estallado más rápidamente para convertirse en flor; pero la peculiaridad de la señora Sellars residía en parte, como dice Heine, en el hecho de ser un canario en una ventana orientada hacia el norte. No exactamente hacia el norte, sino unos cuantos grados hacia el noroeste, para recibir no los primeros rayos del sol, sino su espléndido declive. No recordaba Boyne que hubiese sido nunca joven, una joven inmadura, como la niña sobre la que intercambiaban cartas llenas de humor y que, en algunos otros sentidos, superaba a la señora Sellars en experiencia por su precocidad. Pero la edad de una mujer era algo que nunca venía a cuento. Cuando un hombre amaba a una mujer ésta siempre tenía la

edad que él quisiera; y cuando dejaba de amarla se convertía en demasiado vieja para los hechizos o en demasiado joven para la técnica. «Y cinco años son demasiado tiempo», concluyó de nuevo, experimentando esa leve aprensión que siempre lo embargaba cuando pensaba en su próximo encuentro con ella.

Cinco años eran demasiado tiempo; y esos cinco en particular habían transformado la situación, y acaso también a su heroína. La mujer a la que iba a ver era una nueva Rose Sellars. Cuando se despidieron por última vez ella seguía siendo una mujer casada: resignada, ejemplar y fiel pese a los alegatos del marido; ahora era una viuda. La palabra estaba llena de molestas connotaciones, y Boyne ya había empezado a preguntarse hasta qué punto la atracción que sentía por ella respondía a la circunstancia de no poder alcanzarla. Estaba muy bien decir que él «no era de esa clase de hombres»: de los que se cansan de una mujer en cuanto ven que podrían tenerla. Eso no eran más que palabras: en cuestiones de sexo y sentimiento, como bien sabía él, un hombre siempre era distinto en todas las ocasiones que se presentaban. Sólo yendo a verla a los Dolomitas descubriría realmente qué era lo que tanto le había fascinado de Rose Sellars. Y allí se dirigía.

—¿Podríamos charlar un momento, señor Boyne?

Boyne, que se había retirado de cubierta por el resplandor, el calor y la actividad del resto del pasaje, estaba tendido en la cama, libro en mano, en ese estado de apatía propio de la sobremesa. Su visitante se apoyaba en la puerta, esbelto y vestido de gris: Terry Wheeler, con las mejillas levemente sonrosadas y el brillo de esos ojos con largas pestañas, que por momentos conferían a su rostro de chico honrado una belleza tan dolorosa.

—Naturalmente que sí, caballero. Pasa. Estarás mejor aquí que en cubierta hasta que refresque un poco.

Terry se quitó la gorra y se dejó caer en la silla, junto a la cama de Boyne. Habían compartido camarote casi por espacio de quince días y alcanzado el estado de intimidad que induce la cercanía cuando ésta no despierta el odio; pero Boyne había tenido pocas oportunidades de conversar con el muchacho. Terry siempre estaba dormido cuando él regresaba y Boyne se levantaba mucho antes que él, a quien la vigilante señorita Scope obligaba a guardar cama cuando él ya había comenzado su higiene personal con toda calma. Para entonces Boyne se había formado una idea clara de las características de los distintos Wheeler, pero Terry era quizá aquél con el que menos tiempo había pasado, y el tono solemne del muchacho, junto con su adulta manera de expresarse, lo llevaron a apartar su libro con cierta curiosidad.

—¿Qué puedo hacer por ti, Terry?

—Convencerlos de que necesito un preceptor.

—¿Convencerlos?

—A los Wheeler... a mis padres —corrigió Terry. Boyne sabía que los niños se referían a sus padres con frecuencia por su apellido. La señorita Scope le había explicado que esa costumbre tenía su origen en el hecho de que, en el caso de la mayoría de los niños con quienes habían compartido ratos de juego a lo largo de su vida errante, los nombres «padre» y «madre» se aplicaban sucesiva o simultáneamente a muchas personas distintas; ciertamente, una niña de lo más sorprendente, con rizos negros y grandes pendientes de perlas a la que habían conocido en Biarritz el año anterior, tenía la costumbre de entregar a cada uno de sus nuevos compañeros un cuadro mecanografiado con los distintos matrimonios de sus padres y las sucesivas adopciones de que la pequeña había sido objeto.

—Ahora todos hacen lo mismo; hablan de sus distintos padres por sus apellidos. Mis niños han adquirido el hábito de los demás, aunque en su caso, por fortuna, ya no es necesario ahora que su papá y su mamá están juntos de nuevo.

—Me refiero a mi padre y a mi madre —repitió Terry—. Hágales comprender que necesito una educación. No hay tiempo que perder. Usted podría hacerlo —Terry fijaba en Boyne sus ojos febriles —demasiado febriles, lamentablemente—, y tenía esa expresión de angustia precoz que en ocasiones hacía parecer a Judith tan asombrosamente madura.

—Mi querido muchacho; por supuesto que haré algo por ti. Pero no creo que vaya a ver a tus padres en esta ocasión. Tomo un tren en cuanto llegemos a Venecia.

El rostro de Terry se ensombreció:

—Vaya. Lo siento. Y Judy también lo lamentará mucho.

—Eso está muy bien por su parte... y por la tuya... Pero...

—Claro; comprendo que quince días con todos nosotros son suficientes para cualquiera —admitió Terry—. De todos modos, Judy y yo esperábamos que se quedara en Venecia un par de días. Pensábamos que podría hacer por nosotros un montón de cosas buenas.

Boyne seguía observándolo con atención.

—Me alegraría mucho poder hacerlo. Pero temo que exageráis mi capacidad de influencia. Hace muchos años que no veo a vuestros padres. Apenas se acordarán de mí.

—De eso se trata precisamente; será usted una novedad —dijo Terry con

astucia.

—Bueno... Si eso es un incentivo... En todo caso, ten por seguro que haré lo que pueda... si puedo cambiar mis planes...

—¡Ojalá pueda! Nunca he tenido a nadie que pueda hablar en mi nombre. Scopy no pinta nada para ellos y, como es natural, piensan que Judy es demasiado joven para entender de educación; sobre todo teniendo en cuenta que ella no la ha tenido. Ni siquiera sabe ortografía; escribe estómago con «hache». Y a mí me dejan que siga así, sólo con niñeras y maestras de párvulos (Scopy no es más que eso), como si no fuera mayor que Bun, cuando tengo una edad en la que la mayoría de los chicos dejan la escuela primaria — la vehemencia de su alegato le encendía el rostro, y el rubor quedó adherido a sus mejillas en dos manchas de intenso color—. Claro que —siguió diciendo—, Judy opina que no soy justo con ellos, que no me acuerdo del dineral que han gastado en mí en médicos, clima y todas esas cosas. Una vez me mandaron al colegio, pero tuvieron que sacarme por la fiebre... Todo eso ya lo sé. Pero al sacarme del colegio me estafaron: tuve que volver otra vez con Scopy y Nanny, sin un amigo a quien hacer una pregunta o por quien tener alguna pista de lo que otros chicos aprenden. El verano pasado, en St. Moritz, conocí a un chico bastante mayor que yo que también era bastante delicado, y tenía un nuevo padre que era un gran lector y le había ayudado muchísimo, y le buscó un preceptor; había empezado a leer a César y estaba estudiando los verbos griegos... y eso que también le subía la fiebre por las tardes. Yo le dije a Judy: «Para que veas». Y ella dijo que sí, que sería estupendo para mí tener un preceptor. El padre de ese chico me dejó que trabajase un poco con él durante dos semanas. Pero tuvimos que marcharnos... uno de nuestros problemas —Terry calló un momento— es que nos marchamos eternamente de todas partes. Pero supongo que a todos los niños les pasa lo mismo, ¿verdad?, divididos entre tantos padres que viven en lugares distintos y que tanto se pelean para ver con quién se van los niños, y encima los abogados lo cambian todo cuando crees que por fin se han puesto de acuerdo... Es natural que los niños tengan que andar de un sitio a otro cuando son pequeños. Pero Scopy dice que los padres más adelante se establecen —añadió un punto de interrogación a su comentario, y Boyne, sintiendo que esperaba una respuesta, declaró con convicción:

—Claro que sí. ¡Qué diantre!

Boyne recordó entonces el tibio capullo de costumbres que había envuelto sus años de infancia y de colegio, y que había dado tiempo a que una pantalla de escenas y caras familiares se formase a su alrededor antes de ser arrojado al mundo. Lo primero que le había llamado la atención de la pequeña tribu genéricamente llamada los Wheater había sido verlos tan desprotegidos, tan desnudos en la tempestad, como si se hubieran saltado una etapa de

crecimiento oculto para la cual los Hoteles Palace y los expresos de la Riviera no proporcionaban suficiente resguardo. Se sentía incapaz de aguantar con la mirada el angustiado interrogatorio de Terry y comprendía por qué la señorita Scope había apartado la vista cuando le habló del muchacho.

—¿Establecerse? ¡Claro! La gente tiende a eso a medida que se hace mayor. ¿Acaso tus padres no lo están demostrando ya? ¿No han vuelto a uniros a todos, por así decir? —parpadeó ante el exagerado optimismo de su tono. Era un asunto muy delicado, en circunstancias así, encontrar el tono exacto.

—Sí —asintió Terry—. Puede dar esa impresión. Pero sé de chicos que también lo pensaban y a los que luego han engañado. El problema es que nunca estás seguro de cuándo los padres empiezan a sentirse realmente mayores. Sobre todo ahora que los médicos descubren cosas para rejuvenecerlos. De todos modos —dijo, en tono más esperanzado—, si pudiera usted decirles una palabra, estoy seguro de que eso significaría muchísimo. Y Judy también está segura.

—En ese caso no te quepa duda de que lo haré. Me quedaré un par de días y haré lo que esté en mi mano —le aseguró Boyne, tirando por la borda fechas y planes.

No estaba seguro Boyne de que la petición de Terry no se hubiera anticipado a un secreto deseo propio, no tanto de posponer su llegada a Cortina (eso nunca lo admitiría) como de retrasar el momento de separarse de sus nuevos amigos, especialmente de Judith. La merienda en Monreale se repitió con éxito en otros escenarios clásicos; y en el curso de las alegres y bulliciosas excursiones a la costa y de los largos días azules pasados en cubierta, Boyne había ido adentrándose poco a poco en la cálida vida animal que destilan los niños felices y sanos. Todo lo relacionado con los pequeños Wheeler y sus «hermanastros» estimulaba el interés y la simpatía de Boyne tanto como la fragilidad del vínculo que unía a los niños y su decisión de que éste no se rompiera. Encontraba algo trágico en el mero hecho de esta determinación, pues implicaba una amplitud de experiencia y una capacidad de anticipación que excedía con mucho a la natural imaginación infantil. Por sus propios recuerdos sabía que para un niño normal la separación es algo demasiado impreciso para inquietarse de antemano, algo que, llegado el caso, se atenúa gratamente por la emoción de la novedad y la alegría que supone librarse de la rutina, algo que constituye una fantástica aventura. No recordaba que a él le importara marcharse de casa (al mar, a un campamento de verano o a casa de una tía) cuando un bebé estaba a punto de llegar a la familia, siempre que le permitieran llevarse sus juguetes mecánicos. Cualquier lugar con suelo para construir grúas, puentes y ferrocarriles resultaba perfecto; y si había una playa con arena en la que cavar y hacer túneles, con agua para embalsar,

entonces se sentía en la gloria, aunque las gachas no fuesen tan buenas como en casa y no estuviera su madre para leerle cuentos después de la cena.

No podía sino conjeturar que lo que para él habían sido cambios habría significado estabilidad para los Wheeler, y que los cambios eran para ellos algo tan radical y doloroso como para Boyne podría haber sido ver sus juguetes destrozados o a su ratón blanco muerto de hambre. Que eso implicara una separación duradera de ese cálido entorno de personas, mascotas y objetos llamado hogar habría resultado tan impensable para el niño que fue Boyne como lo era la estabilidad para los niños de los Wheeler.

Judith le había contado que la mayoría de sus amigos (por lo general conocidos en el mundo de los Hoteles Palace) se hallaban en la misma situación que ellos. Tal como había dicho Terry, cuando eres pequeño es inevitable desplazarse de un sitio a otro; y cuando Judith ofreció a Boyne algunas de las razones por las que el grupo se había aliado en contra de tanto cambio permanente, éste experimentó esa desagradable sensación con la que un espectador presencia la tortura de un animal. El caso de la pobre Doll Westway, por ejemplo, apenas un año mayor que Judith, con quien habían compartido un verano en Deauville; ¡y luego...!

Era una situación espantosa... sin duda. Y la resolución de Judith para que sus hermanos no volvieran a verse expuestos a semejantes peligros había conmovido a Boyne como el gesto de una Juana de Arco. A medida que iba conociendo mejor el carácter de cada uno, que medía la distancia entre la fría introversión de Blanca, atenuada sólo por el impaciente deseo de aprobación de su gemelo, o el pródigo autoabandono de Beechy, el desapego y el descaro de Zinnie o el sinuoso egoísmo de Bun, observaba el juego de las relaciones entre estas jóvenes personalidades y se maravillaba de que el amor de Judith Wheeler por todos ellos pudiera establecer un vínculo más fuerte que la suma de sus respectivas herencias. Pero así era. Los había visto aliarse contra la hermana mayor cuando se les antojaba algún capricho, y podía imaginarlos capaces de oponer un frente impenetrable bajo el liderazgo de Judith. No le cabía duda de que los Wheeler permanecerían unidos si sus hijos se empeñaban; y desde luego que le pondrían a Terry un preceptor si éste se lo pedía. ¿Cómo era posible, viendo a Terry, no darle lo que deseaba?, se preguntaba Boyne. Al menos él estaba dispuesto a acompañar al grupo hasta Venecia y asistir a la reunión. Además, empezaba a sentir curiosidad por ver a los propios Wheeler.

La bienvenida de los Wheater no dejó lugar para la duda. Nada más entrar en el amplio vestíbulo del hotel del Gran Canal donde se alojaba el matrimonio, Boyne reconoció a Cliffe Wheater en el llamativo personaje que parecía llenar el espacio semivacío con su exuberancia. Cliffe Wheater parecía el mismo que en Harvard, con la sola diferencia de que tanto él como su cigarro habían engordado sustancialmente. Tampoco Wheater tuvo dificultad para identificar a Boyne.

—¡Hola! —exclamó, haciendo retumbar el vestíbulo y obligando a la delgadísima dama con la que conversaba, que vestía un sobrio traje gris adornado por un interminable collar de perlas, a volver la cabeza hacia el recién llegado con un ligero mohín de reproche. La mueca no desapareció hasta que la mujer posó su mirada en Boyne, quien comprendió al punto que el reproche no iba dirigido a él. La mujer tenía un rostro suave y ovalado, tan dulce y vacío como el busto de madera donde se colgaban los sombreros en casa de la abuela de Boyne: los mismos labios rojos y brillantes, y los ojos azul-grisáceo, con las pestañas largas y rizadas (igual que las del busto), como pintadas sobre los párpados. Boyne tuvo la impresión de que su actitud de extrema tranquilidad respondía al temor de alterar la armonía de sus rasgos faciales.

—¡Querido Martin! —susurró en voz baja, ofreciendo una mano cargada de anillos; y Boyne supo que estaba en presencia de la antaño arrolladora Joyce Wheater, quien, en su nuevo estilo, se alegraba de verlo tanto como siempre—. He envejecido tanto que no me has reconocido. ¡Yo te habría reconocido en cualquier parte! —le reprochó con la misma voz suave y de plata.

—¿Envejecer... tú? —tartamudeó Boyne; pero los halagos que ella a todas luces esperaba escuchar fueron interrumpidos por el marido.

—¡Yo también lo habría reconocido! Ni un kilo más de carne después de tantos años. Me gustaría saber cómo lo haces. Qué bien lo pasábamos en los parques de John Harvard, ¿eh, Martin? ¿Te acuerdas de esa chica de Cambridge a la que le leías poesía? ¡Poesía! ¡También era muy guapa! «Vamos al jardín, Maud» ... ¡Entonces se decía «jardín»! Y ahora me entero de que eres amigo de mi hijo... No me refiero a Chipstone, claro —esbozó una amplia sonrisa—, sino al pobre Terry... ¡Vaya, ya viene toda la tropa! Joyce, es que... ¿no les has dicho que se alojaban en la Pensión Grimani? Todos menos Chip, por supuesto. No podemos estar sin Chipstone, ¿verdad que no? Aquí llegan todos. Con Judy a la cabeza, como siempre. ¡Hola, Judy! Chippo, camarada, ¿cómo te va? Chócala, hijo —cogió al pequeño de los brazos de Judith, mientras los demás esperaban, un poco chafados, aunque en modo alguno sorprendidos, a que el orgulloso padre acabase de llenar bien los ojos con la belleza de su última hazaña—. ¿Te has fijado, Joyce? ¡Mira al querido Chippo! Ha engordado lo menos tres kilos desde la última vez... Te

aseguro que... ¡tócale la pantorrilla! Dura como una pelota de tenis... Y todo el mérito es tuyo, Judy. Anda, llévalo a la habitación que está al lado de la de tu madre... Ya me gustaría que tú tuvieras las mismas piernas, Terry...

—¡Mira las mías! ¡Te las puedo enseñar enteras! —gritó Bun, saludando con una voltereta las muestras de cariño, mientras Blanca, en silencio y con los ojos muy abiertos, clavaba su absorta mirada en la diadema de oro que la madre lucía entre su laberinto de rizos, y Joyce apretaba a los niños, uno por uno, contra las perlas de su pecho.

¿Ponerle a Terry un preceptor? ¿Idea del chico, claro? Qué muchacho... siempre husmeando en los libros. Wheeler pensaba que Terry tenía ya conocimientos suficientes para ser preceptor suyo. Tenía gracia, siendo su hijo. Estaba destinado a ser doctor en Teología; o presidente de una Universidad. ¡Para que luego hablen de la herencia! ¡Quién iba a imaginar que Joyce y él engendrarían semejante prodigio! Ojalá que Chipstone no se convirtiera también en doctor en Teología. Desde luego que le pondrían a Terry un preceptor... ¿verdad que sí, Joyce? El chico tenía mucha razón; no podía seguir perdiendo el tiempo con las niñas... ¿Por casualidad sabía Boyne de algún tutor? Wheeler nunca se había parado a pensar en ello. En los colegios sí, desde luego... siempre quiso enviar a Terry a Groton, pero hacía un frío del demonio y tuvo que descartarlo...

Los tres amigos se sentaron después de cenar en la terraza del apartamento de los Wheeler, sobre el Gran Canal repleto de góndolas y salpicado de luces, abarrotado de veloces lanchas a motor que dejaban una estela de ondas y volutas de cristal. No había nada que hacer en Venecia al principio de la temporada, según Cliffe; la ciudad estaba muerta como una tumba. Pero les venía bien para reunirse con los niños y pasar unos días con ellos antes de mandarlos a Engadine o a Leysin. Además, los Wheeler iban a recoger su nuevo yate a vapor; el Niña Bonita: una auténtica preciosidad. Tenían pensado hacer un breve crucero antes de salir para Cowes, y Venecia era un buen lugar para recoger la embarcación. Por cierto, si a Boyne le apetecía, podían acercarse hasta la Piazza para tomar un helado en Florian y dar luego una vuelta por el Canal... No era un plan apasionante, pero Cliffe no podía proponer nada mejor, dadas las circunstancias. Sin embargo, Boyne dijo que podían quedarse donde estaban; y Joyce, encogiéndose de hombros y haciendo resbalar el tirante del vestido por el blanco hombro, observó que Cliffe nunca «podía» quedarse donde estaba, pero que nadie le impedía arrasarse Venecia si eso era lo que le apetecía...

—¿Cómo voy a arrasarse nada en esta época del año? Aquí no hay más que chicos con sus guías de viaje y solteronas que se hacen fotos dando de comer a las palomas. Los hoteles están llenos de viejas... Oye, dime una cosa, sobre el asunto del preceptor. ¿No has conocido a nadie en tus viajes que pudiera valer,

Martin? ¿Algún universitario?

Martin creía que no; pero la señora Wheeler, levantando el brazo para lanzar el cigarrillo al Canal, dijo:

—Yo conozco a un preceptor.

—Diablos... ¿tú? —preguntó su marido con una carcajada de incredulidad—. ¿Otro cigarro, amigo? Estos Coronas no están nada mal... los hacen especialmente para mí —desprendió la vitola dorada de un cigarro y acercó el encendedor.

—Conozco a un preceptor —repitió la señora Wheeler—. Es la persona perfecta, si logramos convencerlo para que acepte el trabajo.

—¡Hay que ver! ¿De dónde lo has sacado?

Joyce guardó silencio un instante, antes de decir:

—He recorrido los museos con él. Es la primera vez que vengo a Venecia. Fanny Tradeschi lo trajo de Inglaterra como preceptor de sus hijos, pero como se aburría mucho aquí se marchó corriendo a París y lo dejó tirado. Se llama Ormerod... Gerald Ormerod. Será todo un privilegio para Terry, si logramos convencerlo...

—Seguro que yo lo consigo. No creo que Fanny se acordara de liquidar cuentas con él antes de irse.

—Pues no; pero es un joven muy orgulloso. Será mejor que no emplees ese tono con él, Cliffe.

—¿Qué tono? ¿El de preguntarle cuáles son sus honorarios?

—El de gritar a pleno pulmón, como si todo el que fuera menos rico que tú estuviera sordo —dijo su mujer, afilando ligeramente su voz de plata.

—¡Vaya! ¿Es eso? Muy bien; arréglate con él a tu manera. Me voy a dar una vuelta. ¿No vienes, Martin? Bueno, hasta luego... No puedo entender cómo te has metido en esa pensión destartalada con los niños; seguro que habría podido sobornar al gerente para que te diera una habitación aquí... Pero haz lo que quieras. Puedes planear con Joyce una excursión para mañana; ¡aunque nada de museos para mí, gracias! Oye, ¿crees que molestaré al señor Chipstone Wheeler si me asomo a verlo un momento de camino? Mira... mis zapatos no hacen nada de ruido... ¡Bah, qué importa! Pasaré de todos modos...

De la Joyce Mervin que Boyne conoció en su juventud, de la joven Joyce Wheeler de sus primeros tiempos de matrimonio, no parecía quedar nada en la esbelta mujer acodada en la terraza junto a Boyne. La Joyce de entonces era grande, fuerte y alegre, dotada de una sensibilidad natural; la de ahora parecía

haber sufrido un proceso de desmaterialización (seguro que había especialistas en la materia) cuyo resultado era un cuerpo traslúcido e imponderable que encerraba una pepita de espíritu pequeña y dura.

—Es imposible que Cliffe aprecie los matices —murmuró Joyce para su cigarrillo cuando Wheater se hubo marchado; luego, volviéndose hacia Boyne, dijo—: Pero ahora podemos charlar tranquilamente... como en los viejos tiempos, ¿no te parece? —se acomodó en su sillón y cambió sus mesuradas sílabas por una especie de locuacidad de acero que retumbó en la cabeza de Boyne como una lluvia de confetti. Declaró que se alegraba muchísimo de verlo, de veras; y él sabía que era sincera, ¿a que sí? Siempre había sido un amigo perfecto en esa época tonta en la que ella no era más que una niñata, con mucha menos experiencia que Judy... Por cierto, ¿qué pensaba Martin de Judy? ¿Se había dado cuenta de lo prodigiosa que era esa niña? Decididamente era mucho más madura y sabia que todos ellos, y el único ser humano capaz de ejercer alguna influencia sobre Cliffe...

Bueno: Cliffe... sí... Era muy amable y cariñoso por parte de Martin decir que se alegraba de que ella y Cliffe estuvieran juntos de nuevo; ella también se alegraba y se sentía cada vez más orgullosa de Chip; reconocía las cualidades del pobre Cliffe, siempre las había reconocido, aun en los peores momentos... Sin embargo, fingir ante Martin era inútil, como siempre; era evidente que Cliffe cayó en las peores manos cuando ella lo dejó... Estaba profundamente deprimido y acobardado por esa horrorosa mujer, esa Lacrosse... y el dinero se iba como el agua... Sí, ella, Joyce, había comprendido que era su deber recuperarlo, y así lo había hecho, porque aún creía en la santidad del matrimonio, a pesar de todo. Esperaba que Martin también lo creyera. Porque, sin eso, ¿cómo iba a seguir unida la sociedad? Aunque si una llegaba a sentir que vivir con un hombre, aunque fuera tu propio marido, exigía renunciar a los propios ideales, eso también era terrible, ¿o no? ¿No le parecía terrible a Martin?

Sí; Martin suponía que era terrible, pero también estaba convencido de que una pandilla de niños alegres eran el mejor sucedáneo de cualquier ideal que hubiera tenido en la vida. La señora Wheater se echó a reír, y su risa recuperó por un momento algo de su antigua resonancia; comentó que pensaba lo mismo y que ése había sido precisamente el argumento de Judy... Martin no podía imaginar lo maravillosamente bien que se había portado Judy durante esos días atroces en los que Buondelmonte la arrastró por el fango, ¡literalmente por el fango!

—La verdad es que hay cosas que ni siquiera a ti podría contarte, Martin...

Martin sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—En ese caso, espero que Judy no esté al corriente de ellas.

Los ligeros tirantes del vestido de la señora Wheeler volvieron a deslizarse por el hombro con un gesto despreocupado.

—¡Qué inocente! A los niños de hoy no hace falta contarles nada. Parece que han nacido sabiendo. ¿Es que no te has dado cuenta, mi querido Rip van Winkle? Te aseguro que Judy es como una madre para mí.

—Es una madre para demasiada gente, ¿no crees? —observó Boyne; a lo que la señora Wheeler respondió con satisfacción:

—¡Pero tú sabes que a ella le encanta! Es su afición. ¡Si hasta ha intentado hacer de madre con Zinnia Lacrosse! ¡Imagínate a una niña como Judy intentando enderezar a una estrella de cine! Y también daba buenos consejos a Buondelmonte... Pero esa pesadilla ya ha terminado, y ahora estamos todos juntos otra vez; el único problema sigue siendo el pobre Terry. Me preocupa mucho, Martin. ¿No te parece conmovedor que quiera recibir una educación como es debido? Porque para Cliffe la educación nunca ha significado nada más que carreras de coches y universidades deportivas. Por eso he echado tanto de menos... pero estoy decidida a que Terry tenga todas las oportunidades que yo no he tenido. Este preceptor del que te he hablado, Gerald Ormerod... ¿te importaría tener una entrevista con él mañana? Es inútil pedírselo a Cliffe; no hará más que gritar, fanfarronear y estropearlo todo. Gerald (lo llamo Gerald porque Fanny Tradeschi siempre lo llamaba así) es un chico de muy buena familia, y muy sensible... un idealista... no te figuras lo que ha significado para mí, estas últimas semanas, descubrir Venecia a través de los ojos de alguien que de verdad sabe apreciar la belleza... ¿Hablarás con él mañana de Terry, querido Martin? Estoy segura de que Cliffe aceptará el salario que tú aconsejes... y sería la salvación para nuestro pobre Terry contar con alguien realmente sensible y cultivado... y también para Bun... podría inculcar en Bun un poco de sentido común, porque a Scopy está empezando a írsele de las manos... No lo olvides, Martin: puedes fijar el salario que te parezca más oportuno.

VII

Dos días después, Boyne se encontraba tomando un café con Judith Wheeler sobre una desvencijada mesa de hierro, en el umbrío jardín de la Pensión Grimani. Había sobornado a una camarera para que les sirviera el desayuno fuera y escapar así del cargado ambiente del comedor de techo bajo, que aún conservaba los olores de la cena del día anterior, y lleno ahora de grupos de recatadas solteronas y pandillas de alegres colegiales, y de los ruidos omnipresentes del rincón donde Scopy y Nanny habían reunido a la

prole. Era el último día de Boyne en Venecia, y quería pasar una hora a solas con Judith. La familia aparecería en cualquier momento como una marea súbita, todos ellos: desde los padres, con el Niña Bonita esperando perezosamente a cierta distancia de San Giorgio, y una retahíla de motoras varadas en Fusina, hasta Beechy y Zinnie, peleando por sus nuevos lazos para el cuello comprados en la mercería, y la señorita Scope con una nueva lista de problemas para el verano: todos en busca del consejo de Boyne, de su simpatía, su consuelo o, al menos, su pasiva presencia en sus debates. La situación ponía a prueba la paciencia, y la ansiosa proximidad de los niños impedía disfrutar de un instante de intimidad. Pese a todo, Boyne se alegraba más que nunca de no haber cedido a la insistencia de los padres y haberse instalado en la Pensión Grimani en lugar de en el Palace. La mera existencia de los Hoteles Palace era una herida abierta para él. No es que fuera indiferente a las comodidades que ofrecían; nadie apreciaba más que él, generalmente exiliado en lugares remotos, un baño caliente entre azulejos blancos, o las lamparillas de noche eléctricas y la rapidez del servicio. Le encantaban los Hoteles Palace, pero aborrecía a la gente que los frecuentaba.

Había descubierto que Judy era de la misma opinión. Molestó un poco a Boyne que sólo el benjamín de los Wheater compartiera el lujo con los padres; parecía bastante cruel desterrar a los demás niños a la modesta pensión de la esquina. Había evitado en el momento la mirada de Judy, por miedo a encontrar en ella un reflejo de su propio pensamiento, pues empezaba a ser habitual que los sentimientos de la muchacha resonaran en el interior de Boyne. Pero ahora que al fin podían disfrutar de su primera charla desde que llegaron a la ciudad, supo que ninguno de esos sentimientos había estropeado el encuentro de los pequeños con sus padres.

Puede que a Judith y a Blanca les doliera un poco al principio. La pobre Blanca siempre se ponía celosa ante la efusividad de Joyce y de su padre con Chip. Además, le encantaba la elegancia y copiar el estilo de las mujeres chic que acudían al restaurante del hotel; y le encantaba dejarse ver junto a Joyce, tan elegante ella misma, y que otras mujeres preguntaran: «¿Esta niña es tu hijita? Se parece tanto a ti que la habríamos reconocido en cualquier parte».

Pero ésa era precisamente la razón por la que a las dos hermanas normalmente les disgustaba alojarse en los «Palace».

—Desde que se comprometió con el botones en Biarritz...

—¿Que se comprometió? —preguntó Boyne boquiabierto—. Pero, Judy... si Blanca apenas tiene once años.

—Yo también me comprometí a la edad de Blanca, con un mozo de la pista de hielo —confesó Judith, con la expresión nostálgica de una mujer madura que recuerda sus locuras de juventud—. Pero eso fue distinto. Era un chico

suizo muy guapo. Yo sólo le regalé un lazo del pelo y él me regaló un botón de su librea; y cuando se marchó a casa de vacaciones me enviaba tarjetas con edelweiss y nomeolvides secas. Pero estos niños modernos son diferentes. El de Blanca quería un anillo con una piedra de verdad; y era un chicarrón horroroso, con la nariz gorda y arrugada. Terry y yo no lo soportábamos. Scopy se enfadó mucho al descubrirlo y amenazó con escribir a mamá... por eso estamos mejor aquí. De hecho yo escribí a papá para decirle que nos buscara un alojamiento como éste, donde los niños pudieran alborotar y hacer ruido sin molestar a nadie. Yo lo encuentro muy alegre, ¿tú no, Martin?

Como es natural, lo llamaba Martin desde el segundo día en el barco de Argelia, y él sentía un escalofrío de placer cada vez que la oía pronunciar su nombre con esa voz joven como un trino.

Martin dijo que lo encontraba muy alegre y además se alegraba de que a todos les gustara tanto como a él. Judith preguntó entonces si el asunto del preceptor para Terry ya estaba resuelto y qué opinión le merecía a Martin el joven en cuestión. La respuesta a esta pregunta resultaba más delicada. Había tenido una entrevista con el señor Ormerod el día anterior, en la que Boyne se había mostrado vacilante e incómodo, mientras el preceptor hacía gala de una serenidad y una confianza absolutas. El señor Ormerod era un inglés joven y apuesto, que llevaba estampado el sello de la Universidad. Tenía el pelo muy rubio, un poco largo y ondulado, y había ironía en sus ojos grises y descontento en su boca. Parecía despierto, taciturno e inseguro, pero era culto e inteligente, y no cabía duda de que Terry aprendería más y ocuparía mejor su tiempo con él que con la señorita Scope. La incomodidad de Boyne procedía no sólo de la sensación de no ser apto para elegir el preceptor de nadie, sino de lo absurdo que resultaba hacerlo estando allí los padres del discípulo. El señor Ormerod, por su parte, no pareció ni sorprendido ni molesto. Había conocido a Terry y estaba seguro de que era un muchacho estupendo; sólo tenía reservas con respecto al salario. Boyne, que lo había establecido con la mayor consideración, comprendió al punto que, si bien lo ofrecido excedía de lo habitual, se hallaba por debajo del estándar del señor Ormerod. Explicó el joven que la princesa Tradeschi lo había abandonado sin la menor consideración, lo cual le había ocasionado un gran trastorno; sin embargo no podía ceder en ese punto. Boyne recordó las observaciones que Wheeler había hecho en su despedida e intentó sortear la dificultad incluyendo a Bun en el trato.

—Está el pequeño Buondelmonte; algo así como un hijastro de la pareja. La institutriz tiene dificultades para manejarlo y quizá pudiera usted ocuparse de él algunos ratos. En tal caso...

El acuerdo quedó así cerrado en beneficio del señor Ormerod, y Boyne pudo comunicar a los Wheeler que la educación de su hijo mayor comenzaría

al día siguiente. En ese momento debía responder a la pregunta de Judith.

—Me parece listo; pero no sé hasta qué punto hará trabajar a Terry.

—Será Terry quien le haga trabajar a él. Y si a Joyce le parece bien, yo me alegro del trato. Si ella no hubiera estado de acuerdo papá habría puesto reparos al salario. No es que no sea generoso con nosotros, pero no entiende que la gente quiera recibir una educación cuando no tiene necesidad. Siempre dice: «¿Y eso a qué conduce?» —Judith frunció el ceño pensativamente—. Yo no lo sé; ¿y tú? No puedo explicarlo. Pero si Terry lo desea estoy segura de que está bien. Tú has leído mucho, ¿verdad? No creo que yo deba preocuparme demasiado por leer... En todo caso, ¿a qué pensarlo si nunca tengo un minuto, por más que lo deseara?

Boyne le recordó que ya tendría tiempo más adelante, añadiendo que, ahora que sus padres habían tomado conciencia del asunto, podía aprovechar la situación para que la enviaran a un buen colegio, aunque sólo fuera para ponerse al nivel de Terry. Judith sonrió con un punto de tristeza, con la misma sonrisa tímida y dubitativa que Boyne había visto en la catedral de Monreale, sin lograr desentrañar su significado. La muchacha recobró al instante su aire de responsabilidad.

—¿Ir al colegio? ¿Yo? ¡Quisiera saber cuándo! Siempre tengo que ocuparme de los niños. Antes de que Chip tenga la edad de Terry ya seré demasiado mayor para ir al colegio. Además, no pienso separarme de los niños... ¡nunca! —pronunció esta última palabra con una estridencia que Boyne ya había oído en su voz cuando se trataba de proteger o reprobar a su prole—. Todos lo hemos jurado. Un día, en Biskra, hicimos el juramento de que nunca volveríamos a separarnos, pasara lo que pasara. Hasta Chip tuvo que levantar el puño y decir «Lo juro». Juramos sobre la Enciclopedia de remedios infantiles de Scopy. Y si las cosas volvieran a torcerse y yo estuviera en un colegio, ¿quién iba a ocuparse de que el juramento se cumpliera?

—Pero, ahora que los niños están a salvo con los tuyos, ¿no podrías olvidar el juramento y pensar un poco en lo que es mejor para ti?

Levantó los ojos con una expresión de desconcierto que la hizo parecer tan pequeña como Zinnie.

—¿Te gustaría que yo fuera al colegio?

Boyne le devolvió la mirada con idéntica seriedad.

—Me gustaría mucho.

A Judith se le subieron los colores.

—En ese caso, a mí también me gustaría.

—Entonces...

Judith negó con la cabeza, y el rubor desapareció de su rostro.

—No creo que llegues a entenderlo nunca... Ni tú, ni nadie. ¿Cómo voy a dejar a los niños en este momento? Tengo que pasar otros quince días con ellos en Suiza; éste no es lugar para Terry. Y si el señor Ormerod decide no venir con nosotros...

—¿Cómo no va a ir con vosotros? ¡Si se le ha contratado precisamente para eso!

Se encogió de hombros con impaciencia, como su madre, y miró a Boyne con gesto de profunda interrogación.

—¿Y si mamá no quisiera que él viniera con nosotros?

—¿Tu madre? ¡Si ha sido ella quien lo ha buscado! Ella lo conoce muy bien...

—Sí; le encanta descubrir Venecia con él —interrumpió rápidamente Judith en tono áspero. Esta vez fue Boyne el que se sonrojó. Apartó sus ojos de los de ella con tanta brusquedad como hacía la señorita Scope, y empujó la silla hacia atrás, como si fuera a levantarse. Judy se inclinó sobre la mesa y le tocó la manga tímidamente.

—¿He dicho algo que no te ha gustado, Martin?

—Has dicho una soberana tontería. Algo que no me gustaría nada oírte decir si fueras adulta. Pero a tu edad no es más que una tontería sin importancia.

Judith se puso en pie como el rayo, temblando de rabia.

—¿A mi edad? ¿Mi edad? ¿Qué sabes tú de mi edad? Tengo la misma edad que tu abuela. La edad de las montañas. Piensas que no debería decir cosas así de mi madre... pero ¿qué le voy a hacer si son verdad y además no puedo decírselas a nadie más que a ti?

Boyne nunca sabía a qué atenerse cuando Judith empleaba ese tono; no sabía si lo conmovía o lo ofendía. Había momentos en los que esa niña le daba miedo; momentos en los que daría la vida por que Judith tuviera cinco años más o por que no supiera lo que estaba diciendo. En esos momentos se apoderaba de él la imagen de Rose Sellars y se sorprendía intentando describir a su amiga a esa muchacha tan extraña, para descubrir que lo que tan claro le parecía a él se tornaba incomprensible en cuanto intentaba explicárselo a otros, especialmente a la señora Sellars. «No puedo evitarlo», se dijo con desesperación. Y en voz alta, observó impacientemente:

—Serás muy tonta si no vas al colegio.

En lugar de responder, Judith se limitó a decir con la misma mirada nostálgica:

—Si te quedaras tal vez pudieras prestarme algunos libros.

—Pero no voy a quedarme; me marcho mañana —respondió Boyne con enfado y sin volver la cabeza, con la incómoda sensación de que si miraba a Judith vería lágrimas en sus ojos.

La rabia de Judith se había esfumado. Boyne lo sabía sin necesidad de mirarla, y la sentía de pie junto a él, muy pequeña y muy pálida.

—¡Ojalá te quedaras, Martin! Hay tantas cosas aún por decidir... Papá y mamá no saben adónde ir a continuación, y cuando no tienen algo que hacer es cuando se pelean. No consiguen que nadie los acompañe en el yate hasta Cowes. Y, si tienen que renunciar al crucero, papá quiere ir a París y mamá recorrer en coche los pueblos de las montañas de Italia. (Por cierto, ¿tú sabes dónde están?) Y, si vuelven a pelearse, ¿qué será de nosotros, de los niños?

Boyne se volvió entonces y apoyó una mano en el brazo de Judith. Había un viejo banco, tan desvencijado como la mesa, bajo una especie de porche formado por las adelfas.

—Siéntate aquí, mi niña —Boyne se sentó a su lado, sonrió y encendió un cigarrillo para manifestar que se sentía cómodo y actuaba con imparcialidad—. Todo esto representa un enorme esfuerzo para ti, y lo sabes. Llevas demasiada carga sobre tus hombros y estás agotada: nada más. He pasado dos días con tus padres y no he visto ningún indicio de que las cosas vayan mal. Su único problema es que son demasiado ricos. Por eso están tan inquietos; es como cuando a un bebé le salen los dientes. Cada vez que tu padre se entera de que ha ganado otro millón es como si le saliera un diente nuevo. Y, cuando te salen muchos, duele. Pero no tardará en encontrar gente que lo acompañe en su crucero y para entonces ya habrá decidido sobre vuestro verano. Tus padres se darán cuenta de que éste no es buen sitio para Terry, y en seguida lo enviarán a las montañas para que empiece a trabajar lo antes posible.

A Judith pareció tranquilizarle el tono de Boyne, aunque éste pensó al principio que estaba demasiado nerviosa para prestar atención a sus palabras.

—Pero ¿qué clase de gente? —exclamó Judith desconsolada, al cabo de un rato.

—¿Qué clase de gente?

—La que los acompañará en el yate. Ésa es otra. Cuando estoy con mamá y papá no está, a veces todo me parece más fácil... aunque entonces me preocupan los niños. Cuando Joyce y papá están juntos hacen todo tipo de chaladuras con tal de enfrentarse el uno al otro. Se mezclan con gente horrible;

gente que bebe y que se pelea. Y cuando vuelven a discutir, como pasó cuando Buondelmonte le envió a papá la factura del Rolls-Royce...

—¿Buondelmonte?

—Sí; pero Joyce dice que no hablemos de eso nunca... nos lo tiene prohibido.

—Hace muy bien.

—Sí; pero es verdad. Y siempre se pelean y se meten en líos por culpa de la gente que conocen...

Boyne oyó entonces crujir la gravilla y vio que la camarera se acercaba con una tarjeta. Miró con recelo a Judith y a Boyne antes de entregar a éste la tarjeta, como si la ley irrumpiera de pronto en la alocada fiesta del caballero. Era una cartulina muy grande y rígida, que llevaba el nombre de marquesa de Wrench y debajo, con letra desgarrada y sin refinamiento: «Con el deseo de ver a mi hija Zinnie Wheeler». El «mi» estaba tachado y sustituido por «su». Luego de mirar la tarjeta con perplejidad, Boyne se la pasó a Judith, que se levantó de un salto con expresión de asombro.

—¡Debe de ser de Zinnia Lacrosse! ¡Pero si ha vuelto a casarse! Entonces, es verdad lo que Blanca vio en el periódico... —miró a Boyne con gesto interrogante—. ¿Crees que está aquí?

—¡Por supuesto que estoy aquí! —gritó una voz chillona y alegre desde la puerta; y entre la descuidada vegetación surgió una aparición resplandeciente de juventud, pintura y joyas, que se acercaba a ellos envuelta en una nube de perfume—. Hola, Judy... ¡¿Pero... eres tú?! —la recién llegada no miraba a Judith. Se detuvo para examinar a Boyne con ojos grandes como piedras preciosas engastadas entre los radios de unas pestañas maquilladas. Su cara era un óvalo perfecto, con una boca menuda y exquisitamente curvada y un aire de inocente corrupción que produjo en Boyne cierto desagrado cuando se volvió para abrazar a Judy—. Me alegro de verte, mi querida Judy... ¿Quién es tu amigo? —añadió, atravesando a Boyne con la mirada y cerrando luego los párpados. Había en sus gestos algo de automático y un punto exagerado.

—Es el señor Boyne. Un amigo de papá. Martin, ésta es Zinnia Lacrosse.

—¡No! Es la marquesa de Wrench. Me llaman sólo lady Wrench, salvo en las tarjetas de visita y cuando mi nombre sale en los periódicos o cuando hablo con los criados. Naturalmente, tú puedes llamarme Zinnia, como siempre, Judy. ¿Cómo está usted, señor Boyne? —murmuró la estrella, con un acceso de elegancia y tendiendo una mano lánguida. Pero cuando le dirigió estas palabras ya había dejado de prestarle atención y miraba por encima de su hombro—. Estoy buscando a Zinnie —dijo sonriendo—. Wrenny me espera

en la góndola... Wrenny es mi marido... He prometido presentarle a mi hija.

Lanzó a Judith una mirada obsequiosa, pero la niña se enfrentó a la recién llegada con tal aplomo y autoridad que a Boyne le pareció de pronto mucho más alta, como cuando tenía que sofocar un motín de los pequeños.

—Verás, Zinnia... —empezó a decir—, sabes perfectamente que...

—¿Qué sé?

—Sabes cuál es el acuerdo; y sabes que ni Scopy ni yo vamos a escuchar...

—¡Caramba con la niña! ¿Por qué supones que tengo alguna intención de romper el acuerdo? No será por la pensión de Cliffe. Apenas llega para medias de seda. Si quisiera llevarme a Zinnie, eso no me detendría. Sólo quiero demostrarle a Wrenny que puedo ser madre si lo deseo. Los hombres son muy raros para estas cosas; no se cree que tenga una hija. Y, como es natural, puedo darle un heredero. Mira, Judy, ¿verdad que siempre he sido sincera contigo? Deja que la vea un momento, por favor. Le he traído un regalo precioso, y tengo otro para ti... una monada. ¿Es que no entiendes los sentimientos de una madre?

Judith conservó su rectitud diamantina. Los labios, apretados y sin color, apenas se separaron para replicar a la estrella de cine, en cuyo último movimiento pareció no reparar.

—Desde luego que puedes ver a Zinnie. No hay necesidad de alterarse por eso. Pero la verás aquí, con Boyne y conmigo. Tu marido sólo tiene que bajar de la góndola y entrar en la casa.

—Si te hubieran educado como a una dama, Judy, lo llamarías lord Wrench.

Judith estalló en carcajadas:

—¡Por piedad! En ese caso será mejor que me llames señorita Wheeler. Pero si quieres ver a Zinnie no tienes tiempo que perder, porque papá mandará a alguien a buscar a los niños en cualquier momento para llevarlos en el yate.

—¡Pero, Judy... no puede impedirme que vea a Zinnie!

—Nadie lo pretende, si haces lo que te digo.

La marquesa de Wrench sopesó el ultimátum por un instante contemplando sus uñas repintadas y ovals. Luego dijo en tono sombrío:

—Voy a intentarlo, aunque no creo que venga. Es mortalmente perezoso. Y habíamos pensado llevar a Zinnie a dar un paseo en góndola.

Como Judith no respondió, lady Wrench se encaminó al fin a la puerta del

vestíbulo con paso renuente.

—Voy a buscar a Zinnie —anunció Judith, y se dirigió a la casa por otro sendero; pero una pequeña figura, engalanada y cubierta de abalorios, apareció en el camino y se lanzó a sus brazos.

—¡Judy! Ésa era Zinnia, ¿verdad? ¡La vi desde la ventana! Nanny dijo que no, pero yo sabía que era ella. ¿No se habrá marchado sin ver a su hijita Zinnie? Nunca te lo perdonaré. ¿Me ha traído un regalo? Siempre me trae uno. Blanca se muere por bajar para ver cómo va vestida, pero Scopy no se lo permite. La ha encerrado.

Judith se encogió de hombros con indiferencia, como tenía por costumbre.

—Scopy no tenía por qué haber hecho eso. No creo que a Blanca le haga daño ver a tu madre. Pero, no me pellizques, Zinnie. Y no te preocupes. Tu madre vuelve en seguida. Ha ido en busca de su marido para presentártelo.

—¿Su nuevo marido? ¿Cómo se llama? Nadie me ha dicho que tuviera un nuevo marido. Siempre dicen lo mismo: «Eres demasiado pequeña para entenderlo». ¡Como si yo no fuera la hija de Zinnia! Judy, ¿crees que me ha traído un regalo? Si son bombones los repartiré con los demás; pero si es una joya no tengo que hacerlo, ¿verdad que no? —una espiral de bucles rojizos revoloteó sobre el rostro de Zinnie, encendido de codicia y ansia. Se arrancó del cuello con su puño regordete el collar comprado en la mercería y se lo metió en el bolsillo del vestido—. Será mejor que no vea que ya tengo regalos. ¿Verdad que no te importa, Martin? —le preguntó por encima del hombro a Boyne, que le había regalado el collar esa mañana. Él se echó a reír, pero, antes de que pudiera intervenir, Judith agarró a la ofensora y la zarandeó con furia.

—Eres una víbora fea, desagradecida y falsa...

—Uuuuuu —lloriqueó Zinnie, encorvándose en una explosión de sollozos.

—Lo has visto todo, Wrenny. ¡Ojalá estuvieran presentes mis abogados! Mira cómo tratan los Wheater a mi hija... —lady Wrench estaba en la puerta del jardín, señalando con gesto delator a la llorosa niña. Tras ella asomaba el pelo rubio y los desconcertados ojos de un joven muy alto con un tono de piel enfermizo, una boca grande y trémula y ancha frente.

—¡Dios Santo! —exclamó.

Lady Wrench había agarrado a su hija y, con calculada actitud cinematográfica, presionaba la húmeda mejilla de Zinne contra la suya; los bucles naranja de la niña se mezclaban con el rubio cobrizo de la madre.

—¿Qué le ha hecho esa bruta a mi cariño? —preguntó, mirando a Judith por encima de la cabeza de Zinnie—. Supongo que te ha pegado por querer ver a tu propia madre. Cuéntaselo a mamá y...

Pero Zinnie había dejado de llorar y estaba demasiado absorta la aparición de la madre para tener en cuenta las preguntas sin importancia que le formulaban. Deslizó sus gordezuelos dedos por la catarata de perlas que caía sobre el pecho de lady Wrench.

—¿Son de verdad, Zinnia? Blanca dice que no es posible... sabe que no, porque son el doble de grandes que las de Joyce.

—¿Blanca? ¿Está aquí Blanca? ¿Dónde está?

—Scopy la ha encerrado para que no pueda verte, pero Blanca ha cogido los anteojos de ópera de Martin, y dice que son tan buenos que puede contar las perlas. Y quiere bajar, Zinnia, por favor, para ver si llevas el mismo modelo de Callot que ha encargado Joyce, porque eso la pondrá muy furiosa y querrá otro igual en seguida. ¡Por favor, Zinnia!

Lady Wrench recobró la compostura tan deprisa como su hija. Se echó a reír y estampó los labios en la mejilla de Zinnie.

—Y ahora dime qué te parece, Wrenny. Me gustaría saberlo. ¿Se nota que es una auténtica hija mía?

Lord Wrench se acercó arrastrando los pies. Relajado, indeciso, con sus holgados pantalones de franela clara y un desvaído sombrero de fieltro por encima de la perpleja frente, observó al grupo desde la inmensa altura a la cual lo elevaban sus largas piernas y un cuello interminable.

—Sí, juro que lo es —replicó con una voz que parecía surgir de algún lugar aún más alto que su sombrero; y soltó una risa socarrona que se alzó aun por encima de su voz y se perdió resonando entre los tejados.

A la risa de lord Wrench se sumó la de su esposa, que superó la del marido al desplomarse en el banco sin separarse de Zinnie.

—Judy pensaba que queríamos robar a Zinnie... ¡fíjate, Wrenny! Ah, olvidaba que no os conocéis... Lord Wrench, Judy Wheater. Y éste es el señor Boyne, un amigo de Cliffe... es usted amigo de Cliffe, ¿cierto, señor Boyne? Mi actual marido, el marqu... No; eso no está bien, lo sé... simplemente mi marido. Pero ¿dónde está Blanca, Judy? Dile que venga, y a Terry también; ¡es un amor! A fin de cuentas soy su madrastra ¿o no? O lo fui, en todo caso... ¿Blanca sigue tan divina como siempre, señor Boyne? Si esa chica tuviera más

fuerza estoy segura de que podría llevarla a la pantalla. Creo que Judy no nos serviría... ¿tú qué opinas, Wrenny? Es demasiado dama; yo siempre le decía...

—Cállate; está ahí —intervino lord Wrench. Mientras Zinnia hablaba, Judy regresó con su hermana menor. Blanca abrió los ojos al máximo ante la visión de su antigua madrastra, aunque su espalda erguida y su paso medurado no delataban la menor ansia por alabar el vestido y las joyas de lady Wrench. Tras ellas llegaba la señorita Scope, pertrechada como para entrar en combate, las manos enfundadas en algodón gris y la sombrilla sujeta como una lanza.

—¡Blanca! ¿Cómo estás? ¡Cuánto has crecido! ¡Qué guapa te estás poniendo! La pena es que seas tan grande... siempre lo fue, ¿verdad, Judy? Tú eres toda una dama, pero tú no lo eres «tanto». Dame la mano, Blanca y deja que te presente a mi marido. Wrenny, ésta es Blanca. Venía a pasar temporadas con Terry y Judy cuando Cliffe y yo estábamos casados. ¿Dónde está Terry, Blanca? ¿Por qué no ha bajado? Me encantaría verlo.

—Terry está con su preceptor en este momento —informó Blanca con aire distante, pero sin apartar los ojos ni un segundo de la luminosa presencia de lady Wrench.

—Pero ha dicho que no bajaría aunque no estuviera ocupado —intervino Zinnie, mirando maliciosamente a su madre—. Dice que no es tan «curioso» como Blanca y que no puede permitir que lo molesten cada vez que alguien viene a ver a sus hermanastros.

Lord Wrench y Boyne estallaron al unísono en espontánea carcajada, mientras lady Wrench manifestaba claramente su disgusto.

—Veo que el preceptor de Terry aún no le ha enseñado buenos modales —espetó, mientras la señorita Scope reprendía a la pequeña:

—«Curioso», Zinnie; ya tienes edad de hablar correctamente.

—No pienso hacerlo, si Bun y Beechy no lo hacen también —replicó Zinnie.

—Beatrice y Astorre son extranjeros —insistió severamente la institutriz.

—¡Y tú también, cacatúa! Tú no eres una «merricana» de verdad como nosotros.

—Zinnie —exclamó Blanca, interviniendo en defensa de su hermano con la mayor solemnidad—. Terry jamás ha dicho una cosa así —pero Zinnie, segura en el abrazo de su madre, despreció con una risa los reproches, hasta que Judy señaló:

—Lo lamento mucho, pero los niños maleducados no podrán ir en el yate.

Papá me ordenó especialmente que te lo dijera. Zinnie, si no te disculpas de inmediato con la señorita Scope, me temo que tendrás que quedarte sola con Nanny.

—No irá; mi pequeña Zinnie no irá en ningún caso. Vendrá a pasear en góndola con su mamá y su nuevo padre —declaró lady Wrench con aire triunfal. Pero el expresivo rostro de Zinnie había cambiado bruscamente. Se zafó del abrazo materno y, escurriéndose hasta el suelo, se acercó a la señorita Scope y tiró cariñosamente de uno de sus guantes grises.

—Scopy, di que no soy una niña mala, dilo... porque no quiero ir en una góndola vieja, quiero ir en el yate de papá. ¡Quiero ir!

Lord Wrench recibió la rápida retirada de Zinnie con exclamaciones de aprobación.

—¡Menudo carácter tiene la niña! No cabe duda de que es tuya, Zinnia —declaró; a lo que la dama, esforzándose por aparentar tranquilidad, respondió:

—¡El día que tenga mi propio yate, me pondré a dar vueltas alrededor de ese cacharro de Cliffe! Ya lo veréis —añadió, recorriendo con la mirada a todos los presentes.

—Excelente. Vayamos ahora mismo a comprar uno —sugirió el marido con amable ironía.

—Pues no te digo que no —amenazó ella, poniéndose en pie con aire de derribar un tranvía. Pero Blanca se había adelantado y la miraba con ojos tímidos.

—Llevas un vestido absolutamente divino, Zinnia. Creo que es el más bonito que te he visto. ¿No es de ese palacio ruso del que mamá habla siempre, donde es muy difícil que acepten clientes nuevos?

La actriz dirigió a Blanca una sonrisa dulcificada:

—¡Qué niña tan lista! Pues sí; es de allí. Pero aunque tu madre pudiera convencerlos de que la aceptaran no conseguiría este modelo, porque el gran duque Anastase lo diseñó expresamente para mí y tengo un papel firmado en el que dice que nunca harán otro igual. ¿Te has fijado en el corte de los hombros?

—¡Venga, mujer, tenemos que irnos! —protestó su marido, desplazando con aire cansino el peso del cuerpo ahora a una pierna, ahora a la otra. Y lady Wrench se dio la vuelta para seguirlo.

—Bien. Adiós, Zinnie, hijita. La próxima vez te llevaré en un petrolero de dos mil toneladas. ¿Has visto mi bolso, Wrenny? Creo que traía unos caramelos para los niños... —se dio la vuelta y comenzó a rebuscar en un bolso

de pedrería, mientras el rostro de las pequeñas se nublaba al oír la palabra «caramelos». De pronto, entre una maraña de cigarrillos y billetes apareció una cadena de oro con pequeñas pero lustrosas perlas—. Toma Zinnie, pónitelo y pídele a Blanca que mire las perlas con el microscopio para que te diga si son falsas, como las de tu mamá.

Blanca palideció ante la insinuación.

—¡Nunca dije que tus perlas fueran falsas, Zinnia! ¿Es eso lo que te ha dicho esta bruta? Sólo dije que a esa distancia no podía estar segura...

Lady Wrench rio, imperturbable:

—Bueno, en mi opinión tendrías que estar convencida de que eran falsas, acostumbrada a las de tu madre. Pero las reinas del cine no llevamos perlas falsas, cariño, porque si nos roban las auténticas siempre podemos sustituirlas. Puedes decírselo a la señora Wheeler Tercera. Y no te asustes... no te lo digo con mala intención —sacó un paquetito del bolso—. Mira, te he comprado un anillo. Supongo que también comprobarás si es auténtico —añadió, lanzando el estuche a la mano de Blanca.

Blanca abrió el estuche llena de emoción y, con rápida mirada de experta, descubrió al instante un pequeño rubí engastado en brillantes. Lo sacó, al tiempo que exclamaba, embelesada: «¡Zinnia!», y se lo puso a toda prisa, apresurándose a guardar el estuche en un bolsillo del pichi.

—Cuando hago regalos no voy al bazar de los dos reales —observó lady Wrench, agitando la mano en señal de despedida—. ¡Adiós a todos! Puede que volvamos a encontrarnos pronto entre las tristes olas del mar. Wrenny y yo estamos pasando nuestra luna de miel en el Lido, y a lo mejor vais allí a bañaros. Está tan animado como en agosto. Toda la gente elegante está montando sus casetas de baño. El duque de Mandip ha instalado la suya al lado de la nuestra. Como sabéis, es íntimo amigo de Wrenny. Adiós, Judy. Señor Boyne, espero que cene usted con nosotros una noche en el Lido para que conozca al duque. Pregunte por la marquesa de Wrench... ¿se acordará?

Se esfumó entre una neblina de perlas y risa, dejando a Blanca y a Zinnie completamente absortas en sus alhajas, hasta que la señorita Scope las condujo hasta la casa para prepararse para la llegada del Niña Bonita.

Judy se quedó un momento con Boyne en el jardín después de que las niñas se hubieron marchado. Su expresión, tan tensa y adulta durante la visita de la estrella de cine, se había fundido en un puchero infantil.

—Bueno... al fin —dijo Boyne, arrojando el cigarrillo como si el gesto simbolizara el destierro de la marquesa.

—Sí —asintió Judy, en tono indiferente—. Zinnia es lo de menos —

añadió, como si advirtiera la sorpresa de Boyne—. Grita mucho, pero no hace nada.

—Pues supongo que debes alegrarte, porque si hiciera algo sería insufrible.

Judith alzó las cejas y esbozó una leve sonrisa:

—Nosotros estamos más acostumbrados que tú a los escándalos. Con siete niños y un montón de padres siempre hay alguien peleándose por algo. Pero Zinnia no es tan mala como parece —se detuvo un momento y luego, sin poder evitarlo, como si necesitara sacarse del corazón un peso intolerable, dijo —: Pero Blanca se ha quedado con mi regalo. ¿Lo has visto? ¡Lo sabía! Para eso ha bajado... para encandilar a Zinnia. ¡Fingiendo creer que un modelo de Callot anticuado era de Anastase! ¡Qué mezquina! —los ojos de Judith se habían llenado de grandes lágrimas infantiles, y una de ellas resbaló por su mejilla antes de que pudiera echar atrás la cabeza y añadir con orgullo—: Me importa un comino. Soy demasiado mayor para pensar en esas niñerías. Pero estoy segura de que Blanca ha visto mis iniciales en el estuche. ¿Te has dado cuenta de lo deprisa que lo ha escondido?

LIBRO SEGUNDO

IX

Al día siguiente, durante el trayecto a través del caluroso Véneto rumbo a las montañas, los niños y sus problemas continuaban tan presentes para Boyne que apenas era consciente de adónde se dirigía ni para qué.

Las últimas horas con sus nuevos amigos habían concluido con una nota de felicidad y seguridad. El yate, repleto y animado por el tropel de indomables niños, que exigían de la señorita Scope toda su energía y ubicuidad para evitar que cayeran por la borda o treparan al mástil, pareció cobrar de pronto una razón de ser. Cliffe Wheeler, con su impecable gorra de patrón y su chaqueta azul, se movía entre la familia como un gigante bondadoso, y Joyce Wheeler, más juvenil que nunca con su falda y su jersey blancos, la melena dorada agitada por la brisa, adoptaba deliciosas poses maternas cuando su prole y los «hijastros» se le abalanzaban en el curso de un agitado juego organizado por Boyne y el joven preceptor.

La excursión no había empezado con buen pie. Antes de salir de la pensión, Bun y Beechy, encerrados en su habitación durante la inesperada

aparición de lady Wrench, habían logrado infligir a Zinnie el merecido castigo por no haberlos rescatado como a Blanca, con lo que se habían perdido una emocionante visita y quizá algún regalo. La indiferencia de Terry no produjo efecto alguno en los airados italianos; y como Zinnie era de armas tomar cuando se enfadaba, y ahora tenía un collar de oro y perlas auténticas para defenderse, fue necesaria toda la influencia de Judith y algún que otro coscorrón para reducir al trío y llamarlo al orden, hecho lo cual Boyne hubo de interceder para que no se quedaran sin excursión. Pero una vez en la cubierta del Niña Bonita las diferencias quedaron olvidadas. Era un luminoso día de viento y el barco parecía moverse de verdad sobre las veloces olas que surcaban la laguna. Después de que Beechy se empapara el vestido nuevo con lágrimas de alegría al volver a ver a Chipstone, y Blanca y Zinnie mostraran los regalos de lady Wrench a todos sin excepción, desde el capitán hasta al más joven de los grumetes, la armonía reinó de nuevo entre los niños.

El señor Ormerod, con quien Terry se sentía ya muy cómodo, no tardó en vencer las resistencias de los demás. Se reveló como un excelente organizador de juegos que consistían en correr, esconderse y saltar, sobre todo cuando Joyce y Judith también participaban y podía atraparlas y pelear con ellas; Cliffe Wheeler, que desfilaba por cubierta con Chip, a quien había tocado con una gorra de patrón en miniatura con las palabras Niña Bonita bordadas en la cinta, era la viva imagen del padre feliz. Había intentado presionar a Boyne para que renunciara a sus compromisos y los acompañara por el Adriático hasta Corfú y Atenas; Boyne, ociosamente instalado al aire libre, rodeado por las risas de los niños y con Judith encaramada en el reposabrazos de su silla, se preguntaba por qué no aceptaba y qué otra cosa mejor podía ofrecerle la vida. «Tío Edward habría aceptado sin la menor duda», pensó, mientras su anfitrión, sirviéndose otro cóctel de la mesita auxiliar, continuaba persuasivamente:

—Reuniremos para ti a la mejor tripulación; ya lo verás. Seguro que aparece alguien dispuesto a cazar la ocasión al vuelo. ¿Crees que podríamos encontrarle una chica, Judy?

—Ésta es la chica que me gusta —rio Boyne, apoyando la mano en la de Judith, que se ruborizó de alegría.

—¡Anda, Martin! ¿Por qué no vienes? ¿No puedes? —pero incluso a eso se había resistido Martin... incluso a que Judy mudara de color cuando él negó con la cabeza. La determinación del hombre errante a ceñirse a sus decisiones era más fuerte que todo. Había sido reclamado por demasiados impulsos en demasiados lugares y precisamente porque, pese a tener una gran imaginación siempre se había resistido, había logrado labrarse en el pasado una brillante carrera profesional y ahora confiaba en disfrutar de un futuro relativamente ocioso en el puerto de su elección.

Intentó encontrar un regalo de despedida para Judith, algo sencillo que, si no por su precio al menos por la intención, compensara el desencanto de la niña al verse excluida por lady Wrench. La gratitud de Judith había sorprendido a Boyne y le había hecho recordar que era tan sólo una niña y él un cretino por esperar que ella actuara de acuerdo con unos patrones distintos de los del mundo en que vivía. Finalmente no tuvo tiempo de encontrar nada especial y en el último momento sólo pudo depositar en la mano de Judith una baratija de la mercería; pero la infantil alegría de la muchacha, y el modo en que demostró que lo apreciaba doblemente por venir de él, hizo que la despedida le resultara más dura. Ahora que se encontraba solo en un tren polvoriento se preguntaba por qué no se había quedado en Venecia.

Desde luego que había varias razones; entre otras la anticuada razón de que, meses antes, había prometido visitar a la señora Sellars en los Dolomitas. En un mundo cada vez más ajeno a la conciencia y al tiempo que marcaba el reloj, Boyne seguía siendo consciente y puntual, y en este caso se había convencido de que su mayor deseo era volver a ver a Rose Sellars. En su fuero interno sabía que no era así; al menos no del todo. La vida le había ofrecido desde la última vez que se vieron atisbos de otras cosas igualmente deseables, incluso más; la reticencia con que dejó Venecia y a sus nuevos amigos revelaba que sus inclinaciones se hallaban divididas. Pero Boyne pertenecía a una generación incapaz de admitir que lo único permanente era el cambio. Necesitaba apoyarse en la convicción moral de que la mujer que en otro tiempo había colmado sus necesidades aún siguiera haciéndolo. Ella pertenecía a un mundo mucho más próximo al suyo que el de los Wheater y su prole, tanto que Boyne no alcanzaba a concebir cómo podía titubear entre ambos. El mundo de Rose Sellars había sido siempre la estrella polar de su vertiginoso universo, el punto fijo sobre el cual construir su necesidad de permanencia. Ahora no podía sino concluir que en él se combinaba el deseo de descanso del hombre errante con el temor al estancamiento. «No es posible tenerlo todo, qué narices», se reprendió; pero tenía el íntimo convencimiento de que ése era el eterno anhelo del corazón humano...

¿Todo había ocurrido hacía sólo cuarenta y ocho horas? Sentado en la terraza del ch let, contra los poderosos flancos plata y carmesí del macizo del Cristal, el episodio se le antojaba increíblemente remoto, y Boyne veía cómo sus preocupaciones se alejaban, flotando como una última voluta de niebla devorada por el azul más allá de las cumbres.

 Un simple cambio de aires?, se preguntó.  El repentino ascenso hasta ese éter puro como un sonido de clarines? En parte, quizá... y todo lo demás no había sido más que un mero acompañamiento en la gloriosa resurrección de una vida que secretamente había creído muerta.

«Betesda es como debería llamarse a esto», murmuró para sus adentros.

Era tan propio de Rose Sellars, de la Rose Sellars actual, que para entonces ya había sustituido en la imaginación de Boyne a la momia delicadamente embalsamada de su recuerdo, ese ch let en las montañas, sobre los grandes hoteles, un lugar tan aislado y oculto en el que ambos se hallaban a solas consigo mismos y con las cumbres.  C mo podía haber subestimado tanto la sensación de maravilla que su vieja amiga le había transmitido acerca de aquel lugar y lo mucho que ella había puesto en él, para suponer que siquiera por espacio de dos o tres semanas consentiría ella en ser un simple número en un pasillo de alfombra roja y dejarse alimentar junto al resto de los números en medio de un estrépito de jazz y de electricidad? El ch let tenía el tamaño justo para ella y su doncella, y la cocinera que les preparaba esas comidas campestres; de haber habido un hueco para Boyne, le aseguró Rose Sellars, se lo habría proporcionado. Sin embargo, quizá eso añadía aún más misterio y encanto al hecho de que, para verla, tenía que escalar desde la mediocre promiscuidad de su hotel hasta la clara y verde soledad vivificada con el temblor del agua bajo los prados y protegida por las grandes alas de las montañas.

— De veras te gusta? —había preguntado ella la primera tarde que pasaron en la terraza perfumada por los abetos, contemplando los barrancos que atravesaban el valle en su lento tránsito de llama a cenizas.

—Me gusta sobre todo por lo mucho que se parece a ti —respondió él.

Ella rio y lo mir  con gesto irónico y divertido, un gesto más parecido que nunca a esos sencillos dibujos de cera a tres colores con los que Boyne siempre la había asociado.

— C mo?  A m ?  Qu ... el ch let o el Cristal?o?

—Las dos cosas; eso es lo curioso.

—En ese caso debo de parecer un detalle fuera de lugar.

—No; primero elevado y distante, y luego otra vez pequeño, próximo y soleado.

Ella lanzó un débil suspiro y luego sonrió.

—Bueno, prefiero la segunda parte del cuadro. Me gusta mucho más ser una terraza soleada que una cumbre de cristal. Pero disfruto mirando desde la cumbre.

—Ahí lo tienes...  eso es lo que quería decir! Es lo que se ve desde donde est s tú lo que tanto he echado de menos todos estos años.

Ella recibí sus palabras con un silencio atenuado por otra risa. El silencio parecía decir: «Para ser nuestra primera velada es suficiente»; y la risa: « Pero  sabes una cosa?, me gusta!».

En voz alta observó:

—Me alegro de que hayas venido después de estar en Venecia con los millonarios. Es un verdadero honor para las montañas... y para mí.

Su primera conversación directa y personal había concluido ahí, perdiéndose luego en recuerdos, preguntas, alusiones y puesta al día... toda una reconstrucción pausada y gradual de los últimos cinco años. La segunda tarde, él sintió que había vuelto a situarla una vez más en su propia vida y a instalarse en la de ella. Por el momento no había hecho alusión alguna a su pasión insatisfecha. En el pasado, por elección de su amiga, por voluntad rígidamente impuesta, su relación no había salido de los estrictos límites de la amistad, y por el momento a él le resultaba más fácil, más natural, continuar así. No era la duda ni el orgullo lo que lo refrenaba, tampoco la incertidumbre sobre los sentimientos de ella, sino sencillamente su aceptación de las cosas tal como eran. Había conocido tantos amores fáciles en el curso de su vida, tanto había llegado a hastiarse de noches sin mañana, que necesitaba sentir que existía una mujer en el mundo a la que casi tuviera miedo de cortejar. Rose Sellars había elegido que él la conociera sólo como la amiga perfecta; y Boyne pensó que, al menos en un principio, no alteraría esa imagen construida con tanto esmero. De haber sospechado la amenaza de algún rival no habría tolerado la menor demora pero, a medida que recorrían juntos el pasado de ella, más crecía en él la seguridad de que los fríos y vacíos años dejados por su matrimonio eran para él. De un modo muy masculino, esto lo tranquilizaba más que estimulaba, aunque rechazaba con mayor indignación que nunca la idea de que, ahora que podía tenerla, se le antojaba menos deseable. A decir verdad, la encontraba más hermosa y joven que la última vez. Había mejorado con todos los cambios, y Boyne descartó al momento la imagen sentimental que hasta entonces había tenido —densos rizos de color caoba y plata, y faldones hasta los tobillos— en favor de la nueva mujer de pelo corto y falda breve. La libertad de cuerpo y de espíritu la había rejuvenecido misteriosamente, y Boyne la encontraba mucho más inteligente y adaptable de lo que imaginaba cuando su relación se ensombreció por la pasión de él y la resistencia de ella. Esta vez no había resistencia... y su pasión aguardaba con las alas plegadas. Todo era perfecto.

Salían de excursión todos los días. A veces alquilaban un coche y lo dejaban en el campo para seguir a pie monte arriba, pero ninguno de los dos podía permitirse tales lujos a menudo, y tampoco les importaba. Generalmente empezaban a pie, provistos de bastón y mochila, y no regresaban hasta que las paredes de las montañas colgaban sobre el valle su último resplandor. Rose Sellars no se cansaba de caminar, orgullosa de sus pies ligeros y sus músculos firmes. Disfrutaba con todos esos detalles delicados que sólo a los caminantes se revelan: un brote de orquídeas o de cólquico entre las agujas de los pinos, el

rumor de los arroyos, el despliegue de las plantas aromáticas, el aleteo de las aves en la senda y esa continua pulsación de agua, viento y hierba que configura el latido del corazón del bosque. Boyne, siempre receptivo a los grandes paisajes, se había ocupado o preocupado hasta el momento en otro tipo de detalles. Hacía años que no vagaba por las montañas sin observarlas con mirada de ingeniero y sin sopesar las posibilidades de construir un ferrocarril o un acueducto, y en el curso de aquellos paseos con Rose Sellars sus ojos se abrieron a bellezas ignoradas. Era como dejarse llevar entre los floreados márgenes de un misal iluminado del que hasta el momento sólo hubiera apreciado las imágenes centrales.

Mejor aún eran las veladas. En su primera visita, la luna llena los retuvo hasta bien tarde en la terraza, escuchando y abandonándose a la contemplación, y Boyne regresó a su hotel embriagado de belleza entre la negras sombras de los abetos. Cuando la luna desaparecía y las noches eran frescas, o cuando el cielo se nublaba, se sentaban junto al fuego y hablaban sin parar o hojeaban libros y revistas. Con los huesos y el cerebro tan cargados de duros viajes y de inquietantes recuerdos, Boyne pensó que le gustaría disfrutar eternamente de veladas así, en una habitación así de silenciosa e iluminada, con el tenue resplandor del fuego, revistas y papeles por todas partes y esa callada cabeza caoba y plata, con sus trenzas bien prietas, inclinada sobre un libro junto al hogar. Esa manera que tenía Rose de ocuparse de algo en silencio sin parecer absorta producía en él un profundo sosiego. ¡Y sus libros! Siempre se las arreglaba para tener justo los que a él le apetecía leer; y para un nómada sin hogar, no era ése un atractivo ni mucho menos desdeñable. En cierta ocasión, al coger un volumen del que habían estado hablando, Boyne recordó a Judith Wheeler decir con melancolía: «A lo mejor podrías prestarme algunos libros». ¿De qué rincón de la memoria habían regresado estas palabras y aun el sonido de la voz de la muchacha? Recordó bruscamente que hacía mucho que no dedicaba un pensamiento a los niños.

Eran tantos los años por cubrir en su intercambio de recuerdos con Rose Sellars que Boyne aún no había tocado el asunto de su encuentro con los pequeños, y ella parecía haber olvidado la descripción de la cuadrilla que tanto le había divertido en sus cartas. Sin embargo, Boyne sentía una punzada de dolor al advertir el contraste entre la ordenada y armoniosa vida de Rose (siempre le había recordado esa frase de Milton: «¡Cuán deliciosa es la filosofía divina!») y las turbulentas experiencias de la pobre muchacha que, por un momento, había desplazado la imagen de su vieja amiga. Vulgar y ordinaria hasta lo inconcebible, sórdida y desarticulada, entre tanto grito y tanto oropel, le parecían esa otra vida y quienes la llevaban. De buena gana habría apartado la visión con todo su desprecio de no haber sido por aquella voz que lo llamaba desde un espacio tan vago. Dejó el libro que acababa de abrir con un suspiro. La señora Sellars, que estaba escribiendo en la mesa,

levantó la vista, y sus miradas se encontraron.

—¿En qué pensabas?

Por primera vez desde que estaba con ella, Boyne sintió un escalofrío de desconfianza. ¿Lo entendería si intentara explicarse? Y, caso de entenderlo, ¿compartiría sus sentimientos? Se encogió ante el riesgo y eludió la ocasión.

—Verte trabajar tanto me hace pensar en todas las cartas que no he escrito desde que estoy aquí.

Ella arqueó las cejas inquisitivamente, y Boyne tuvo la certeza de que pensaba: «¿Por qué no me dice que cuando está conmigo no tiene ganas de escribir a nadie?». Sin embargo, en voz alta observó:

—Ya sabes que tengo ciertas relaciones afectivas con personas consumidas por el deseo por saber cómo estoy pasando mis primeras vacaciones.

—Eres una magnífica escritora de cartas.

—Tú también —replicó ella, como si detectara cierta ironía.

—No desde que estoy aquí.

—Puedes compartir el tintero —dijo ella, con ademán de acercárselo; pero Boyne negó con la cabeza y se puso en pie.

—Hace una noche demasiado bonita. Ponte el abrigo y salgamos a la terraza.

Ella dejó la pluma en suspenso y siguió la mirada de Boyne.

—¿A la terraza? Pero si no hay luna...

—«Porque» no hay luna —insistió él con una sonrisa.

Y, sonriendo también, ella lo siguió.

X

Querido Martin:

Se está muy bien aquí y el tiempo es delicioso. Nos emos bañado en el Lido y emos vuelto a salir en el yate. La mujer de Buondelmonte, la domadora de leones a muerto y él a vuelto a casarse con una americana rica. Beechy y Bun están muy nerbiosos pensando que les arán montones de regalos como los que a Zinnie le está aciendo ahora su madre y como el que a mí me iba a acer que yo iba a recibir pero al final se quedó Blanca. Pero el tuyo me gusta cien veces más, querido Martin, porque me lo regalaste tu y, ademas, es mucho más

original.

Me preocupa que Buondelmonte quiera recuperar a Bun ahora que es rico. Beechy se moriría si Bun se marchara; e vuelto a acerle jurar sobre el libro de Scopy que no nos dejará pase lo que pase.

Mamá y papá tuvieron una pelea terrible porque mamá quería invitar a Zinnia y a Lord Wrench al yate y papá dijo que no porque no tenían categoría y ella preguntó porqué le importaba a él si a ella no. Mamá quiere conocer al duque de Mendip que está con ellos y Zinnia invita a Gerald todos los días a almorzar y cenar y a Joyce la pone furiosa. Me dijiste que no te contara esto querido Martin pero que voy a hacer si se pelean por culpa de Gerald y si Terry pierde a su preceptor es tan horrible que quiero marcharme con los niños lo antes posible.

Terry me dijo que le enseñara la carta antes de enviártela porque hago muchas faltas de ortografía pero no se la voy a enseñar porque no me dejaría enviarla.

Por favor querido Martin, te suplico que escribas y le digas a papá que nos saque de aquí inmediatamente. A Terry le a subido la fiebre y me preocupo por todo. Me gustaría mucho que estuvieras aquí para que hicieran lo que tu digas.

Te echa de menos, tu Judith.

P.S. Por favor, no les digas a los Wheeler que te e escrito.

Lo primero que pensó Boyne al leer la carta fue que se alegraba de haberla recibido, tras lo ocurrido esa misma noche en la terraza. Sucedió, sencillamente, que las barreras creadas por el prolongado hábito del recelo habían caído, y había estrechado a Rose Sellars entre sus brazos. Fue un abrazo silencioso, el callado afloramiento de algo profundo y quieto. Ella no había hablado y él había dado gracias a Dios porque no lo había hecho. Cualquier palabra habría estropeado el momento, lo habría etiquetado y clasificado junto a tantos otros en algún polvoriento anaquel de la memoria. Ella sabía ser diferente... y eso era delicioso. La comunicación entre ambos había florecido en silencio, y ella lo había consentido. No advirtió Boyne prisa ni rechazo, sino plena aceptación de que lo más profundo de ambos había confluído a través de sus manos y sus labios.

«Ahora será mucho más fácil consultárselo... lo comprenderá mucho mejor.»

No llegaba a entender a qué venía ese sentimiento; tal vez a que la fusión de sus respectivas identidades parecía abarcar cualquier exigencia de los demás a cada uno de ellos. El día anterior, sin ir más lejos, Boyne habría dudado de cómo interpretaría Rose Sellars el problema de los Wheeler, qué

podría tener ella en común con cualquiera de ellos o con su mundo; ahora bastaba con que él fuera el vínculo común para que ella compartiera su carga.

Volvió a leer despacio la carta de Judith, imaginando cómo se ahondarían al leerla los hermosos ojos de Rose Sellars. Sólo la ortografía sería suficiente para encogerle el corazón. Le llevaría la carta al día siguiente... Pero el día siguiente ya había llegado. Abrió la ventana y se asomó. Las estrellas palidecían lentamente en el aire frío y sin color mientras, tras la negrura de las laderas, el resplandor interestelar mudaba imperceptiblemente hacia el oro de la mañana. Su felicidad, se dijo Boyne, era como el tránsito de ese resplandor incoloro hacia el brillo. Gozaba con el simple hecho de estar allí, observando la transformación. ¿Sería un signo de madurez sentir la beatitud con tanta serenidad? También Rose, pese a su entusiasmo, era una mujer madura. Recordó entonces sus besos, y apartó la palabra con una carcajada mientras el sol ascendía sobre los montes.

Hubo mucho que hacer y que decir ese día; demasiados planes; demasiados recuerdos que recuperar. Boyne no olvidaba la carta de Judith Wheater; los apuros de la muchacha se habían instalado en algún rincón de su pensamiento en forma de vaga opresión, pero no veía el modo de encajarlos en la nueva pauta de su vida. Todavía...

Se decidió que Boyne y Rose Sellars se quedarían un mes más en las montañas: un mes de magníficos paseos, largas horas de sol estival y noches iluminadas por una luna de cera. A él se le había ocurrido que después podían marcharse a París para casarse en cuanto los formalismos legales se lo permitieran. Fue al insinuar un matrimonio inminente cuando advirtió por primera vez en Rose el miedo de la mujer reflexiva, en cuya vida no había lugar para la prisa ni desesperanza para la impaciencia. Teóricamente, dijo ella con una sonrisa, odiaba las demoras y las discusiones tanto como él... ¿cómo podía dudar de sus ganas de comenzar una nueva vida? Pero en la práctica, le recordó, había dificultades, incluso podían surgir obstáculos. ¡Tampoco importantes, por supuesto! Descartó la idea con una carcajada, señalando con feliz sonrojo que ya era mayorcita y dueña de su vida. («¿Entonces...?», había objetado él.) Era preciso tener en consideración a ciertas personas; gente que podría sentirse ofendida por las prisas: la familia de su marido, por ejemplo. Nunca se había llevado especialmente bien con ellos, como Boyne sabía, y precisamente por eso, insistió, no debía hacer nada que pudiera darles motivos... («¿Motivos para qué?») Bueno, para decir cosas desagradables. No podía casarse antes de pasado un año de la muerte de su marido sin causarles grave ofensa... Además, debía reconocer que últimamente se habían portado bastante bien, sobre todo a la hora de aclarar el testamento de Charles, que según el señor Dobree no había sido fácil de interpretar.

—¿El señor Dobree?

—Ya sabes que se ha portado como un amigo en todo este asunto —le recordó ella, con cierto deje de reproche; y él cayó en la cuenta de que el señor Dobree era el abogado de Nueva York que había desentrañado en la medida de lo posible el complicado testamento de Charles, en beneficio de Rose: el testamento de un hombre ofendido y silencioso que sólo a título póstumo se había mostrado vengativo. El señor Dobree había recibido abundante información sobre el difunto en las cartas de la señora Sellars, y ella le había dado a entender a Boyne que había sido el abogado quien consiguió el acuerdo de la familia sobre la última voluntad del fallecido. Boyne recordaba al señor Dobree como un hombre tímido y engreído, que vestía trajes gris oscuro siempre demasiado nuevos y de excelente corte: esa clase de hombres cuyo nombre de pila uno nunca llegaba a conocer y debía consultar el Registro Civil, para descubrir, divertido, que el nombre en cuestión era Jason o Junius, y luego olvidarlo acto seguido, pues el señor Dobree tenía la fatal tendencia a convertirse siempre en el señor Dobree a secas. Un hombre, en suma, que en el Nueva York de juventud de Boyne habría pasado por corriente, pero que ahora destacaba como un «caballero de los de antes», y vivía y vestía conscientemente a la altura del personaje. Boyne sospechaba que el señor Dobree estaba enamorado de Rose Sellars y que a ella, aunque no le correspondía, tampoco le desagradaba el hecho de inspirar tal sentimiento. Pero no se detuvo a pensar en el señor Dobree más de lo necesario para sonreírle en su calidad de pretendiente rechazado, y en seguida volvió a sus propias preocupaciones.

—¿No pretenderás hacerme esperar un año entero?

Ella volvió a reír.

—No seas bobo. Un año desde la muerte de Charles. Sólo hace siete meses que falleció.

—¿Y qué? Tu infelicidad era notoria...

—Vaya, ¡conque «notoria»...!

Boyne respondió a la protesta con una sonrisa.

—Admito que el término no es el indicado, pero no creo que nadie piense que tu matrimonio fue un camino de rosas.

—¿No lo ves, cielo? Precisamente ésa es la razón.

—¡Al diablo las razones...! Sobre todo cuando no son razonables. ¿Piensas que debes ser infeliz ahora por el hecho de haber sido infeliz antes?

—No soy infeliz ahora. Y no creo que pudiera volver a serlo, aunque me lo propusiera.

—¡Cariño! —exclamó Boyne. Rose tenía el don de decir cosas así de

agradables (y era consciente de ello), pero hacerlo en ese momento era como mostrar un sinfín de manjares a un hombre desesperadamente hambriento—. Es muy bonito de tu parte —continuó Boyne—; pero me sentiré muy desgraciado si insistes en aplazar las cosas otros cinco meses. Para empezar, es natural que esté nervioso por volver a casa y organizar mis planes. Quiero encontrar un trabajo lo antes posible; y te quiero a ti —concluyó, abrazándola.

Como es natural, lo que a ella más le llamó la atención de la exigencia de Boyne no fue la alusión a que la quería sino a la necesidad de hacer sus planes. Él sabía que en el curso de los ociosos años de su matrimonio Rose no había parado de hacer cosas, de ajustar cosas, de adaptar cosas, de disfrazar cosas. Ella comprendía su punto de vista, lo aceptaba sin reservas y deseaba fijar una fecha tanto como él; pero ¿por qué no podían posponerlo un poco? También estaban sus tías, que siempre habían sido tan amables. A tía Julia, en concreto, le horrorizaría tanto como a los Sellars que se casara antes de cumplir el año de luto; y deseaba ser especialmente considerada con tía Julia.

—¿Por qué deseas ser especialmente considerada con tía Julia? Creo recordarla como una vieja particularmente estúpida.

—Sí, cariño —concedió ella—. Precisamente por ser particularmente estúpida...

—Si eso te parece una razón no nos casaremos nunca. En una familia tan extensa como la tuya siempre habrá alguien particularmente estúpido con quien mostrarse considerado.

—Gracias por tener a mi familia en tan alta estima, pero no es la única razón —dijo ella, con un ligero rubor—. Verás, supuestamente soy la heredera de tía Julia. Lo sé porque se da la circunstancia de que fue el señor Dobree quien redactó su testamento; y los médicos dicen que uno de esos ataques de gota...

—Ah...

No pudo Boyne evitar el tono de desencanto en su voz. El anuncio le cayó como una ducha de agua fría. Razonablemente debería haberle agradado, pues sabía que, pese a los esfuerzos del señor Dobree, Rose había quedado en una situación bastante precaria, y parte de lo que él había ganado en veinte años de arduo trabajo en difíciles circunstancias lo había perdido en inversiones poco afortunadas. El puesto que pretendía encontrar en Nueva York —como asesor de ingeniería en alguna importante empresa de contratas— no le reportaría tanto como sus importantes empleos del pasado; y la aparición de una tía gotosa con benévolo designio testamentario debía ser motivo de satisfacción sin reservas. Pero nunca había sido su estilo ceder a los caprichos de los parientes ricos... acaso porque nunca había tenido ningún pariente rico.

En todo caso, no estaba dispuesto a consentir que los parientes de su mujer dictaran su vida; y decírselo así le proporcionaba un sentimiento de virilidad.

—Naturalmente, se trata de elegir entre tía Julia y yo... —comenzó severamente.

Ella alzó las cejas con esa suave expresión de burla que a él tanto le gustaba cuando no iba dirigida en su contra.

—En ese caso, cariño, es evidente que debo elegirte a ti.

—Entonces, haz las maletas; nos vamos directamente a París y nos casamos.

—Deberías entenderlo, Martin. No puedo casarme antes de que pase el año de luto. No puedo, por mi propio bien; y por el tuyo.

—¡Qué importa el mío!

—Muy bien, tengo mis propias razones, a las que debo atenerme aunque no logre hacerte entenderlas —se le llenaron los ojos de lágrimas y pareció increíblemente joven y triste—. Supongo que no puedo esperar que las entiendas —añadió.

—Puedes esperar de mí que entienda cualquier cosa remotamente razonable.

—Eso esperaba.

—De acuerdo, al garete con todo... —empezó a decir; pero entonces se derrumbó. Íntimamente consternado, vio cómo su conversación de amantes degeneraba por primera vez en una especie de riña doméstica, si es que podía designarse con un término tan desafortunado la dulce flexibilidad con que Rose se salía con la suya. ¿Siempre era así el matrimonio? ¿Era el puerto final de Boyne tan sólo una dársena de agua estancada, como la del resto de la gente? ¿O era el hecho de haber vagado tantos años sin hogar lo que le hacía sentirse irritado ante la menor contrariedad, o cualquier argumento basado en consideraciones sociales lo que le causaba tan mal humor? No se hallaba ciertamente en posición de discutirle a Rose su deseo de mejorar su fortuna, y la discusión concluyó cuando la tomó de la mano, se la llevó a los labios y dijo:

—Sabes que sólo deseo lo que tú desees —le había salido el cobarde que llevaba dentro, y lo sabía. Pero una vez renunciaba a la esencia de su independencia, ¿qué necesidad había de adherirse a su forma? Sintió que ella seguía con la mirada su debate interior y supo que la dulzura de su sonrisa se destilaba con la satisfacción por su propia derrota. «Al diablo con lo que los matrimonios caníbales hacen de las personas», se dijo. Y de pronto le pareció como si ya estuvieran casados... como si llevaran casados mucho tiempo...

Durante los primeros quince días que pasaron juntos ni una nube había ensombrecido su camaradería, pero con la llegada del amor y el matrimonio la nube estaba ahí, no mayor que la citada en las Escrituras, pero tan amenazante como su proverbial vapor. Ella se mostraba más amable que nunca tras haber ganado la partida; y él sabía que era por eso. Pero Boyne no era culpable de empezar a distinguir tan pronto que las distintas cualidades de ella pertenecían a añadas diferentes, y a especular sobre si la cualidad de su amistad no sería más exquisita de lo que jamás pudiera serlo su amor. Estaba dispuesto a cargar con la culpa, pues la dicha de apresar a Rose rápidamente, de zambullirse en la magia de sus ojos y encontrar en ellos su propia magia, seguía siendo más fuerte que cualquier decepción. Si el amor no podía ser también amistad, tal como en algún momento había temido, no quedaba más remedio que sacar el mayor provecho de lo que había...

La carta de Judith Wheeler llevaba una semana en el bolsillo de Boyne cuando la sacó, arrugada y con olor a tabaco.

Se encontraba cómodamente tumbado con la señora Sellars en la roja cornisa de una alta roca, desde donde la vista se hundía en precipicios cubiertos de pinos, pastos y bosques, hasta las ilimitables distancias de los Dolomitas azules. Cantaba la luz en el aire, el olor de las hierbas pisadas se esparcía como incienso y el corazón de los amantes se deleitaba con el sol, el viento y el placer de un largo ascenso seguido del almuerzo que podía meterse en una mochila.

—Y ahora una pipa —dijo Boyne, con somnolienta beatitud, tendiéndose sobre la turba junto a Rose Sellars. Se tanteó los bolsillos en busca de la petaca y con ella sacó la carta olvidada.

—¡Vaya por Dios!

—¿Qué pasa?

—¡Pobrecilla! Me había olvidado de esto. Quería enseñártelo hace días.

—¿Quién es la pobrecilla?

Boyne titubeó un instante. Regresaba el viejo temor a que ella no comprendiera; y eso no podría soportarlo. A fin de cuentas, ¿a qué enseñársela? Pero ella ya había extendido la mano, y Boyne no tuvo alternativa. Rose Sellars se incorporó, apoyándose sobre un codo, e inclinó la lustrosa cabeza sobre el papel. Boyne veía su perfil desde donde se hallaba tumbado, y las sutiles curvas de la línea que descendía desde la oreja hasta el cuello. «Qué encantadora sigue siendo», pensó.

Ella leía atentamente, con el ceño ligeramente fruncido en el intento de descifrar la ortografía de Judith, la boca fundida en una mueca divertida o de

compasión. Luego le devolvió la carta.

—Supongo que es de la pobre hija de los Wheater, de la que me hablabas en tus cartas. ¡Pobrecilla, desde luego! Es terrible. No sabía que hubiera gente así en realidad. ¿Quiénes son los Wheater a los que se refiere al final, a los que no debes decirles que te ha escrito?

Boyne respondió que se trataba de sus padres.

—¿Sus padres? ¿Y por qué los llama así?

Boyne explicó que, en los círculos de los Wheater, los niños habían adoptado esa costumbre porque después de tantos divorcios acababan teniendo tantos padres que era más cómodo distinguirlos por sus apellidos.

—¡Eso es espantoso, Martin! ¿Lo dices en serio? ¿De verdad te han contado eso los pobres niños?

—Me lo contó la institutriz... para ser exactos.

Rose hizo una mueca.

—¡Qué clase de institutriz tendrán, con unos padres así!

—Ésta en concreto es una puritana de pro. Judith y ella se ocupan de todo el montaje —le habló entonces del juramento sobre la Enciclopedia de remedios infantiles de Scopy.

—No parece que haya proporcionado a sus pupilos unos buenos conocimientos ortográficos —observó Rose Sellars; pero sus ojos adoptaron una expresión dulce, volvió a tomar la carta y se dispuso a leerla de nuevo—. Hay un montón de cosas que no entiendo. ¿Quién es la gente a quien la señora Wheater desea invitar al yate porque quiere conocer a un duque, y el señor Wheater no quiere porque piensa que no tienen categoría?

—Son lord y lady Wrench. ¿No se habló mucho en los periódicos hace uno o dos meses sobre el matrimonio de lord Wrench con una estrella de cine? Lord Wrench es propietario de una cuadra de caballos de carreras; creo que es muy rico. Ella se llama Zinnia Lacrosse.

—Un nombre perfecto. Pero ¿por qué en el mundo de los Wheater se considera que las estrellas de cine no tienen categoría? ¿Categoría para qué... o para quién? —formuló la pregunta con desdén en los labios.

—Bueno, resulta que ésta estuvo casada con Wheater... por algún tiempo.

—¿Casada con él?

—Duró muy poco. Llevan divorciados mucho más tiempo del que estuvieron casados. Supongo que a la señora Wheater no le parece oportuno montar un escándalo a cuenta de un asunto pasado.

—¡Una mujer práctica! ¿Y quién es el tal Gerald que se disputan ella y esa otra dama?

—Es el preceptor del chico; el preceptor de Terry. O iba a serlo. Me temo que es otro sinvergüenza. Pero el pobre Terry es el mejor muchacho que hayas conocido jamás. Yo los apoyo, a él, a Judith y a Scopy, en su deseo de que el barco no pierda el rumbo pase lo que pase. Eso si la salud de Terry no empeora.

—Y si le buscan otro preceptor.

—Tal como están las cosas puede darse por contento con tener a éste.

Rose Sellars expulsó su asombro y su desprecio con un suspiro, al tiempo que dejaba la carta. Permaneció un buen rato sentada, sin moverse, la barbilla apoyada en la mano, contemplando el magnífico paisaje que se desplegaba a sus pies, como impulsado por un vendaval invisible. Cuando volvió la mirada hacia Boyne, éste apreció en sus ojos tristeza y desconcierto.

—¿Es que a los Wheater no les importan sus hijos siquiera un poco?

En el pasado, a lo largo de sus melancólicas e inconclusas conversaciones, Rose Sellars había confesado su dolor por no tener hijos; y Boyne detectaba ahora en su voz la indignación de la mujer solitaria por el hecho de que a gente que no lo merecía se le hubiera concedido lo que a ella se le había negado.

—¿No les importan? —repitió.

—Aunque parezca mentira, creo que sí. Me temo que ésa será nuestra dificultad. ¿Por qué habrían dado ese paso si no les importaran? Lo cierto es que cuando están con los niños parece que los quieren mucho. Pero una cosa es quererlos y otra saber cómo cuidarlos. Tengo la impresión de que reconocieron su incapacidad hace mucho tiempo, y le trasladaron el problema a Judy.

—¿Hace mucho tiempo? Pues ¿cuántos años tiene Judy? Escribe como una niña de diez.

—No ha tenido tiempo de aprender, porque tiene que ocuparse de seis niños. Pero supongo que tiene quince o dieciséis.

—¡Quince o dieciséis! —exclamó Rose con un suspiro—. Podría ser hija mía.

Boyne casi estuvo a punto de decir: «¡Ojalá lo fuera!». Pero, pensando que la idea podía resultar extraña, se limitó a extender la mano para recuperar la carta. El gesto pareció animar a Rose a considerar la cuestión desde el lado práctico.

—¿Y qué piensas hacer, cariño?

—Eso es lo que quiero que me digas.

Las palabras de Boyne la estimularon a pasar a la acción, tal como él había supuesto. Se alegró de haberlo consultado con ella: se había mostrado plenamente comprensiva y su consejo podía ser muy útil. ¡Qué estúpido había sido al desconfiar de ella!

—Desde luego debes escribir al padre.

—Sí... tal vez. Pero eso tampoco nos llevará muy lejos.

—¿Aunque le digas... aunque le recalques que los niños no deben quedarse más tiempo en Venecia? ¿No has dicho que sabe que el clima no es bueno para el chico?

—Sí. Y Wheeler responderá de inmediato... ¡con palabras! Dirá: «Demonios, Joyce; Boyne tiene razón. ¿Qué pintan aquí los niños? Mañana mismo los mandamos a Engandine». Luego se meterá mi carta en el bolsillo y nadie volverá a verla; salvo su ayuda de cámara, cuando le cepille el traje.

—Pero la madre... Joyce, o ¿cómo se llama? Si él se lo dice...

—Bueno, ésa es la pega.

—¿Qué pega?

—¿Y si ella quisiera que los niños se quedaran en Venecia a cuenta de Gerald?

—¿Gerald? ¡Ah, el preceptor! ¡Ay, Martin! —sintió que un escalofrío de disgusto le recorría el cuerpo—. ¡Y tú te atreves a decirme que quiere a sus hijos!

—Sí; los quiere mucho. Pero vive atrapada en un torbellino. La vida para esta gente es una eterna película. En el cine, no puedes levantarte del asiento y cambiar el guion de la película.

—¿Y qué puedes hacer?

Boyne seguía tendido sobre la hierba, mirando al cielo con el ceño fruncido.

—No se me ocurre. A menos que pasara un par de días por Venecia para hablar con ellos —para su sorpresa, Boyne descubrió que la perspectiva le resultaba agradable—. Escribir a esa gente nunca sirve de nada —concluyó.

Rose Sellars continuaba sentada junto a él, con la espalda erguida y mirándolo a los ojos. Su mirada se había oscurecido levemente y la delicada curva de sus labios se había estrechado igual que antes, cuando preguntó por qué en el mundo de los Wheeler se consideraba que las estrellas de cine no tenían categoría.

—¿Volver a Venecia? —Boyne detectó un matiz de rechazo en su voz—. No me parece que vaya a ser muy provechoso. Es demasiado pedirte que repitas un viaje tan agotador. Además, si no sabes qué escribir, ¿cómo vas a saber qué decir?

—Puede que no. Pero al menos podría encontrar la solución. Y consolar un poco a Judith.

—¡Pobre niña! Ojalá pudieras —Rose volvía a ser toda dulzura—. Pero yo escribiría primero. ¿No te parece? También a ella, claro está. Decidas lo que decidas, será mejor que empieces por buscar la solución. Siempre es una lata interferir en asuntos de familia y, si de pronto te presentas allí, a los Wheeler podría parecerles raro.

Boyne estuvo tentado de decirle que lo único que a los Wheeler podía parecerles raro era lo que ella consideraba inevitable y establecido de antemano, pero empezaba a sentirse cansado y molesto por todo aquel asunto.

—Supongo que tienes razón —admitió, guardándose la pipa en el bolsillo y poniéndose en pie. Unas vacaciones en las que interferían los problemas de los demás no eran unas vacaciones, y se metió la carta de Judith en el bolsillo sintiendo una estocada de impaciencia. Al fin y al cabo no era asunto suyo. Naturalmente, le escribiría a la niña una carta bonita; pero Rose estaba en lo cierto... la idea de regresar a Venecia era absurda. Además, había pasado más de una semana desde que recibió la carta de Judith, y apostaba diez a uno a que los niños se encontraban ya a salvo en algún lugar de las montañas. «Pobrecita; siempre desbordada. Seguro que escribió en un ataque de pánico pasajero. Ojalá no hubiera escrito», concluyó, aliviado al encontrar un objeto distante que le permitió olvidar su irritación.

Cogidos del brazo, Boyne y su amor descendieron por la montaña paseando tranquilamente.

XI

—Claro que le he escrito. Escribí anoche —aseguró Boyne a la señora Sellars la tarde siguiente. Notó que le molestaba vagamente el hecho de que le recordasen el asunto, como si no fuera capaz de ocuparse de su propia correspondencia sin necesidad de recordatorios. Pero las palabras que ella pronunció a continuación derribaron sus defensas.

—Me alegro mucho. No me gustaría que te olvidaras de tu amiga porque estemos aquí tan felices.

Boyne pensó que era un gesto de generosidad... propio de ella. La adoraba cuando decía cosas así. Eso revelaba que, a pesar de su aire formal, era esencialmente humana y comprensiva. La había convencido para que bajase a cenar con él esa noche —para divertirse o cambiar de aires tras sus meses de aislamiento—, no en su modesto hotel sino en el Palace, que se alzaba entre los pinos, con idea de que el gentío y el bullicio del gran restaurante tal vez le resultara divertido, y así las veladas en su châlet resultarían aún más deliciosas por contraste.

Habían terminado de cenar y tomaban café en un rincón del gran vestíbulo forrado de madera al que el resto de los comensales iban llegando lentamente. Viendo a la señora Sellars por primera vez desde su llegada en compañía de mujeres tan encantadoras y bien vestidas como ella, Boyne observó con satisfacción que ninguna tenía tanto estilo. Le divertía estudiar a los grupos que ocupaban las otras mesas y especular al respecto mientras escuchaba los comentarios escuetos y ligeramente irónicos de Rose Sellars y saboreaba un excelente cigarro.

—Esa chica del vestido melocotón, la que está junto a la columna, es encantadora, ¿verdad? Sólo que ya la hemos visto mil veces en revistas como Vogue y Tatlers. ¿No te parece terrible que la belleza termine también reducida a un patrón común?

Boyne pensaba que eso ya había ocurrido en la última generación y se dijo para sus adentros que el mayor encanto de Rose Sellars residía en que pertenecía a una época en la que las mujeres aún sabían lucir su encanto con originalidad.

—Seguro que si una de esas bellezas fuera mía a veces no sería capaz de reconocerla entre la gente —coincidió él.

Ella mostró su satisfacción con una carcajada y luego, recorriendo el salón con los anteojos, dijo:

—A ésa sí la reconocerías...

—¿Una belleza? ¿Dónde?

—No es una belleza. Ni siquiera es guapa... pero es diferente. La chica que acaba de entrar. ¿Dónde se ha metido? Ah, está hablando con el portero. Ahora está mirando hacia aquí, pero desde donde estás no puedes verla. Es poco más que una niña; pero tiene una cara interesante.

Boyne apenas oyó las últimas palabras. El portero se acercaba con una nota.

—Una señorita pregunta por usted, señor.

Boyne se levantó para mirar en la dirección indicada. No se había

equivocado. Quien estaba allí era Judith Wheeler, frágil y erguida, con su sencillo vestido de viaje, el sombrero casi ocultando los ojos ansiosos, tan pequeña y discreta que apenas resultaba visible entre tantas mujeres tan llamativas, con los brazos desnudos. ¡Pero Rose Sellars la había identificado de inmediato! Sí, Judith tenía algo innegablemente «distinto», como la propia Rose. Aunque no era momento para esa clase de consideraciones. ¿De dónde diablos venía la niña y qué la traía por allí?

—Discúlpame un momento. Es una persona a la que conozco —dijo Boyne. Y siguió al portero entre las mesas hasta donde aguardaba Judith, a la sombra de la escalera—. ¡Chiquilla! ¿De dónde sales?

—¡Ay, Martin! ¡Temía tanto que te hubieras marchado!

Él la tomó de las manos y ella levantó hacia él un rostro demacrado. ¿Por qué no? Ya le había dado un beso de despedida en Venecia, y volvió a rozar su mejilla con los labios.

—¿Cómo es que estás aquí, Judy? ¿Han venido también los jefes del clan?

—¡Ay, Martin! ¡Martin!

La muchacha no se separaba de él, y Boyne notó que estaba temblando. En lugar de prestar atención a su pregunta miraba a un lado y otro.

—¿Hay alguna sala de lectura adonde podamos ir? Nunca hay nadie allí después de la cena.

Boyne le mostró el camino, sin que ella lo soltara, hasta una de las agradables estancias que se abrían a ambos lados del pasillo, pasado el vestíbulo. Tal como Judith dijera, las mesas estaban desiertas y los divanes libres. Se sentó al lado de Boyne y le lanzó los brazos al cuello.

—¡Di que te alegras de verme, Martin! ¡Necesito oírtelo decir!

—¿Que me alegro? Naturalmente que sí —se zafó dulcemente de ella—. Pareces agotada, Judy. ¿Qué sucede? ¿Ha ocurrido algo malo? ¿Está aquí tu familia?

Judith se apartó un poco y lo miró con expresión impertérrita.

—Si te refieres a papá y mamá, están en Venecia. No saben que estamos aquí. No te enfades, Martin; nos hemos escapado.

—¿Escapado? ¿Quién se ha escapado?

—Todos; con Scopy y Nanny. Siempre dije que algún día tendríamos que hacerlo. Entre Scopy, Terry y yo lo hemos conseguido. Estamos en la Pensión Rosenglüh, al pie de la montaña. A papá y mamá nunca se les ocurrirá que hemos venido aquí. Creen que hemos vuelto a Estados Unidos en el Cunarder,

que ayer pasó por Venecia. Les dejé una carta para decir que tomábamos el barco. Terry estuvo espléndido; él lo ideó todo. Alquilamos dos coches en Padua para venir hasta aquí. Aunque me temo que está muy mal. Pero este aire le sentará bien —lo contó todo en tono ansioso, aunque imparcial, como si no hubiera en su relato ningún hecho más importante que los demás, salvo, claro está, la salud de Terry—. El aire de aquí es maravilloso, ¿verdad que sí, Martin? —suplicó. Y Boyne se sorprendió respondiendo con convicción:

—Sencillamente, no hay nada igual.

Judith se tranquilizó al instante.

—Sabía que hacía bien en venir —suspiró con voz cansada. Y Boyne tuvo la sensación de que de verdad era una muchacha desbordada que en cualquier momento podría quedarse dormida sobre su hombro.

—Judy, tú también estás agotada, y pareces hambrienta. Son más de las diez. ¿Has comido algo desde que llegaste?

—Creo que no. No he tenido tiempo. Primero tuve que ocuparme de los niños y luego asegurarme de que estabas aquí.

—Por supuesto que estoy aquí. Pero antes de que sigamos hablando debes comer algo.

—Bueno, no me vendría mal —confesó, recuperando su habitual tono confiado.

—Espera aquí; iré a ver si encuentro un poco de comida.

Boyne recorrió el pasillo hasta el vestíbulo, donde la gente comenzaba a instalarse en torno a las mesas de bridge. Al llegar allí se acordó de que había dejado sola a la señora Sellars con el café. Se había olvidado de su existencia hasta ese momento. Volvió al rincón donde estaban y lo encontró vacío. También en el salón, entre un fondo de tapices falsos y lámparas de pared doradas, se formaban grupos en torno a más mesas de bridge, pero tampoco allí había rastro de la señora Sellars.

Con un punto de irritación, Boyne pensó que la señora Sellars se habría aburrido y se habría marchado a casa. Desde luego que habría sido más sencillo y amable esperar... pero ese modo de comportarse formaba parte de su ceremonial. Tal vez le había parecido más prudente desaparecer. ¡Maldita discreción! No podía decir otra cosa... Ahora, lo importante era encontrar algo de comer para Judy y acompañarla a su pensión. Después subiría al châtlet para explicarse.

Encontró a un camarero y se enteró de que era demasiado tarde para cenar, pero ordenó que les llevaran en seguida bocadillos de jamón y un cóctel a la sala de lectura. En realidad, el hecho de que la señora Sellars no estuviera allí

simplificaba las cosas. Al final, puede que el tacto sirviera para algo.

El primer sorbo de cóctel devolvió el brillo y el color a los ojos y los labios de Judith y el segundo le devolvió prodigiosamente la vida y la puso en guardia. Boyne le dijo que debía comer primero... antes de hablar; pasó a su plato los bocadillos que habían traído para él y la observó mientras los devoraba y vaciaba primero su vaso y luego el de él. Lo miraba con ojos de alegría, pero guardaba silencio, obedientemente. Luego le pidió un cigarrillo y se recostó sobre los almohadones.

—Bueno; estamos todos aquí —declaró con satisfacción.

—¿También Chip? —preguntó Boyne, con incredulidad.

—¿Chip? ¡Desde luego! ¿Crees que me habría movido un centímetro sin Chip?

—Pero ¿qué diablos ha pasado, chiquilla? ¿Es que os habéis vuelto todos locos?

—Papá y mamá sí. Sabes que ya lo están. Le advertí a papá de que nos escaparíamos si volvía a ocurrir.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que te dije que pasaría. Pero supongo que no recibiste mi carta. Estoy segura de que si la hubieras recibido me habrías contestado —lo miró con una confianza tan inquebrantable que Boyne comenzó a tartamudear.

—Cuéntamelo.

—Todo se ha venido abajo. Lo sabía. Y entonces empezaron los gritos de siempre... que si detectives, que si abogados, que si la pensión de mamá. Ya sabes que eso es lo que piensan los niños cuando hablan de esa amiga de mamá, de Sally Money. Han oído hablar de ella desde que tienen memoria. Piensan que mamá va en su busca cuando las cosas van mal...

—¿Y esta vez han ido mal de verdad?

—Peor que nunca. Ya nos estaban repartiendo. Bun y Beechy volvían con Buondelmonte, porque se ha casado con una americana rica. Y Zinnia está dispuesta a llevarse a Zinnie. Lord Wrench la encuentra de lo más divertida. Papá se quedaría con Chip, por supuesto, y los tres mayores empezaríamos otra vez a ir y venir, como siempre, como esos libros viejos que Scopy sacaba de la biblioteca en Biarritz. Los más tontos podías quedártelos todo el tiempo que quisieras, pero los buenos tenías que devolverlos en una semana —volvió hacia Boyne el rostro sofocado—. Dime, Martin, ¿no te parece que he hecho bien en sacarlos a todos de allí?

El vino y la comida la habían encendido de tal modo que Boyne empezó a

preguntarse si tendría fiebre o sería sólo el aura de la fatiga. Le tomó una mano y notó que le ardía, como la cara.

—Estás agotada, chiquilla. Todo lo demás puede esperar hasta mañana. Ponte el sombrero. Te llevaré hasta la pensión.

—Martin, prometiste y juraste que nos ayudarías.

—Pase lo que pase, cariño. Sobre el libro de Scopy. Ahora, será mejor que nos vayamos antes de que te quedes dormida.

Lo cierto es que Boyne nunca la había visto tan despierta, pero Judith consintió en silencio que le pusieran el abrigo y el sombrero y la condujeran confiadamente del brazo entre los jugadores de bridge, hasta adentrarse en el gran vacío de la noche. La luna colgaba baja sobre las cumbres occidentales, y el reloj del pueblo, en el valle, anunció los tres cuartos pasadas las once mientras caminaban entre campos pálidos y casas dormidas. En el extremo del pueblo aún parpadeaban algunas luces, pero la Pensión Rosenglüh, recatadamente recogida tras sus empalizadas blancas, mostraba a la luna su fachada cerrada. Boyne abrió la puerta del jardín y comenzó a subir las escaleras por delante de Judith.

—No llores, Martin. Despertaremos a todo el mundo. No creo que la puerta esté cerrada. Se lo advertí a Scopy para no quedarme fuera —apretó el tirador, que cedió hospitalario, y luego se volvió para abrazar a su acompañante—. Martin, cariño. Nunca me habría atrevido si tú no nos apoyaras —declaró, con un sonoro beso.

—¡Vaya que no! —murmuró Boyne; pero la empujó dulcemente y se dijo: «No debería haberle dado el segundo cóctel». Desde el umbral susurró—: No hagas ruido al subir. Vendré por la mañana para ver cómo estáis —cerró la puerta y salió por la cancela.

¡Medianoche en el reloj del pueblo! ¿Qué diría su amiga si llamara a su puerta a esa hora? A mitad del camino hacia el hotel tomó una senda que discurría montaña arriba a través del bosque. Pero no había luz en el châtlet.

XII

A la mañana siguiente, antes de subir hasta la casa de la señora Sellars, Boyne pasó por la Pensión Rosenglüh para obtener más detalles acerca de la extraña huida de los niños.

En la cancela del jardín se encontró con la señorita Scope, más demacrada y abatida de lo habitual, pero tan resuelta como su pequeña compañera de

conspiración. Envolvió la mano de Boyne con su guante de algodón como si no quisiera soltarla y exclamó que había sido providencial encontrarlo aún en Cortina. Añadió que había salido en su busca mientras Judith y Terry aún dormían, pues estaba segura de que preferiría no molestarlos después de todo lo que habían pasado; sobre todo a Terry, que seguía con fiebre. Boyne supo entonces que el resto de los niños ya había desayunado y habían sido pastoreados por Nanny y la doncella hasta las laderas del valle; entre tanto, quizá el señor Boyne pudiera entrar para charlar un rato.

«Charlar» parecía una palabra muy ligera a la luz de las graves noticias que Boyne se preparaba a escuchar, pero sospechó que la señorita Scope, como la Bruja del Atlas, estaba acostumbrada a correr sobre las plataformas del viento y a reír cuando oía a sus espaldas el rugido de las bolas de fuego. Sea como fuere, la férrea compostura de la institutriz hizo que Boyne recuperara el equilibrio y se alegrara de tener la oportunidad de escuchar la versión de la mujer antes de su próximo encuentro con Judith.

La señorita Scope siempre se mostraba serena —Boyne estaba a punto de verlo— en situaciones de auténtica emergencia. Había vivido tantas que le parecían tan naturales e inevitables como los truenos o la viruela; igual de fastidiosas, pero no más importantes. Sin embargo, no subestimaba la gravedad de la situación; si la subestimaba, sospechó Boyne, no podría saborearla. No era la primera vez que se producía un cataclismo —Judy ya había amenazado en otras ocasiones con desaparecer y llevarse a los niños— pero hasta ahora ni siquiera había intentado ejecutar sus amenazas.

—Esta vez lo ha llevado todo magistralmente —declaró la señorita Scope, en tono de funesta victoria.

Pero ¿hacia dónde? Ésa era la pregunta que Boyne no pudo evitar. Estaba seguro de que Judith había actuado magistralmente... pero ¿a qué conduciría todo eso? Preguntó si alguien se había parado a pensarlo.

Bueno, la señorita Scope hubo de admitir que su partida había sido demasiado precipitada para tenerlo en cuenta. Era cuestión de ahora o nunca; lo había visto tan claro como Judy y Terry. El hecho de que Terry estuviera con ellos probaba lo desesperado de la situación...

—¿Desesperado? ¿Verdaderamente desesperado?

—¡Ah, señor Boyne! Si usted hubiera tenido que pasar por eso dos veces, como les ha pasado a mis pobres niños...

Al escuchar los detalles en boca de la señorita Scope, Boyne comprendió que debió ser espantoso, y terminó por declarar que no cuestionaba las razones de Judith; pero una vez dado el primer paso, ¿cómo pensaba la señorita Scope seguir adelante? En suma, ¿qué pensaban hacer cuando los encontraran?

—Creo que Judith tiene muchas esperanzas en su intervención. Por eso tenía tantas ganas de encontrarlo aquí. Y, como es natural, confía en contar con tiempo para reflexionar y decidir un plan de acción. Piensa que tardarán unos días en encontrarnos, como usted dice. Seguro que le ha contado que dejó una carta... Señor Boyne —dijo la señorita Scope, interrumpiéndose para adoptar su tono más severo—, espero que no piense usted que en circunstancias ordinarias consentiría yo el más mínimo engaño. Los niños pueden decirle que en eso soy implacable. Pero éstas no eran circunstancias ordinarias —se aclaró la garganta antes de continuar—: Judith anunciaba en su carta que volvíamos a Estados Unidos. Piensa que su padre correrá a buscarlos allí, y entre tanto ella habrá ganado algún tiempo, pues el barco en el que supuestamente nos encontramos no llega a Nueva York hasta dentro de diez días.

El plan parecía de lo más pueril, incluso para una mente inmadura como la de Judith, pero Boyne prefirió no señalarlo. Se limitó a decir:

—Eso espero. Pero ¿de qué van a vivir mientras tanto? Alimentar a un ejército así no cuesta poco.

El rostro de la señorita Scope pasó del cetrino al blanco. Apartó los ojos de Boyne, como hacía cuando hablaba de Terry, y dijo en tono vacilante:

—Creo que Judith dispone de medios...

«¡Pobre mujer!», pensó Boyne. «Me parece que ya ha agotado todos sus ahorros.»

—Comprendo —dijo Boyne. De pronto sintió un desprecio inmenso por tanto lujo inútil, por la vanidad, el egoísmo y la codicia de los que había brotado esa pobre flor de compasión—. Comprendo —repitió. Se puso en pie y le tendió la mano—. Usted es su verdadera madre. Si hay algo que pueda hacer, en la medida de mi modesta capacidad...

Una lágrima se deslizó por los pliegues de la mejilla de la señorita Scope, vuelta hacia el otro lado. Boyne lo supo por el apresurado movimiento del guante.

—Lo sé. Lo sé. Ha sido providencial encontrarlo aquí, señor Boyne.

Boyne le apretó con fuerza el guante húmedo y le aseguró que podía contar con él. Debía marcharse y reflexionar sobre el problema; volvería más tarde, cuando Judy y Terry estuvieran despiertos.

Eran más de las once cuando llegó al châlet, mas, por fortuna, no habían planeado ninguna excursión para esa mañana. La señora Sellars le había dicho la noche anterior que debía escribir algunas cartas, y no lo esperaba temprano. Cuando se acercaba a la casita, en su prado de turba esmeralda, la vio en la terraza, con los útiles de escritura en una mesita, a la altura del codo, pero

apoyada en la barandilla, mirando hacia el camino por el que él venía siempre. Boyne la saludó con la mano y ella respondió con un gesto de bienvenida.

—Sube... estoy sumergida entre papeles —dijo alegremente.

—Vine anoche, pero las luces estaban apagadas y tuve miedo de la cocinera —dijo él, riendo y abrazándola cuando salió a su encuentro. La temperatura era suave, y Rose Sellars llevaba un ligero vestido blanco que le daba un aspecto muy primaveral. También su piel tenía una frescura matinal, y por ella corrió la sangre cuando Boyne la besó.

—Pero ¿no tendrías miedo de mí? —preguntó.

—¡De ti! ¡Ésa sí que es buena! Me abandonaste; eres tú quien debería tener miedo. Vengo a montar un escándalo.

—Deberías venir a darme las gracias por mi discreción. Vi que te encontrabas con antiguas amistades y me quité de en medio.

—Me encontré con una joven amiga... Judith Wheeler. Cuando volví para contártelo te habías marchado.

Ella levantó los ojos con interés y curiosidad.

—¿Tu famosa Judith? ¿De verdad? Como siempre la describes como a una niña... no podía imaginar...

—Tú misma dijiste anoche que parecía muy joven.

—Sí; muy joven. Y sin embargo... adulta.

—No es adulta. Es una niña... una niña terriblemente digna de compasión. Quiero hablarte de ello. Necesito tu ayuda y tu consejo. No te imaginas en qué dilema me encuentro.

Ella volvió a su asiento en la terraza y él se desplomó a su lado, en una silla. A la señora Sellars volvió a subirle ligeramente el color mientras él hablaba, y sonrió con un punto de desconcierto.

—¿Un dilema? ¿Por esa niña? —su sonrisa se esfumó y con ella también el color—. Martin, no irás a decirme que... no es posible...

Boyne la miró, perplejo, antes de soltar una carcajada:

—Que el dilema es mío... ¿Por la pequeña Judith? ¡Por Dios bendito! ¡Vaya idea! Si apenas ha salido de la guardería —volvió a reír, en parte para disimular su propia sorpresa y la coacción de Rose Sellars. ¡Era increíble que las mujeres más sencillas tuvieran de pronto ese tipo de fantasías disparatadas justo cuando uno quería que analizaran la situación como un hombre!—. Se trata de un asunto muy distinto —siguió diciendo—. En absoluto sentimental, pero tampoco desdeñable. El apañío de los Wheeler ha vuelto a hacerse añicos,

y Judith se ha escapado con todos los niños para evitar que los separen, como ocurre siempre que se llega a un nuevo acuerdo.

La señora Sellars lo miraba con los ojos abiertos y los labios separados. La situación era evidentemente demasiado nueva para que pudiese captarla de inmediato, y repitió vagamente:

—¿Escapado? ¿Escapado de quién?

—De Joyce y Wheeler. Se ha largado sin decir nada.

La señora Sellars volvió a guardar silencio, con los ojos, por así decirlo, clavados en las palabras de Boyne, que no parecían ayudarla a comprender.

—Pero ¿con quién se ha escapado? ¿No es posible que se hayan marchado solos?

—La institutriz está con ellos, y dos niñeras. Cuando se producen este tipo de crisis todos se alían con Judith. Acabo de hablar con la institutriz, y aprueba plenamente la decisión de la chica. Ya han pasado por esto otras veces.

—¿Por escaparse?

—No, por lo que les ha movido a hacerlo. La última vez, al parecer, Judith les dijo a sus padres que si volvían a divorciarse ella se marcharía con los niños, antes de que volvieran a separarlos. Cada vez que se produce una ruptura dividen a los niños entre los ex padres, y algunos son verdaderamente horribles... un príncipe italiano que practica el chantaje, una actriz de cine famosa y un lord Nosequién, por si fuera poco. Eso por no hablar de los nuevos personajes que entrarán en escena si Joyce y Wheeler vuelven a casarse, como sin duda harán en un abrir y cerrar de ojos.

La señora Sellars lo escuchaba en silencio, la barbilla apoyada en la mano, con asombro y disgusto aún evidentes. Pasó un minuto desde que Boyne dejó de hablar hasta que ella se movió o levantó la mirada. Finalmente, en voz baja, dijo:

—Es tan ruin que no puedo creerlo.

—Exactamente —coincidió Boyne—. Pero es cierto.

—Los horrores que esos niños deben de haber vivido...

—Por eso Judith se los ha llevado; para salvarlos de nuevos horrores.

—Ya veo... ya veo. ¡Pobre chiquilla! —adoptó una expresión compasiva—. Al principio me resultaba todo demasiado nuevo. Pero ahora empiezo a comprender. ¿Y supongo que ha venido aquí con la esperanza de obtener tu ayuda?

—No creo que tuviera mucho tiempo para pensar o elegir, pero recordaba

vagamente que yo estaba aquí, como decía en su carta.

—¿Y el dinero? ¿De dónde demonios van a sacar el dinero? No puedes transportar una guardería infantil de un lugar a otro sin pagar.

Boyne vaciló un momento, pero luego se dijo que no debía traicionar a la señorita Scope, y se limitó a responder que aún no había tenido tiempo de entrar en eso, aunque suponía que en una casa tan extravagante como la de los Wheater siempre habría fondos disponibles, tanto más cuanto que ya se había decidido enviar a los niños a las montañas.

—Es espantoso y conmovedor; es una locura. ¿Dónde están los pobrecillos? ¿En tu hotel? —la señora Sellars había entrado en la casa para coger el sombrero y la sombrilla—. Quiero que me lleves a conocerlos en seguida.

A Boyne le enterneció su actitud, pero también le alarmó lo que podría suceder si la señora Sellars se enfrentaba al asalto simultáneo de los niños sin estar debidamente preparada. Explicó que Judith había llevado al grupo a una modesta pensión del pueblo, y que cuando él llegó los pequeños se habían marchado a los prados, mientras Judith y Terry aún descansaban de sus emociones. Propuso bajar él solo y traer a Judith al châlet.

—Es mejor que la conozcas primero a ella, sin los demás. Encontrarte con los siete a la vez puede ser bastante abrumador.

¿Siete? La señora Sellars confesó que no había caído en la cuenta de que fueran siete. Se mostró de acuerdo en que tal vez fuese mejor ver primero a Judith, sin sus hermanos, y propuso que Boyne la invitara a almorzar en el châlet.

—¿Crees que puede asustarse de una mujer vieja y extraña?

La idea de que Judith pudiera asustarse de algo o de alguien le pareció a Boyne divertida; no obstante pensó que la insinuación de la señora Sellars era un signo de amabilidad y se alegró de contar con su apoyo y su consejo. Después de haber tenido una conversación tranquila con Judith, Boyne estaba seguro de que se pondría de parte de los niños, y quién sabe si su sentido práctico resultara más útil que el suyo a la hora de resolver aquel rompecabezas.

«Espero que Judith no empiece diciendo algo que la desconcierte», se dijo Boyne, y juzgó oportuno advertir a la señora Sellars de que no esperase encontrarse con una niña ingenua. Luego consideró que la advertencia podría despertar prejuicios inconscientes contra la muchacha y estimó más sensato confiar en que el encanto natural de Judith se impusiera sobre la extrañeza que sus palabras pudieran causar. Si era preciso dar alguna indicación, sería menos

arriesgado dársela a Judith.

Sin embargo, nada más verla, la utilidad de darle indicaciones en ese sentido se volvió dudosa. Fresca y radiante tras el reposo nocturno, e inusualmente guapa con su ligero vestido de lino y una pamelita rosa, Judith lo recibió en la puerta de la pensión con un abrazo que hizo volar la pamelita entre las matas de grosellas y descubrir su pelo ondulado y sus ojos llenos de risa para que él los examinara atentamente.

—Pareces un pensamiento esta mañana —dijo Boyne, sorprendido por el parecido que sus ojos ovalados y de un tono marrón terciopelo guardaban con el inquisitivo rostro de la flor de las montañas. Pero Judith no era amante de la jardinería y despreció el símil con una mueca.

—¡Qué horror! ¡Esas cosas que se prenden de un alambre para hacer coronas de muerto! No tengo la menor sensación de asistir a un funeral. Es fantástico estar aquí y haberte encontrado. Te quedas a almorzar con nosotros, ¿verdad? Los niños se pondrán locos de contento. En cierto modo aceptaron venir porque les prometí que te veríamos. Blanca y Zinnie no estaban muy dispuestas al principio... siempre temen perderse algo emocionante cuando se pelean con mamá. Pero les dije que contigo vivirían cosas mucho más emocionantes —se había agarrado al brazo de Boyne y lo conducía hacia la casa—. Le diré a la patrona que vienes a almorzar. Scopy está arriba, con Terry, y me ha pedido que no me olvide, para que la cocinera prepare más comida —para entonces habían llegado a la salita de estar, que olía a barniz y a edelweiss secas, donde un águila disecada presidía la chimenea. Judith tomó asiento en el resbaladizo sofá y tiró de Boyne para que se sentara a su lado—. Lo primero que quiero preguntarte es cuál es tu pudín preferido.

—Cualquiera, cielo. Pero con respecto al almuerzo...

Judith se puso en pie y le dirigió una amplia sonrisa:

—¿O tal vez estás de incógnito con una mujer y prefieres no quedarte? Le dije a Scopy que no me extrañaría...

—Qué tontería, Judith; eso es absurdo...

—¿Por qué absurdo? ¿Por qué no podrías estar con una mujer? Vous êtes encore très bien, mon cher... —entrecerró las pestañas y le dirigió una mirada insinuante.

—No hables como una manicura, niña. Lo cierto es que tengo una vieja amiga que tiene muchas ganas de conocerte y ha propuesto amablemente...

—¿Una vieja amiga?

—Sí.

—¿Tan vieja como Scopy?

—No; puede que incluso sea más joven que tu madre. Lo que quería decir...

—¿Cómo es que la llamas vieja, si es más joven que mamá? ¿También es más guapa? —preguntó Judith con curiosidad.

—No lo sé; no se me ha ocurrido pensarlo...

—Seguro que no viste tan bien como ella. A menos que consideres que la ropa de Joyce es a veces un poquito «demasiado»...

—Tampoco he pensado en eso. Lo que quiero decir con «vieja» es que la señora Sellars y yo somos amigos desde hace años. Está viviendo en un châlet de la montaña, más arriba de los hoteles, y quiere invitarte a almorzar.

—¿A mí... a mí sola? —preguntó Judith, visiblemente sorprendida.

Boyne sonrió.

—Verás, cariño; estoy seguro de que le encantaría invitaros a todos, incluido Chip, pero resulta que su casa es diminuta y no hay espacio. Por eso, para evitar diferencias injustas, ¿por qué no vienes a conocerla? Me apetece mucho que la conozcas, porque nadie podría aconsejarte mejor que ella.

Judith se puso rígida y perdió la expresión.

—No quiero el consejo de nadie más que el tuyo, Martin. Pero naturalmente que iré si lo deseas.

—No se trata de que yo lo desee. Pero puedes estar segura de que si mi consejo sirve de algo será porque lo he consultado con la señora Sellars. Dos personas no son demasiadas para ayudarte a salir de este aprieto. A veces pienso que no te das cuenta del lío en que os habéis metido.

—Si es más joven que mamá y no te has fijado en cómo viste es porque estás enamorado de ella —continuó Judith, como si las últimas palabras de Boyne no hubiesen causado en ella impresión alguna.

—No veo que puede importar que esté enamorado de ella o no lo esté —replicó Boyne, empezando a perder los nervios—. Lo que importa es que es una de las mujeres más amables y más sensibles que conozco...

—Eso piensan siempre los hombres —observó Judith pensativamente. Volvió a retirarse para observarlo con los ojos entrecerrados—. Es maravilloso estar enamorado —murmuró; y con provocadora sonrisa, añadió—: Blanca es mucho más aguda que yo. ¿Sabes lo que dijo? «Martin no tendría tanta prisa por marcharse de Venecia si no fuera a reunirse en secreto con una amiga.» Supongo —bajó el tono de voz y la línea de sus labios cayó en consecuencia—

que ha sido una soberana estupidez por mi parte venir en tu busca tan atolondradamente y que ahora te estarás devanando los sesos para ver cómo te libras de nosotros y evitar una discusión con papá y mamá.

Entre exasperado y conmovido, como solía suceder cuando hablaba con ella, especialmente cuando sabía que ella se proponía herirlo, Boyne le tomó las manos con gesto de reproche.

—Verás, Judith. Cuando dices esas bobadas me entran ganas de zarandarte. Si me devano los sesos por algo es por ayudarte a conseguir lo que quieres. Para que estéis todos juntos, como ahora, pero tampoco quiero que tus padres piensen que he tenido algo que ver en este asunto. Tienes mucha razón; pretendo estar a buenas con ellos, porque de ese modo puedo convencerlos de que, pase lo que pase, no tienen derecho a separaros. Si lo consigo haré lo mejor para ti. Pero aún no sé cómo hacerlo; por eso quiero que conozcas a la señora Sellars.

Para asombro de Boyne, Judith lo escuchó en atento silencio y, cuando éste hubo terminado, lo miró con cara de niña obediente.

—Haré lo que tú quieras, Martin. Pero ¿no crees que tu amiga entendería mejor la situación si le pido a Nanny que suba con Chip después de almorzar?

—Eres un ángel... claro que sí —aceptó Boyne con entusiasmo. Judith propuso entonces que subieran a ver a Terry antes de marcharse.

XIII

Hubo de admitir Boyne que ver a Terry era el mejor modo de obtener la adhesión de cualquiera, en cuerpo y alma, a la causa de los niños. Mientras que la cuestión de qué podría pensar la señora Sellars de Judith planteaba serias dudas, no podía decirse lo mismo en el caso de Terry.

A lo largo de esa mañana hubo momentos en los que Boyne no veía que la buena voluntad por ambas partes bastara para salvar la distancia que separaba la visión de la vida de la señora Sellars con la experiencia de la vida de Judith Wheeler, mientras que entre la señora Sellars y Terry no habría nada que explicar ni distancia que sortear. Se entenderían con sólo mirarse a los ojos. Boyne decidió entonces que después del almuerzo la llevaría a ver a Terry.

No había posibilidad de que Terry subiera hasta el châtlet ese día. La emoción de la huida, sumada al calor y la fatiga del viaje, había consumido sus escasas reservas de energía, y el muchacho sólo era capaz de mirar a Boyne ávidamente, tendido en la cama, y de afirmar en tono de queja que sabía que el

aire de Cortina le permitiría recuperarse en seguida. Scopy ya había avisado al médico y le había administrado los remedios adecuados, de manera que la temperatura del paciente era casi normal.

—Si papá y mamá nos permitieran quedarnos aquí, estoy seguro de que esta vez me recuperaría. Y tú estarás aquí para ocuparte un poco de los niños, ¿verdad, Martin?

Boyne prometió que se quedaría cuanto pudiera y, en todo caso, no se marcharía hasta que el problema de los niños con sus padres se hallara en vías de solución. Señaló que sin duda sería preciso recurrir a la negociación, y Terry intervino al punto:

—Por eso decidimos venir aquí. Judy y yo sabíamos que si te encontrábamos nos apoyarías y nos ayudarías a llegar a un acuerdo con papá y mamá —el muchacho miraba al amigo con apasionada intensidad—. Martin, tú sabes que separarnos no es bueno... no es nada bueno. A este paso nunca recibiremos una educación. ¡Y en cuanto a las formas! Los niños están completamente desmoralizados desde la visita de Zinnia. Ahora se han enterado del matrimonio de Buondelmonte y eso también les hace sentirse inseguros; y Blanca sólo piensa en arreglarse y en coquetear... En cuanto algo va mal entre papá y mamá, los niños lo perciben; se vuelven incontrolables antes de que estalle la pelea. El otro día Zinnie le puso a Bun un ojo morado porque dijo que iba a volver a ser un príncipe y a vivir en el palacio de su padre en Roma, y a tener un Rolls... ¡un niño que apenas sabe las letras de su nombre! —concluyó Terry con gesto despectivo.

—Lo sé, chico. La cosa está muy mal —admitió Boyne— y hay que hacer algo inmediatamente. Eso es lo que pretendo hacerles ver a vuestros padres. Entretanto tú debes aprovechar la tregua para descansar. Te prometo que haré todo lo posible en cuanto llegue el momento.

—No es necesario que lo prometas —dijo Terry, hundiendo tranquilamente la cabeza entre las almohadas.

Mientras subía por el monte con Judith, Boyne se puso al corriente de ciertos detalles que la noche anterior, con el cansancio y los nervios, la muchacha no había podido contarle. Las confidencias de la señorita Scope tendían a ser generalizaciones pesimistas, pero en el momento de dar detalles, se parapetaba tras el secreto profesional, y Boyne no deseaba forzar sus defensas. Sabía además que ese tipo de escrúpulos no representaban un obstáculo para Judith, que veía la vida sólo en sus detalles. A fin de cuentas, tampoco había nada inesperado en la historia de Judith. Tal como había dicho, siempre se repetía la misma pelea. En cuanto Zinnia Lacrosse le echó el ojo a Gerald Ormerod, Joyce decidió que no podía vivir sin él. La idea de que él cenara todas las noches en el Lido con los Wrench y el duque de Mendip,

mientras ella y Wheater estaban solos en la cubierta del Niña Bonita o tenían que apañárselas con invitados mediocres, resultaba insoportable para una mujer tan llena de vida; y Joyce pidió de pronto a su marido que despidiese al preceptor. Wheater protestó, sorprendido, porque a Terry le gustaba (y eso era cierto; era muy simpático y buen profesor. Judith lo admitió imparcialmente), a lo que Joyce respondió que si Ormerod no era despedido de inmediato pediría el divorcio para casarse con él. Naturalmente, Wheater montó en cólera y fue entonces cuando, en palabras de Judith, se montó el circo, con la complicación añadida de que Gerald quería casarse con «ella...»

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Casarse «contigo»? ¿Es que habéis perdido el juicio? —repetía Boyne, visiblemente indignado.

Judith sonrió.

—No estoy loca. Tengo casi dieciséis años. Y supongo que soy un buen partido. Pero no pensarás que estoy dispuesta a dejar a los niños, ¿verdad? Además, Terry dice que sería ridículo casarse antes de aprender a escribir correctamente.

—Eso mismo pienso yo —exclamó Boyne, enfurecido. Se preguntaba qué pasaría si Judith comenzaba la conversación con la señora Sellars en esos términos—. Verás, Judith...

—Aunque tampoco estoy segura —continuó Judith en tono reflexivo—. Gerald dice que algunos de los personajes más grandes de la historia nunca aprendieron a escribir sin faltas de ortografía. Napoleón no lo consiguió... ni madame de Sévigné. Y Shakespeare escribía su nombre cada vez de un modo distinto.

—Veo que has recibido un curso de historia desde que me marché —soltó Boyne con sorna. Pero ella respondió con sencillez:

—No; eso me lo contó Gerald un día que me vio llorando porque no sé escribir.

—Me parece muy bien que llores por eso. Y Terry tiene mucha razón al decir que lo primero que debéis hacer es recibir una educación; todos vosotros.

—En ese caso, quizá me vendría bien casarme con Gerald —observó Judith, recobrando su extraña imparcialidad—. Aunque no lo creo —se interrumpió—. Si lo hiciera me quedaría sin los niños. Entonces, ¿para qué?

—Ya hemos llegado —anunció Boyne con aire nervioso.

—¡Pobre niña! ¡Pero si eres muy joven! —exclamó la señora Sellars, abalanzándose para estampar impulsivamente un beso en la mejilla de Judith. Lo primero que pensó Boyne al verla a ella fue lo joven que parecía con su vestido negro, la cabeza caoba inclinada sobre la de Judith, como una hermana

mayor; luego se preguntó hasta qué punto era Judith joven para que le agradase aquel recibimiento.

Judith miró a su anfitriona con una sonrisa:

—¿Joven, para qué? —preguntó, con siniestra simplicidad.

—Pues... para tener tantas responsabilidades —respondió la mujer, refrenando su premeditada espontaneidad.

Judith seguía sonriendo: una sonrisa leve y silenciosa en la que el ojo vigilante de Boyne no auguró nada bueno.

—Supongo que debería sentirme halagada —dijo—. Sé que a su edad, y a la de mi madre, es muy halagador para una que la llamen joven. Pero es que yo aún no he cumplido los dieciséis, por eso para mí no es nada extraordinario.

—Precisamente por ser tan joven es muy amable de tu parte que vengas a conocer a una mujer mayor como yo —dijo la señora Sellars, devolviéndole la sonrisa y refugiándose en lugares comunes para ocultar su nerviosismo.

Judith la estudió con ojos serenos y aterciopelados.

—Tenía ganas de venir. Martin dice que será usted una amiga, y no sabe cuánta falta nos hacen los amigos.

La mirada de la señora Sellars se relajó al instante.

—Martin dice muy bien. Seré una buena amiga si tú me lo permites. Me alegra mucho que hayas venido a compartir el almuerzo al aire libre. Ya te habrá dicho Martin que lamento mucho no tener sitio para el resto del grupo en esta casita tan pequeña.

—Bueno, lo que pensó es que podríamos abrumarla —espetó Judith; pero la señora Sellars rio sin dar importancia al comentario y decidió tomarlo como una impertinencia no autorizada por parte de su amigo.

En conjunto, las cosas empezaban mejor de lo que el amigo había imaginado. Boyne sólo esperaba que a Rose no le importara que Judith lanzase la pamelita sobre el sofá y corriera al espejo que había sobre la chimenea para atusarse con los dedos el pelo alborotado. Una vez en la mesa, la señora Sellars condujo la conversación sobre los niños, cuyos nombres ya había logrado memorizar inteligentemente, y expresó su deseo de conocerlos cuanto antes, incluidos los «hermanastros».

—Te aseguro —añadió— que no me dejes abrumar tan fácilmente como Martin parece pensar.

Judith siempre se sentía a sus anchas cuando hablaba de los niños, sobre todo de Terry, cuyo nombre la señora Sellars había pronunciado con una

simpatía que arrancó un destello de color en las mejillas de la muchacha.

—Terry es el mejor, sin lugar a dudas. Le encantará. ¡Si al menos tuviera media oportunidad! No me refiero a su salud; mamá y papá hacen todo lo posible en ese sentido. Pero nunca ha recibido una educación como es debido y aún no tiene la fortaleza suficiente para ir al colegio —continuó Judith, olvidándose de sí misma y de su costumbre de ponerse a la defensiva ante la necesidad de explicar cómo era Terry, de describirlo de la manera más grata para esa amiga de Martin, que era a todas luces una persona de valores y principios; como el propio Terry. Ésa era la otra parte de la mala suerte del pobre Terry; llevaba mucho tiempo suplicando e implorando a sus padres para que le pusieran un buen preceptor, como a los otros chicos de su edad que no pueden ir al colegio por su mala salud; finalmente, habían comprendido y aceptado que Terry no podía pasar más tiempo en manos de Scopy y de las niñeras; y entonces, cuando por fin encuentran un preceptor y todo va tan bien, a Joyce se le mete en la cabeza que quiere casarse con él. ¿No le parecía a la señora Sellars que era una suerte especialmente asquerosa?

Sí, la señora Sellars estaba de acuerdo. Aunque Boyne detectó, por la curvatura de sus labios, que «suerte» no habría sido precisamente el sustantivo empleado por ella, ni «asqueroso» el adjetivo.

—Seguro que es un capricho pasajero de... de tu madre. Llegado el momento no estará dispuesta a tirarlo todo por la borda para casarse con ese joven.

Judith abrió los ojos.

—Bueno, ¿qué le va a hacer... si se ha enamorado de él?

La señora Sellars bajó suavemente los párpados, como si le cerrara los ojos a un difunto.

—Bueno... podría... podría... pensar en todos vosotros, querida.

—Seguro que lo hace —dijo Judith—. Ya lo ha hecho. Mi padre y ella se están peleando por nosotros en este momento. Por eso nos escapamos. ¿No se lo ha contado Martin?

—Creo que a Martin le ha parecido mejor que seas tú quien me lo cuente... es decir, que me cuentes lo que quieras —señaló la señora Sellars con táctica evasiva.

Judith sopesó sus palabras, frunciendo el ceño con desconcierto.

—No creo que haya nada más que contar. Me llevé a los niños para que no volvieran a separarlos. Si no cuidan unos de otros, ¿quién va a cuidar de ellos? No se puede esperar que los padres cuiden de ellos, si no saben cuidar de sí mismos.

—¡Ay, pequeña! —murmuró la señora Sellars, poniendo impulsivamente su mano sobre la de Judith—. Dile a tu madre lo mismo que me has dicho a mí y nunca renunciará a vosotros por nadie.

Judith relajó el gesto y alzó las cejas con incredulidad.

—Usted sabe que ya lo ha hecho. ¿Qué puedes hacer cuando te enamoras? Yo no pienso enamorarme nunca —anunció en tono decidido—. Además, una se acostumbra a los niños. Supongo que usted no ha tenido hijos, ¿o sí? —la señora Sellars hizo un suave gesto de negación—. Bueno —prosiguió Judith animosamente—, yo diría que aún no es demasiado tarde. Pero si tuviera que ocuparse de todos nosotros, más los tres hermanastros, lo más probable es que a estas alturas estuviera harta. No es que mamá no nos quiera... sólo que tiene esos arrebatos emocionales. Así es como los llamaba la pobre Doll Westway. Y ella sabía mucho de eso...

La señora Sellars dejó la cuchara con la que había estado removiendo el café con expresión ausente.

—¿Doll Westway?

A Judith se le iluminó la cara.

—¿La conoce?

—No —dijo la señora Sellars en un tono de rechazo que a Boyne le resultaba familiar, pero que para Judith pasó inadvertido.

—Era mi mejor amiga —continuó Judith—. No había chica más preciosa. Con su traje de baño de color rosa té...

—¿No te parece que es una lástima estar aquí sentados con este tiempo tan espléndido? —interrumpió la señora Sellars—. ¿Podemos salir a la terraza, si ya has terminado el café? Martin, busca los cigarrillos —la dulzura de la señora Sellars los envolvió como un baño de plata. Abiertamente confundida, Judith se levantó para seguirla y Boyne distribuyó los cigarrillos con violenta energía. Maldita sea, ¿qué se había torcido esta vez?

Fuera lo que fuese, se enderezó, al menos momentáneamente, con la aparición de una niñera de velo azul que conducía a un lozano niño pendiente arriba bajo la terraza.

—¡Hola! ¡Por aquí! ¡Aquí estoy! —exclamó Judith, indicando alegremente a la pareja; y la señora Sellars, que estaba junto a ella, acodada en la barandilla, proclamó al instante:

—Aquí llega alguien demasiado lindo para no ser el famoso Chip.

Sí; había sido inteligente por parte de Judith disponer que Chipstone llegara en ese momento. Para una mujer que no ha tenido hijos, la visión de

aquel manojito de salud y alegría debía ser como una estocada y un bálsamo al mismo tiempo. Los ojos de la señora Sellars se cruzaron con los de Boyne, sonrientes, temblorosos, y éste le devolvió la mirada con una señal: «¡A tía Julia, que la zurzan!». Chipstone ya había colmado el espacio con su inmutable serenidad. Habían vuelto a la salita para hacerle los honores, y el pequeño se sentó, como un Buda, sobre las rodillas de la señora Sellars, riendo de alegría al ver a Judy, Martin y Nanny que lo admiraban en grupo. Todo cuanto a Chip se le cruzaba en el camino parecía transformarse en leche fresca y burbujeante.

—Chip no está nada mal —dijo Judith, con cariñoso menosprecio—. Pero espere a ver a Terry...

—Terry no ha podido venir; pero los demás sí —anunció una aguda vocecilla desde la puerta.

—¡Por todos los Santos! ¡Pero si es Zinnie! —exclamó Judith, poniéndose en pie de un salto, movida por un arrebatado de indignación; pero antes de que pudiera llegar a la puerta ésta ya se había abierto y por ella aparecía su pequeña hermanastra, tan dueña de sí misma como siempre, acompañada de Bun y Beechy, cuyas cabezas asomaban tras la ardiente mata de pelo rojo de Zinnie.

—¡No ha sido cosa mía! Susan me juró que no les quitaría la vista de encima —exclamó Nanny, palideciendo ante la furibunda mirada de Judith.

—Y lo hizo —observó Zinnie serenamente—. Nos ha perseguido todo el camino, pero nosotros corríamos más, porque le hace daño un zapato, y al final se cansó de perseguirnos. ¿Verdad? —se volvió a los «hermanastros» en busca de corroboración.

Pero Bun ya había pasado a primer plano con una magistral voltereta: estaba cabeza abajo, con las piernas desnudas y las suelas de las sandalias al aire, mientras Beechy corría hacia la señora Sellars y abrazaba apasionadamente a Chipstone.

—¡Ay, mi Chipito! Creíamos que te habíamos perdido y habías muerto —lloriqueó alegremente. Y el bebé recibió el panegírico con una sonrisa de halago.

—Sí, y Judith no debería haberse escapado, dejándonos así, sin decirnos que venía aquí, y con la orden de que sólo Chip viniera a verla, porque él es el más pequeño de todos. ¿A que no? —se dirigió Zinnie, indignada, a la señora Sellars, quien respondió que evidentemente no estaba bien, pero que la culpa era suya por vivir en una casita tan pequeña y no poder invitarlos a todos a almorzar, pues no había sitio en el comedor.

—Supongo —concluyó la señora Sellars diplomáticamente— que se eligió a Chipstone como representante porque es el que ocupa menos espacio.

—No es verdad. Yo también —gritó Bun, dándose la vuelta rápidamente y mirando a la señora Sellars con actitud desafiante—. Yo sé pasar por un aro y sé...

—Pero tú no sabes estar callado y Chip sí, por eso lo traje a él y no a vosotros —exclamó Judith, zarandeando a Bun mientras Nanny sujetaba a Beechy para refrenar su incipiente aullido de compasión.

—Estos niños son terribles... —sonó otra voz en la puerta, tan discretamente modulada y dulcemente reprobatoria que la señora Sellars se levantó instintivamente para dar la bienvenida a una invitada que parecía tan poco acostumbrada como ella a la ruidosa compañía.

—Lo siento mucho... —dijo Blanca, ya en la habitación, esbelta, imperturbable y vestida de blanco, con un aire de madurez mundana que hacía parecer a Judith la hermana menor.

—La pobre Susan me dijo que se habían escapado al enterarse de que Nanny venía con Chip, y salí corriendo detrás de ellos, pero no he podido alcanzarlos. Lo siento. No ha sido culpa mía —se excusó amablemente ante Judith, sin parar de jadear, pero sus largas pestañas se ocupaban de atrapar en su red a la señora Sellars y a Boyne—. ¡Martin, querido! —exclamó, dirigiéndose al amigo con una de las estudiadas entonaciones de su madre, y en seguida explicó a la señora Sellars—: Soy la gemela de Terry.

Sintiéndose a sus anchas ante unos modales tan parecidos a los suyos, Rose Sellars replicó con una sonrisa que agradecía la presencia de una delegada tan encantadora, ya que Terry no podía venir. Judith le dirigió una mueca a Boyne, pero Blanca, en un arranque de sinceridad, declaró:

—Pero cuando conozca a Terry se olvidará de todos nosotros.

—No se olvidará; no se olvidará de Beechy y de mí porque somos príncipes romanos —espetó Bun, amenazando con otra pirueta que fue interceptada por Judith.

Zinnie lo apartó a un lado y se plantó firmemente delante de su anfitriona.

—Mi madre podría comprarlos a todos si quisiera, porque es actriz de cine —afirmó con su penetrante vocecilla—. Pero yo no se lo permitiría porque todos nos queremos mucho y Judith nos ha hecho jurar sobre el libro de Scopy que estaremos juntos hasta que nos casemos. Yo seguramente me casaré con Bun.

Al oír el anuncio, signos de profunda desesperación se revelaron en el semblante de Beechy, pero Bun, indiferente a los sentimientos que inspiraba,

se interpuso para decir:

—Mi madre de verdad era domadora de leones; pero eso no importa porque está muerta.

La señora Sellars manejó la situación con su habitual eficacia. Juegos, merienda y más juegos se improvisaron con la prontitud y la habilidad que siempre la distinguía en las emergencias sociales; la tarde casi tocaba a su fin cuando un puñado de niños somnolientos se disponían a emprender el camino de vuelta a la Pensión Rosenglüh. Zinnie se detuvo en la puerta del châtlet para decir a los de la terraza:

—Supongo que si hubierais sabido que veníamos nos habríais preparado algún regalo... —Judith la interrumpió, agarrándola con fuerza de la muñeca, y el tropel echó a correr montaña abajo, aunque no tan deprisa para no oír la respuesta de la señora Sellars:

—¡Volved mañana y ya veréis!

Rose Sellars, sin embargo, no esperó al día siguiente para devolver la visita a los niños. Poco después de su partida reunió un montón de libros, especialmente seleccionados para deleitar a Terry, y bajó con Boyne hasta la pensión.

Los pequeños estaban cenando en ese momento, pero la visitante fue presentada a la señorita Scope y conducida hasta la cama de Terry. Ni Judith ni Boyne la acompañaron, pues el médico no quería que el paciente tuviera demasiadas visitas mientras no se recuperase de su fatiga. Por esta razón, la señora Sellars sólo estuvo unos minutos con el muchacho y, cuando volvió con Boyne, que la esperaba en la puerta del jardín, se limitó a decir:

—Me alegro de haber venido.

A Boyne le agradó que supiera que él adivinaría lo demás. Nunca había tenido la menor duda al respecto sobre aquel encuentro.

De regreso en su hotel, Boyne encontró el telegrama que esperaba desde esa mañana: «Por Dios, avisa de inmediato si niños contigo y Chipstone bien. Muertos de preocupación y sin comprender locura. Rastro seguido por policía hasta Padua, donde alquilaron coches en dirección Botzen. Rogamos regreso inmediato. Enviaremos dinero. Wheeler».

«Maldita sea... tendré que ir a hablar con él», murmuró Boyne, arrugando el papel y metiéndolo en el bolsillo. El telegrama había hecho añicos su paraíso por un día, y cuanto antes resolviera el asunto mejor para todos. Aunque con cierta satisfacción, luego de echar un vistazo al reloj, concluyó: «Demasiado tarde para telegrafiar esta noche, en todo caso».

XIV

—¿Cómo iba a contestar a esto? —desafió Boyne a la señora Sellars esa noche, pasándole el telegrama sobre la mesa donde llevaban un buen rato entretenidos degustando sus fresas con nata.

Se había mostrado encantadora hablando de los niños después de que éstos se marcharan; elogiosa con Judith, bien que con cierta reserva; comprensiva y tierna con Terry y cariñosamente maternal con los demás. Era descorazonador, todo aquel asunto... y tan conmovedor cómo todos se volvían hacia Martin en busca de ayuda... como si fuera su único amigo (¡qué bien los entendía!)... Pero ¿qué demonios pensaba hacer él? ¿Qué solución veía?

Habían tratado y vuelto a tratar la cuestión durante la cena, hasta que Boyne, con la sensación de que gracias a Terry se había ganado definitivamente la simpatía de Rose, sacó del bolsillo el telegrama de Wheeler. La señora Sellars lo examinó con aire pensativo.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ahora mismo. Lo encontré al volver al hotel.

Ella suspiró:

—Era evidente que los Wheeler no tardarían más de veinticuatro horas en averiguar el paradero de los niños. ¡Pobres conspiradores! Me habría gustado que se quedaran con nosotros un par de días... sobre todo teniendo en cuenta que ese niño está agotado...

—Tal vez sea posible.

Rose Sellars dibujó un signo de interrogación con las cejas.

—¿Cómo? —pero en lugar de responder, Boyne dijo:

—Aún no me has dicho qué puedo decirle.

Ella esbozó otra interrogación con un movimiento del ceño:

—¿Qué puedes decirle? Su padre vendrá a buscarlos si no haces que vuelvan.

—No pienso hacer eso.

—¿No? ¿Entonces? —su mirada se oscureció, y volvió a estudiar el telegrama; luego dirigió a Boyne una sonrisa ligeramente burlona—. Confieso que siento curiosidad por conocer tu alternativa.

Boyne recibió sus palabras con perplejidad:

—¿Y si no respondiera?

—Pues, si no lo haces, Wheater no tiene más que telefonar a tu hotel para saber que sigues aquí y que te han visto con una caterva de niños.

—No me quedaré aquí. Me marcharé ahora mismo... a Pieve di Cadore, o a cualquier parte.

—¿Y los niños?

—Vendrán conmigo.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

Rose esbozó una sonrisa de seda.

—En ese caso, querido mío, tú también eres un niño. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en encontraros? Con eso sólo empeorarás las cosas, para los niños... y para ti.

—¡Yo no importo! Pero ellos... —volvió a fruncir el ceño con aire reflexivo—. De acuerdo, maldita sea; quizá tengas razón. Pero ¿qué se te ocurre a ti?

—Que convenzas a Judith de que vuelvan en seguida, naturalmente. Lo siento muchísimo por todos ellos... en especial por Terry. Pero no veo otra alternativa.

Boyne se puso en pie y empezó a dar vueltas.

—No puedo hacer eso.

Ella apoyó los blancos brazos sobre la mesa y siguió con la mirada el impaciente ir y venir de Boyne.

—¿Entonces?

—No lo sé. Todavía. Al menos tengo esta noche para pensarlo.

—No llegarás a ninguna parte por mucho que lo pienses.

Boyne respondió a la sonrisa de Rose con una mueca rayana en el antagonismo.

—Ya me las he visto en situaciones peores que ésta en más de una ocasión.

—No me cabe duda —dijo ella, en su tono de admiración ligeramente jocosa.

La discusión había concluido ahí, pues los dos tenían sobrada experiencia para saber que era inútil prolongarla. A la mañana siguiente, Boyne supo sin ayuda de nadie lo que haría. Decidió que el primer paso era hablar con Judith

y, antes de que los postigos se hubieran abierto, se presentó en la pensión. Solicitó la presencia de la señorita Scope en la sala de estar y le pidió que mandara bajar a Judith inmediatamente para hablar con él.

—¿Malas noticias, señor Boyne? Espero que no.

—Bueno, no creería usted realmente que Wheeler iba a tardar mucho más en encontrarlos, ¿verdad?

La señorita Scope se puso blanca.

—¿Me está buscando la policía?

—¿La policía? —respondió Boyne con una carcajada—. ¿Para detenerla por secuestro? Tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

La señorita Scope ya se retiraba, pero se detuvo en el umbral de la puerta.

—Judith ha contado en todo momento con mi conocimiento y mi consentimiento; no digo con mi aprobación —declaró, con un enfático suspiro.

—Claro, claro. Pero ahora, dígame que venga inmediatamente, por favor.

Judith apareció al momento, enfundada en un pequeño camisón de color amapola, el pelo revuelto sobre los ojos infantiles, aún nublados por el sueño.

—¿Qué ocurre, Martin? ¿La policía?

Boyne volvió a reír, esta vez con mayor impaciencia.

—No seas ridícula, niña. Eres igual que Scopy. ¿No irás a pensar que tu padre quiere que os detengan?

Judith respondió con otra pregunta:

—¿Qué piensa hacer?

Boyne le entregó el telegrama, y ella preguntó al punto:

—¿No habrás respondido?

—Todavía no.

—Bueno; supongo que tendremos que marcharnos.

Boyne la miró, tan desprevenido ante su brusca rendición que su sentimiento predominante fue de abatimiento. Se presentaba allí dispuesto a presentar batalla, con valentía pese a la falta de recursos y...

—¿Podríamos tomar el vapor en Trieste? —continuó Judith, sumida al parecer en su propia cadena de pensamientos. La inesperada pregunta sacó rápidamente a Boyne de su estado de abulia.

—¿Trieste? ¿Por qué Trieste? —la miró desconcertado—. ¿Para ir adónde?

—A cualquier parte donde no nos alcancen demasiado pronto —como ajena a la presencia de Boyne, Judith siguió rumiando su problema—. Tal vez, a fin de cuentas sería mejor que regresáramos a Estados Unidos. ¿No te parece? Allí tenemos a la abuela Mervin... la madre de Joyce. Podríamos ir con ella. Y mientras tú puedes hacerles creer a los Wheeler que aún seguimos aquí, para que no se preocupen. Así tendremos tiempo de escapar.

En contra de sus deseos, Boyne se sintió aliviado al ver que Judith estaba dispuesta a proseguir la lucha. Para empezar, era más propio de ella, y Boyne había llegado para entonces al punto de desear a toda costa que Judith fuera ella misma. Se cuidó sin embargo de manifestar su opinión y replicó con una nota de sarcasmo:

—Gracias por excluirme del plan. Pero, mi querida niña, aun cuando consiguieras llegar a Estados Unidos sin que tus padres lo supieran, necesitarías dinero para el viaje y no creo que...

—Tengo montañas de dinero —respondió con asombrosa compostura.

—¿A qué llamas tú montañas de dinero? ¿A los ahorros de Scopy? —la provocó Boyne.

Judith se ruborizó.

—¿Te lo ha contado?

—No me ha contado nada. Simplemente lo supongo.

Judith agachó la cabeza un momento para levantarla luego con sonrisa confiada.

—Por supuesto que se lo devolveré. Ella lo sabe. Sabe que soy una heredera.

—¡Heroica mujer! ¿Y hasta dónde esperas llegar con su aportación?

También esta vez reaccionó Judith con compostura:

—No muy lejos. ¡Pobre Scopy! Pero tú sabes que yo tengo mucho.

—¿Mucho dinero?

Recostó la despeinada cabeza en el sofá, al parecer determinada a disfrutar un poco más del desconcierto de Boyne antes de iluminarlo:

—¿Te parece poco dinero cinco mil dólares? —preguntó.

Boyne lanzó un silbido de asombro, y ella corroboró con un suave asentimiento.

—¿Tenías cinco mil dólares... tuyos?

—No; pero sabía dónde los guardaba mi padre.

Boyne se levantó de un salto y la miró de hito en hito.

—¿Que sabías...?

—No me pongas esa cara, Martin. Si quieres llamarlo así, de acuerdo; los he robado. Él siempre lleva un montón de dinero encima, porque le fastidia extender cheques.

—¿Y tú te serviste a discreción?

—Fue facilísimo. Sabía dónde guarda la llave —parecía ansiosa por negar cualquier mérito que no le correspondiera—. Además, sabía que parte de ese dinero era para nuestros gastos del verano en Engadine. Por eso no fue exactamente un robo... ¿o sí?

Boyne volvió a tomar asiento, esta vez en una silla, al otro extremo de la sala. Parecía haber algo casi maléfico en la proximidad de esa menuda figura escarlata con el pelo revuelto y los ojos nublados de sueño, desafiantemente acurrucada en la esquina del sofá.

—¿Supongo que se lo dirías a tu padre en la carta que dejaste para él?

—¿Que había cogido el dinero? —rio Judith—. En ese caso no habría tenido mucho sentido cogerlo...

Boyne lanzó un gruñido y guardó silencio, sin dejar de mirar la madera del suelo, restregada a conciencia. Durante un rato centró toda su atención en uno de los nudos resinosos; luego se levantó otra vez como si tuviera plomo en las piernas.

—Muy bien, yo me desentiendo de vosotros... de todos vosotros.

Judith también se levantó y se acercó a él corriendo.

—Martin —dijo, con voz asustada—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? Nada. Será mejor que te ocupes tú de responder al telegrama —respondió ásperamente, apartando la mano que ella había extendido. Cruzó la habitación, miró sin ver el sombrero y el bastón que había dejado sobre la mesa, y se dirigió a la puerta sin acordarse de recogerlos. Una vez en el umbral, Judith lo detuvo agarrándolo impulsivamente del brazo. Lo miraba llorosa y asustada.

—Martin... ¿Por qué no dices que soy una ladrona y zanjamos el asunto?

Boyne la abrazó.

—Creo que eres tonta de remate. Creo que el habitante medio de las islas Andamán tiene un sentido de la moral sustancialmente superior al tuyo.

—No sé de qué me hablas. Pero Doll Westway tenía la costumbre...

—¿Qué costumbre?

—La de buscar en la cómoda de su madre. No le quedaba más remedio. A todos les fastidia pagar facturas... a los padres —se aferró a él, con los labios aún temblorosos.

—Y supongo que la señorita Scope está al corriente de todo...

Judith asintió:

—La convencí. Le pareció terrible... pero comprendió que no había otro modo. Ella tiene muy pocos ahorros... porque tiene un hermano que bebe...

—¿Y Terry? ¿Lo sabe Terry?

—¡Ay, Martin! ¿Terry? ¿Cómo puedes pensar eso? En realidad no lo piensas, ¿verdad que no? Lo has dicho sólo para asustarme. Martin, por favor... no se lo digas nunca a Terry. Si lo haces me muero. A cualquier otro no importa...

Boyne guardó silencio mientras sufría que ella le apretase el brazo suplicante y desesperada, y sentía como si éste se le hubiera dormido y al mismo tiempo le ardiesen los nervios. Una dualidad similar se instalaba en su cerebro mientras la escuchaba. Percibiendo su incapacidad, le dejaba sin habla. Todas las fuerzas de la piedad —y de algo más próximo al alma que la misma piedad— pugnaban en él por aquella muchacha. Pero a ellas se oponía el viejo hábito de una probidad implacable e incondicional; la fe del hombre trabajador en la necesidad de atenerse a un patrón e imponerlo sobre los demás, sin reparar en el sufrimiento individual que ello acarrease. «No puedo abandonarla», fue lo único que pudo decirse...

—Dime qué quieres que haga, Martin —susurraba Judith con labios temblorosos, mientras él apretaba los suyos.

—Que te sientes a esa mesa y escribas a tu padre para decirle que cogiste el dinero y por qué lo hiciste.

Judith consideró dolorosamente su petición.

—Si no lo hago —dijo al fin—, ¿se lo dirás a Terry?

Martin le dirigió una mirada de indignación.

—¡Por supuesto que no se lo diré a Terry!

—Muy bien. En ese caso, escribiré.

Boyne se sonrojó por esta victoria inesperada y, sobre todo, por las razones en que se fundaba.

—¡Ésa es mi Judy!

La muchacha también se sonrojó, como pillada por sorpresa, aunque su rostro seguía triste y apagado.

—Pero si lo hago, el juego habrá terminado, ¿cierto?

—El juego ha terminado de todos modos, cariño.

Judith palideció.

—¿Quieres decir que realmente vas a abandonarnos?

Boyne hizo una pausa antes de anunciar con determinación:

—Me marcho ahora mismo a Venecia para hablar con tu padre.

—¿Para decirle que estamos aquí?

—Desde luego.

Judith soltó el brazo de Boyne y se quedó frente a él desfallecida, como si toda la juventud se hubiera esfumado de su rostro. A él le asustó el efecto que sus palabras habían causado. La infinita capacidad de sufrimiento de Judith le pareció el elemento más extraño de su trágica situación.

—¿Entonces nos abandonas por completo? ¿Ya no te importa lo que sea de nosotros?

Boyne se detuvo un momento y luego entró de nuevo en la habitación para tomar entre sus manos las manos frías de Judith.

—Mírame, Judith.

Ella obedeció.

—¿No comprendes que en este momento sólo me preocupa una cosa? Que debes comprender que lo que has hecho...

—¿Te refieres al dinero? —suspiró ella.

—Exactamente. Al dinero.

—¿Crees que eso es más importante que todo lo demás?

Lo inesperado de la pregunta hizo que Boyne olvidara bruscamente su argumentación. Parecía surgir de un plano de experiencia distinto, como si la hubieran lanzado desde las profundidades de un dolor y una desilusión que él ni siquiera había empezado a sondear.

Judith aprovechó la oportunidad para insistir:

—Si pudiéramos ir con la abuela Mervin, creo que ella se haría cargo de nosotros. Al menos intentaría hacerle ver a mamá que no debe separarnos.

Estoy segura de que nos cuidaría porque en las cartas que escribe a mamá siempre nos llama «esos pobres niños». La abuela Mervin es muy anticuada... Y el dinero... Martin, papá nunca se dará cuenta de que ha desaparecido. Había mucho más. Siempre llevaba encima montones de dinero y nunca sabe cuánto ha gastado. Una vez tuvo un ayuda de cámara que le robaba y tardó meses en descubrirlo... Sin ese dinero no podríamos llegar a Estados Unidos...

Boyne hizo un esfuerzo por recomponerse y desvió la mirada del peligroso espejismo.

—¿Y tú cuentas con tener la misma suerte que el otro ladrón? —decirlo aclaró su conciencia y le permitió continuar con palabras más humanas—: ¿No ves que este asunto del dinero lo complica todo? Tienes que devolvérmelo para que yo se lo lleve a tu padre. Plantaré batalla en vuestro nombre con todas mis fuerzas.

Judith sólo pareció oír las últimas palabras de su petición.

—¿De verdad lo harás, querido Martin?

Al momento le lanzó los brazos al cuello y apretó la cara húmeda contra sus labios. («Vamos... vamos... vamos», protestó él.)

—¡Estaba segura, Martin! Mi alma me decía que no podías abandonarnos —exclamó, llevada por el éxtasis del alivio, como si oleadas de optimismo brotaran bajo sus pies—. Martin sé que sabrás lo que tienes que decir —cantó.

—Sube a por el dinero, Judith —le reconvino él severamente.

Judith abandonó la sala. Boyne se quedó mirando por la ventana. Del mundo de luz y libertad que se extendía ante sus ojos, de las laderas de las montañas y sus agujas de granito erguidas contra un cielo apuntalado por nubes, de las gigantescas sombras azules que se perseguían veloces a través de los valles, no veía nada más que el delgado hilo de la curva vía férrea que iba hacia Venecia y los Wheeler. Aún tenía que conseguir que Judith escribiera la carta a su padre. Aún tenía que entregar al enemigo a esa niña atrapada e indefensa que confiaba en él.

XV

—¡Maldita sea... maldita sea... maldita sea! —Ése parecía ser el único improperio que se le ocurría a Cliffe Wheeler, y Boyne pensó que de tanto usarlo lo había gastado como una goma vieja, y no servía ya para atar sus ideas dispersas.

Se había arrellanado en un sillón del Lido Palace —los Wheeler se habían trasladado al Lido— y se sentía prisionero entre enormes cabezales de cuero, los joviales labios teñidos de un inquieto color púrpura, las venas de las sienes hinchadas de desesperada furia.

—¡Maldita sea! —exclamó de nuevo.

El salón estaba desierto. Era el momento de tomar el sol de la tarde en la playa, a los pies del hotel, y nadie compartía la fresca penumbra del espacio, salvo un grupo de muchachos con chaquetas blancas que languidecían junto al ascensor y un recepcionista con galones dorados que dormitaba tras el escritorio.

Boyne se hallaba sentado frente a Wheeler, en otro enorme y resbaladizo sillón que le obligaba a realizar un continuo esfuerzo muscular con tal de poder anclar su enjuto esqueleto. Observaba a Cliffe Wheeler con la misma atención con que escucharía las últimas fases de la discusión con algún potentado local al que intentara endilgar un importante proyecto de ingeniería que imperiosamente hubiera de pasar por sus propiedades.

Sin embargo, con el potentado habría sido sólo cuestión de comparar valores, de convencerlo de la riqueza material que le reportaría. En tales negociaciones el lenguaje siempre era el mismo. Pero en su conversación con Wheeler, Boyne tenía la sensación de hablar un idioma para el que su interlocutor carecía de equivalentes. Su vocabulario era el mismo en apariencia, pero bajo la superficie las palabras del uno perdían significado para el otro. Wheeler navegaba a la deriva en un mar de incompreensión.

—¿Qué demonios puedo hacer? —inquirió.

Era incapaz de comprender que pudiera ocurrirle algo que su riqueza o su salud no lograran resolver. Su primer pensamiento parecía ser que debía tratarse de un error... de una puñetera negligencia por parte de alguien. Como si hubieran olvidado conectar la alarma antirrobo o revisar el motor o pagar el seguro contra incendios o cortar a un pelma que llama por teléfono, o cualquier otra fisura que de pronto se hubiera abierto en la sólida armadura de su bienestar para llenarlo de tribulación. ¡Si lograra pillar al ofensor... si lo lograra! Al parecer, la cruz de su desgracia era que no podía...

—No es que culpe a la niña —dijo de pronto, dirigiendo una mirada interrogativa a sus manos pobladas de vello rubio, las uñas lustrosas y un sello de oro con un zafiro sin tallar. Alzó la vista y examinó a Boyne, que al punto se puso en guardia.

—Verás —empezó Boyne—, tienes que comprender que Judith no ha sido en modo alguno consciente de que lo del dinero...

—Al diablo el dinero —despreció la cuestión de un manotazo. Boyne había reparado en que la pobre carta de confesión que había conseguido de Judith apenas había merecido más que una rápida ojeada por parte de su padre, que se había metido el dinero el bolsillo con la indiferencia con que se cobra una deuda de juego. Saltaba a la vista que los valores del Lido eran diferentes. Lo que atormentaba a Wheeler eran las terribles molestias que la situación le causaba y, en honor a la justicia, también una vaga y confusa aflicción por sus hijos—. No sabía que los pobres chicos se preocuparan tanto —fue todo cuanto esta emoción logró arrancarle; al menos, Boyne sintió que era sincero.

—Se quieren todos mucho... y también os quieren mucho a ti y a Joyce. Lo que necesitan ante todo es un hogar: un hogar con vosotros dos a la cabeza.

—¡Maldita sea! —gruñó Wheeler nuevamente. Como si Boyne le propusiera ascender al trono de Inglaterra. ¿De qué servía hablar de imposibles? Había cosas que ni siquiera su dinero podía comprar... y si Wheeler se veía privado de su sensación de omnipotencia se retorció como un caracol desprovisto de su concha—. ¿Cómo quieren que no haya peleas? —empezó a decir, sudando por la opresión que la impotencia le producía.

—No las habrá si Joyce y tú sois capaces de llegar a un acuerdo.

El afligido marido respondió con sorna:

—¡Un acuerdo... con Joyce!

—Bueno... ella quiere mucho a los niños; y tú también. Y ellos os adoran. ¿Por qué no podéis enterrar vuestras diferencias y llevar una vida que permita a los niños estar juntos, proporcionarles algo parecido a un hogar, mientras vosotros dos... bueno, hacéis lo que queráis... en privado...? —Boyne notó que se le secaban los labios al formular tan árida propuesta.

Wheeler apoyó los codos en las rodillas y contempló el cuadro que se le presentaba.

—Joyce no se molesta en hacer lo que quiere en privado —replicó sin ironía.

—Pero los niños... estoy seguro de que no quiere desprenderse de ellos.

—No; y yo tampoco. ¡Y lo que es más: no pienso hacerlo! —lanzó el puño contra la protuberancia de cuero del reposabrazos, que se hundió por saturación, como si el sillón del Lido fuera el símbolo de la hostil oposición de Joyce—. ¡Por Dios que impondré mis condiciones! —continuó Wheeler grandilocuentemente, aunque con convicción.

Boyne se puso en pie con sensación de hastío. Tenía los huesos entumecidos, como si hubiera estado colgado de una roca sobre un precipicio; su mente participaba en el dolor.

—Mira, Cliffe, las amenazas no sirven de nada. Es evidente que tienes mucho poder. Entre Joyce y tú podéis destruir fácilmente las vidas de estos niños...

—¡Vamos! —protestó Wheeler.

—Destruir sus vidas. Acuérdate de esa pobre Doll Westway que iba como una pelota de acá para allá. Judith me ha contado su triste historia...

—No veo el parecido. Además, me opongo rotundamente a que se me equipare con un vagabundo como Charlie Westway. Ningún tribunal del mundo le otorgaría a un canalla como él la custodia de sus hijos, mientras que los míos estarían perfectamente a salvo en mis manos. Joyce lo sabe; y sus abogados también.

—No lo dudo; pero el problema es que los niños necesitan a Joyce tanto como a ti. Y necesitan algo que ninguno de los dos podéis darles por separado. Os necesitan a Joyce y a ti unidos; así es como se construye un hogar... con unión... ese ambiente misterioso —Boyne se interrumpió, tragándose su elocuencia con nerviosismo.

Wheeler lo miró con aire impotente.

—¿Tomamos algo? —propuso. Avisó con la mano a los guardianes del ascensor. De los deshabitados confines del salón surgió un camarero con servilleta y bandeja... vela y balsa en un océano desierto—. ¡Eh! —llamó febrilmente Wheeler. A Boyne le sorprendió que no agitara el pañuelo colgado del extremo de un bastón. Bebieron en un silencio desesperado.

Captar la atención de Joyce resultó menos fácil. Era difícil incluso asegurar su presencia. No es que evitara a su marido; al contrario. Dedicaba todo el tiempo que podía a discutir con él sobre su futuro acuerdo. Y se aferraba a Boyne en una agonía de preocupación por los niños. Pero una vez supo que estaban a salvo, observó que su huida le estaba muy bien empleada a Cliffe y esperaba que aprendiera la lección, dicho lo cual salió corriendo para atender un acuciante compromiso en la playa, con la promesa de ver a Boyne cuando volviera a vestirse para la cena... a eso de las ocho o las nueve. Suponía que Cliffe cuidaría de él entre tanto...

Eran más cerca de las nueve que de las ocho cuando Boyne logró al fin abordar a Joyce en uno de los pasillos de arriba, cuando volvía a su habitación. Lo hizo esperar en la salita mientras se quitaba el traje de baño y reaparecía envuelta en telas perfumadas, los ojos vivos, el pelo revuelto, tan juvenil como el de Judith, y el brillo que le daba un nuevo amorío. Boyne recordó la frase de Terry: «Ahora que los médicos inventan técnicas para rejuvenecer a los padres...» y juzgó que la técnica más antigua seguía siendo la más eficaz. Joyce se tendió en un diván, juntó las manos por detrás de la cabeza y declaró:

—Ha sido muy inteligente por parte de Judith darle semejante susto a su padre. Tal vez ahora recobre el juicio.

Boyne se dijo que Joyce iba a resultar más difícil de convencer que Wheater.

—¿A qué le llamas tú recobrar el juicio?

—A darme a los niños, naturalmente... a mí y a Gerald —cerró suavemente los párpados al pronunciar este nombre. Boyne se asustó al recordar cómo acariciaba Judith ciertos pensamientos e imágenes con sus pestañas. Detestaba en la madre todo cuanto le recordaba lo que más le gustaba de la hija...

—El problema está, Joyce, en lo que ellos quieren... en lo que necesitan. No se trata de ti... con cualquiera... sino sólo de ti y de Cliffe: de sus padres.

—¡Cliffe y yo! ¡Un espectáculo de lo más edificante!

—Eso ya lo han perdonado... al menos Judith y Terry. Y todos os quieren muchísimo. Lo que necesitan los pequeños es un hogar cálido y estable... como cualquier animal joven.

Joyce estudió sus uñas relucientes, como si en ellas se reflejara la indolencia de su belleza.

—Verás —continuó Boyne—, son esos continuos cambios de temperatura lo que les está matando.

—¿Qué cambios de temperatura?

—Bueno, cada vez que se llega a un nuevo acuerdo, es decir, cada vez que tienen un nuevo padrastro, el ambiente cambia necesariamente, ¿no es así? Los niños, como sabes, necesitan constancia; es su elemento vital.

Llegado este punto, Joyce lo sorprendió abundando en sus palabras. Le aseguró que nunca era ella quien quería el cambio. ¿No había sido ella la que había vuelto con Cliffe por su propio pie y había vuelto a intentarlo sinceramente... sólo por el bien de los niños? ¿Y cuál había sido el resultado? Sencillamente el de verse obligados a presenciar, con ojos más claros ahora que habían crecido, las mismas peleas y los mismos escándalos (porque Cliffe era escandaloso) que habían marcado su infancia. ¿De veras recomendaba Boyne la renovación de esas condiciones como «elemento vital» para el bienestar de los pobres niños? Sería el experimento más desastroso que podría hacerse con ellos. Mientras que, si se limitaban a manifestar su voluntad de quedarse con Joyce, y sólo con ella, Cliffe no tardaría en recobrar el juicio... Cliffe, al menos hasta que otra mujer lo cazase no sabría qué hacer con los niños y tendría que dar las gracias porque éstos estuvieran en buenas manos. ¿Había tenido Boyne en cuenta la gran ayuda que podía significar para Terry

tener a Gerald siempre a su lado, no como preceptor a sueldo, sino mucho mejor, como amigo, compañero y tutor... todo lo que su propio padre no había logrado ser? No sabía Boyne cuánto cariño le había tomado Terry a Gerald. Y Gerald adoraba al muchacho. Tal consideración, a decir de Joyce, había pesado no poco a la hora de decidir su ruptura con Wheeler.

Joyce era mucho más flexible que su marido y, paradójicamente, al parecer, también más dura de roer. Arrasó todos los argumentos de Boyne con un torrente de verborrea sentimental; tenía la inmensa ventaja sobre Wheeler de creer que los niños se sentirían completamente felices con ella, mientras que Cliffe sólo creía en su derecho a la custodia, sin pararse a pensar si eso les hacía felices o no.

Todas esas consideraciones fueron sin embargo interrumpidas por la brusca exclamación de Joyce de que pasaban de las nueve y el duque de Mendip y los Wrench la esperaban para... por supuesto que Martin podía unirse a ellos para cenar... No; Martin respondió que no, gracias. En realidad ya le había prometido a Cliffe que...

—Pero si Cliffe también viene. ¿No lo sabías? Está fascinado con Sybil Lullmer, querido. Ella vino aquí con intención de cazar a Mendip, pero al no conseguirlo se ha adherido tranquilamente a Cliffe. ¿Verdad que tiene gracia? Claro que las mujeres como ella no se atienen a nada. ¿Cómo iba a hacerlo, con su historial? Y Cliffe ha tenido que hacer las paces con Zinnia Wrench, porque era el modo más fácil de estar con Sybil... De manera que cenarás con nosotros, Martin, ¿verdad? Dime una cosa... ¿estás seguro de que Chip está perfectamente? ¿Y crees que a Terry le sentará bien Cortina?

Media hora más tarde, Boyne, después de convencerse severamente de que aquello formaba también parte del juego, se sentaba a una mesa del concurrido restaurante del Lido Palace, encaramado sobre el rumor del Adriático iluminado por las estrellas. Le correspondió instalarse entre Zinnia Lacrosse y Joyce Wheeler, frente a una elegante muchacha que a primera vista le recordó a Judith, pues tenía los mismos ojos anhelantes y confundidos, la misma mirada suave y sombría dirigida al brillo del entorno. Pero al tenerla enfrente y ver su sonrisa, al oír su voz, se enfadó consigo mismo por la comparación.

—¿De verdad no conoces a Syb Lullmer? —le susurró Joyce, arropada por la música de los saxofones—. Pero ¿habrás oído hablar de ella como la señora de Charlie Westway? Siempre se las arregla para estar en el candelero. Su hija Doll se suicidó el año pasado en Deauville. Fue tremendo. La propia Syb se atiborra de drogas. ¿Verdad que no lo parece? Con esta luz podría tener la edad de Judy. ¿Qué opinas de ella?

—Opino que es horrorosa.

La señora Wheeler lo miró sorprendida.

—A los modistas no se lo parece. La visten gratis. ¡Mira cómo se come a Gerald con los ojos! Eso es lo que pierde a Cliffe —observó Joyce con una sonrisa. Y un momento después añadió—: ¡Una buena madrastra para mis hijos! ¿Te sorprende que pelee por su custodia?

Al otro extremo de la mesa, la señora Lullmer hablaba entre penetrantes gemidos. Sus grandes ojos quedaban en blanco, como los de un médium, y sus labios se movían sólo lo justo para soltar un romo hilo de voz.

—Le dije a Anastase que no volvería a dirigirle la palabra ni a poner el pie en su establecimiento si lo sorprendía vendiendo uno de los vestidos que ha diseñado para mí a una mujer respetable. Y él me dijo: «¿Cómo iba a hacerlo si no he visto a ninguna por aquí? ¿Tú sí?». Y yo le dije: «Ahora me has insultado, y te demandaré por calumnias si no me rebajas el cincuenta por ciento». Ya sabéis que soy pobre —concluyó la señora Lullmer en tono quejumbroso, barriendo a los presentes con su irresistible mirada. El duque, Zinnia, lord Wrench y Cliffe Wheeler recibieron la anécdota con clamorosa aprobación. Gerald Ormerod miraba al techo y Joyce miraba tiernamente a Gerald—. Al final conseguí el veinticinco por ciento —gimió la señora Lullmer, derramando sobre Boyne su líquida mirada...

A su lado, en mesas idénticas a la suya, se sentaban hombres idénticos a lord Wrench y a Wheeler, al duque de Mendip y a Gerald Ormerod, junto a mujeres idénticas a Joyce, Zinnia y la señora Lullmer. Boyne recordó los lamentos de Rose Sellars ante la visión de una belleza fijada por un mismo patrón. Y allí estaba, con todo su terror mecánico... infinita y sin sentido como una pesadilla recurrente. Todas y cada una de las mujeres que abarrotaban el restaurante parecían tener la misma edad, ser vestidas por los mismos modistas, amadas por los mismos amantes, adornadas por los mismos joyeros, masajeadas y tratadas por los mismos doctores de la Belleza. La única diferencia estribaba en que las pocas que ya no podían disimular su edad llevaban faldas más cortas y lucían mayores escotes. Una doble orquesta de jazz ahogaba la conversación, pero, por el movimiento de los labios y los gestos de acompañamiento, Boyne conjeturó que todas decían exactamente las mismas cosas que Joyce, Zinnia y la señora Lullmer. No se estilaba ser diferente; y una vez más se maravilló de la incurable simplicidad de los corruptos. «Benditos sean los puros de corazón, porque tienen muchas más cosas de las que hablar...», se dijo.

Ajenas, a lo lejos, las luces del Niña Bonita dibujaban un triángulo de estrellas que cabeceaba contra el cielo crepuscular. La brisa que se había levantado al caer la oscuridad arrastraba hasta la orilla el reflejo de un sinfín de pequeñas olas; pero el mar no interesaba ya a los comensales, pues no era

hora de utilizarlo.

—¿Qué os parece si vamos a terminar el cigarro al barco? —propuso Cliffe Wheeler, siempre ansioso de que se fijaran en su nuevo juguete. La noche se presentaba lánguida, y los invitados parecían cansados de su rutina de diversión habitual, por lo que, sin presentar resistencia, el grupo se dejó llevar hasta el muelle donde el Niña Bonita se mecía mezclando el resplandor de sus bronces con el fulgor de las constelaciones sobre el agua—. Mañana por la mañana, amigo mío —dijo Wheeler a Boyne, tomándolo del brazo—, nos ocuparemos de los niños...

XVI

Boyne sabía que por «la mañana», en el lenguaje del Lido, no podía entenderse nada anterior al lánguido intervalo que mediaba entre el aperitivo y el almuerzo, o el aún más letárgico lapso de tiempo que separaba el proceso de digestión del primer baño de la tarde. Puso toda su energía en conseguir que los Wheeler se decidieran por uno u otro paréntesis como el momento más oportuno para abordar la cuestión del futuro de los niños, y se consideró afortunado cuando finalmente aceptaron hablar con él en un tranquilo rincón del hotel antes del almuerzo.

Lamentablemente para el plan, ningún rincón del salón, ni sus terrazas adyacentes, podía calificarse de tranquilo a esa hora en particular. Toda la población del «Palace» regresaba en masa en busca de comida y bebida. Apenas había instalado Boyne a los Wheeler en sus insondables sillones (su única esperanza de retenerlos allí radicaba en la dificultad de levantarse apresuradamente) cuando lady Wrench se dejó caer por allí, limándose las uñas con un pequeño utensilio de carey, y canturreando un espiritual negro con ronco falsete.

—¡Por Dios! ¿Qué hacéis aquí conspirando en un rincón? Parece como si estuvierais ensayando una película... —se interrumpió con los ojos abiertos, impúdica, esencialmente ajena a cualquier éxito inferior al suyo.

—No sé qué hacemos —respondió Joyce en tono irritado—. Al parecer Martin piensa que debe decirnos cómo educar a los niños —era evidente que consideraba ridículo que Zinnia Wrench se quedara allí, limándose las uñas y canturreando, cuando se exigía semejante esfuerzo mental a alguien que la noche anterior se había acostado tan tarde y había bailado tanto como ella.

—Debemos tomar una decisión —gruñó Wheeler poco convencido.

—Ah, bueno... hasta la vista —sonrió lady Wrench—. Me voy a ver la

nueva caseta de Mendip. Se la acaban de traer. ¿De dónde era? Creo que dijo de Marruecos. Pero ¿eso no era un tipo de cuero? En todo caso está en Suráfrica... La están montando en este momento. Es una maravilla.

—¿Una nueva caseta? —el rostro de Joyce se iluminó de curiosidad y de deseo indiscriminado por participar en todo cuanto ocurría.

—Sí; no se parece a nada que hayas visto. Es lo último. Con diseños cubistas en negro. Tal vez pueda dar a Anastase ideas para una túnica de baño. ¡Hola, Gerald! ¿Eres tú? Te he buscado por todas partes; pensé que te habías ahogado. Ven a ver la caseta de Mendip.

Joyce lo detuvo levantando una mano.

—¡Gerald...! ¡Señor Ormerod! Por favor. Quiero que se quede aquí. Estamos discutiendo un asunto en el que puedo necesitar de su consejo.

—Pero bueno, Joyce... —interrumpió el marido.

Ella le lanzó una mirada de dignidad herida.

—¿No querrás que decida sin consejo? Tú cuentas con el de Martin.

—No se trata de ganar una batalla, ¿o sí?

—No lo sé. Tal vez. Gerald, siéntese, por favor —la señora Wheeler señaló a un sillón junto al suyo, y Ormerod enterró en él sus largas piernas de mala gana, al tiempo que murmuraba:

—Con este calor...

—Bueno, hasta la vista —exclamó lady Wrench, evaporándose.

—¡Joyce... Cliffe! ¿Habéis visto la nueva caseta de Mendip? —la señora Lullmer, exquisita, desvaída, con su escueto traje de baño absurdamente completado con un pañuelo naranja transparente, se detuvo en actitud plástica ante la abrumada pareja—. Vamos a verla corriendo, antes del aperitivo. Vamos, Cliffe.

La señora Wheeler apretó los labios, y un rubor carmesí ascendió en lentas oleadas hacia las sudorosas sienes de su marido.

—Verás, Syb. Estamos hablando de negocios.

—¿Negocios? —el vaporoso rostro de la señora Lullmer se afiló como el de un camafeo y sus ojos se transformaron en dos estrechas mirillas—. ¿Os traéis algo bueno entre manos? Yo estoy arruinada para siempre. ¡Contadme, por Dios! —imploró.

Wheeler se echó a reír:

—No. Sólo intentamos llegar a un acuerdo sobre los niños.

—¿Los niños? ¿No me digas que todavía seguís hablando de eso? Eso me recuerda... ¿dónde está mi hija? ¡Pixie, cielito! Ah, está ahí. Cariño, acércate un momento a mi habitación y tráele a mamá una de las nuevas barras de carmín. Que no sea Baise Défendu, mi vida, sino Nouveau Péché... ya sabes, el que combina con el bolso dorado que el duque me regaló ayer.

Un duendecillo etéreo, con una mata de pelo prerrafaelita y un cuerpo menudo y bronceado, abandonó sus retozos con un ascensorista para correr a la llamada de su madre.

—Pixie es un amor... siempre hace lo que le digo. ¡Si mi pobre Doll me hubiera escuchado! —la señora Lullmer observó a Boyne con un suspiro retrospectivo en el que iba implícito que el infausto destino de la hija mayor había sido consecuencia directa de su resistencia a los consejos maternos.

—Bueno, como iba diciendo —reanudó Boyne nerviosamente...

Pero una nueva oleada de bañistas, reforzadas por una tropa de visitantes de Venecia recién llegados en el vapor para almorzar en el Lido, corría vociferando hacia los Wheeler en el mismo instante en que el gran reloj de pared anunciaba la una.

—Mira, Martin, querido... no es momento para hablar de estas cosas. Creo que Joyce ha invitado a almorzar a la mitad de esa gente —confesó Wheeler a su amigo, con la cara encogida de vergüenza—. Pero luego...

—Muy bien. Luego.

Concluyó la comida. La carpa del duque ya había sido visitada, y uno por uno, los que abarrotaban el restaurante y el bar se dispersaron para bañarse o jugar al bridge.

—¿Por qué no aquí? —propuso Boyne pacientemente a la señora Wheeler.

—¿Aquí? —se detuvo bajo el dosel de la gigantesca carpa marroquí y su silueta asombrosamente juvenil se perfiló sobre el brillo de la arena.

—¿Por qué no? —insistió Boyne—. Es un lugar fresco y tranquilo; no creo que nadie nos moleste. ¿Por qué no queréis tratar el problema ahora?

Joyce vaciló, indecisa:

—Para empezar, ¿dónde está Cliffe? Ah, está ahí... debajo de la sombrilla de Syb, por supuesto. Yo estoy totalmente dispuesta, como es natural.

—Muy bien; entonces iré a avisarlo.

Boyne se abrió camino entre los grupos de personas tumbadas en la arena, hasta el lugar donde se hallaba la señora Lullmer, a la sombra de un enorme quitasol de color naranja, con Cliffe Wheeler tendido a su lado como el mapa

en relieve de un país montañoso.

—Cliffe, Joyce te está esperando en la tienda del duque... para nuestra conversación.

Wheater levantó parte de su gran masa corporal apoyándose lánguidamente sobre un codo.

—¿Qué conversación?... Ah, muy bien —su tono indicaba que el momento era claramente inoportuno, pero se puso en pie despacio, se sacudió, encendió un cigarrillo y siguió a Boyne arrastrando los pies. La señora Lullmer los alcanzó rápidamente en la puerta de la carpa:

—Supongo que no te importa —dijo, sonriendo a Joyce; a lo que Wheeler murmuró, mitad para su mujer, mitad para Boyne:

—Tiene mucha experiencia con los niños.

—A mí sólo me importa lo mejor para los míos —observó la señora Wheeler fríamente, para luego, en el momento de entrar en la tienda, añadir—: Martin, ve a ver si encuentras a Gerald. ¿Te importa decirle que venga?

Wheater se encogió de hombros, molesto, antes de sentarse con resignación en uno de los montones de cojines bordados esparcidos por el suelo en el interior de la tienda. El primer impulso de Boyne fue regresar con las manos vacías, simulando haber buscado a Ormerod, pero luego consideró que eso daría a Joyce un nuevo pretexto para posponer la reunión, y regresó acompañado del preceptor, tras cuya estela caminaba lady Wrench, dejando a su paso un rastro de perfumada elegancia.

—Escuchad una cosa, amigos. Si cualquiera tiene derecho a estar aquí, yo también lo tengo —anunció con regia dulzura—. Es decir, si os proponéis hacer planes que afecten a mi hija.

Incluso a Boyne le pareció que el argumento era irrefutable, y lady Wrench se hundió entre los cojines con sonrisa triunfal.

—Lástima que Buondelmonte no esté aquí —gruñó Wheeler a Boyne entre dientes, pero lady Wrench, que lo había oído, exclamó al instante:

—Claro que Wrenny está aquí... acabo de dejarlo en el bar; y no veo porqué no puedo contar con el consejo de mi esposo, tratándose de mi hija.

Se decidió finalmente que no podía negársele a lady Wrench el beneficio del juicio de su cónyuge y, puesto que lord Wrench y el duque de Mendip eran inseparables en asuntos triviales, y habida cuenta además de que la conferencia iba a celebrarse en la carpa del duque, a nadie —ni siquiera a Boyne— sorprendió que ambos apareciesen juntos y se acomodaran sobre otra pila de almohadones.

—A Mendip le interesa saber cómo se hacen estas cosas en Estados Unidos —explicó lord Wrench antes de acomodarse en una postura de reposo sospechosamente próxima al adormecimiento; mientras el duque murmuraba secamente bajo su bigotito:

—Podría resultar útil... nunca se sabe.

—No sé de qué vamos a hablar exactamente —empezó Joyce Wheeler—. Yo ya he dicho cien veces que lo único que me importa es lo mejor para los niños. Todo el mundo sabe que ya lo sacrifiqué todo por ellos en una ocasión. ¿Y de qué demonios ha servido?

—Eso mismo digo yo —intervino lady Wrench con súbita simpatía—. Puedes cortarte en pedazos por un hombre para que luego vengan sus sucios abogados y te quiten a tu hijo al día siguiente, además de regatearte hasta el último céntimo de la pensión. Pero si se trata de dinero, estoy dispuesta a gastar tanto como el que más...

—Cállate, Zinnia —interrumpió su marido en tono suave; y volvió a colocarse en posición de descanso.

—No creo que nadie deba considerar el problema desde el punto de vista legal —observó Boyne—. Mis amigos aquí presentes quieren mucho a sus hijos, y todos sabemos que desean lo mejor para ellos. La cuestión es cómo conseguirlo. A mí me parece muy sencillo...

—Salomón —dijo el duque, con su seca sonrisa.

—No. Justamente lo contrario. Estoy aquí para luchar contra la separación; no... no para luchar sino para abogar —dijo Boyne, volviéndose hacia Cliffe Wheeler—. Amigo mío, te pido por Dios que les permitas estar juntos.

—Ya están juntos; y seguirán estándolo si se quedan conmigo —protestó el indefenso Wheeler.

Joyce echó hacia atrás su melena dorada con gesto desafiante.

—¿No pensaréis siquiera por un momento que voy a abandonar a mis hijos a un futuro como el que Cliffe Wheeler puede ofrecerles? Gerald y yo estamos preparados...

—Cliffe y yo también lo estamos —murmuró la señora Lullmer, mirando al duque bajo sus estudiadas pestañas. El duque movió la cabeza y se ausentó para inspeccionar el techo de la caseta—. Cliffe y yo —repitió la señora Lullmer más incisivamente.

—Pues a mí me gustaría saber qué pasa conmigo y con Wrenny —intervino lady Wrench—. Estoy segura de que puedo contratar a los mejores abogados del país...

—No creo que la ley deba intervenir en el caso de estos niños —aseguró Boyne—. Lo que necesitan no es que nadie se pelee por ellos, sino que los dejen en paz. Judith y Terry lo saben perfectamente. Saben que es muy probable que haya otro cambio en las vidas de sus padres, pero quieren seguir juntos y que ese cambio no les afecte. No estoy aquí para teorizar ni para criticar: estoy aquí sencillamente como portavoz de los niños. Están muy unidos y quieren estar juntos. ¿No podéis poneros de acuerdo entre todos... por una vez?

—Mi Pixie sería una compañía perfecta para Terry y para Blanca. Conoce a los niños más encantadores en todas partes. Ésa es una de las grandes ventajas de la vida en los hoteles, ¿verdad? Además, es posible que Judith no tarde en casarse, y entonces ¿qué será de los demás? —dijo la señora Lullmer, dirigiendo a Boyne una elocuente sonrisa—. ¿No se le ha ocurrido pensar que Judith puede casarse muy pronto, señor Boyne?

Boyne replicó bruscamente que no se le había ocurrido, y lady Wrench declaró:

—Quiero que mi Zinnie lleve una vida sencilla y hogareña, en nuestro rancho de California. Eso de andar de hotel en hotel es de lo más deprimente para los niños —posó dulcemente sus grandes ojos sobre la señora Lullmer—. Usted sabe algo de eso, señora Lullmer.

La aludida respondió con una mirada igualmente dulce:

—Ah, no; mis hijos nunca han estado en un rancho en Hollywood.

—¡Hollywood... Hollywood! —exclamó lady Wrench, poniéndose blanca de rabia.

La señora Lullmer alzó sus delicadas cejas interrogativamente:

—¿No está Hollywood en California? ¡Qué tonta soy! Nunca he estado en el oeste.

Joyce Wheater se incorporó sobre un codo.

—No estoy segura de ver qué sentido tiene todo esto. Cuatro de los niños son míos y de Cliffe. Siempre he intentado hacerles felices. He tratado a Zinnie y a los hijos de Buondelmonte igual que si fueran hijos míos. ¡Y así es como se me agradece! No hay nadie más competente que Gerald para dirigir la educación de Terry, algo en lo que su padre jamás ha pensado. Pero está claro que aquí todo el mundo pretende desacreditarme...

La señora Lullmer la miró levemente sorprendida.

—No digas eso, Joyce. Yo sólo digo que tal vez los pobres niños no han recibido suficiente amor. No te molesta que lo sugiera, ¿verdad? Si fueran

hijos míos, yo no me preocuparía tanto por convertirlos en intelectuales. Me bastaría con verlos sanos, fuertes y felices, retozando todo el día como mi pequeña Pixie...

—Con ascensoristas y camareros. Sí; supongo que ésa es la mejor preparación para la vida en las altas esferas —observó lady Wrench en tono maternal.

La señora Lullmer sonrió:

—Pues sí; los amiguitos de Pixie pertenecen todos a lo que creo que tú llamas las «altas esferas». Confieso que eso me parece más importante para un niño que aprender que Marruecos no está en Suráfrica.

—¿Que no está en Suráfrica? ¿Dónde está entonces? Me gustaría saberlo. Wrenny, tú me dijiste que...

—Bueno —intervino el duque, poniéndose en pie—. Yo me voy a dar un baño.

El anuncio desorganizó a todo el grupo. Tal como Boyne había tenido ocasión de observar, nada enfriaba tanto el interés por lo que estuvieran haciendo como la noticia de que un miembro del grupo se había cansado y se disponía a pasar al siguiente punto del programa del día. Y nadie era capaz de desbaratar una reunión social tan deprisa como el duque de Mendip. La sensación compartida de que donde estaba él estaba la diversión se impuso sobre cualquier divergencia de opinión entre sus compañeros. Hasta lord Wrench salió de su sopor y estiró las largas piernas para marcharse de inmediato, ejemplo que también siguieron su mujer y la señora Lullmer.

—¿Alguien tiene la bondad de decirme qué hora es? ¡Va a empezar el concurso de buceo en la balsa de Ella Muncy! —exclamó lady Wrench—. He apostado cincuenta libras por el gran duque; y justo después se celebra el desfile de maniqués para elegir los trajes de baño más elegantes. Yo misma he dado uno de los premios.

La señora Lullmer había sacado la barra de carmín de su bolso de redcilla para decorar pensativamente su cara menuda.

—¿Vienes, Cliffe? —preguntó con indiferencia—. Eres uno de los jueces del concurso de buceo, ¿no?

Cliffe Wheeler se había puesto torpemente en pie y miraba con perplejidad a su alrededor.

—Creo que me ofrecí. ¡Maldita sea... no tenía idea de que fuera tan tarde...!

—Aquí siempre es tarde. No sé cómo lo soportamos —murmuró la señora

Lullmer—. Siempre digo que nosotros somos la verdadera clase trabajadora.

Joyce Wheater seguía despreocupadamente recostada.

—Muy bien; en ese caso podemos dar el asunto por resuelto.

—¿Resuelto... resuelto? ¿Qué quieres decir? —tartamudeó nerviosamente Wheater desde la puerta de la carpa.

—Creo que hemos venido aquí para tomar una decisión sobre los niños. Doy por sentado que estás de acuerdo en que se queden conmigo.

—¿Que se queden contigo? ¿Que se queden contigo? Yo no he llegado a ese acuerdo. Martin sabe cuáles son mis condiciones. Nunca he aceptado otras y nunca las aceptaré...

—¡Ormerod! ¡Ormerod! ¿Dónde diablos está Gerald Ormerod? Es el próximo en el concurso de buceo, y la señora Muncy acaba de anunciar que todo está a punto... ¡Ah, Gerald, estás aquí! Vamos, por el amor de Dios...

Un joven hombre-rana muy bronceado, que chorreaba y escupía agua del mar, había abierto de un manotazo la puerta de tela de la tienda e identificado a Gerald Ormerod, aún tumbado en su rincón, al que arrastró hasta ponerlo en pie.

—Vamos, hombre, despierta o se montará un buen escándalo.

Joyce Wheater reaccionó al instante.

—¡Gerald, Gerald, no puedes perder el turno! Cliffe, ¿está aquí la lancha para llevarnos hasta la balsa? ¿Cómo es posible que lo haya olvidado? —se dirigió a Boyne en tono plañidero—: Siempre me pasa lo mismo... Cuando se trata de los niños me olvido de todo...

Wheater posó una mano persuasiva sobre el hombro de Boyne.

—Ya lo ves, amigo mío. En este infierno nunca hay tiempo para nada. Oye, ¿por qué no vienes con nosotros al concurso de buceo? El mar está muy tranquilo y tengo ahí la lancha desde la hora del almuerzo; llegaremos a la balsa en un santiamén... ¿No? ¿No quieres? Vaya... lo siento... es un espectáculo muy bonito. Mañana entonces... Pero ¿de verdad te vas mañana por la mañana? No entiendo por qué no te quedas un par de días, ya que estás aquí. Los niños están perfectamente por el momento... ya lo sabemos. Y si te quedaras un par de días podríamos estudiar el asunto tranquilamente. ¿No? Bien, en ese caso, lo haremos esta noche. Mira, amigo mío, después de cenar, Joyce, tú y yo nos iremos al Niña Bonita y discutiremos la cuestión a solas. ¿Te parece bien?

LIBRO TERCERO

XVII

Cuatro días más tarde, Boyne volvía a encontrarse en la sala de estar del châtelet, contemplado el macizo del Cristalino.

Le había enviado un telegrama a Judith Wheeler: «Todo bien, no te preocupes»; pero no se había comunicado con la señora Sellars. Sabía que a ella no le parecía del todo bien su viaje, si bien no había hecho ningún comentario en contra, e incluso se había ofrecido a pasar de vez en cuando por la Pensión Rosenglüh durante la ausencia de Boyne. Rose Sellars no necesitaba formular sus objeciones; éstas se hallaban latentes en todos los aspectos de su delicada persona, en los movimientos de sus aprensivos y finos dedos; en el cauto aleteo de sus pestañas. Pero la sensación de que estaban ahí, al acecho, custodiando el umbral, confería una nota especial a cualquier gesto de aprobación por su parte. Boyne se decía que no era una mujer que negaba sino un ser aún más raro: alguien que elegía; y él estaba casi seguro de cuál sería su elección cuando le presentara todos los hechos.

Ella no estaba cuando Boyne llegó al châtelet, y la espera hizo que se ratificara en su convicción. Sacó fuerzas del propio ambiente del lugar, de su armonía autosuficiente. «Willkommen, suesser Daemmerschein!» Puso el acento en el poderoso paisaje que lo envolvía; la sensación de paz que le infundía aquel refugio de sol y soledad, con sus techos bajos, sus libros y sus flores, la labor de aguja sobre el sillón, la carta a medio escribir sobre el escritorio, todo tenía una humilde apariencia de quietud y de continuidad. «Había olvidado que las cosas tenían significado», pensó mientras dejaba que el hechizo del lugar tejiera sobre él su silenciosa tela.

—¡Martin... qué cara de cansancio! —Rose Sellars apareció en el umbral de la puerta, y sus manos y sus labios juntaron. Boyne recordó aquel beso después de... Ella se acercó despacio para abrazarlo—: Ni siquiera sabía que habías vuelto —no había el más leve rastro de reproche en su voz.

—Hasta el último momento no supe cuándo podría salir de allí... Cogí el primer tren —explicó. Era consciente del cansancio en su voz. Se pasó una mano por los ojos como si quisiera borrar la imagen de ella o comprobar que aún quedaban en el mundo mujeres así, hechas de luz y de razón—. ¡Cariño! —dijo, más para sus adentros que para ella.

—¿No lo has conseguido? —Rose lo miró con inconfundible simpatía; nada en sus ojos recordaba que su fracaso era previsible.

—Sí. ¡Lo he conseguido! —exclamó.

—Vaya... —dijo ella. Le pareció a Boyne detectar cierta decepción en su respuesta; sabía que en determinadas ocasiones uno se resigna a recibir buenas noticias. Pero no; ahora era injusto. No se trataba de eso; no era más que un reflejo de su propia fatiga, pues, tal como ella había dicho, estaba cansado... profundamente cansado...

—No tienes pinta de triunfador —añadió la señora Sellars, esbozando una pequeña sonrisa.

—Eso seguro. Más bien me siento como si me hubieran tirado a un pozo seco y me hubieran sacado de allí medio asfixiado...

—¿Ha sido... asfixiante?

—En algunos momentos; la mayor parte del tiempo. Pero he vuelto. Y he conseguido lo que quería —le devolvió la sonrisa y se sentó junto a ella.

—¡Eso es estupendo! ¿Eso significa que has logrado reconciliar a los Wheater?

—Los he reconciliado con la idea de no separar a los niños... al menos por el momento.

—¡Eso es fantástico, Martin! —ella empezaba a mostrarse cariñosa. Su rostro irradiaba delicadeza y aprecio—. A Terry le hará mucho más bien que todos los Alpes y los Dolomitas juntos.

—Sí; y de paso también a Judith —dijo Boyne, que en modo alguno podía dejar a Judith al margen de su victoria.

—Claro; pero Judith es una jovencita sumamente capaz de librar sus propias batallas —añadió dulcemente la señora Sellars.

—No le ha quedado más remedio... Ha tenido que enfrentarse con todo el mundo.

Boyne apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se preguntó qué había sido del bienestar que sintió al entrar en la habitación. Se desvaneció al instante ante la fría alusión de la señora Sellars a Judith. Ciertamente había logrado su propósito; de eso no cabía la menor duda. El mero hecho de ganar tiempo significaba las nueve décimas partes de la batalla; y eso era indiscutible. Sin embargo, Boyne empezaba a preguntarse cómo encajar a Rose Sellars en el marco de su victoria. Era curioso: cuando estaban separados él siempre recordaba su coraje y su ardor, pero en cuanto estaban juntos volvía a parecerle constreñida por pequeñas limitaciones e inhibiciones.

—Cuéntame cómo ha sido.

—Bueno... en el último momento decidieron nombrarme, informalmente, tutor de los niños: una especie de vigilante judicial, podríamos llamarlo.

—¿Vigilante judicial? —la entonación de Rose, y la risa que siguió, elevaron el término a la región de lo absurdo—. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Bueno, yo no estoy tan seguro —respondió Boyne en tono irritado—. No es una broma, ¿sabes?

—No lo sabré hasta que me lo expliques.

¡Explicar... explicar! Sí; sabía que lo que intentaba precisamente era eludir las explicaciones. Judith y Terry no necesitarían ningún tipo de explicación. Bastaría con que les dijera: «Todo arreglado», para que lo asfixiaran con sus abrazos y sus gritos de júbilo. A ellos jamás se les ocurriría preguntar las razones: la vida les había enseñado a no esperar ninguna. Pero allí estaba sentada la adorable Doña Lógica, sus largas manos entrelazadas en señal de atención.

—¡Casi me olvidaba! —exclamó Boyne, palpándose primero un bolsillo, luego el otro—. Te he traído algo de Venecia.

Sacó un paquetito, sin cinta ni forma, como solían ser los paquetes que surgían de sus bolsillos, desenvolvió el papel y presionó el cierre de una cajita marroquí. La tapa se abrió y en su interior apareció un curioso colgante de cristal que colgaba de una cadena de aspecto envejecido.

—¡Qué cosa tan bonita! ¿Para mí?

—Ay, no; éste no es —tartamudeó. Guardó rápidamente la baratija, envolvió la caja y se la metió en el bolsillo con la exasperante sensación de que se estaba ruborizando como un niño atolondrado.

—Pero, Martin...

—Espera —rebuscó en los bolsillos, sacó otro paquete, igual de mal hecho que el anterior, y tomó una de las largas manos que reposaban sobre sus rodillas—. Éste es para ti —dijo, poniéndole en el dedo corazón un anillo de zafiro engastado en diamantes. Rose miró el anillo con dulce admiración.

—¡Es demasiado bonito! —protestó; pero en seguida soltó uno de sus comentarios burlones—. Sólo que te has equivocado de mano... si pretendes que sea un anillo de compromiso.

—Eso es lo que parece, ¿no crees? —bromeó él; aunque interiormente estaba pensando: «Sí, éste es el caso: parece el anillo de compromiso que cualquier otro hombre regalaría a cualquier otra mujer. Nada que tenga que ver con ella y conmigo». En voz alta explicó—. No tuve tiempo de encontrar lo que buscaba... —mas, comprendiendo que eso difícilmente arreglaba las

cosas, corrigió—: Me habría gustado algo muy distinto para ti.

—Es tu cariño lo que lo hace distinto... para mí —dijo ella; y con mayor calidez añadió—: Además, es precioso —extendió la mano izquierda y se colocó el anillo en el dedo que le correspondía.

«Qué asco», refunfuñó Boyne. El anillo le había costado más de lo que podía permitirse, a ella no le había gustado y a él le parecía de lo más vulgar... y para colmo notó que la señora Sellars nunca le perdonaría que se hubiera guardado el colgante que había sacado en primer lugar, un objeto que no tenía ningún valor, pero que a ella le había encantado en cuanto se dio cuenta de que era para otra persona. ¿Debía sacarlo de nuevo y pedirle que lo aceptara? No; después de lo ocurrido era imposible. Si él hubiera puesto en el dedo de Judith Wheeler un anillo de compromiso (¡qué fantasía tan absurda!), la muchacha habría soltado al instante que prefería la baratija que había vuelto a guardarse en el bolsillo. Pero semejante falta de tacto era inconcebible en la señora Sellars. Por nada del mundo le dejaría ni pensar que era el otro el que le gustaba.

Seguía sentada, moviendo la mano y admirando el anillo.

—Y ahora... cuéntame qué pasó.

—Bueno, lo primero, como es natural, hablamos mucho.

Boyne se acomodó en su asiento con intención de abordar el relato pero, cada vez que tomaba el hilo, éste se le escapaba torpemente, como si, también en este aspecto, se equivocara siempre de paquete al sacarlo del bolsillo. Para empezar, era muy difícil explicar a la señora Sellars que una vez los Wheeler tuvieron la certeza de que los niños estaban a salvo y contentos, las negociaciones discurrieron de manera poco sistemática, con desgana, interrumpidamente, entre baños de mar y baños de sol, cócteles y foxtrot, póker y bacará... y, por regla general, con la presencia de todas las partes implicadas.

Hacer comprender a la señora Sellars que lady Wrench, su marido y Gerald Ormerod habían estado presentes en las conversaciones por derecho propio ya era de por sí complicado; transmitirle que la señora Lullmer —aún conocida como ex señora de Charles Westway— también había sido convocada, en calidad de posible sucesora de Joyce, resultaba una carga excesiva para su imaginación. Su exquisita distancia la había mantenido en una feliz ignorancia de los compromisos y la promiscuidad de la vida moderna, y había dejado en sus manos el cuadro de un mundo desaparecido en el que uno no hablaba con gente indigna ni revelaba sus confidencias a enemigos y rivales; de ahí que fuera puntuando el relato de Boyne con murmullos de incredulidad y horror.

—Entre esta clase de gente —explicó Boyne— ningún hombre es enemigo

de otro hombre más de unos cuantos minutos, ni ninguna mujer rival de otra mujer. O bien olvidan sus diferencias, o bien cierta necesidad social — generalmente una fiesta que nadie soportaría perderse— les obliga a unirse, ayudándoles a enterrar sus diferencias. Aunque casi siempre las olvidan. Tienen tan poca memoria como un salvaje, y las enemistades que recuerdan los salvajes ya se han esfumado. Sólo tienen memoria para sus necesidades primitivas: comida, ropa y bailes. Supongo que estamos entrando en una época de salvajismo incruento —concluyó Boyne.

Continuó diciendo que, además, en el entorno de los Wheeler las cosas sólo podían tratarse colectivamente; solos eran todos indefensos e inútiles. Como vivían siempre a la luz de los focos, necesitaban un público... un público integrado por gente como ellos. Gritaban y adoptaban poses en presencia de otros, como salvajes, pero lo importante es que nadie podía estar mucho tiempo enfadado... por más que lo intentara. Resultaba demasiado engorroso, acarreaba demasiadas molestias, interfería en demasiados planes sociales. Una vez todo quedaba dicho y hecho, sólo pedían que no se les importunase... y ésa había sido la baza que finalmente condujo a Boyne a la victoria.

—¿Y cuál es exactamente tu postura?

Bien mirado, Boyne ni siquiera estaba seguro de poder definirlo como postura. Todo era demasiado indefinido e impreciso, si bien confiaba en que funcionaría por algún tiempo... y el tiempo lo era todo; especialmente para Terry...

—Aceptaron que los niños sigan aquí juntos por espacio de tres o cuatro meses. La más difícil de convencer resultó ser lady Wrench. Su marido se ha encaprichado con Zinnie y la vida le aburre tanto que su mujer se aferra a cualquier cosa con tal de divertirlo. Por fortuna, en lo que respecta al divorcio...

—¿Qué divorcio? —interrumpió la señora Sellars, como sinceramente ansiosa por manejar todas las claves.

—Wheater versus Zinnia Lacrosse. Fue Wheeler quien solicitó el divorcio de la actual lady Wrench. Legalmente, él es quien tiene la última palabra en lo que atañe a Zinnie, y la madre no tuvo más remedio que ceder, aunque tiene derecho a ver a la niña a intervalos establecidos. Naturalmente, la principal batalla fue la de Chipstone; si los Wheeler hubieran insistido en quedarse con Chipstone hasta que sus asuntos se resolvieran en los tribunales, todo el edificio se habría venido abajo.

—¿Y cómo te las ingeniaste para rescatar a Chipstone?

Boyne se arrellanó aún más en su sillón y levantó la vista hacia el techo.

Luego se incorporó y miró a la señora Sellars.

—Prometiéndoles que me quedaría aquí y me ocuparía personalmente de los niños. En eso consiste mi vigilancia legal —dijo Boyne, soltando una leve risotada que no tuvo eco en ella.

—¡Martin!

Él siguió mirándola con aire desafiante:

—¿Y bien...?

Ella se puso a dar vueltas al zafiro en el dedo con vacilación.

—Pero esos niños... jamás habías oído hablar de ellos hasta que los conociste en el barco hace unas semanas...

—No; eso es cierto.

—Has asumido una enorme responsabilidad.

—Me gustan las responsabilidades.

La señora Sellars no dejaba de pensar en su dedo recientemente aprisionado.

—Es muy generoso de tu parte asumir ésta con tanta prisa. Normalmente uno no necesita salirse de su propio camino para encontrar más responsabilidades de las que puede manejar. Pero en este caso, me pregunto...

—¿Te preguntas?

—Bueno, he sabido por Terry, y también por tu amiga Judith, que lo que de verdad desean los niños es volver a Estados Unidos, con la madre de la señora Wheeler, ¿no es así?

—Así es; y espero que con el tiempo se les pase. Pero sucede que, por el momento, los Wheeler no quieren ni oír hablar del asunto. En ningún momento creí que consentirían que un océano los separase de Chip. Mi única oportunidad era convencerlos de que, ahora que Terry se encuentra en las montañas, es mejor que lo dejen aquí, y a los otros con él, hasta que pase el calor. Lo importante con esta gente es ofrecer una resistencia mínima... contemporizar y aplazar. Mi plan les ha ahorrado a todos bastante esfuerzo mental, por eso terminaron por aceptarlo. Claro que todo es provisional.

—Por fortuna —sonrió la señora Sellars; y, como si pretendiera corregir la ligera acritud de su comentario, añadió—: Porque comprenderás, querido, que corres un riesgo considerable de cara al futuro...

—¿A qué futuro?

—¿Y si las cosas fueran mal en los próximos meses? Te harán responsable

de todo lo que ocurra. ¡Con siete niños... y una que ya es adulta!

Boyne frunció el ceño y se removió incómodo en el sillón.

—Si te refieres a Judith, en ciertos sentidos es tan niña como el que más.

La señora Sellars sonrió confidencialmente a su anillo.

—Supongo que así es como piensa un hombre. Pero te olvidas de que he pasado cuatro días a solas con ella... Es una jovencita con opiniones muy definidas.

—¡Eso espero!

—Coincido contigo en que eso la hace más interesante... pero cabe pensar que podría traer complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Tú deberías saberlo mejor que yo... puesto que, según dices, has frecuentado en el Lido a la última señora Westway. Judith no oculta el hecho de que compartió un verano con esa familia tan edificante.

—No le parece que haya nada que ocultar. Eso es lo conmovedor...

—Y lo terrible. Pero no pienso quedarme aquí sentada predicando prudencia; me odiarías si lo hiciera. Y mientras tanto esos pobres niños están esperando —se levantó con uno de sus repentinos cambios de actitud y tono, como si una nube se hubiera retirado para derramar sobre ella un rayo de su juventud perdida. Por primera vez, Boyne reparó en que iba toda de blanco, con una rosa en el pecho, y un sombrero colgado del brazo—. Será mejor que bajas a verlos cuanto antes, cariño. Se está haciendo tarde. Te acompañaré hasta el pie de la montaña; luego tengo que volver para escribir varias cartas... —él sonrió ante la fórmula familiar y ella aceptó su sonrisa—. Sí; cartas muy importantes... una de ellas a tía Julia —bromeó—. Además, los niños te quieren para ellos solos —y, en tono magnánimo, añadió—: He de admitir que se han comportado estupendamente en tu ausencia. Parecen sentir la necesidad de hacer méritos ante ti. Y Terry... ¡ojalá fuera hijo mío! ¿Por qué no lo adoptamos cuando llegue el momento de la ruptura? Porque no te quepa duda de que llegará inevitablemente...

Se puso el sombrero y se agarró del brazo de Boyne para bajar la montaña, pero se despidió de él en el linde del bosque, donde el camino desembocaba en la carretera.

—¿Volverás para cenar? Yo también tengo noticias que contarte —dijo, mientras él giraba en dirección al pueblo.

XVIII

Recuerdos recientes que guardaba del Día del Armisticio —y otros remotos de la Mafeking Night, que tuvo ocasión de vivir estando en Londres —, perdieron su esplendor para Boyne con el alboroto que montaron los niños cuando, al entrar en el comedor de la pensión, les anunció que todo estaba resuelto.

No había imaginado que siete fueran tantos. El milagro de los panes y los peces no parecía nada en comparación con la súbita multiplicación de brazos, piernas y pulmones en torno a la rústica mesa en la que transcurría la cena. En un extremo del mantel de lino crudo sobre el que se había dispuesto la tosca vajilla de loza, la señorita Scope, rígida y con los anteojos puestos, distribuía el jamón sin miedo ni favor, mientras Judith, en el extremo opuesto, cortaba pan y untaba mantequilla completamente ajena a su modelo inmortal. Surgía entre ambas un mar de cabezas pequeñas, morenas, rojizas, plata pálido, en revuelta confusión en torno a la dorada cresta de Chipstone, entronizado en su silla de árbitro. Como era habitual, Bun y Zinnie acapararon la atención por un momento, hasta que Terry, aún pálido pero con nueva vida en la mirada, recogía su gorra del perchero y la lanzaba al aire profiriendo tres vítores que los demás corearon con improvisado y penetrante eco. («Afortunadamente somos los únicos que nos alojamos aquí», observó la señorita Scope cuando Boyne le dio la mano.)

En aquel mundo maravilloso nadie hacía preguntas; a nadie parecían importar los detalles; el único pensamiento de los niños era obsequiar a su embajador con su más pronta muestra de gratitud, desde el beso frío de Blanca, hasta las sofocantes expresiones de cariño de Beechy. Para Boyne fue literalmente como zambullirse en un mar agitado, con olas que le quemaban los ojos y ahogaban la garganta y los oídos, pero lo incitaban en cuerpo y alma a entrar en acción.

—Y ahora vamos a darle otro beso. ¡Me pido la primera! —propuso una embelesada Zinnie; y mientras Boyne se abandonaba de nuevo a las rompientes olas, oyó una vocecilla que decía—: Supongo que habrás traído algún regalo para nosotros, Martin.

La ley que obliga a los hombres a repoblar progresivamente el mundo con personas de su misma edad y experiencia había llevado a Boyne, conforme se hacía mayor, a considerar las relaciones humanas como un asunto cada vez más regido por la razón; pero siempre que se sumergía en el universo de los niños de los Wheeler, donde toda perspectiva dejaba de existir y era mucho más urgente saber qué regalos había traído que conocer el destino acordado para ellos por sus respectivos padres, sentía el gozo de zambullirse

nuevamente en la realidad.

Allí estaban los regalos, para todos sin excepción, tal como se demostró al abrir rápidamente un pequeño maletín; para todos menos para Judith, que se mantenía un poco al margen, afectando un aire de divertida madurez ante la escena, mientras Blanca y las pequeñas se adornaban con sus baratijas y Bun se volvía loco con su linterna eléctrica. Hasta la señorita Scope recibió el oportuno detalle, y Nanny un costurero excelentemente surtido; el fondo del maletín estaba lleno de libros para Terry.

La distribución llevó su tiempo, y las consabidas disputas y contrarréplicas no se resolvieron hasta que el crepúsculo se deslizó sobre el valle y Boyne le dijo a Judith:

—Vamos a dar un paseo, para que te cuente.

Se dirigieron por la carretera hasta un camino que ascendía por la ladera, al otro lado de los hoteles, y subieron despacio en dirección a la puesta de sol. Sin que nadie se lo pidiera, Judith se había cogido del brazo del amigo, y, con la cercanía de su cuerpo joven y ligero, Boyne se sentía como si tuviese alas.

—Lástima que esté anocheciendo... Creo que sería capaz de trepar hasta una de esas cumbres color rubí —dijo lanzando la cabeza hacia atrás e inhalando el aire con fuerza; a lo que Judith respondió al instante:

—Podemos volver corriendo y coger la linterna de Bun.

Boyne se echó a reír y dijo, con serena satisfacción:

—No creo que Bun esté dispuesto a separarse de su linterna... por el momento. Además, estamos muy bien así y habrá otras muchas ocasiones.

—¿Las habrá? ¡Ay, Martin...! ¿De verdad van a dejar que nos quedemos aquí? —lo aprisionaba apasionadamente con sus jóvenes manos.

—Bueno, al menos por algún tiempo. Les hice ver que era lo mejor para Terry.

—¡Naturalmente! Y ¿permitirán que sigamos todos juntos, Martin? ¿También Chip?

—Todos sin excepción... en todo caso mientras dure el verano —se habían detenido en el sendero bordeado de helechos, y Boyne sonrió al ver que los ojos incrédulos de Judith se iluminaban de dicha—. Pero hay una condición —la mirada de la niña se oscureció—: Estáis todos a mi cargo. He prometido a tus padres que me ocuparé de vosotros.

—¿Eso significa que vas a quedarte aquí con nosotros? —temblaron sus labios mientras luchaba por contener las lágrimas, y Boyne pensó que aquella expresión resultaba excesiva para una cara tan joven. Sin embargo, dijo:

—Sentémonos a contemplar la puesta de sol. Este tronco es un buen palco.

Tomaron asiento, y Boyne prosiguió el relato de sus negociaciones. Pese a lo complicado del asunto, le resultaba más fácil contárselo a Judith que a la señora Sellars, no sólo porque precisaba menos aclaraciones sino porque ninguno de los detalles le impresionaban o extrañaban a Judith. Era evidente que ella recibía la narración como una mera exposición de hechos constatados y que le preocupaban demasiado los resultados prácticos para pararse a pensar en asociaciones más remotas. Escuchó atentamente el anuncio de Boyne sobre el acuerdo final y, cuando éste hubo terminado, se limitó a decir:

—Supongo que papá habrá dispuesto algún modo de pagar nuestros gastos.

—Tu padre ha abierto una cuenta a mi nombre: la señorita Scope y yo somos vuestros ministros de finanzas.

Judith recibió la noticia en silencio; por vez primer desde su regreso sintió Boyne que algo seguía ensombreciendo las novedades que le traía. Finalmente, Judith preguntó:

—¿Se enfadó mucho papá... por lo del dinero?

La pregunta pilló a Boyne por sorpresa. Reparó en que en su lucha por armonizar el conflicto de intereses también él se había olvidado de la cuestión moral. ¿Cómo confesarle a Judith que su padre apenas se había dado cuenta? Consideró que el momento exigía una evasiva.

—Claro que se enfadó... se enfadó mucho... por todo. Cualquiera se enfadaría.

Judith bajó el tono de voz para insistir:

—Me refiero a que le quitara el dinero.

—Bueno, creo que ya te ha perdonado.

—¿De verdad me ha perdonado? —su voz volvió a llenarse de alegría—. Terry estaba seguro de que jamás me perdonaría.

—¿Terry? —preguntó Boyne, sorprendido—. Entonces, ¿al final se lo contaste todo?

Judith asintió en silencio.

—Tenía que contárselo.

—Sí; lo comprendo —respondió Boyne, dándole un ligero apretón en la mano—. Y me alegro de que lo hayas hecho.

—Se disgustó mucho. Y se puso hecho una furia conmigo. Tuve miedo de que empeorase por mi culpa. Al principio no me creyó. Dijo que si no tenía

más sentido de la moral terminaría en prisión a la primera de cambio.

—Vaya... —Boyne no pudo contener la risa.

—Pero no creas que eso me preocupa demasiado —confesó Judith en tono más animado—, porque yo sé bastante más de la vida que Terry y conozco a otras chicas que hicieron lo mismo que yo y ninguna fue a prisión.

La explicación no pareció tranquilizar tanto a Boyne como a quien la había formulado, pero no era momento de ponerse severo, y las palabras de reproche murieron en sus labios. Al cabo de un rato dijo:

—Lo peor era hacer daño a Terry, ¿verdad?

Y ella asintió:

—Sí.

Permanecieron un rato en silencio, hasta que Judith le preguntó si pensaba que los Wheeler ya habían iniciado los trámites para el divorcio. Boyne sólo pudo responder que eso parecía, pero aún confiaba en que se tranquilizaran un poco y lo pensarán mejor. Ella acogió sus palabras con un gesto de incredulidad y se limitó a señalar:

—Tal vez hubiera habido una oportunidad si Syb Lullmer no se hubiese metido por medio.

—Me gustaría que no llamaras a esa mujer por su nombre de pila —objetó Boyne.

Judith lo miró con ligero asombro:

—A ella no le importa. Todo el mundo la llama así. —Judith creía sin duda que Boyne le estaba reprochando su falta de respeto a la señora Lullmer.

—No me refiero a eso. Me refiero a lo odiosa que es.

—Ah, bueno... —Judith se encogió de hombros, indicando que el calificativo le resultaba tan familiar que apenas conservaba para ella un matiz de oprobio—. Espero que no se case con papá, de todos modos.

—Dios lo quiera. Cuento con que tu padre y tu madre os echen de menos y eso los anime a pensar en vuestro bien.

La sonrisa de Judith no perdió su tinte de incredulidad:

—No suelen hacerlo, ya lo sabes; los padres son así.

—En todo caso, habéis conseguido un aplazamiento y hay que sacarle el mayor provecho.

—Preferiría que dijeras «hemos» en lugar de «habéis», Martin.

—Por supuesto que «hemos», mi querida niña... siempre y cuando os comportéis como es debido.

Se echaron a reír y luego en silencio contemplaron la puesta de sol, inmersos, cada cual a su manera, en la abrumadora belleza del espectáculo. Boyne sabía que Judith no sentía las puestas de sol igual que Rose Sellars; tenían para la niña distintas asociaciones, y acaso las comparaba con el esplendor de los fuegos artificiales del Lido o con un brillante final del ballet ruso. Pero sí parecía llegarle parte del resplandor celestial, remoto aunque envolvente como un ala protectora.

—Es delicioso estar aquí —suspiró, su mano en la de Boyne.

Él recordó que, en un momento similar, Rose Sellars había citado los siguientes versos:

Se elevan todas las cumbres, mas sólo una descuella;

envuelta en nubes;

no; es el resplandor de la ciudadela

cercando su cima...

y murmuró las palabras a media voz.

Judith le apretó la mano con fuerza:

—Ah, Martin, ¡qué bien describes las cosas! Tus palabras no se parecen a las de nadie más. Terry dice que deberías ser escritor.

—En este caso, por desgracia, alguien descubrió las palabras antes que yo.

—Ah... —el entusiasmo de Judith se marchitó. Se aventuró a decir—: ¿La señora Sellars?

Boyne rio entre dientes ante su perspicacia.

—En cierto modo sí... aunque en realidad fue Robert Browning el que se nos adelantó a los dos.

Judith pareció ligeramente complacida.

—Entonces, ¿ella se limitó a copiarlas? Ese Robert Browning, ¿es otro amigo suyo?

—Sí; y espero que algún día también lo sea tuyo. Murió mucho antes de que tú nacieras, pero encontrarás algunas de las mejores cosas que escribió en uno de los libros que le he traído a Terry.

—O sea, que es sólo un escritor —murmuró ella, como si tal condición fuese estrictamente póstuma. Judith tenía tendencia a distraerse cuando se

hablaba de los libros, y Boyne pensó que tal vez se sentía un poco ofendida por dejarse cazar en un desliz; pero al instante, recuperando su optimismo habitual, declaró—: Prefiero oírte hablar a ti antes que a un muerto.

—Muy bien; prometo que sólo diré cosas de mi propia cosecha —accedió Boyne, mirando hacia la luz. Continuaron sentados en silencio, dejándose envolver dulcemente por el mar de la noche hasta que empezaron a sentir fresco—. Vamos, pequeña. Es hora de bajar —dijo Boyne.

—No, nada de bajar... ¡subir, subir, subir! —volvió a cogerle del brazo y lo arrastró con toda su fuerza juvenil entre la fragancia de los pinos, por la pendiente donde los aguardaba el misterio del bosque—. Quiero trepar y trepar, ¿tú no? Quiero pasar la noche en vela, como si volviéramos a casa al amanecer después de un baile. ¿No es como un enorme salón de baile —exclamó, señalando hacia el oeste— donde la luz se derrama por un millón de ventanas?

Boyne rio y se dejó llevar. El aire a esa altitud era tan fresco como la juventud, y los aromas del rocío y el crepúsculo, recién despiertos a la vida, los envolvían por todas partes. Sabía que debían regresar pero, aunque ella había liberado su brazo cautivo, la creciente oscuridad no le permitía ver el reloj. Además, el nómada que había en él, el hombre habituado a las montañas, a las largas caminatas en solitario, al silencio y al misterio de las noches al raso, se dejaba atrapar en las redes de la antigua magia. Ya no era Judith quien tiraba de él, sino la propia noche quien lo atraía hacia las frescas cumbres. La niña que lo acompañaba había recorrido con él el camino hacia aquella belleza en la medida de sus posibilidades, y Boyne no necesitaba de ella más que la tibieza de su proximidad. Sus mejores momentos siempre habían transcurrido en soledad...

Judith pareció adivinar que no era necesario decir más, y prosiguieron el ascenso en silencio. El aire se tornaba más frío a medida que ascendían, el resplandor se disipaba, y sobre ellos se alzaba la bóveda de un cielo azul como el acero, salpicado de puntos rojizos que se aclaraban y cobraban intensidad conforme la oscuridad aumentaba. Una vez salieron del linde del bosque a un peñasco elevado en un claro sobre el valle y vieron las luces del pueblo espolvoreando los negros campos, Boyne tomó conciencia a regañadientes del tiempo y del espacio.

—¡Ven aquí, por Dios! —exclamó, girando en redondo para indicar a su compañera que bajara de la roca.

Ella no dijo nada, pero dio media vuelta y lo siguió montaña abajo. Boyne comprendió que se sentía demasiado cansada y en paz para ofrecer resistencia. Caminaba a su lado como una niña somnolienta que llevara un mandil lleno de flores al término de un feliz día de vacaciones; y el hecho de haberla

tranquilizado tan deprisa causó cierto asombro en él, como si se hubiera entrometido en el destino. Sin embargo, resultaba agradable jugar a Dios por una vez y dejarse llevar por las visiones de un milenio incierto en el que todos los adultos sabían lo que querían y, si no lo sabían, los niños tenían el voto de calidad.

Cuando llegaron a la pensión y Judith se soltó del brazo de Boyne, éste tuvo miedo de mirar el reloj y la empujó a través de la cancela con un apresurado buenas noches, aunque un instante después la llamó con imperioso susurro:

—¡Judith! —ella corrió a su llamada—. ¿De verdad creías que no te había traído un regalo?

Soltó una risita emocionada:

—Nn... no; pensaba que tal vez sí; sólo que...

—¿Sólo que?

—Creí que quizá te habías olvidado de alguien y pensaste que no me importaría que le dieras el mío a otro, porque soy mucho mayor que los demás...

—Desde luego que habría pensado eso; pero aquí tienes.

Le entregó el paquete que había sacado por error en casa de la señora Sellars, y Judith lo recibió con una exclamación de alegría.

—Ay, Martin...

—Sabía que te habrías sentido terriblemente despreciada si me hubiera olvidado de ti.

—Si te hubieras olvidado de mí me habría muerto —respondió ella solemnemente.

—Venga... corre; es tardísimo —la reprendió Boyne.

—¿No puedo abrirlo delante de ti?

—¿Cómo vas a verlo en la oscuridad, so boba? Además, ya te he dicho que no hay tiempo.

—¿Ni siquiera para darte un beso por el regalo, Martin?

—No —exclamó él, cerrando la cancela de un portazo y echando a correr en dirección a su hotel.

En el momento de comenzar el paseo nada estaba más lejos de sus pensamientos que disponer así del colgante de cristal, pese a que lo había elegido para Judith. Una vez que la señora Sellars, por la torpeza de él, lo

había visto y codiciado, a Boyne le incomodaba que Judith lo luciera en su cuello, y decidió que su joven amiga debía quedarse nuevamente fuera del reparto general de regalos. Sin embargo, durante el paseo por la montaña, con ella colgada de su brazo y arrimada a él para evitar las ramas de los pinos, Boyne necesitó más que nunca pensar en ella como una niña y, al hacerlo así, tratarla en consecuencia. Sabía que la niña que había en Judith se había sentido herida al verse excluida cuando él sacó los regalos, y llegado el momento de darle las buenas noches no pudo resistirse a curar su dolor. No había otro modo de hacerlo más que sacar el colgante del bolsillo; el colgante que había pensado para ella y que tanto había tardado en desenterrar de los anticuarios de Venecia que no tuvo demasiado tiempo de pensar en la señora Sellars; el colgante que legítimamente pertenecía a Judith porque era, como ella, raro, exquisito e inexplicable.

«¡Con que no vaya exhibiéndolo por el châlet!», pensó su lado cobarde mientras subía por la montaña. Y al mismo tiempo supo que eso era exactamente lo que Judith haría.

«En fin, que sea lo que Dios quiera. Al fin y al cabo lo elegí para ella» gruñó para sus adentros, como si con eso los dos quedaran justificados.

En la salita del châlet, vestida con un elegante traje de noche, la señora Sellars levantó la vista de la mesa en la que se encontraba, no escribiendo una carta, sino leyéndola. La dejó pensativamente al ver a Boyne.

—Me temo que es tardísimo; no he tenido tiempo de pasar por el hotel para arreglarme, ¿no te importa? —dijo Boyne, parpadeando a causa de la luz y acariciando el pelo ondulado de la señora Sellars. Al inclinarse para besarla reparó en las admonitorias agujas del pequeño reloj de viaje que ella llevaba en el codo—. ¿No me digas que son más de las nueve?

—¿Y eso qué importa? En realidad son más de las nueve y media. Sólo me preocupaba que les hubiera pasado algo a los niños.

Boyne se quitó el sombrero con una carcajada.

—¡Nada, bendita seas! Todo está en orden. Pero necesitaba sacarme el Lido de los pulmones; el único modo de hacerlo era una buena caminata.

La sonrisa de ella le indicó cuánto lo quería por aborrecer el Lido.

—¿Y cuál crees que es mi noticia? Ya te dije que tenía algo que contarte. El señor Dobree viene a verme... llega la semana que viene —anunció la visita como si fuera no sólo importante, sino también emocionante.

—¡Al cuerno el señor Dobree! —respondió Boyne con despreocupada benevolencia. La puerta se había abierto y a través de ella se veían las velas encendidas en la mesita dispuesta para la cena, el centelleo del vino blanco y

el olor a fresas silvestres y pan de pueblo—. A mí me basta con esto —dijo, sentándose frente a la señora Sellars con tal sensación de propiedad que las maniobras del señor Dobree parecieron de todo punto insignificantes.

XIX

Al día siguiente, con fatal puntualidad, ocurrió exactamente lo que Boyne había previsto. La señora Sellars había invitado a almorzar a Judith, Terry y Blanca, y nada más aparecieron, la señora Sellars clavó la vista en el colgante de cristal, mientras Judith hacía lo propio con el anillo de zafiro. El reconocimiento mutuo fue rápido y silencioso como un cruce de reflectores en el cielo nocturno. Judith no dijo nada; pero Blanca, cuando la señora Sellars se inclinó para besarla, levantó la mano de su anfitriona y exclamó con admiración:

—¡Un anillo nuevo! ¡Qué preciosidad! No se lo había visto antes.

La señora Sellars sonrió y acarició la mejilla de Blanca con la otra mano.

—¡Qué buen ojo! Pero veo que todo el mundo ha recibido un regalo de Venecia... ¿por qué iba yo a ser menos?

Blanca le devolvió la sonrisa alzando la muñeca para mostrar una esclava de cristal rosado.

—¿Verdad que el mío es bonito? Nadie hace regalos como los de Martin.

—Eso mismo pensé yo anoche cuando me enseñó el de Judith.

La señora Sellars se volvió hacia la hermana mayor, pero no para besarla. Reservó su cariño para los más jóvenes, mientras que a Judith le daba una amistosa palmadita en el hombro.

—Ese colgante es una maravilla... nunca había visto otro igual. Decididamente no es veneciano. ¿Español, quizá... del siglo XVII? ¡Quién sabe! Eres muy afortunada de contar con un connoisseur que elige tus regalos.

Eso fue todo; luego un almuerzo alegre, sencillo, fácil, lleno de risa y de charla; la señora Sellars, en todo momento la perfecta anfitriona, se mostraba exquisita con Terry y Blanca. El niño la conmovía y despertaba su interés, mientras que su gemela (Boyne lo adivinó) la halagaba sutilmente con su evidente aunque discreta admiración. Se preguntaba Boyne si la señora Sellars se habría fijado en cómo se oscurecieron de envidia los ojos grises de Blanca al escuchar los elogios del colgante de cristal. ¡Qué tonto había sido por no darle el colgante a Blanca y el brazalete de dos perras gordas a Judith, a quien

le habría encantado por venir de él! Decididamente estaba abocado a pifiarla en su trato con las mujeres, aunque no fuesen más que niñas. Entre tanto, Terry le hablaba a la señora Sellars de los libros que Boyne le había traído y le contaba que Judith y él ya habían pescado la cita de Boyne de «El funeral del gramático».

—Ya sabe usted, esa tan magnífica que le dijo ayer a Judith, la de las cumbres que se elevan; anoche, cuando volvió a casa, no paraba de repetirla, por temor a que se le olvidara, y me despertó para que la buscáramos antes de acostarse.

—Fue magnífico oírlo allí en las montañas, en medio de la oscuridad, cuando empezaban a brillar las estrellas —exclamó Judith, radiante de felicidad. A lo que Blanca añadió ingenuamente:

—Era tan tarde cuando Judith volvió que todos estábamos dormidos, y Scopy tuvo que bajar para abrirle la puerta. ¿Viste a Scopy con sus bigudíes puestos, Martin? ¿O ya te habías marchado cuando abrió la puerta?

—Sí... ver ponerse el sol en las montañas es una cosa de las que se recuerdan —intervino la señora Sellars, posando atentamente sus ojos en los de Boyne antes de dirigirse de nuevo a Terry—. Pero Browning tiene cosas aún mejores. Tráeme el libro mañana y te las enseñaré...

Todo marchó a la perfección, tanto que cuando Boyne se disponía a acompañar a los niños a la pensión, después del almuerzo, se preguntó si el tacto era algo reconfortante como la brisa estival o terrible como un ejército con estandartes.

Dejaría a los niños en casa y luego iría a buscar a la señora Sellars a la oficina de correos para subir desde allí a Misurina. En el extremo de la carretera que bajaba hasta Cortina detuvo el ómnibus del hotel, embarcó en él a los gemelos y continuó el camino a pie con Judith. Habría preferido despacharlos a todos en ese momento, pero Judith dijo que le apetecía dar un paseo y no pudo dejar de acompañarla. Esperaron bajo los árboles hasta que el ómnibus arrancó cargado de polvo y pasajeros, y casi en el mismo instante Judith dijo:

—Supongo que te has prometido con la señora Sellars, ¿verdad, Martin?

La repentina pregunta cayó sobre Martin como un martillo, y le hizo pensar que nunca había hablado con Rose Sellars de hacer público su compromiso. No le había preguntado si había anunciado la noticia a su formidable tía, o al resto de la galaxia de parientes menores con los que mantenía ese incesante intercambio epistolar. Su insistencia en aplazar el matrimonio por espacio de medio año hacía que el asunto resultara demasiado remoto para tomar decisiones inmediatas. «Supongo que tendría que haberle

preguntado si quería que lo anunciase», se dijo Boyne, y pensó con remordimiento que su largo exilio le había vuelto en exceso desconsiderado con las normas sociales. Miró a Judith con irritación.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que le has traído un anillo de Venecia y se lo has puesto en el dedo donde se llevan los anillos de compromiso —respondió Judith con una sonrisa.

—¡Ah! ¿Conque ése es el dedo? —dijo Boyne, temporizador; y optando bruscamente por simplificar las cosas explicó—: Sí; me he comprometido con la señora Sellars. Pero creo que por el momento ella prefiere que no se sepa.

Apartó la mirada hacia el largo camino, blanco y resplandeciente bajo los árboles que los protegían. Las emociones se sucedieron tan deprisa y de un modo tan incontenible en el rostro de Judith que él no fue capaz de discernir lo que estaba ocurriendo hasta que un prolongado estudio del paisaje no dejó de retener su mirada. Cuando volvió a mirar a la muchacha, distinguió con sorpresa que sus labios y sus ojos sonreían, y notó que dos brazos lo abrazaban filialmente.

—¡Qué contenta estoy, querido Martin! Lo estoy si tú lo estás... ¿de verdad de la buena?

El abrazo de Judith era casi tan sofocante como el de Zinnie y transmitía —Boyne lo adivinó al instante— el mismo candor sin reservas.

—¡Al final Blanca tenía razón! ¡Qué maravilloso debe ser estar enamorado! Pues supongo que por eso te casas. Sé que eres un romántico empedernido, aunque a veces te pongas tan brusco. Estoy segura de que nunca te casarías por posición, ni por dinero, ni para regularizar una antigua liaison, ¿verdad?

—¿Una antigua liaison? —rio Martin, aunque algo ofendido—. ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Y qué jerga utilizas! Qué niña tan absurda... ¿desde cuándo se dice «regularizar»? ¿Es que no ves, no te das cuenta, de que la primera necesidad de un hombre es... es respetar a la mujer con la que espera casarse?

Judith recibió sus palabras con gesto desconcertado.

—Claro que lo veo... Lo he visto muchas veces en los libros y en las películas. Pero no soy capaz de imaginar cómo es exactamente. Siempre he imaginado que lo primero son las ganas de abrazarla.

Boyne se encogió de hombros con impaciencia. Cosas que parecían divertidas y sin la menor malicia cuando Judith las decía a otros, sorprendían a Boyne cuando aludía a sus propios asuntos en el lenguaje de su tribu.

—¿A qué viene eso? No eres más que un niña, y repites lo que has oído como un papagayo, como hacen los niños. La señora Sellars es la mujer más perfecta y exquisita que... —empezó a decir; viendo que tales afirmaciones no conducían a ningún punto en particular, salió por la tangente y añadió—: Te voy a decir una cosa. Jamás me habría atrevido a aceptar la misión de cuidar de vosotros si ella no estuviera aquí...

Judith mudó de expresión.

—¡Ah! ¿Es que va a quedarse aquí todo el verano?

—¡Eso espero fervientemente! Estar con alguien como ella es justo lo que... —de nuevo le pareció que aterrizaba en una especie de callejón sin salida retórico, y se apartó de él para adentrarse en el polvo de la calle principal—. Vamos; no podemos entretenernos. Me esperan en la oficina de correos —era consciente de que la rabia se había instalado en él y lo poseía, casi sin saber por qué. Casi... pues bajo la superficie de su mente se agitaba la incómoda sensación de que las solícitas felicitaciones de Judith le habían decepcionado. Media hora antes habría afirmado que su aprobación sería el broche su felicidad; que nada deseaba tanto como que ella se revelara en realidad como la niña que él continuamente decía que era. «La más joven de todos»... como se la había descrito a la señora Sellars. ¿Sería posible que sus palabras no respondieran a sus sentimientos?

Despertó al notar que Judith le apretaba el brazo.

—No sé por qué te enfadas tanto conmigo, Martin. De verdad que yo deseo lo que tú desees...

—Eso está muy bien, Judy... y es una bobada que pienses que estoy enfadado. Sólo quiero que recuerdes que esto es un secreto entre nosotros, y nadie más —a fin de cuentas, intentó convencerse, casi era un alivio que Judith estuviera al corriente de su compromiso. De ese modo se evitaban defensas y evasivas. Y estaba seguro de que podía contar con la discreción de la muchacha; seguro sin necesidad de que ella le estrujara el brazo y declarara solemnemente: «¡Sobre el libro de Scopy!», de acuerdo con la fórmula de juramento empleada por la tribu de los pequeños Wheeler. Boyne se había estremecido en ocasiones ante la precoz discreción de Judith, como una prueba más de lo que había vivido; esta vez veía en ello una garantía de paz. «Quizá no sea tan malo que los niños no se críen entre algodones... ¡porque es sólo una niña!», se repitió con insistencia.

Esa misma tarde, cuando charlaba con la señora Sellars sobre la posibilidad de buscar un preceptor para Terry, ella preguntó sin que viniera a cuento:

—Por cierto, ¿saben los niños que estamos prometidos?

Afloraron a labios de Boyne respuestas contradictorias que sofocó con un murmullo:

—No me creía con autorización para contárselo a nadie.

—Pero ¿nadie lo ha adivinado?

—Bueno... lo cierto es que Judith sí. Hoy mismo. No sé cómo...

La señora Sellars sonrió:

—Por mi anillo, naturalmente. ¡Y estoy segura de que Blanca también! Ha sido una tontería de mi parte no pensar en eso. Pero quizá sea mejor.

—Mucho mejor.

Ella reflexionó un poco antes de decir:

—De todos modos, preferiría que nadie más lo supiera... de momento. Por consideración a tía Julia... hasta que haya tenido noticias de ella —Boyne se sintió aliviado y se mostró plenamente de acuerdo—. Además —continuó ella —, me gusta que sea nuestro secreto, ¿a ti no? Ni siquiera se lo diremos al señor Dobree.

—Especialmente no se lo diremos al señor Dobree —repitió Boyne, mostrándose empático.

El señor Dobree llegó dos días más tarde, y Boyne comprendió que un suceso que parece insignificante antes de producirse puede alterarlo todo cuando se convierte en realidad. La perspectiva de la llegada del señor Dobree se había transformado en el hecho de la presencia del señor Dobree; y el señor Dobree, aunque todavía delgado y ágil para ser un hombre que se acercaba a los sesenta (se mostraba siempre dispuesto y complacido de contar cómo lo conseguía), ocupaba una extraordinaria cantidad de espacio. Parecía un hombre de esos que viajan con un montón de equipaje, pese a que su equipaje era, por así decir, la ausencia de equipaje, y su carga consistía en su tacto, su capacidad de pasar inadvertido, su pulcritud y su solidez. Allá donde te volvieras quedabas atrapado en el aura de retractilidad del señor Dobree; su seriedad le apartaba insistentemente a uno de su camino y su presencia causaba una opresión que iba más allá del espacio físico que ocupaba, de tal suerte que un hombre gordo y torpe instalado en tu mejor sillón molestaría menos que el esbelto y escurridizo señor Dobree. La discreción con que se conducía se le antojaba a Boyne como una parodia del tacto de la señora Sellars, uno de esos seres monstruosos obtenidos por hibridación a partir de una flor delicada. Era una discreción «de muestra»; gigantesca, única y desprovista de su yema, cultivada en una urna de cristal y destinada a llevar una etiqueta, a ser exhibida, premiada, nombrada y a merecer una página propia en los catálogos de los floristas. Tal era al menos la distorsionada visión

de Boyne del nuevo invitado.

El señor Dobree (como correspondía a un hombre de su impedimenta) se alojó no en el hotel de Boyne sino en el Palace, donde él y la señora Sellars habían cenado en una ocasión. Tardaba cinco enérgicos minutos en llegar desde allí al châtelet, salvo cuando su imperiosa hospitalidad obligaba a la señora Sellars y a Boyne a presentarse en el gran hotel. La inmediata respuesta a las invitaciones era una parte fundamental del código del señor Dobree. Parecía pensar que la hospitalidad era algo que un caballero podía tomar prestado, como el dinero, pero nunca, en ninguna circunstancia, aceptar como un regalo; y eso obligaba a la señora Sellars a aceptar sus continuas invitaciones cuando no lograba salir victoriosa de sus batallas «tácticas» y hacerle ver que tal vez fuera más satisfactorio ser invitado que invitar. El anillo de zafiro desapareció de sus manos antes de la llegada del señor Dobree, precaución por la que Boyne la bendijo, pues gracias a ella parecería sólo un viejo amigo a ojos del señor Dobree, un invitado de los Sellars de los tiempos de Nueva York al que uno se alegraba de volver a ver.

Boyne no se alegraba tanto de ver al señor Dobree. Su llegada fue demasiado natural, y también el agrado de la señora Sellars, pues no sólo traía las últimas noticias de tía Julia sino también documentos que resolvían satisfactoriamente la cuestión del testamento del señor Sellars. Boyne lamentó lo que sin duda prometía ser una molesta interrupción de su placentera rutina, si bien no tardó en descubrir que la presencia del señor Dobree le dejaba libertad para pasar mucho más tiempo con sus jóvenes amigos en la Pensión Rosenglüh. Tomó así conciencia de que en el curso de las últimas semanas había perdido cierta libertad y se sintió peligrosamente complacido de recuperarla. Aseguró a la señora Sellars que al señor Dobree, quien había venido para despachar asuntos familiares con su cliente, le resultaría extraña la presencia de una tercera persona en tales discusiones; y armado con este argumento procedió a disponer de su tiempo a placer.

Su liberación dotó de un nuevo sabor a las horas que pasaba con los niños; y, en cuanto al señor Dobree (con quien los niños sólo habían tenido un breve e intimidante encuentro), resultó sumamente práctico como tema de los juegos que los niños a todas horas pedían a Boyne que inventara para ellos. Establecer el nombre de pila del señor Dobree (contó Boyne a los niños) fue durante mucho tiempo su ambición secreta; pero hasta la fecha sólo había sido capaz de descubrir la primera letra. Al ver por casualidad las relucientes maletas del señor Dobree, supo Boyne que sus iniciales eran A. D., y afirmó que la letra A estaba calculada para darles mucho que pensar. De hecho, el asunto le intrigaba tanto que un día, cuando Judith le señaló que estaba anormalmente distraído, Boyne hubo de reconocer que no prestaba atención a sus palabras porque todas sus facultades seguían absortas en la tarea de

adivinar el nombre de pila del señor Dobree.

—La señora Sellars debe saberlo... ¿por qué no se lo preguntas?

—¿Debe saberlo? ¿Eso crees? Lo dudo.

—Habla de él como de un viejo amigo... como de ti.

—Ni siquiera eso me convence. Dudo de que nadie conozca el nombre de pila del señor Dobree. ¿Cómo pueden saberlo? ¿Te imaginas a alguien llamándolo por su nombre de pila, o atreviéndose a preguntárselo?

—Bueno, puedes preguntárselo a ella —propuso Judith, sin asomo de disfrutar con la especulación abstracta.

—¿A ella? ¡Por nada del mundo! Imagina que lo supiera. Nos aguaría la diversión.

—Desde luego —exclamó Terry, entrando en el juego—. No debemos preguntárselo hasta que hayamos agotado todas las posibilidades. ¿Verdad, Martin?

—Por supuesto que no. Veo que has captado las reglas del juego. Y ahora, procedamos por eliminación. Abel... Abel es el primer nombre de la letra A, ¿no es así, Terry?

—¡No! Hay un príncipe Aage de Dinamarca, o algo por el estilo; lo vi en *The Tatler* —respondió Terry, exultante.

—Muy bien. Empezamos por Aage. ¿Alguno de vosotros ve al señor Dobree llamándose Aage? —la pregunta fue desechada con un clamor de incredulidad general.

—Bien; entonces Abel. ¿Abel Dobree? No os apresuréis; pensadlo tranquilamente y con imparcialidad.

—No, no, no... Abel no puede ser —clamó el coro.

—Yo me voy a dormir —protestó Judith, estirándose cuan larga era en la pradera donde el grupo había acampado al sol.

—¡Que se vaya! ¡Para lo que nos sirve! —la abucheó Boyne—. ¿Qué tal... Adam?

—Adam es un nombre polaco, ¿no? ¿Quién fue Adam? —preguntó Judith, abriendo los ojos.

—Creo que fue un héroe nacional —dijo Blanca, torciendo el gesto con diligencia.

La señorita Scope, encaramada en un puesto más elevado de la pradera, interrumpió las conjeturas con un gruñido.

—¡Niños... niños! Cualquiera pensaría que os he criado como a salvajes. Adam...

—Scopy se refiere al Adán de la Biblia; pero los padres del señor Dobree no le habrían puesto un nombre tan lejano —objetó Blanca, con un encogimiento de hombros; y Zinnie señaló:

—Porque ya estaba muerto y no habría podido regalarle un bonito cáliz para el bautizo.

Beechy, adoptando una expresión de simpatía ante tamaña privación, gimoteó:

—Pobrecito señor Dobree.

Y Boyne, consciente de la dificultad, continuó:

—Entonces Aeneas; pero me temo que es tan lejano como Adam.

Esto lo llevó a discutir con Terry sobre la veteranía de los héroes bíblicos y virgilianos, mientras la señorita Scope intervenía de tanto en tanto para clamar desesperada:

—Pero ¿de qué demonios discuten si todos sabemos que Adán fue el primer hombre?

Judith volvió a levantar la cabeza de su almohada de hierba para murmurar al cielo con los ojos entrecerrados:

—No creo que al señor Dobree le importara lo más mínimo que Adán fuese su padrino. Podría comprar el cáliz bautismal que más le gustara. Creo que es un hombre muy rico.

—¿Crees que nos hará algún regalo bonito cuando se vaya? —dedujo Zinnie de inmediato.

—¿Qué te hace pensar que vaya a marcharse? —replicó Judith, cerrando los ojos.

—¡Aníbal... Aníbal! ¡Aníbal empieza con A! Lo sé porque era un príncipe; mi antepasado —gritó Bun, lanzándose de nuevo al juego.

XX

La disciplina social de la señora Sellars era demasiado perfecta para permitir, aun en caso de emergencia, descuidar una obligación en beneficio de otra; cuando el señor Dobree llevaba ya una semana en Cortina, un buen día le

dijo a Boyne:

—Últimamente no he visto nada a los niños. ¿Qué ha sido de ellos?

Boyne le aseguró que estaban perfectamente, pero que quizá no se habían atrevido a presentarse en el châtlet desde la llegada del señor Dobree; a lo que la señora Sellars replicó, con ligera aspereza, que nada le había hecho sospechar que los pequeños Wheater no se atreviesen a algo y, además, se daba la circunstancia de que el señor Dobree no se alojaba en el châtlet.

Boyne sonrió.

—No, pero saben que pasa mucho tiempo contigo y no están acostumbrados a un personaje que «impone tanto». —Notó que ella detectaba la ironía en sus palabras y ésta no le agradaba precisamente:

—No sé qué quieres decir con eso de que «impone». Yo creía que a los niños modernos, los que se crían en los hoteles, no les imponía nada. El señor Dobree siente mucha lástima de los pobres niños, y estoy segura de que le gustaría verlos de vez en cuando. ¿Por qué no los llevamos a todos de excursión mañana? Seguro que el señor Dobree estará encantado de invitarlos.

Boyne consideró que la idea resultaría formidable para todas las partes implicadas y señaló que si se incluía a Zinnie y a los pequeños Buondelmonte sería necesaria la presencia de la señorita Scope, pues de lo contrario Judith tendría que dedicar toda su energía a mantener el orden en el grupo. La señora Sellars se mostró de acuerdo:

—Sí, los pobrecillos están terriblemente malcriados.

Secretamente, Boyne empezaba a ser de la misma opinión, pero no consentía que la señora Sellars criticara a sus pequeños amigos sin que se despertara en él un rechazo instintivo.

—Lo cierto es que han tenido pocas oportunidades de convertirse en pequeños lord Fauntleroy, si te refieres a eso —observó con impaciencia. A lo que su prometida respondió:

—Me refiero a que el señor Dobree siente lástima de ellos por la clase de oportunidades que han tenido. Ya sabes que fue uno de los abogados que intervino en el divorcio de los Westway.

Boyne le lanzó una rápida mirada, consciente de que el resentimiento aún llameaba en sus ojos.

—Que me ahorquen si entiendo qué relación puede ver el señor Dobree entre el divorcio de los Westway y los niños de los Wheater.

—Sencillamente el conocimiento de la intimidad de Judith con esa pobre Doll Westway que se atiborraba de drogas, y su familiaridad con los terribles

detalles que condujeron al suicidio de la muchacha. Ella y Judith estuvieron juntas en Deauville el mismo verano en que la chica se quitó la vida. Sus madres se habían marchado Dios sabe dónde. Judith se lo cuenta a todo el mundo, como bien sabes.

Boyne había apartado la mirada del rostro de la señora Sellars para contemplar el familiar contorno de los montes carmesí desde la terraza. Le vino a la memoria una frase de Stevenson sobre «el paisaje amado y detestado» (¿de Bajamar?, se preguntó). Le repugnaba la idea de que en lo sucesivo pudiera asociar aquellas cumbres celestiales con el rostro impenetrable del señor Dobree y su íntimo conocimiento de los entresijos del divorcio de los Westway.

Se volvió hacia la señora Sellars para preguntar con brusquedad:

—¿No empiezas a estar harta de este lugar?

Ella respondió a su mirada de irritación con sincera sorpresa:

—¿Harta de qué? ¿Te refieres a Cortina?

—De todo el espectáculo —dijo Boyne, abarcando con un despectivo movimiento del brazo el vasto panorama de las montañas, el valle y el bosque—. Siempre tengo la sensación de que cuando el paisaje se mezcla con nuestros problemas personales pierde todas sus virtudes... como si nuestras preocupaciones fuesen una plaga de langostas que arrasa con todo.

La señora Sellars guardó silencio un momento y luego apoyó una mano en la de Boyne.

—He temido desde el principio que esta extraña responsabilidad que has asumido te hiciera perder los nervios...

Boyne se puso en pie de un salto y se apartó bruscamente de ella.

—¿Responsabilidad? ¡Qué responsabilidad! —empezó a dar vueltas por la habitación y volvió para acariciarle el pelo con interrogativa torpeza—. ¡Y un jamón! Es el señor Dobree quien me saca de quicio... un poco. («Hipócrita», se maldijo interiormente.) Lo cierto es que Cortina me gustaba mucho más cuando era sólo tuyo, mío y de los niños —vio que el brillo de la confianza coloreaba las mejillas de la señora Sellars, vueltas hacia el otro lado—. Ya sé que soy un egoísta redomado. No hace falta que te diga que los hombres somos redomadamente egoístas, ¿verdad? —se echó a reír, y ella respondió con una pequeña carcajada.

—Creo que el señor Dobree se marchará pronto —vaticinó.

Boyne se recompuso.

—Bueno, eso hará que me resulte bastante más fácil ser menos egoísta

mientras esté aquí, y me impongo aceptar su invitación para mañana. Iré a anunciárselo a los niños —le halagó comprobar que su simulación de optimismo había causado el efecto apetecido y que nada enturbiaba su despedida. Pero cuando se encontraba a mitad del camino, exclamó en voz alta —: Y cuando se haya marchado ¿qué?

La excursión resultó un éxito; uno de esos éxitos tan sin fisuras y bien engrasados que nos hacen sentir que la situación puede escapárenos de las manos en cualquier momento para mostrar la cara del fracaso. Un día como el Jano Bifronte, se dijo Boyne...

Para los actores principales, sin embargo, no se presentó tal dualidad, sino que todo fue la imagen perfecta de lo que suele llamarse «diversión juvenil», fruto de la feliz unión del tacto y el dinero. Así fue ciertamente para el señor Dobree, que quedó satisfecho con la sensación de que, cuando uno alquila los coches más espaciosos y con los neumáticos mejor inflados, llena un montón de cestas con las exquisiteces más suculentas de un restaurante «Palace» y actúa movido en todo momento por el deseo de complacer, la felicidad está automáticamente garantizada.

Por lo que se refiere a los más pequeños, no cabe duda de que así fue. Terry tuvo fuerzas suficientes para disfrutar del largo día en las alturas sin temor al termómetro de la señorita Scope; a Blanca le impresionó el derroche de comida que sustituyó al consabido pan con chocolate de la merienda; y los pequeños se hallaban en un estado de efervescencia inducido por el hecho de librarse de las lecciones y por la sensación de ser los protagonistas del día.

¿Y Judith?

Después de almorzar los pequeños marcharon con la señorita Scope en busca de fresas silvestres, mientras los demás se quedaban sentados sobre el mullido musgo junto a una cascada de plata. Boyne, tumbado boca arriba sobre una roca, estudiaba el paisaje y meditaba tras una cortina de humo de pipa. Judith, algo apartada, se hallaba suntuosamente tendida sobre el lecho de musgo, el sombrero quitado, la cabeza apoyada en la curva de su brazo inmaduro. Su perfil destacaba menudo y claro sobre el temblor rojizo de los helechos doblados por la fuerza del agua. Las mejillas ardían con un color rosa intenso que oscurecía las cejas y las pestañas y velaba los párpados cerrados con una sombra de terciopelo. Se había quedado dormida, y el sueño la privaba de sus defensas ante quienes la observaban.

«Parece casi mayor... ya da ganas de besarla. Pero ¿por qué ahora, así de repente?», se preguntó Boyne, repentinamente molesto no por el realce de su belleza (cuya medida variaba de hora en hora) sino por la existencia de una nueva cualidad en ella. Apartó la mirada, que cayó sobre el señor Dobree, sentado frente a él con el estudiado abandono de un excursionista poco

acostumbrado a las excursiones. El inagotable guardarropa del señor Dobree proporcionaba a su traje el toque justo de prenda raída, de andar por casa, y a su sombrero el tono levemente desvaído más adecuado para la ocasión; y Boyne se preguntó si no sería ese cambio en su indumentaria lo que le confería un aire distinto. Pero no; la diferencia era más honda. Pese a su atuendo campestre, el señor Dobree no parecía más tratable ni menos urbano; tan sólo más relajado y menos en guardia. Sus claros y cautos ojos se habían tornado confusos y furtivos; incluso se advertía en ellos una tenue línea de tensión hacia la figura yacente de Judith. Era manifiesto, a juzgar por su mirada, que los pensamientos del señor Dobree corrían veloces, y Boyne supo que estaba pensando lo mismo que él. El descubrimiento lo sorprendió sobremanera, si bien recordó que las tendencias igualatorias de la vida moderna también afectaban a la diferencia de edad y que el señor Dobree era a efectos prácticos apenas mayor que él. Además, conservaba su brío y sus músculos, su mirada se mostraba generalmente alerta y a pesar de su pelo entrecano no había razón alguna para que no pudiera compartir con él la contemplación de la indefensa belleza de Judith.

No parecía ser ésta la conclusión del abogado. Mientras Boyne lo observaba, el habitual tono sonrosado del señor Dobree mudaba hacia un rojo que se extendía hasta las sienes y los párpados, de tal suerte que el pelo pulcramente cepillado parecía una nube iluminada por el sol contra un cielo enfurecido. Pero ¿con quién estaba enfadado el señor Dobree? Consigo mismo, claro; era evidente. Seguía posando la mirada en la durmiente Judith, pero daba la impresión de que todos sus músculos se hallaban en tensión por el esfuerzo de apartar sus ojos de ella. «Está asustado... asustado de sí mismo», se dijo Boyne. Pero apartó la idea al caer en la cuenta de que también él, en una o dos ocasiones, había sentido un vago temor de sí mismo cuando estaba demasiado tiempo mirando a Judith. Se preguntó si sus ojos tendrían la misma expresión. Si habría tensado los músculos del rostro del mismo modo en el esfuerzo por apartar la mirada. No resultaba grato visualizar semejante imagen, y el señor Dobree le disgustaba aún más por haberle servido de espejo...

De pronto, el señor Dobree se puso en pie y dirigió toda su atención a la señora Sellars, mientras Boyne seguía el cambio de dirección con un sobresalto. La señora Sellars... ¡pero si estaba allí! Protegida de la luz por una gran pámela, el cuerpo ligero tendido sobre la turba, parecía casi tan joven y nemorosa como Judith. Mas por alguna razón era como si se hubiera fundido con el paisaje, que estallaba moteado de luz y sombra, de murmullos y suspiros: se adaptaba tan bien a las cosas que a veces llegaba a borrarse. Levantó la cabeza y, entre la sombra de la pámela, Boyne detectó que las cejas y los labios se mostraban delicadamente despiertos, como seres diminutos bajo la cubierta protectora de una hoja.

El señor Dobre la desafió en tono jovial.

—¿Le parece que hay alguna razón para que esos pequeños caníbales monopolicen todas las fresas silvestres? ¿Qué tal si dejamos al señor Boyne custodiando a la bella durmiente e intentamos llenar una cesta antes de que se haga tarde?

Sus palabras indicaban a las claras: «Sáqueme de aquí... Decídase ya», mientras la alegre respuesta de la señora Sellars «Vamos... le enseñaré un camino que ellos no serán capaces de encontrar» parecía decir con la misma claridad: «Lo sé; pero vigilaré que no cometa ninguna travesura».

Se levantó antes de que él pudiera ayudarla, como si algo en su interior la obligase a responder de inmediato a su llamada.

—Por aquí, por aquí —exclamó, tomándole la delantera al señor Dobre en el camino salpicado de piedras. Boyne oyó ascender sus voces junto al arroyo, mezcladas con el ruido del agua, desvanecerse y reaparecer como los reflejos del vestido de Rose Sellars entre las hojas de las hayas. Yacía inmóvil, observando cómo el humo de la pipa se elevaba en temblorosas espirales que las ráfagas de aire que llegaban desde la cascada retorcían. Con la retirada del señor Dobre, las ideas suscitadas por su presencia también se marcharon; Judith Wheeler volvía a parecer una niña. Pese a que la perplejidad y la incertidumbre aún persistían en algún rincón de los pensamientos de Boyne, la mayor parte de su ser se hallaba anclado dentro de un profundo círculo de paz. Hasta la última fibra de su cuerpo era sensible a la delicia del momento, mas no tenía necesidad de huir, ni temor a que el momento se le escapara. El sueño de Judith era el sereno estanque en el que reposaba.

Le parecía que llevaba un buen rato observándola, cercándola con sus pensamientos en una suerte de tranquila vigilancia fraterna, cuando ella abrió los ojos y los volvió hacia él, aún perlados de sueño.

—¡Martin! —lo saludó perezosamente; luego, completamente despierta, se incorporó y exclamó—: ¿Cuándo te casas, cariño? Necesito saberlo cuanto antes.

Siempre lo sorprendía, aunque quizá nunca lo había sorprendido tanto como con esa pregunta; pues mientras ella hablaba él se la estaba formulando medio inconscientemente. Recordó, como algo ya muy lejano, pintoresco e irreal como una locura de juventud, su resentimiento cuando la señora Sellars se empeñó en aplazar la fecha de la boda. ¿Sólo habían pasado dos o tres semanas desde que él le envió, junto con una cesta de gencianas recogidas en las tierras altas, una cita de la Coy Mistress de Marvell? Ahora todo le aparecía impaciencia juvenil. Ella le había enseñado que estaban muy bien como estaban, y aunque él seguía preguntando cuándo se casarían, la pregunta

había cobrado imperceptiblemente una forma distinta. «¿Y qué será, en nombre de Dios, de los niños una vez nos hayamos casado?» era como de manera instintiva la formulaba en ese momento.

También él se incorporó para asomarse a los somnolientos ojos de Judith. Al hacerlo tomó conciencia de que un incómodo rubor (esperaba que no tan intenso como el del señor Dobree) le subía hasta las sienes.

—¿Que cuándo me caso? ¿Por qué? ¿Qué importa eso? No creo que sea asunto de nadie —gruñó, con voz poco segura.

Judith quitó importancia a su rechazo diciendo:

—Pues sí es asunto mío. Por una razón muy particular —dijo, como resuelta a derribar con su cariño las barreras de la reserva de Boyne.

—¿Una razón? ¡Tonterías! ¿Qué sabe de razones una mocosa como tú?

—¿Quieres decir que soy poco razonable? —una sombra nubló rápidamente su cara—. ¿No lo dirás en serio?

—No quiero decir nada en absoluto... igual que tú. Sólo... ¿es que no estamos estupendamente como estamos?

Judith agrandó los ojos al oír estas palabras y siguió mirándolo fijamente, con una mueca de seriedad, mientras sus labios se arqueaban en una sonrisa.

—¡Querido Martin, decir eso es propio de la señora Sellars, no de ti!

Boyne soltó una carcajada. ¿Cómo podía alguien estar serio más de dos minutos con cualquiera de aquellos absurdos críos? Y una vez más se dijo que Judith era tan absurda y tan niña como los demás.

—Sabes, cariño, deberías mostrarte empresé, impaciente, apasionado —imploraba Judith, como si la vida de Boyne dependiera de su consejo.

Se apoyó sobre un codo, la examinó con deliberación y dijo:

—¡En la vida he visto mayor descaró...!

Ella negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No soy descarada, Martin; de verdad que no. Pero es que a veces me asombra que tengas tan poca experiencia.

—Gracias —le espetó Boyne.

—Me refiero a ese tipo de cosas. Como si llevaras toda la vida muy lejos del mundo.

—¿De tu mundo? Así ha sido, a Dios gracias —y tras un momento añadió con severidad—: Y la señora Sellars lo mismo... también gracias a Dios.

Judith se levantó, cruzó el espacio de musgo que los separaba y se dejó caer a su lado, apoyando una mano en su brazo.

—Te he ofendido. Doll Westway siempre decía que no tengo tacto. Yo sólo quería explicar por qué necesito saber lo antes posible cuándo vas a casarte.

—Pues lo cierto es que no lo has explicado —respondió Boyne, volviéndose para encender su pipa.

—No, pero lo voy a explicar. Y te gustará. Es porque todos hemos acordado, también Scopy y los hermanastros, hacerte un fantástico regalo de bodas; y creo que te gustará lo que se nos ha ocurrido. Lo encontramos el otro día, en el anticuario de Toblach. Y queremos saber cuál es el momento exacto para dártelo. A ti te encantan los regalos, ¿verdad que sí, Martin? —le urgió, como si se esforzara al máximo por activar en él alguna fibra humana. Boyne acogió la pregunta con otra carcajada.

—¿Me encantan los regalos? ¡Supongo que sí! Casi tanto como a ti — Judith se sonrojó ante la insinuación, y al advertirlo, él se apresuró a decir—: Es encantador de vuestra parte, y os estoy eternamente agradecido. Pero no había necesidad de darse tanta prisa.

El rostro de Judith se tornó todo condolencia e interrogación:

—Ay, Martin, ¿no irás a decirme que las cosas se han estropeado? —su mirada y su entonación revelaban que, caso de ser así, se llevaría un sincero disgusto. Boyne sintió un dolor punzante, como el de la neuralgia, aunque la punzada no era en absoluto amarga. Tomó la mano de Judith para depositar en ella lo que la niña en cierta ocasión había llamado «un beso de adulto».

—Desde luego que no, cielo. Y gracias... gracias por todo... Sea lo que sea lo que hayáis elegido para mí, me encantará... Sólo que, de verdad, no hay ninguna prisa.

Judith sintió sus palabras como una especie de manifiesto definitivo. Entrelazó los brazos por detrás de la nuca, echó la cabeza hacia atrás y dejó vagar perezosamente la mirada hacia el cielo, entre la oscilación de las ramas.

Boyne había vuelto a encender la pipa. Su torbellino mental se iba sosegando poco a poco. Se tendió con descuido junto a Judith, cubriéndose con el sombrero hasta las cejas, y se dijo: «¿Y para qué demonios pensar por adelantado?».

Los pies de Judith, calzados con sandalias, reposaban entre los helechos justo en la línea de visión de Boyne, cruzados como los de Mercurio en posición de reposo. Él casi veía los pequeños penachos de plumas en los talones, y su imaginación quedó momentáneamente atrapada en un círculo que se cerraba en torno a ellos.

XXI

Esa tarde, cuando los niños, cansados pero llenos de júbilo, regresaron a la pensión y Boyne subió al châtlet para cenar con la señora Sellars, lo primero que le llamó la atención fue que el zafiro volvía a brillar en su mano.

Se preguntó por qué, siendo en general poco observador para ese tipo de detalles, había advertido la reaparición de la modesta piedra, y concluyó que era por el absurdo examen al que le había sometido Judith a propósito de la fecha de su boda. Casi sospechaba que, frustrada ante sus evasivas, la pertinaz muchacha había terminado por dirigirse a la señora Sellars y que ésta, sintiéndose desafiada, decidió ponerse el anillo. Pero no; aunque Judith a veces careciera de tacto (ella misma lo reconocía), esa indiscreción no podía imputársele, por la sencilla razón de que la señora Sellars —Boyne no lo recordó hasta ese momento— no regresó de su paseo con el señor Dobree hasta la hora de meter en los coches a los somnolientos excursionistas. Había estado ausente un buen rato. Al parecer prolongaron el paseo y, dicho sea de paso, no encontraron las prometidas fresas... o acaso las consumieron por el camino. Además, Judith y la señora Sellars no habían ido en el mismo vehículo de vuelta a casa. Entonces, ¿por qué se había puesto otra vez el anillo? Supuso Boyne que, por razones que a él le eran desconocidas, había decidido anunciar esa noche su compromiso al señor Dobree, quien sin duda se les uniría para cenar.

La idea produjo en Boyne una oscura irritación; se aburría por anticipado con sólo imaginar las galanterías y obviedades que al señor Dobree le parecería oportuno decir. El concepto general de Boyne respecto del amigo de la señora Sellars había cambiado al sorprenderlo mirando a Judith. Hasta entonces Boyne lo había encasillado como abogado de éxito, capaz en su profesión, aunque de tercera categoría en otros asuntos, con una existencia metódicamente planificada y ocupada principalmente por su actividad profesional, y dividido el resto como una rigurosa dieta vitamínica (el señor Dobree andaba bien de vitaminas) que se combinaba con ejercicio, sociedad, filantropía y viajes. Muy lejos ahora de esta perspectiva asomaba un Dobree pequeño y casi invisible, que miraba a Judith como la había mirado. Boyne se enfadó al pensar en lo que, sin saberlo la señora Sellars, acechaba y gesticulaba bajo la máscara de su consejero legal. Era como si el señor Dobree hubiese evocado para él cierta alegoría trágica en el futuro de Judith...

—¿Dónde está tu amigo? ¿Lo estamos esperando? —la pregunta resonó con brusquedad para el propio Boyne, mientras la señora Sellars la

interpretaba con su ecuanimidad habitual.

—¿El señor Dobree? No, no lo esperamos. No viene.

Boyne sintió un alivio mezclado con un vago desconcierto. ¿Por qué narices no venía Dobree?, se preguntó al instante. ¿Y qué podía retenerlo?

—¿Te ha plantado para dar una fiesta en el Palace? Me alegro de que no te haya arrastrado a cenar con él.

—No; no creo que tenga intención de dar una fiesta... ni de asistir a ninguna. Tenía que escribir algunas cartas, y dijo que estaba cansado.

De ese modo la cuestión pareció zanjada, y Boyne, un punto molesto, siguió a su prometida hasta la mesa ante la que últimamente tan pocas veces se había sentado a solas con ella.

—¿No lo prefieres así? —preguntó la señora Sellars, sonriendo desde el otro lado del jarrón de rosas silvestres que los separaba.

Resultó en verdad grato volver a estar a solas con ella. La señora Sellars empezó por elogiar el buen comportamiento de los niños en la excursión; y, según hablaban, Boyne pensó que su creciente irritabilidad y su resistencia a contemplar un futuro a su lado habían sido fruto de la intromisión de problemas y de personas irrelevantes. «Cuando estamos solos, todo va siempre bien», se dijo, reconfortado.

Terminada la cena salieron a la terraza como tenían por costumbre, y Boyne encendió un cigarro, sucumbiendo a una sensación de inmediato bienestar. Notaba que Rose Sellars sabía que él se alegraba de estar a solas con ella, y eso la hacía sentirse cómoda y dispuesta a decir o hacer cualquier cosa que prolongara en él ese estado de ánimo.

—¿No te parece que Judith estaba hoy más guapa que nunca? El señor Dobree estaba muy impresionado —dijo la señora Sellars dulcemente, después de un silencio.

Fue como si lanzara una piedra justo en el centro del jardín que con tanto esmero acababa de diseñar.

—Desde luego que estaba impresionado. Resultaba bastante evidente.

—Bueno... es que ella impresiona a veces —admitió Rose Sellars, con amabilidad aún mayor.

—Como cualquier niña encantadora. Eso es Judith... una niña encantadora. Y Dobree la mira como un perro relamiéndose ante la visión de un hueso.

—¡Martin...!

—Lo siento. Nunca he podido soportar a los hombres maduros que miran a las niñas. Si tu amigo está tan chiflado por Judith más valdría que le pidiera que se case con él. Es rico, ¿verdad? Su dinero podría ser un incentivo... ¿quién sabe?

—¿Casarse con ella? ¿Casarse con Judith? ¿El señor Dobree? —la señora Sellars parecía alborozada. Las palabras de Boyne sonaron ciertamente absurdas cuando ella las repitió, pero, por el momento, Boyne sólo prestaba atención al tumulto que sentía en las venas.

—¿Por qué no? —continuó—. Tal como está la situación de la pobre niña el dinero merece una consideración. ¿De qué sirve la hipocresía? Si se propone enfrentarse a sus padres y mantener a los niños unidos necesitará dinero en abundancia; y un abogado listo que sepa maniobrar en su favor, también. Me parece un arreglo ideal.

La señora Sellars esperó un poco antes de responder:

—No veo que la mayor fortuna ni el abogado más listo del mundo puedan impedir a los Wheeler reclamar a los niños el día que se les antoje. Aunque estoy convencida de que si Judith necesitara ayuda y consejo nadie se complacería en dárselo tanto como el señor Dobree.

—En eso tienes razón —coincidió Boyne, con irónico encogimiento de hombros.

—¿No crees que sería buena cosa que ella le consultara... o al menos que lo hicieras tú en su nombre?

—No creo que él te agradeciera mi intervención.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Supongo que si no entiendes lo que quiero decir es porque no te fijaste en cómo miraba a la niña esta tarde, antes de que te lo llevaras a dar un paseo.

La señora Sellars volvió a guardar silencio. Boyne advirtió que las tenues líneas de la perplejidad comenzaban a tejer una trama en su rostro y se dijo que cuando una mujer ya no es joven sólo conserva un aire de frescura en los momentos de emoción. «¡Qué lástima!», pensó, disgustado consigo mismo por haber alterado el delicado equilibrio de su serenidad. Pero ella volvía a sonreír, aunque con un tinte de dolor.

—¿Que la miraba...? ¿Cómo la miraba...?

—Bueno... como ya te he dicho.

La sonrisa persistió.

—La verdad es que yo no vi nada de eso. Y tampoco me lo llevé a dar un

paseo; en realidad fue él quien me llevó a mí...

—Sí, claro —murmuró Boyne, ante ese gesto de vanidad femenina.

—Y no creo que piense en Judith como tú imaginas... ni que la haya mirado así. Eso espero; porque resulta que cuando me llevó a pasear me pidió que me casara con él.

Las palabras fluyeron con sereno desapego, como si hubiera sido su luminosa sonrisa la que se tornara de pronto audible.

—Sé que no es justo con él que te lo diga —añadió, con uno de sus anticuados impulsos de discreción.

Esta vez fue Boyne quien no hallaba la respuesta. Se quedó un rato contemplando la oscuridad, sin decir nada.

—¿Casarte con él? ¿Casarte con Dobre...? ¿Tú?

—Pues sí; tenías razón; quiere casarse —bromeó ella—. Por eso ha venido... para pedírmelo. Yo no tenía ni idea... Y ahora se va... se va mañana —añadió, con un leve suspiro en el que se mezclaba a las claras el desprecio con la satisfacción. Aunque ella se tomaba con mansedumbre, incluso con generosidad, su pequeña victoria, Boyne comprendió que, no obstante, era plenamente consciente de su significado.

Se echó a reír, esta vez de sí mismo.

—No veo por qué te parece tan absurdo —murmuró la señora Sellars, con un deje de humillación en la voz. Como Martin no hallara tampoco respuesta, ella continuó, con el aire distante que adoptaba cuando percibía el eco de sus axiomas de juventud—. En realidad, es el máximo honor que un hombre puede...

—Desde luego —admitió Boyne alegremente. Se frotó la frente con la mano, como si quisiera borrar cierta confusión interior, pero no le sirvió de nada; no lograba aclarar sus ideas. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que su sorpresa y su burla nada tenían que ver con Rose Sellars, de que su risa era tan sólo un modo de mofarse de su propia capacidad de engaño, y se sintió aliviado al descubrir que se había engañado de ese modo—. ¡Así que era eso! —las palabras se le escaparon inadvertidamente. Sintió que la silueta de ella, oscurecida por el anochecer, se tensaba y se alejaba.

—¿Entramos? Empieza a hacer fresco —dijo ella, volviéndose hacia la luz de la lámpara.

Boyne, desconcertado aún por sus propios pensamientos, la siguió hasta la habitación. Reparó en que la señora Sellars se había puesto muy pálida. Se sentó a la mesa y comenzó a remover cartas y documentos llegados con el

correo vespertino. Boyne se detuvo frente a la chimenea, las manos en los bolsillos, observando sus movimientos mientras pasaba entre los dedos, una tras otra, todas las cartas. Pero sólo veía el anillo de zafiro que, otra vez en su trono, proclamaba el destino de Boyne ante propios y extraños.

—¿Le dijiste entonces que ya estabas prometida?

Ella lo miró.

—Era lo justo, ¿no te parece?

—Desde luego... es decir, siempre y cuando estar prometida fuese el único impedimento.

—¿El único impedimento?

—Para casarte con Dobree, en el supuesto de que estuvieras libre.

La señora Sellars sopesó las palabras de Boyne y luego se echó a reír, aunque sin mucha alegría.

—¿Cómo voy a saber lo que haría si estuviera libre?

Él siguió mirándola.

—¿Te gustaría probarlo?

A ella se le encendió la frente. Soltó las cartas y compuso las manos sobre ellas como si se esforzara por controlar una agitación secreta.

—¿Es tu manera de decirme que te sientes ofendido porque le he anunciado nuestro compromiso al señor Dobree?

Boyne vaciló y sintió (odiándose en el mismo momento por sentirlo) que se imponía la cautela.

—Ofendido no; ésa no es la palabra. Sólo que había acordado contigo que en tanto no tomemos una decisión definitiva sobre nuestro futuro, hasta que no la hayamos tomado, era mucho más agradable mantener nuestros asuntos en privado. Ya sabes que fue idea tuya; fuiste tú quien lo propuso —le recordó, mientras ella guardaba silencio.

—Sí; fue idea mía —estudió su respuesta—. Pero no deberías temer que el señor Dobree nos traicione.

—No es cuestión de traición. Es sólo la sensación de que...

—¿La sensación de que alguien más comparte nuestro secreto? ¡Pero si los niños lo saben desde hace tiempo! —pronunció las palabras con la misma ligereza con que las esbozaría sobre una cuartilla.

Boyne se sobresaltó. La analogía se le escapaba, mas no sabía cómo

explicar la falta de relación.

—¡Ya... los niños! Los niños no cuentan. Además, no fue culpa mía. Judith lo adivinó —sonrió ligeramente al recordarlo—. Puede que el señor Dobree también lo adivinara —añadió, recobrando la serenidad. A fin de cuentas, se dijo, lo estaba manejando todo muy bien, aunque tuvo que pararse a pensar qué era lo que había que «adivinar».

La señora Sellars volvió a reír.

—No. El señor Dobree no lo adivinó. Tuve que ponerle los puntos sobre las íes. Lo cierto es que... —se detuvo un momento— él estaba convencido de que tú estabas enamorado de Judith Wheeler.

Todo el resentimiento y los celos que Boyne había logrado ahuyentar volvieron de inmediato. Estaba en lo cierto... no había interpretado mal los signos y los augurios. ¡Como si pudieran inducir a error! En voz baja dijo:

—¡Qué asqueroso!

La señora Sellars soltó una de las cartas que había vuelto a tomar distraídamente.

—Martin...

—Asqueroso. El mero hecho de pensarlo... y para colmo de insinuarlo. Pero eso sólo demuestra... —se interrumpió, y luego, invadido por otra oleada de indignación, empezó a decir—: Eso demuestra qué clase de cabeza tiene. Pensar así de cualquier niña —porque no es más que una niña— y de cualquier hombre, de cualquier hombre «decente», considerarlo posible, incluso natural... peor aún, insinuarlo de alguien que se encuentra en mi posición con respecto a esos niños, como si quisiera aprovecharme de las circunstancias para... ¡enamormarme de una colegiala!

Las palabras de Boyne resonaron en sus oídos como si alguien las pronunciara a través de un altavoz desde algún lugar de la habitación. Se desplomó en la silla más próxima, acalorado, enfadado, avergonzado, con la garganta tan seca como si hubiera pronunciado un mitin al aire libre un día de polvo.

La señora Sellars, frente a él, seguía con las manos suspendidas sobre las cartas. Boyne sintió que la visión del zafiro le abrasaba.

—Martin... ¡pero si estás enamorado de ella! —exclamó la señora Sellars. Se detuvo un momento y luego, más deprisa, añadió—: Creo que siempre lo he sabido.

Se sentaron y se miraron sin hablar.

Al cabo de un rato, Boyne se levantó y empezó a dar vueltas alrededor de

la mesa.

—Esto es ridículo —empezó.

Ella levantó una mano, y el gesto, claramente destinado tan sólo a contener las palabras que salían de los labios de Boyne, tuvo también el efecto de frenar su ventaja. Se sintió torpe y puesto en evidencia, vagamente resentido con ella por hacerle sentirse así. Estaba convencido de que la ridícula era ella, no él; y, sin embargo, curiosamente, esa convicción en modo alguno lo consolaba. Volvieron a mirarse cara a cara, con cautela, con aprensión, como si elpreciado y frágil objeto que habían transportado juntos se hubiera hecho añicos tras deslizarse entre sus dedos. Boyne sintió que, si miraba al suelo, vería los fragmentos brillantes...

La señora Sellars fue la primera en recobrar la compostura. Se levantó, se acercó a Boyne y le puso una mano en el hombro.

—No sé por qué intentamos hacernos daño —lo miraba a través de las pestañas húmedas, y él se sintió como un animal por no tomarla al instante entre sus brazos y borrar la discusión con un beso. Pero los fragmentos brillantes estaban allí, y parecía incapaz de pisarlos para acercarse a ella.

«Ahora sé lo que piensa de Judith», reflexionó brutalmente.

—Todo es culpa mía, Martin; sé que estoy nerviosa y que estoy siendo estúpida —le apretaba el brazo con fuerza, suplicando con los labios y los ojos levantados. Su actitud servil humilló a Boyne. «Si de verdad piensa lo que dice, ¿por qué no me despacha de una patada?», se preguntó—. Supongo que he andado demasiado y estoy muy cansada; lo que dijo el señor Dobre me sorprendió, me molestó...

Boyne sonrió:

—¿Que te casaras con él?

Ella le devolvió una sonrisa cansada.

—No. Lo que dijo de... tu interés por Judith. Debes comprender, cariño, que tu actitud con esos niños a veces resulta extraña para quien no conoce las circunstancias.

Boyne volvía a endurecerse.

—¿Y qué importa la gente que no conoce las circunstancias? Tú las conoces; con eso basta.

La señora Sellars se aferró al argumento con angustiosa humildad.

—Naturalmente, cariño; desde luego que sí. ¿Podrás olvidar mis estúpidos nervios? ¿Intentarás pensar en cómo soy cuando no hay nadie en el mundo

más que tú y yo? —alzó los brazos hasta los hombros de Boyne, le deslizó las manos por el cuello y le forzó a inclinar suavemente la cabeza—. ¡Ojalá fuera siempre así!

Cuando sus labios se rozaron, Boyne cerró los ojos y, con un violento esfuerzo de voluntad, intentó recordar lo que ese beso habría significado para él el lejano día en que la noticia de la muerte de Sellars lo sorprendió en algún lugar del desierto nubio y, en plena noche, se despertó, sosteniendo aún la carta entre las manos, y exclamó para sus adentros: «Por fin...».

XXII

Al día siguiente, cuando Boyne recordó la escena de la noche anterior, encontró todas las excusas que se le ocurren a un hombre sensato en el momento de disfrutar de su baño matinal.

Todo era fruto de la holganza y de la falta de ejercicio intenso; cuando un hombre trabajador se toma unas vacaciones excesivamente prolongadas y el descanso se convierte en desidia, Satán se presenta puntualmente. Pero, si bien en un primer momento cargó con toda la culpa, cuando empezó a afeitarse ya le había trasladado parte de ella a la señora Sellars. A fin de cuentas, era por sus anticuados escrúpulos, por su negativa a casarse de inmediato y a permitirle que él volviera al trabajo, por lo que seguían sin hacer nada en los Dolomitas. Tal vez no fuera sano para la gente de mediana edad disponer de demasiado tiempo de ocio para sopesar los defectos y las virtudes de cada cual.

Sin embargo, una vez más pensó: «Si nos hubiéramos casado y hubiéramos vuelto a casa cuando yo lo dije, ¿qué habría sido de los niños?». Sin duda el hecho de que la señora Sellars insistiera en aplazar la boda había permitido a Boyne dedicarse al problema de los niños, pero en ese momento, mirando hacia atrás, comprendía que no era imparcial. Era imposible pensar en lo que podría haber sido de los pequeños si el azar no los hubiera puesto en su camino.

Bien mirado, todo había sido para mejor. Bastaba con convencer a la señora Sellars (lo cual no sería difícil puesto que ella misma así lo había dispuesto) y borrar de su pensamiento la inquietante presencia del señor Dobree. Tal vez —pensándolo bien— su irritabilidad de la noche anterior residiera parcialmente en la sospecha de que ella, pese a su fingida indiferencia, se sintió halagada por la proposición de Dobree. «Nunca se sabe», concluyó Boyne. Pero también descartó esta posibilidad. La idea de

haber podido abandonar a sus jóvenes amigos en un momento de desesperación y, sin embargo, haber sido capaz de quedarse para ayudarlos se imponía sobre cualquier otra consideración. Y con tanto éxito llegó a convencerse de ello que sólo una nube permaneció en su horizonte. La señora Sellars había dicho: «No veo que la mayor fortuna ni el abogado más listo del mundo puedan impedir a los Wheater reclamar a los niños el día que se les antoje»; y con ello había puesto el dedo en la más honda llaga de Boyne. Él mismo lo había pensado en cientos de ocasiones, pero oírlo en boca de otro confería al peligro un cariz más acuciante. Le recordaba que el apego que tenían los niños no era ni la mitad de frágil que el que él les tenía a ellos, y sería un disparate dejarse llevar por la ilusión de que en realidad podía dirigir o controlar el destino de los pequeños.

¿Y entre tanto?

Sólo podía ganar tiempo; gracias al cielo que aún estaba en su mano. La temporada del Lido no había alcanzado su apogeo y hasta el momento de su declive final Boyne era libre de suponer que sus adeptos seguirían allí, hipnotizados. En cuanto a la disyuntiva entre dar los pasos para un divorcio inmediato o participar hasta el final en el programa de diversión diaria, estaba seguro de que los implicados no dudarían ni por un instante. Ya tendrían tiempo de ocuparse de los negocios más adelante, pues como mero negocio consideraban ellos un asunto en el que el monto de la pensión era siempre el punto clave del debate. ¿Había algo comparable a un baile en la Fenice o una escenificación de los esponsales simbólicos del Dux con el Adriático en una réplica del Bucentauro, en presencia de la Europa de estilo y rango? Nadie se marcharía de Venecia en ese momento.

Sin embargo, los días volaban. La creciente avalancha de turistas en Cortina, el aumento de vehículos en los caminos de montaña, ponía de manifiesto que la moda no tardaría en trasladarse de la costa a las montañas; y cuando el Lido estallara al fin, ¿qué no reventaría con él? Boyne comprendió que en algún momento sería inevitable afrontar la situación, que ese mismo día debía tener una conversación con Judith.

Había pasado más de un mes desde que Judith y los niños llegaron a Cortina y los respectivos padres prometieron a Boyne que los niños se quedarían en los Dolomitas hasta el final del verano. Pero ¿qué valor podía tener esa promesa y qué significado la frase en boca de gente tan ajena al cambio de estación? Ninguno; Boyne lo sabía. Ahora era consciente de que, en las últimas cuatro semanas, nunca se había acercado por la Pensión Rosenglüh sin esperar la noticia de que había llegado orden del Lido. Por el momento no había sido así. Protegía a los niños la circunstancia de que en la pensión no había teléfono, además de que ninguno de sus padres era capaz —salvo bajo presión extrema— de escribir una carta.

Telefonar resultaba imposible, aunque podían enviar un telegrama; pero incluso esto exigía una concentración que, Boyne lo sabía, resultaría cada vez más difícil a medida que se acercara el fin de la temporada en el Lido. Por supuesto que llegaron telegramas, especialmente los primeros días, para Boyne y para Judith: largos mensajes de Joyce acerca de la ropa y la comida, divagaciones de lady Wrench en las que exponía sus derechos y sus quejas en términos tales que, luego de pasar por dos oficiales de telégrafos italianos, resultaban tan confusos como los propios pensamientos de la dama; y por último un escueto cable de Cliffe Wheeler a Boyne: «Espero hayas entendido perfectamente no renuncio a ningún derecho cómo está Chipstone respuesta pagada».

A todos estos requerimientos respondió Boyne con un «Todo va bien» general, mientras Judith hacía lo propio, siguiendo su consejo y limitándose a añadir algún detalle relativo a la salud y el bienestar de los pequeños. Judith le dijo a Boyne: «Al final es un alivio para todos, ahora que la cosa está arreglada. Siempre supe que lo sería». Terry y ella acariciaban aún la esperanza de que llegado el otoño Judith recibiera autorización para llevar a los niños con la abuela Mervin o que, a falta de permiso, Boyne la animara a hacerlo en secreto. Con ello en mente, Judith y la señorita Scope ahorran hasta el último penique posible de la asignación que Cliffe Wheeler aceptó conceder y que Boyne les entregaba semanalmente. Sin embargo, todos estos acuerdos eran tan precarios y dependientes del estado de ánimo de personas volubles y poco sensatas que parecía milagroso que el grupo de huéspedes de la Pensión Rosenglüh no hubiera sido molestado. A buen seguro que de haber sido posible localizarlos por teléfono ya estarían todos desperdigados. «En cuanto se acabe el Lido, vendrán a por vosotros», le había advertido Boyne a Judith desde el principio; pero ella siempre respondía, esperanzada:

—No, no: no hasta después de Cowes, si es que van; y si no, después de Venecia está Biarritz. Ya verás. Y antes de Biarritz quince días en París para comprar ropa de otoño.

A su debido tiempo, el viaje a Cowes quedó descartado ante el irresistible atractivo del Lido, pero también este último espectáculo se almacenaría al cabo de unas semanas en el desván de los caprichos pasados.

Con estos asuntos siempre en la cabeza, Boyne no se preocupaba en exceso por su discusión de la noche anterior con la señora Sellars. A la luz de la mañana, un chaparrón sentimental entre dos personas sensibles y profundamente unidas la una a la otra no parecía nada en comparación con la fea realidad que perpetuamente se cernía sobre los niños, y Boyne estaba seguro de que la señora Sellars sería de la misma opinión.

No lo decepcionó. Cuando Boyne se presentó a la hora del almuerzo se

respiraba en la salita una serenidad nueva; todo parecía indicar que la señora Sellars había salido temprano esa mañana para llenar la estancia de flores. Él no estaba acostumbrado a ese tipo de reajustes tan delicados en sus relaciones sentimentales. Sus sentimientos por Rose Sellars habían sido por espacio de muchos años cosa aparte, como un bonito cuadro en la pared de una habitación tranquila; y el resto de sus episodios amorosos fueron demasiado breves e insignificantes para requerir gran cantidad de maniobras. Se tranquilizó así por completo al ver que ella lo recibía con alegría y sencillez, y una vez más valoró las ventajas de conocerse desde antiguo. «Una mujer estúpida, ahora, insistiría una y otra vez en volver sobre el asunto, como un moscardón que empieza a darse golpes por las paredes cuando ya estás seguro de haberlo echado por la ventana.»

No había rastro del moscardón en la señora Sellars, y a ella le causaba cierta temerosa ansiedad que Boyne lo supiera. Pero tampoco había abyección en su timidez; cuando se rendía, se rendía con orgullo. El único indicio de malestar latente era su excesiva naturalidad, la risueña determinación de negarlo todo, aunque también esto perdió relieve gracias a la feliz circunstancia de que tenía noticias para él.

No le dijo de qué se trataba hasta que hubieron terminado el almuerzo y el café en la sala de estar, sabedora de lo importante que era no interferir en los pensamientos de un hombre, aun cuando fuera para comunicarle una noticia agradable, mientras éste disfruta de una buena comida. Boyne había encendido un cigarro y reflexionaba sobre la excelencia del café que la señora Sellars siempre le ofrecía, cuando, con leve risa, le dijo:

—A que no te lo imaginas... ¡tía Julia está cruzando el Atlántico! Recibí un radiotelegrama esta mañana. Dice que viene a París para conocerte.

Cuando había tenido tiempo para esas evocaciones, Boyne se había representado a tía Julia como algo sólido, pesado, esencialmente inamovible. Simbolizaba para él la obstinada estabilidad del viejo Nueva York en medio de tanto experimento nuevo. Era como si le dijeran que la Trinity Church, por poner un ejemplo, se había subido a un avión y sobrevolaba el Atlántico para conocerlo.

La señora Sellars rio al observar su gesto de incredulidad:

—¿Te sorprende? A mí no. Tía Julia siempre fue la hermana delicada, la necesitada de cuidados. Tía Gertrude, la fuerte, la que cuidó de ella hasta que murió el invierno pasado... y desde entonces tía Julia está de maravilla.

Coincidieron en que ese tipo de resurrecciones no eran infrecuentes, y la señora Sellars incluso llegó a declarar que, si no llegaba a París a tiempo de reunirse con tía Julia, ésta sería capaz de fletar un avión y aterrizar en Cortina.

—En realidad, creo que lo único que nos protege es que no haya una pista de aterrizaje en los Dolomitas.

Siguió diciendo que debería marcharse en cuestión de un par de días, porque tía Julia, acostumbrada a que le facilitaran las cosas, había pedido que las habitaciones de hotel se ajustaran a sus complicados requisitos, y era necesario disponerlo todo antes de su llegada; un coche de seis cilindros con neumáticos de aire y un chófer impecable debían esperarla en la estación, y un médico y una masajista dispensarle las atenciones necesarias para que, tras un intervalo de reposo, así lo esperaba, se hallara en condiciones de atender los planes de su sobrina.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Boyne—. ¡Lo que debe de haberle costado ese cable!

—Tía Julia nunca se preocupa por el dinero —comentó la sobrina, con cierta deferencia.

Boyne rio y admitió que la señora Sellars no podía dejar de comparecer a semejante citación. Por alguna razón ya no le ofendía que ella obedeciera a motivos tan evidentemente interesados. No sabría decir por qué, pero ahora le parecía natural que se mostrara a disposición de una tía rica y vieja. Se preguntó si no sería porque su partida acaso aliviara la tensión transitoria que había surgido entre ambos, pero desechó la idea como una muestra de ociosa casuística. «El caso es que se va... y que cuando vuelva probablemente nos alegremos horrores de volver a vernos.»

La señora Sellars tenía una mirada nostálgica y, luego de una pausa, dijo:

—No sabes cuánto me horroriza pensar que nuestras estupendas veladas en esta salita tan querida ya casi han terminado —algo en su tono de voz indicaba que le habría gustado que Boyne lo dijera por ella y, que, en cierto modo, él no había estado a la altura de las circunstancias.

—¿Y eso por qué? Espero que no tardes más de una semana... ¿No estarás pensando en anexionarte a tía Julia de manera permanente?

Ella sonrió con un punto de sorpresa: saltaba a la vista que tenía otros planes; planes que, se había figurado, él adivinaría instintivamente.

—De manera permanente no; pero no sé cuándo podré volver...

—¡Pero, querida!

La señora Sellars borró de su sonrisa la nota de sorpresa, y Boyne lo interpretó como una promesa.

—Lo que espero es que vengas conmigo en seguida. En cuanto le hayan tomado la tensión a tía Julia y el médico, la masajista y el chófer hayan pasado

la prueba.

Boyne la escuchaba atónito. En ningún momento se había tomado en serio la posibilidad de ser partícipe en la ceremonia de instalar a tía Julia en suelo europeo.

—Sí, pero... ¿de qué puede servir mi presencia? ¿Por qué hay que sacrificarme a mí para organizar las vacaciones de tía Julia?

—Tú no tendrás que hacer nada. Todo lo contrario. Yo haré todo lo posible para que tía Julia empiece con buen pie su aventura en Europa. Y luego le pasaré la factura.

—¿La factura?

Ella asintió alegremente:

—Tú eres la factura. Te presentaré y le diré: «Ahora que le has visto, ¿te sorprende que quisiera casarme con él en seguida, te gustara o no?».

Las palabras dieron paso a un silencio que Boyne, por algún tiempo, no fue capaz de romper. Ella estaba junto al escritorio, el cuerpo esbelto inclinado sobre él, la cara encendida por ese lustre de juventud perdida que tan exquisito y conmovedor le había parecido en otras ocasiones. Y esta vez sintió lo mismo, aunque la conmoción fue diferente.

—¿Quieres decir... quieres decir... que has cambiado de opinión con respecto a la fecha? —se interrumpió ahí; las palabras «de nuestra boda» se le atascaron en los labios. Entre una neblina de perplejidad atisbó su tierna sonrisa burlona y supo cuánto valor camuflaba. («Y yo aquí, tieso como un palo. ¡Qué bruto debo parecerle!»)

—¿Creías que soy una de esas mujeres terribles que jamás cambian de opinión? —se acercó y le agarró los brazos, levantó hacia él su delicado rostro, aún ardiente de expectación. La cara decía: «Aquí me tienes... para que me acaricies o me rompas». Y Boyne volvió a pensar en los fragmentos brillantes que había visto esparcidos a sus pies la noche anterior. La tomó de las manos y las acercó a sus labios. ¡Si al menos se le ocurriera una palabra... la palabra precisa!—. Martin... ¿tú quieres que cambie de opinión? —lo retó de pronto. Boyne se llevó hasta el pecho las manos de ella, acariciándolas.

—En primer lugar, querida, no quiero que por mi causa hagas nada que pueda ofender a tu tía... Eso podría interferir... de alguna manera... con sus puntos de vista... —no fue capaz de continuar; las palabras lo estrangulaban. Estaba seguro de que ella sabía que no estaba expresando lo que pensaba, de que hablaba sólo para ganar tiempo.

Pero Rose Sellars insistió, con dulce tenacidad:

—Eso es muy generoso de tu parte. Pero ¿no crees, cariño, que he sido mezquina al pedirte que te quedaras aquí cuando siempre he sabido que tu deseo era casarte de inmediato y volver a trabajar? Soy prisionera de mi pasado... ahora me doy cuenta; me he convertido en esclava de todos esos años de conformismo, como tú siempre me reprochabas. Me ha costado mucho desprenderme de su sombra. Pero tú me has abierto los ojos... me has dado la libertad. ¡Qué horror haber deseado tanto la felicidad y tener miedo de atraparla cuando al fin se presenta! —lo abrazó entonces—. Ahora ya no tengo miedo, Martin. Tú me has enseñado a no tenerlo. De ahora en adelante me propongo pensar en ti antes que en nada; no en tía Julia. Quiero casarme contigo lo antes posible. No creo que los trámites en París sean muy largos, ¿verdad? Luego, en cuanto nos hayamos casado, tomaremos el barco para volver a casa.

Boyne la escuchaba sumido en una especie de estupor, mientras se decía para sus adentros: «No es que la quiera menos; no puede ser que la quiera menos. Es sólo que todo lo que ocurre entre nosotros parece ocurrir cuando no es el momento».

El silencio se prolongó, estirado y tenso por parte de ella, como un muro opaco, impenetrable, por parte de él. Del otro lado de aquel muro llegó su risa distante:

—¡Ya ves, cariño, que me estoy poniendo en tus manos por completo!

Era evidente que eso exigía una respuesta.

—Rose... —empezó a decir. Rara vez la llamaba por su nombre, pese a lo bonito que era; siempre la había sentido demasiado cerca para tener necesidad de un nombre. Ella lo miró, sorprendida.

Él empezó de nuevo.

—Verás, cariño, tal como están las cosas...

Un leve temblor sacudió el rostro de la señora Sellars.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes que, cuando te negaste a considerar la posibilidad de que nos casáramos en seguida, yo me comprometí a...

El temblor había cesado, y la expresión de Rose Sellars volvía a ser neutra e impenetrable. Boyne se sorprendió repitiendo al vacío:

—Me comprometí a...

Ella se había retirado en silencio para sentarse a cierta distancia de él.

—¿Te refieres a tu extraño experimento con los niños de los Wheeler?

—Es algo más que un experimento. Como bien sabes, cuando estuve con los padres en Venecia prometí hacerme responsable del bienestar de los niños mientras les permitieran estar conmigo.

—¡Mientras les permitieran estar contigo! ¿Quizá de por vida? —la señora Sellars se inclinó hacia delante, esbozando con esfuerzo una sonrisa valiente—. ¡Martin! ¿Te parece serio todo esto? ¡No es posible! ¡No puedes pedirme que comprenda que nuestros planes... nuestro futuro, el tuyo y el mío... dependen por un tiempo indefinido del capricho de dos o tres conocidos tuyos demasiado crueles y absortos en sí mismos para ocuparse de sus propios hijos!

Boyne se tomó un instante antes de decir:

—No teníamos planes... Quiero decir, planes inmediatos... cuando yo acepté la responsabilidad. Fue por tu propia elección...

—¡Por mi propia elección! Muy bien; pues mi elección en este momento es que hagamos planes inmediatamente —se puso en pie, temblando ligeramente. Estaba muy pálida, y las finas cejas trazaban una línea negra sobre su frente—: Martin... te pido que vengas conmigo a París inmediatamente.

—¿Inmediatamente? Pero si acabas de decir que dentro de una o dos semanas...

—Pues ahora digo inmediatamente: mañana.

Martin estaba apoyado contra la chimenea, tan lejos de ella como las reducidas dimensiones de la habitación lo permitían. Una oleada de resistencia se apoderó de él.

—Mañana no puede ser.

Era consciente de los enormes esfuerzos que ella hacía por controlar sus nervios a punto de estallar.

—Martin... no me gusta ser poco razonable...

—Nunca eres poco razonable —dijo él, pacientemente.

—¡Eso significa que me habría ido mejor si lo hubiera sido! —le replicó rápidamente, enrojeciéndose.

—No lo seas ahora —le suplicó él.

—No —la señora Sellars se detuvo—. Muy bien. En ese caso, ven a París dentro de unos días.

—Mira, querida... esto no tiene sentido. No tiene ningún sentido. No puedo ir dentro de unos días, igual que no puedo ir mañana. No puedo abandonar a esos niños hasta que su futuro se haya resuelto en uno u otro

sentido. He dicho que me ocuparía de ellos y eso pienso hacer. Si les diera la espalda ahora perderían su única oportunidad de seguir juntos.

Ella escuchó sus palabras con la cabeza baja y las manos rígidamente aferradas a las rodillas; y entonces perdió el control.

—Pero, Martin, ¿es que estás loco? ¿Acaso es asunto tuyo lo que sea de esos niños?

—No lo sé —se limitó a decir Boyne.

—¿Que no lo sabes... no lo sabes?

—No; lo único que sé es que ahora lo será. Me he comprometido. No puedo desentenderme.

—No puedes desentenderte porque no quieres. Te has comprometido porque quieres. Y quieres porque el señor Dobree tenía razón... porque...

—Rose, ten cuidado —interrumpió Boyne, en voz muy baja.

—¿Que tenga cuidado? ¿A estas alturas? ¿Con qué? ¿Con quién? Lo único que me importa es saber la verdad...

—Te estoy diciendo la verdad...

—Eso piensas. Pero la verdad es algo muy diferente... algo de lo que tal vez ni siquiera eres consciente... o no del todo...

—Creo que te estoy diciendo toda la verdad.

—¿Que cuando te pido que elijas entre mí y los niños, eliges a los niños... por filantropía?

—Yo no he hablado de filantropía. He dicho que no sabía...

—Pues si tú no lo sabes, yo sí lo sé. Estás enamorado de Judith Wheeler e intentas convencerte a ti mismo de que sigues enamorado de mí.

Boyne se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos, como si quisiera apartar la intolerable visión que ella le presentaba.

—Rose, no... por el amor de Dios... Deja de decir estupideces...

—Es mi obligación, cariño —se levantó y se acercó a él; Boyne sintió en un brazo las manos de ella—. Escucha, Martin, te quiero demasiado para no desear ayudarte. Intenta verlo de ese modo, por favor. Todo resultará mucho más fácil.

—Sí.

—Intenta comprender tus propios sentimientos... es la mejor manera de perdonar los míos. Sólo quiero saber la verdad; nada más. Intenta ver la

verdad y afróntala conmigo... es lo único que te pido.

Boyne dejó caer las manos y volvió hacia la señora Sellars unos ojos tristes, pero sólo sintió que estaban más lejos el uno del otro que la última vez que la había mirado; el resto era confusión y oscuridad.

—No sé cuál es la verdad, como tú la llamas; lo juro; pero sé que no es lo que piensas. Judith es para mí una niña igual que los demás... eso puedo jurarlo.

—Entonces, cariño...

—Entonces, debo quedarme con ellos igualmente —repitió, escurriendo el bulto.

Estuvieron un rato sin moverse, en silencio, los ojos atentos, como quien se esfuerza por captar un sonido lejano que señalará el final de un peligro acuciante. Luego, Boyne se volvió despacio hacia la señora Sellars. Posó la mirada en su perfil, tan delgado, pálido, sin vida que sintió una punzada de dolor. Muchas veces se había burlado de sí mismo, diciéndose que, pese a sus numerosas andanzas, nunca había vivido una aventura de verdad; y ahora caía en la cuenta de que él mismo había sido una aventura, la Gran Aventura de Rose Sellars, el riesgo y el hechizo de su vida. Mientras vivía los tediosos años de su matrimonio mostrándose intachable, ejemplar, paciente y heroicamente alegre, pensaba en Boyne y almacenaba para sí tesoros que algún día tendería la mano para alcanzar, sin importarle cuánto tuviera que esperar para ello. Su paciencia, él lo sabía, era infinita; tan larga como su pelo. Se había entrenado para esperar la felicidad día tras día, mes tras mes, año tras año, con el mismo aire de inquebrantable y viva vigilancia, como un animal cansado a la espera de su presa. Un día su presa, su felicidad, se presentaría, y ella la atraparía; y ese día no habría modo de escapar...

Era terrible, era espantoso imaginar el dolor de la señora Sellars como algo atroz y predatorio; y era aún más doloroso adentrarse con tal intensidad en los sentimientos de esa mujer mientras un adormecimiento general le impedía a él tomar conciencia de sus propios sentimientos. Había en su embotamiento un amplio margen de piedad y comprensión, mas Boyne sabía que no era transitando por esa región como llegaría hasta ella. Ella, que siempre había vivido una vida racional, jamás le perdonaría que él apelase a la razón en ese momento...

—Rose... —la llamó.

Se dio la vuelta y Boyne vio su rostro, sereno, compuesto, teñido por un brillo como el resplandor invernal de las estrellas. Dibujó una sonrisa con los labios:

—¿Cariño?

—Rose...

Ella le tomó de la mano levísimamente.

—¡Qué cantidad de tonterías hemos dicho, cariño! Naturalmente, no pretendo que abandones a los niños por mí... como tampoco tú pretendes abandonarme por ellos, ¿verdad? Creo que entiendo tus sentimientos; el cariño que sientes por esas pobres criaturas. ¡Sentiría escalofríos si no hubieras llegado a quererlos! Pero lo cierto es que hemos llegado los dos al límite, no sé cómo. ¿No te das cuenta de que es un error seguir dando vueltas a este asunto? Tengo la impresión de que podría encontrar la solución inmediata si no me empeñase tanto. Y estoy segura de que a ti te ocurre lo mismo —hizo una pausa, algo agitada, y en seguida reanudó su apasionado monólogo—. Propongo que nos despedamos hasta mañana y expongamos nuestros respectivos planes de acción cuando volvamos a vernos. Sin perder de vista que el problema puede resolverse por sí solo en cualquier momento.

Se había aferrado a la última esquirola de la roca de la Razón que aún emergía sobre la superficie anegada; y allí estaba agarrada, intrépida, invicta, pronunciando la palabra correcta, la palabra imparcial, con unos labios marchitos que imploraban un beso...

—Ay, cariño —murmuró Boyne.

—¿Mañana?

—Sí... mañana.

Antes de que Boyne pudiera abrazarla, ella se escabulló y, suave y hábilmente, le cerró la puerta. A solas en el umbral, Boyne se quedó con la sensación de que, con aquel gesto diestro, lo había encerrado con ella para siempre.

XXIII

Era cada vez más obvio para Boyne que sólo podía recuperar la antigua imagen de la señora Sellars cuando estaban separados. Empezaba a pensar que debía de ser por haberla amado tanto tiempo en la distancia, por haber establecido en cierto modo, en consonancia con su separación, una relación ideal que se veía permanentemente amenazada por el más leve error por parte de ella, por cualquier menudencia que ella pudiera entender mal, por el más leve fallo al no decir exactamente lo que él esperaba.

En un primer momento, la sorpresa de encontrarla, después de tanto tiempo, mucho más joven y viva de lo que la recordaba, el brillo de las caricias largamente imaginadas, la deliciosa armonía de su presencia, habían silenciado la disonancia interior. Y aunque la quería más que nunca, la libre comunicación parecía haber cesado entre ellos; Boyne sólo lograba recuperarla en el curso de aquellas conversaciones imaginarias en las que sólo él sostenía las dos partes del diálogo.

He aquí lo que sucedió cuando se alejó del dolor y el desconcierto causados por su última conversación real. Pasó dos horas pateando las alturas, triste, confundido, librando una batalla entre la sensación de que ella no era razonable y el aprieto en que él se encontraba; luego, poco a poco, fue perdiendo la serenidad siempre asociada a las sesiones de su diálogo silencioso e imaginario. ¿Cuándo le había fallado ella en esas conversaciones sin palabras, en lo que él consideraba las cuestiones fundamentales, cuestiones como la bondad, la amabilidad, la compasión humana en su más amplio significado? La postura de Boyne con respecto a los niños (¿acaso no lo había reconocido delante de ella?) era ajena a la razón, indefendible, cualquier cosa que ella quisiera llamarla; sí, pero también era humana, y eso terminaría por conmoverla. No tenía la menor duda de que, cuando volvieran a verse al día siguiente, ella ya habría dado con su pequeña solución y volvería a sonreír con él ante aquella perturbación innecesaria.

Lo que seguía preocupando a Boyne era aquella pasión, profunda y sumisa, tan distinta de su propia e incómoda reafirmación. Ahora sabía cuánto lo amaba ella... pero ¿sabía cuánto la amaba él? Suponiendo, por ejemplo, que esa misma noche, al llegar a su hotel, encontrara una nota en la que le dijera que, por el bien de ambos, había decidido romper su compromiso, ¿podía decir sinceramente que el cielo y la tierra se oscurecerían para él? Mortificado, herido, abatido... todo eso se sentiría; la tierna carne de su vanidad ya empezaba a encogerse, y bajo ella sentía Boyne la estocada del afecto herido. Pero eso era todo: ¡qué poco, a fin de cuentas!

Volvió tarde al hotel y pasó sin prestar atención por el anaquel donde se dejaban las cartas, que a esa hora era costumbre mirar por si había llegado correo. El portero lo llamó agitando una carta. El sobre llevaba matasellos de Nueva York, y en la esquina superior reconoció el nombre de la importante empresa de ingeniería a la que debía algunos de sus principales trabajos. Aún le escribían de cuando en cuando para hacerle alguna consulta; sin duda que esa carta, remitida por mediación de su banco de Londres, sería de la misma naturaleza. Se la guardó en el bolsillo con intención de leerla después de cenar, cosa que hizo a solas, en un rincón del modesto restaurante de su hotel, donde las mesas con su tosca vajilla y sus incómodas jarras de agua parecían los restos de una casa de huéspedes recientemente desmantelada, esas largas y

antiguas mesas donde se acomodaban los viajeros en los tiempos de sus padres. Junto al plato había una servilleta de tela basta, doblada en forma de rollo, y sobre la mesa un ramillete de cosmos de color rosa púrpura en un jarrón azul opaco: todo a su alrededor era feo e impersonal, pero no le importó no estar cenando en el ch let, con ese aire tan rústico y exquisito, su cuenco de flores silvestres pulcramente dispuestas, las lámparas de vela y la divertida comida. S ; y también se alegraba de no compartir el pudín de los niños en la Pensión Rosenglüh; de pronto tom  conciencia de la intensa e inesperada sensación de verse a solas por una vez, dueño y señor de sus actos, sin nadie que se pusiera en guardia frente a él; sin nadie a quien atormentar, nadie que lo hechizara, nadie que escuchara y respondiera. «Decididamente, soy un salvaje», se dijo, vaciando el plato de insípida sopa con un apetito que casi le avergonzó. La moraleja del asunto era, sin duda, que llevaba demasiado tiempo ocioso, que su mayor anhelo en ese preciso instante no era más descanso sino más trabajo, y que la idea de abandonar su vida de dura y penosa actividad por la seguridad de una oficina en Nueva York, tal como deseaba tan sólo meses antes, se le antojaba ahora intolerable.  Demasiado mayor para las fatigas y las dificultades de la vida del ingeniero?  Pero si la gracia de su trabajo, físicamente hablando, estaba en las fatigas y las dificultades físicas, del mismo modo que los delicados cálculos matemáticos le proporcionaban el estímulo intelectual! La combinación de ambas fuentes de interés, tan rara en otras profesiones, era lo que él al parecer necesitaba para mantenerse en forma, dominar su excitable imaginación, disciplinar sus nervios y levantarse cada mañana con una visión de la vida firme e imperturbable. Después de cenar, sentado en aquel deprimente salón, encendió la pipa y se sacó la carta del bolsillo al tiempo que pensaba: « Ojal  sea, Dios mío, una orden para partir a Tierra de Fuego!».

No era nada por el estilo, como es de suponer; se trataba de una simple consulta para localizar a un joven ingeniero que había sido su ayudante años antes y a quien la firma en cuestión había perdido el rastro. Confiaban en el aprecio de Boyne por la capacidad del joven, y creían tener un trabajo interesante para él si lograban localizarlo, bien que no exento de dificultades y responsabilidad. Boyne se metió la carta en el bolsillo, se recost  en la silla y pens : « Dios! Me gustaría tener su edad y estar empezando... en cualquier parte».

Pasó el resto de la noche dando vueltas a esta idea. Tal vez lograra hacer comprender a la señora Sellars que se había equivocado al suponer que ya estaba en edad de dedicarse a un trabajo sedentario. Ella sin duda entendería que, antes de casarse, por el bien de su espíritu y mientras aún le quedara un poco de juventud, debía permitirle partir rumbo a esas emocionantes expediciones en lugares remotos que parecían ser la única cura para...  para qué? Para la escalofriante mediocridad de la vejez, sin duda. Debía de ser ese

temor el que lo aquejaba. Sea como fuere, debía marcharse; era imperioso. En cuanto se hubiera decidido el destino de los niños y él y Rose se hubieran casado y establecido en Nueva York, él debía volver a ese mundo, glorioso y liberador para el alma, de vigas y contrafuertes, de tensiones, curvaturas y grados.

Ella había dicho que le presentaría su pequeño plan al día siguiente. Pues él también tendría uno listo para ella: uno grande y global. En primer lugar instalar a los niños (aún no veía cómo) bajo el ala protectora de la abuela Mervin; luego casarse; luego... ¡volar! Desarrollaba la máxima elocuencia en el curso de aquellos monólogos, pero nunca acababa de convencer a la señora Sellars, porque en su presencia eliminaba inconscientemente todo cuanto pudiera suscitar alguna objeción en ella... Se fue a la cama con una sensación de aire fresco en el alma, como si la sola visión de la huida ya lo hubiese liberado...

La señora Sellars no había dicho a qué hora lo esperaba al día siguiente, y Boyne decidió no pasar hasta la hora del almuerzo, como acostumbraba cuando no tenían ningún plan a la vista. Por la mañana solía llegarse hasta la Pensión Rosenglüh para ver cómo estaban los refugiados, pero esta vez optó por dejarlos solos y no apareció hasta un poco antes de salir hacia el ch let. Cuando llegaba a la casita de la señora Sellars una extraña e imperiosa sensación se apoderó de él. No, por favor, otra «escena» no; Rose era demasiado inteligente para eso. Lo que sentía no era más que un incómodo recelo, como si el nuevo aire que llenaba los pulmones de su alma se le estuviera escapando de nuevo poco a poco. Levantó la vista hacia el balcón y alzó una mano para saludarla, pero ella no estaba all . Abrió la puerta del vestíbulo y subió el breve tramo de escaleras. La salita estaba vacía; tenía un aspecto impoluto y ordenado, como una tumba. Not  al punto que el escritorio repleto de papeles estaba limpio y recogido, y que el olor de la comida no lo saludaba desde el comedor.

Se había marchado: de pronto tuvo la certeza de que se había marchado. Pero  por qué? Pero  cu ndo? Sobre todo,  por qué sin decir palabra? Era impropio de ella actuar bruscamente y sin dar explicaciones, y la vaga sensación de recelo volvió a apoderarse de Boyne.

Se sentó en el sillón que siempre elegía, como si ese acto familiar bastara para evocar la presencia de ella, convocarla al asiento de enfrente, si no en carne, al menos en espíritu. Pero la estancia siguió desconcertantemente vacía, incluso en lo espiritual. Vio que realmente se había marchado y se había llevado consigo el alma; y el descubrimiento le produjo un vacío extraño e inesperado en él. «Esto es... absurdo», se sorprendió exclamando.

—¡Rose! —llamó; no hubo respuesta. Se puso en pie y recorrió el espacio

con la mirada, desde la mesa hasta la chimenea. Sobre la repisa vio una carta. La cogió y la abrió violentamente; y de pronto el razonable tono de Rose Sellars resonó en la pequeña habitación.

Querido mío:

Ayer, después de que te marcharas, recibí un radiotelegrama de tía Julia, en el que me pedía que llegase a París lo antes posible, y decidí ir a Padua esta mañana para tomar el Orient Express. Si me he marchado así, sin verte o avisarte de que me voy, es porque, pensándolo mejor, me ha parecido que mi pequeño plan (ya sabes que te lo prometí) necesitaba un par de días de reflexión pausada; por eso, en lugar de contártelo apresuradamente esta mañana, te lo transmitiré por escrito desde París.

Además (lo confieso) quiero mantener intacta la imagen de los días felices que hemos pasado aquí, en lugar de estropeada y manchada por nuevas discusiones, incluso las más cordiales. Sé que lo entenderás. El tiempo que hemos pasado juntos ha sido tan pleno, tan exquisito, que quiero llevar conmigo esa perfección... te escribiré dentro de unos días. Hasta entonces, piensa en mí, si puedes, como yo pienso en ti. Ningún corazón podría pedirle más a otro.

ROSE

Volvió a sentarse y releyó la carta dos o tres veces. Era dulce y razonable, pero también desesperadamente triste. Sí; ella había comprendido que era preferible para ambos separarse por algún tiempo. Y ésa era su manera de decírselo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se preguntó cómo podía haber pensado, la noche anterior, que la súbita partida de Rose sería un alivio...

Pero luego se imaginó cómo habría sido el día si la hubiera encontrado allí y ahora estuvieran sentados a la mesa, «estropeando y manchando» su felicidad, según lo había expresado ella, con más discusiones, con discusiones inútiles. ¡Qué inteligente de su parte marcharse... qué compasivo! Sí; pensaría en ella como ella pensaba en él; ahora sería capaz de hacerlo, sin el menor impedimento de reserva. La bendecía de todo corazón por concederle ese respiro.

Cogió una ajada rosa de montaña de uno de los jarrones que había sobre la chimenea y la guardó en su agenda, junto con la carta, antes de bajar al pueblo para enviarle un telegrama. Redactó el texto durante el camino, con cariño, con pausa. Caminaba deprisa bajo el aire enérgico y, una vez se encontró al pie de la colina, una punzada de hambre le recordó que no había almorzado. La Pensión Rosenglüh quedaba de camino, y Boyne sabía que, aunque los niños ya hubieran comido, la señorita Scope convencería al cocinero para que le preparase una tortilla en un santiamén...

Sintió al instante una suerte de emoción infantil ante la idea de sorprender a los niños; encontró la puerta principal abierta, cruzó el vestíbulo y entró en el comedor privado que se había asignado al grupo desde que llegaron huéspedes adultos menos comprensivos que él con lo que Judith llamaba el «rugido» de los niños en la mesa.

Su aparición fue saludada con un estruendo de voces que a buen seguro hizo temblar la vajilla en la Speise-saal de los mayores, al otro lado del vestíbulo.

—¿Han dejado alguna morsa para mí los animales salvajes? —preguntó, acomodándose alegremente entre Judith y Blanca.

XXIV

Los ratos de comunión ininterrumpida con los niños proporcionaban siempre a Boyne la misma sensación de liberación. Era como abandonar una postura corporal incómoda para recuperar la natural. Aquella sensación de ser él mismo, de sentirse sencilla y plenamente a gusto, que la compañía de los niños le había proporcionado durante la travesía por el Mediterráneo, pero de la que sólo a ratos había podido disfrutar desde que llegó a Cortina, volvió a instalarse en él en cuanto se hubo sentado a la mesa entre Judith y Blanca. No la achacó al hecho de que Rose Sellars se hubiera marchado, sino que prefirió pensar que su ausencia le dejaba libertad para disponer de su tiempo como gustara. Y en ese mismo instante decidió recuperar su actitud medio paternal con el grupo y dedicarle hasta el último minuto de su tiempo.

Estar de nuevo con ellos era como volver a casa tras un largo y fatigoso viaje sin noticias de sus allegados. Muchas cosas podían haber sucedido entretanto, y no podía perder un solo instante: tenía que ponerse al día. Ciertamente habían sucedido muchas cosas. Esa misma noche la señorita Scope le ofreció un esbozo general de la situación: la salud de Terry seguía mejorando; el joven preceptor suizo que Boyne había encontrado en Botzen era amable y concienzudo y se llevaba bien con Terry; Bun se mostraba desesperantemente ingobernable («Lo que no es nada nuevo», comentó la señorita Scope); Blanca, Zinnie y Beechy, aunque a veces cargantes, se comportaban en general mejor de lo previsto, habida cuenta de lo largas que estaban siendo las vacaciones; y Chipstone conservaba su serenidad a pesar de que estaba echando un diente, y había ganado casi medio kilo o más.

Boyne la escuchaba absorto, como si todos y cada uno de los implicados mereciera el máximo interés y la máxima consideración. Tuvo una larga

conversación con el preceptor en la que abordó a fondo la cuestión de los estudios de Terry, propuso algunos cambios y animó y aconsejó al joven. Para llevar a Bun, ya fuera con sutilezas o coerciones, por la senda del juicio hacía falta una mano más dura; y mientras Bun campara por sus respetos, poco podía hacerse con las niñas. Incluso Blanca, que se sentía superior en edad y conocimientos, encontraba tolerable la compañía de los más pequeños e irresistible su mal ejemplo, a falta de algo mejor que hacer. Sin embargo, y a pesar de esos inconvenientes, era una suerte que el aire puro que tanto bien solía hacer a los niños hubiera transformado a un Terry casi inválido en un muchacho alegre y activo, que se reía de la fiebre y exigía segundas mediciones. Por el momento, desde el Lido se habían abstenido de interferir. Así las cosas, y a medida que pasaban las semanas, Boyne tenía en conjunto más razones para sentirse satisfecho de lo que había logrado. Proporcionar a los niños un par de meses de seguridad, con la creciente esperanza de mantenerlos a todos unidos bajo el techo de la abuela Mervin, sin duda había valido la pena. La noche siguiente a la partida de la señora Sellars escribió una larga carta a la abuela Mervin.

De nuevo a solas con los niños, Boyne sentía que aquel confuso sentimiento por Judith daba paso al afecto sincero y fraternal que experimentó durante la travesía. Tal vez fuera porque ella se mostraba más sencilla y natural ahora que no estaban los adultos para ponerla a la defensiva, y volvía a parecer la niña llena de vida que desde el primer momento lo había cautivado. O quizás él pensara así por la mera satisfacción de encontrarse de nuevo con su prole, lejos de la observación y las críticas de los adultos. Boyne y los niños se entendían; sospechaba que, aun cuando la difícil situación de los pequeños no hubiera despertado en él la piedad, habría confraternizado igualmente con ellos, por su propio carácter inquieto e impulsivo. «El hecho es... que ninguno de nosotros somos adultos», reflexionó, felicitándose al verse del lado de los niños en la eterna barrera.

Sus conversaciones con Judith se centraron, como de costumbre, en el futuro de los niños. A veces intentaba que la muchacha expresara sus preferencias personales, pero ella no era capaz de desprenderse de los demás, ni siquiera con la imaginación. Tenía fabulosos sueños y ambiciones para ellos. ¡Eso si les permitían seguir juntos hasta que fuesen mayores! Albergaba la pintoresca idea de vivir todos juntos en una casa de campo (puede que su padre le comprara una cuando tuviera cierta edad); una casa llena de mascotas y de pájaros donde llevarían una vida regida por una deliciosa combinación de diversión infantil y objetivos adultos. Tenía definitivamente pensada una carrera para cada uno de los hermanos. Blanca, por supuesto, sería «adorable»: ser adorable era para Judith una vocación. Terry sería un gran intelectual, guía y consejero de los demás; Judith sentía un profundo respeto por la sabiduría y la autoridad que los libros permitían adquirir. Bun estaba claramente destinado

a conducir coches de carreras y participar en campeonatos y juegos de atletismo; Beechy se casaría y tendría montones de hijos, pero nunca dejaría de ocuparse de Bun; y Zinnie... bueno no cabía duda de que Zinnie estaba predestinada a ser «lista», un destino de dudoso alcance. Pero Judith confiaba en que no llegara a tener la incisiva astucia de la pequeña Pixie Lullmer, que parecía de lo más simple e infantil, cuando en realidad era un pozo de conocimientos, perfectamente versada en los secretos de la vida de hotel; una niña asquerosa, concluyó Judith, mientras que su pobre hermanastra, Doll Westway, odiaba tanto esa vida que decidió tomar el camino más corto y por eso se pegó un tiro...

¡Ah... y Chipstone! Con Chipstone no había prisa. Era tan grandullón y tan tranquilo, estaba tan seguro de conseguir lo que quería, que Judith lo imaginaba tal vez como banquero y propietario de un enorme yate en el que los llevaría a todos en maravillosos cruceros. Y desde luego que Nanny y Susan se quedarían siempre con ellos, para cuidar de los niños de Beechy...

Boyne había decidido escribir a la abuela Mervin sin decírselo a Judith. Se proponía consultarle, incluso había intentado hablar con ella, cuando la brusca partida de la señora Sellars alteró momentáneamente sus planes; y cuando pensó de nuevo en ello, Judith volvía a aparecérselo como la risueña criatura de su primer encuentro, por lo que Boyne tuvo el supersticioso temor de que si hacía algo podía alterar la armonía de su relación. A fin de cuentas, Judith era tan capaz como él de abogar por la causa de los niños ante la abuela; y si su alegato fallaba, no había necesidad de que ella llegara a saberlo. Se sorprendió dando vueltas en la cabeza, de un modo bastante elaborado, al infantilismo que atribuía a Judith cuando hablaba de ella con otras personas; y temía que cualquier cosa pudiera romper esa ilusión necesaria. En su carta a la abuela Mervin intentó combinar el máximo de concisión con la elocuencia, y concluyó recordándole que los distintos padres podían intervenir en cualquier momento, suplicándole además que enviase un telegrama de inmediato caso de que, así lo esperaba sinceramente, diese su aprobación al plan. El envío de la carta fue como la entrega de una redacción escolar; una vez terminada tuvo la sensación de iniciar unas nuevas vacaciones con los niños. «Dos o tres semanas de tregua, en cualquier caso; y luego —pensó— ¿quién sabe? A lo mejor puedo llevármelos a todos a Nueva York.» Por increíble que fuera, se aferró a la esperanza con una fe tan infantil como la de Judith.

La señora Sellars había prometido escribir en el plazo de unos días. En lugar de eso, envió un telegrama para anunciar su llegada a París y, poco después, otro para informar sobre tía Julia. Añadía en ambos mensajes unas palabras de cariño, pero pasaron más de diez días antes de que a los telegramas los siguiera una carta.

Boyne la encontró una noche, al regresar de una larga excursión con los

niños. Hacía ya un par de días que había dejado de especular sobre el silencio de la señora Sellars y, poco a poco, había tomado conciencia de su huida, por lo que casi se sorprendió, al ver su caligrafía, de que una carta de París hubiese llegado tan deprisa a Cortina. Esperó a leerla hasta que hubo cenado, con el secreto deseo de conservar en sus labios el sabor del momento presente. Luego, consciente de que no podía posponer la tarea por más tiempo, se retiró al melancólico salón y se instaló en el mismo sillón deslizante en el que se había sentado a leer la carta de los ingenieros que querían conocer el paradero del joven a quien deseaban ofrecer un trabajo. «Será para decir que vuelve», murmuró para sí, mientras abría el lacre. Pero la señora Sellars no decía eso.

Era una de sus mejores cartas: tierna, alegre y divertida. La descripción de la llegada de tía Julia era una pequeña obra maestra. La autora se empleaba a fondo en describir las artes a las que había tenido que recurrir —y seguía recurriendo— para persuadir a la tirana de la familia de que él, Boyne, era razón más que justificada para desear un matrimonio inmediato y, con una modesta nota de victoria, añadía que el éxito ya estaba a la vista. «Pero, incluso si no fuera así —continuaba la carta—, no debo permitir que eso altere mis planes (nuestros planes) y estoy dispuesta a que me raptés en las narices de tía Julia (por formidable que parezca) si se niega a dar su consentimiento. Pero no será así; y lo que importa es lo que vamos a hacer y no lo que ella pueda pensar al respecto.»

Llegado ese punto, Boyne dejó la carta, sacó un cigarro, lo cortó y lo dejó sobre la mesa sin acordarse de encenderlo. Reanudó la lectura.

«Pero aún es más importante que lleguemos a un acuerdo claro sobre nuestro futuro, ¿verdad, cariño? Tengo la sensación de que el otro día hice imposible cualquier entendimiento entre nosotros al mostrarme poco razonable, impaciente y en apariencia incapaz de comprender tu punto de vista. Pero lo veía, incluso entonces; y hoy lo veo mucho más claro tras estudiar la cuestión con la distancia necesaria para enfocarla como es debido. Por supuesto, los dos sabemos que, sea cual sea nuestra decisión, alguno de los numerosos papás y mamás de tus pequeños amigos pueden alterarla en cualquier momento, pero mientras tanto tengo un plan que proponerte. Lo que tú quieres (¿no es así?) es que esos pobres niños estén alejados el máximo tiempo posible de esos cambios continuos que tan desestabilizadores y deprimentes resultan. Comprendo tu idea; y me parece que no hay nadie más expuesto a ese riesgo que los niños a los que debemos ayudar. A juzgar por lo que tú mismo has dicho, el señor Wheeler nunca estará dispuesto a pasar demasiado tiempo sin Chipstone; Zinnie y la divertida pareja del príncipe Buondelmonte serán inevitablemente reclamados por sus respectivos padres ahora que son ricos y llevan una vida doméstica. En cuanto a la encantadora Judith, aunque tú te empeñas en negarlo, dentro de un par de años se habrá

casado; y entre tanto, si los Wheeler se divorcian, lo más probable es que decida quedarse con su madre, como ya hizo anteriormente. Lo cierto es que los gemelos me parecen las principales víctimas. Tienen edad suficiente para entender lo que ocurre, pero no para vivir por su cuenta y, sobre todo, están en un momento en que la desintegración hace más daño que nunca. Tú me has dicho a menudo que la salud del pobre Terry ha sido un obstáculo entre él y su padre (¡qué triste que sea así!), y que Chip lo ha desbancado. Terry necesita cuidados y simpatía más que ninguno de ellos, y seguro que coincidirás conmigo en que es impensable separar a la pequeña Blanca del hermano al que adora. Lo que te propongo es que les pidas a los Wheeler que nos concedan la custodia de los gemelos —en la calidad que tú prefieras, bien como amigos, bien como tutores legales— hasta que alcancen la mayoría de edad. Gustosamente compartiré su cuidado y creo que entre los dos seremos capaces de convertirlos en miembros útiles de la sociedad. Si estás de acuerdo, yo estoy dispuesta a...»

Boyne dejó de leer, dobló la carta y se la metió en el bolsillo. Lo invadió una oleada de decepción y disgusto. «¡La pequeña Blanca!», murmuró, enfurecido. «¡Miembros útiles de la sociedad!» El hecho de que la señora Sellars propusiera tan tranquilamente separar a los niños ya era de por sí malo; pero que, además, pretendiera endilgarle a la única por la que no podía sentir afecto y apenas interés... que a la mujer con quien iba a casarse Blanca le pareciera la más digna de compasión de las cuatro niñas que habían sido confiadas a su merced era un rasgo significativamente odioso del carácter de la señora Sellars, que él se había negado a ver desde el día del reencuentro. «La elige a ella porque sabe que nunca tendrá que estar celosa», se dijo en lo más íntimo.

Bueno, y suponiendo que así fuera... ¡qué femenino y humano resultaba a fin de cuentas! Amando a Boyne como lo amaba, ¿no era natural que prefiriera tener bajo su techo a los dos niños con menos posibilidades de interponerse entre ellos, de interferir de algún modo en su felicidad? Sí... pero ¿eso era amarlos de verdad? Si de verdad lo amara, ¿no comprendería los sentimientos de él por los niños y la crueldad que suponía separarlos? Se detuvo un momento e intentó imaginar conscientemente qué le llevaría a hacer su amor por ella en un caso similar. ¿Sería él capaz, por ejemplo, de vivir con tía Julia en calidad de sobrino político dependiente económicamente? ¡Un millón de veces no! ¿A qué plantearse absurdos acertijos? Nadie podía comparar ambos casos. Rose Sellars se limitaría a pedirle que le concediera un capricho, mientras que él pedía algo vital, inevitable. Ella sabía que sólo en su mano, y en la de nadie más, estaba salvar a los niños; sabía que, poco a poco, él había puesto todo su corazón en el empeño. Aunque fría y deliberadamente, con ese modo infernal que ella tenía de descartar lo que no le convenía admitir, había fingido compartir su propósito, su propuesta en realidad lo ignoraba. ¡Enviar a

los pequeños con sus padres... con padres como Zinnia Lacrosse y Buondelmonte! ¡Devolver a Judith a su madre, a una madre a punto de casarse con Gerald Ormerod, que, a decir de Judith, la prefería a ella! Boyne rechazó la idea como se rechaza la visión de una crueldad física que no pudiera prevenir. Se levantó, tiró el cigarro y, presa de la indignación, se internó en la noche sin ponerse el sombrero.

El aire era templado y las nubes formaban túneles que ofrecían cambiantes vistas de un azul remoto y salpicado de estrellas. Boyne recorrió a tientas la oscura senda del bosque que partía del hotel hacia los campos en los que había estado con Judith a su regreso del Lido. Fue ese día —lo recordó en ese momento— cuando empezaron los celos de la señora Sellars; Boyne había visto cómo cruzaron un instante por su rostro cuando, a la mañana siguiente, a Judith se le escapó una alusión al paseo. Recordó también que él había hecho creer a la señora Sellars que había estado paseando solo «para sacarse el Lido de los pulmones»; muy probablemente la mentira había despertado sus sospechas. ¿Por qué razón había ocultado que había estado con Judith, si Judith no era más que una niña para él, como decía siempre? ¿Por qué? Era como si, al ocultar un hecho tan significativo, hubiera querido inconscientemente protegerse de unos celos largamente sospechados; como si siempre hubiera adivinado que bajo la razonable y serena apariencia de la señora Sellars acechaban los sentimientos más irracionales y apasionados. De ser así, eso la hacía más interesante, pero también más difícil de tratar, pues los celos sólo despiertan la simpatía cuando los tiene alguien que también los inspira. Compartir era una de las claves del amor; no compartir hacía el amor imposible. Pero Boyne, en su fatua seguridad, no se imaginaba capaz de sentir celos de la señora Sellars. «Aunque como es natural, supongo que me habría sentado fatal...» Sin embargo, su comprensión del problema no pasaba del plano intelectual.

Caminaba bajo la noche estival repleto de pensamientos atormentados y, mientras subía entre los pinos, se acordó de esa otra noche, apenas semanas antes, en la que había experimentado en ese mismo camino la sensación de tener alas en los pies y de que el aire era elixir sólo porque el hombro de una niña frotaba el suyo y oía su risa espontánea.

Tan tarde era cuando volvió al hotel que el portero, al que sacó del sueño, lo miró con desconcierto y mal humor.

—Ha estado aquí una dama... Dejó un paquete para usted.

—¿Una dama? ¿Dónde está el paquete?

—En su habitación. Tuve que ayudarlo a subirlo. No era fácil hacer el giro de las escaleras. También ha dejado una carta.

¿No era fácil hacer el giro de las escaleras? ¿Qué demonios podía contener el paquete y quién era la dama? Sin más preguntas, Boyne subió corriendo a su habitación. Rose había regresado: no cabía duda de ello. Hábilmente, había decidido reforzar su carta con la persuasión de su presencia. Se aturulló al pensarlo, se inquietó, como si se presentara demasiado pronto, sin darle tiempo a ordenar sus ideas antes de recibirla.

¿Y qué era lo que podía haber traído que tanto costaba subir por las escaleras del hotel? Fuera lo que fuese, por más que lo intentaba, no lograba imaginarla forcejeando con el paquete para subirlo hasta su habitación, ni siquiera con ayuda del portero. ¡Si ni siquiera había estado en esa habitación que tan familiar les era a Judith y a los otros niños! Era muy poco propio de Rose... y, sin embargo, tenía que ser ella...

Abrió la puerta bruscamente y vio un gran bulto en el suelo, un objeto de forma extraña e incierta, mal envuelto con papel de periódico roto y atado con una cuerda. El envoltorio cedió de un tirón y de él surgió, en toda su gracia petrificada, una vieja cuna de castaño con primitivas tallas ornamentales. ¡Una cuna! Se desplomó en una silla y la miró con incredulidad, como si se tratara de una alucinación. Al cabo de un rato recordó que el portero había mencionado una carta y dirigió la mirada hacia la cómoda. Allí, sobre el acerico, había un sobre escrito con caligrafía pulcra y familiar: la letra de Terry Wheeler, que hacía las veces de escribano para los demás cuando sus cartas iban a verse sometidas al escrutinio de los adultos. Boyne abrió el sobre y leyó:

Queridísimo Martin:

Todos te enviamos esta preciosa cuna como regalo de bodas, pues suponemos que te casarás muy pronto y pensamos que la señora Sellars se ha marchado a París a encargarse del ajuar. Y como has sido como un padre para nosotros confiamos y rezamos para que pronto seas padre de verdad de un montón de preciosos hijitos propios, que dormirán en esta cuna para que te acuerdes siempre de

Éstos que te quieren: Judith, Terry, Blanca...

Bajo la última de las rudimentarias firmas, Chipstone había puesto su marca; y, más abajo, Judith había garabateado una postdata: «Querido, abre esto de escondidas de Terry para decirte que él dijo que no debíamos decir que la cuna era preciosa, pero es preciosa y queríamos que lo supieras. Judith».

En el silencio de la noche, Boyne se sentó y se echó a reír hasta que una solterona histérica golpeó en la pared desde el cuarto de al lado y soltó su veneno:

—Los oigo perfectamente a los dos.

LIBRO CUARTO

XXV

Se equivocó Boyne al suponer que la señora Sellars podía regresar sin previo aviso para comprobar el efecto de su carta. No fue así, y al cabo de dos días, Martin decidió que no podía demorar por más tiempo su respuesta.

Pero ¿qué podía decir?

Haber pasado todo el tiempo con los niños durante días, compartiendo sus comidas, sus juegos y sus peleas hizo que los pensamientos de Boyne se apartaran progresivamente de la señora Sellars, quien de nuevo quedó reducida a la categoría de agradable sombra, como lo había sido por espacio de tantos años, con la salvedad de que esta vez era irrevocablemente sombra, mientras que en el pasado él había creído en la posibilidad de que se tornara sustancia. Boyne abordó al fin la tarea, con el resultado de que su irritación, su impaciencia, materializaron una vez más a la señora Sellars, como si fuera su destino el de volverse real sólo cuando se enfadaba o se oponía a él. Se preguntó si ése sería otro de los peculiares síntomas del amor. «Supongo que cuando las personas se acercan tanto, la proximidad les impide verse», reflexionó. Y escribió: «En cuanto a tu propuesta sobre los niños, por favor créeme que no pretendo ser testarudo, pero, a menos que esté un poco chalado, lo que propones equivale a pedirme que los arroje al infierno del que temporalmente he logrado rescatarlos. Ese infierno es para ellos la separación; y tú me pides que los separe, cuando mantenerlos unidos es lo único por lo que ellos y yo estamos luchando. No haré ningún comentario sobre el plan de entregar a los más pequeños a lady Wrench y a Buondelmonte; las mujeres como tú son lo que son al precio de no poder imaginarse a gente como ellos. Pero yo los conozco y nunca, mientras pueda impedirlo, me prestaré a poner en manos de semejantes individuos a estos niños que han depositado en mí su confianza. Y cuando sugieres que a Judith —gracias a quien los pequeños han desarrollado cierto sentido de la solidaridad y de la confianza mutua en un mundo que es precisamente la negación de tales sentimientos— se le pida que presencie cómo todo su esfuerzo se viene abajo y cómo se pisotean los sentimientos que ha cultivado en los demás...». Dejó de escribir, soltó la pluma y contempló desesperado lo que había escrito. «Al diablo... esto no sirve de nada», se lamentó.

Lo cierto era que, aun en sus momentos de mayor rebeldía, no lograba engañarse con la idea de que estaba resentido con la señora Sellars. En realidad sucedía lo contrario. Cuando fue a Venecia para negociar con los Wheeler el futuro de la familia amotinada, lo hizo como un hombre prometido en matrimonio. Al encargarse de la extraña tutela de los niños también la estaba comprometiendo a ella, en una promesa hecha sin consultársela antes. Se limitó a dar por sentado que si ella lo amaba daría su beneplácito a cualquier cosa que él hiciera, aceptaría cualquier situación en la que él decidiera ponerla. Se había conducido, en suma, como un chiquillo romántico prometido a una soñadora de su misma edad. Todo eso era cierto, como también lo era que la señora Sellars jamás se lo había reprochado. Su magnanimidad privaba a la argumentación de Boyne de toda su fuerza y entumecía su airada pluma. Apartó la carta, cogió otra cuartilla y garabateó: «Lo siento en el alma, pero no puedo deshacer lo hecho. Intenta comprenderme, cariño».

Sí; un telegrama era mejor: al menos más fácil de escribir...

Rompió la carta, se caló el sombrero y bajó hasta la oficina de correos con su mensaje.

La respuesta llegó en tan sólo veinticuatro horas, y se limitaba a decir: «Te comprendo. Recibirás carta». Bueno, hasta ahí la cosa no estaba mal, pero al cabo de dos días en lugar de una carta llegó un pequeño paquete que el cartero le entregó personalmente. Mientras firmaba el recibo, nada más ver el envío, Boyne adivinó de inmediato lo que contenía. Subió a su habitación, algo confuso por lo inesperado del suceso, y rompió con furia lacre y cuerda, sacando a la luz la cajita marroquí que esperaba encontrar. Se quedó unos minutos mirando el estuche, con tan escasa conciencia de sus sentimientos como un hombre que acaba de recibir una puñalada o un disparo. «De modo que se trata de eso», dijo en voz alta; si bien no tenía noción alguna de lo que «eso» podría significar. Era una herida, desde luego... pero ¿era mortal? No lo sabía. De pronto, maldiciendo el aprieto en que se encontraba, abrió el estuche y vio en torno al anillo de zafiro una tira de papel retorcida que decía lo siguiente: «Siempre te recordaré; jamás te guardaré rencor, y por eso quiero que le ofrezcas este anillo a la mujer que pueda hacerte tan feliz como tú me has hecho a mí». Apartó la caja y el papel de un manotazo y hundió la cara entre las manos. Pensó que a fin de cuentas la había amado: al menos había amado la imagen que su larga separación había creado de ella...

Lo despertó un golpe en la puerta y, al levantar la vista con ojos aturridos, vio a Judith Wheeler dubitativamente apostada en el umbral.

—¿Estabas dormido, Martin... o tenías uno de esos terribles dolores de cabeza? —entró y cerró la puerta sin esperar su respuesta—. ¿Te he

molestado? —preguntó, acariciándole suavemente el pelo con su mano fría.

—Sí... no —Boyne se preguntó si los perspicaces ojos de Judith habrían detectado ya el estuche abierto del anillo y el papel firmado con el nombre de Rose, pero intentar ocultarlo sólo serviría para llamar aún más su atención. Apretó la mano de Judith—. Sí... creo que tengo un terrible dolor de cabeza.

—En ese caso, ¿prefieres que me vaya? —dijo ella a regañadientes. Estaba inclinada sobre él, con la misma mirada que ponía cuando uno de sus hermanos se caía y se hacía una herida en la rodilla, y Boyne no pudo evitar sonreír al ver sus ojos ansiosos.

—Eso depende de para qué hayas venido. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal en Rosenglüh?

—No especialmente. Es sólo que llevamos dos días sin verte.

—¿Sí? —la batalla que se libraba en su cabeza desde que recibió el paquete de la señora Sellars le había hecho perder por completo la noción del tiempo—. Esto no puede seguir así —exclamó—. No me había dado cuenta de que os había desatendido de un modo tan vergonzoso. Lo cierto es que he estado muy ocupado con un molesto asunto que necesitaba sacarme de dentro. Siéntate y fúmate un cigarrillo —tanteó sobre la mesa en busca de la cajetilla y se la acercó a Judith, que se había sentado cómodamente en el único sillón.

—¡Es maravilloso estar aquí a solas contigo!

—Bueno, no creo que mi compañía resulte especialmente grata en este momento —respondió él, tomando conciencia al punto de las orejas de su amargada vecina, la solterona, y preguntándose si no sería mejor proponer a Judith que continuaran la visita en el jardín.

—Seguro que sí, si me permites que te diga algo —declaró, con todo su candor; y Boyne tuvo que reír, muy a su pesar.

—Nunca te he impedido que digas lo que sea cuando lo has necesitado —observó, encendiendo un cigarrillo; Judith hundió sus delgados omóplatos en el respaldo del sillón, cruzó las piernas y suspiró alegremente:

—Nadie se atrevería a decir eso.

—Bueno, dime... ¿qué noticias me traes?

—Una carta de mamá, esta mañana.

La risa murió en los labios de Boyne. La esperada amenaza había llegado. Sabía que Joyce no escribía jamás, a menos que tuviera noticias de la máxima importancia y generalmente desagradables.

—¿Qué cuenta? —preguntó con temor.

—No mucho. No acabo de entenderlo. Sólo dice que ha dejado a Gerald y que por primera vez se ha dado cuenta de lo asquerosa y absurda que es su vida, y nos pide a todos que la perdonemos.

—¿De verdad? ¿Entonces...?

—Bueno, eso no es nuevo. Mamá siempre se da cuenta de lo asquerosa que es su vida cuando está a punto de hacer un cambio.

—¿Un cambio? ¿Qué clase de cambio?

—Comprometerse con alguien distinto, normalmente.

—¡Vamos, cielo! ¿Por qué esta vez no puede significar lo que yo siempre he esperado: que tu padre y tu madre comprendan que no pueden seguir sin vosotros, sin todos vosotros, y van a hacer las paces por el bien de todos?

Judith lo observó con aire divertido a través del humo del cigarrillo.

—¿Como en las películas románticas?

—¡Qué escéptica eres! ¿Por qué no? Tu madre es demasiado inteligente para no hartarse de todo eso algún día...

—Eso dice. Dice que ha conocido a alguien que le ha abierto los ojos y le ha hecho ver lo equivocada que está... y eso siempre significa que va a prometerse de nuevo.

Boyne guardó silencio, y Judith añadió:

—En todo caso, se marcha corriendo a París para iniciar los trámites del divorcio, porque dice que es una mezquindad seguir viviendo por más tiempo con un hombre como papá.

A Boyne se le quitó un peso del alma. Si la señora Wheeler se marchaba a París sin proponer que los niños la acompañaran, al menos les daba cierto plazo y, aunque no sabía por cuánto tiempo, al menos le proporcionaba una excusa para retrasar la acción. Más no se atrevía a esperar. Pero al mirar a los ojos de Judith le sorprendió su inalterada serenidad.

—¿No tenéis miedo?

—¿Contigo aquí? ¿Cómo íbamos a tenerlo? —respondió al instante.

Boyne sintió que el peso de su responsabilidad se duplicaba. Haber corrido ese riesgo por los niños era de por sí una locura, pero descubrir que al hacerlo se había convertido para ellos en un dios, en una especie de santuario humano, transformaba su temor en abatimiento.

—Verás, pequeña. Hemos sido muy afortunados de llegar hasta aquí, pero no debemos olvidar que este acuerdo se hará pedazos algún día. ¿Cómo voy a

evitarlo?

Ella lo miró radiante y llena de confianza.

—¿No lo has conseguido hasta ahora? Y si vuelven a pelearse, ¿no podemos escaparnos contigo a Estados Unidos? —hizo una pausa antes de continuar, con una sombra de vacilación que resultaba nueva en ella—. Supongo que te casarás muy pronto, ¿verdad, Martin? Cuando recibí la carta de mamá esta mañana, Terry y yo nos preguntamos si... en caso de que la abuela Mervin no se atreviera a acogernos podríamos vivir con vosotros en Nueva York, pagando nuestros gastos, claro... Papá y mamá no podrán oponerse a eso, y yo sé que a la señora Sellars y a ti os gustan mucho Chip y los hermanastros; los mayores no daremos ningún problema. Scopy y yo hemos ahorrado tanto de la asignación de papá que estoy segura de que podrías pagar una casa muy grande, y por la mañana todos tendríamos mucho cuidado de no ocupar el cuarto de baño un minuto más de lo que nos corresponde.

La rapidez con que Judith pasaba de la sagacidad amarga a la simpleza infantil resultaba siempre desconcertante. En cuestión de modos y maneras, la muchacha desencantada para quien la vida no parecía encerrar sorpresas volvía a convertirse en la niña indefensa al cuidado de niñeras e institutrices. En esos momentos, pensó Boyne, era como una joven Dafne medio asomada a la realidad, medio atrapada entre el follaje del bosque de las hadas.

—Mi querida niña...

Judith respondía puntualmente a cualquier cambio de entonación de Boyne, y mientras éste hablaba, vio que una sombra velaba sus ojos antes de alcanzar sus labios. Esforzándose por no perder la sonrisa, le interrumpió:

—Ya he vuelto a decir otra estupidez.

—Sólo has dicho algo inesperado... nada más. Dame un poco de tiempo...

Se levantó de un salto y se acercó hacia él movida por uno de sus impulsos.

—¡Martin! Cuando la gente pide tiempo, siempre es para decir que no. La palabra «sí» tiene las mismas letras, pero decirla no cuesta ni la mitad. Y ahora me odiarás por pedirte algo que a ti te llevará tiempo responder.

—Nada de eso. Necesito tiempo porque tengo varias preguntas. Y la primera es: ¿cómo sabes que la abuela Mervin no os acogerá?

Judith sacudió la cabeza.

—Porque le envié una carta hace un mes y se está tomando la respuesta con mucha calma. Además, sinceramente, siempre he sabido que, aunque la

abuela Mervin nos acogiera, se desharía de nosotros en cuanto papá empezase a gritar. Verás —añadió Judith, recobrando al instante su melancolía adulta—, la abuela recibe una importante asignación de papá.

—De acuerdo. Eso me lleva a la segunda pregunta. ¿Cómo sabes que tu padre no os exigirá que regreséis de inmediato al Lido, o donde quiera que esté, si tu madre ha decidido dejarlo definitivamente?

—Porque papá se ha marchado en el yate a Constantinopla con Syb... con la señora Lullmer y un montón de gente más.

Una vez más a su pesar, Boyne suspiró aliviado. Si Wheeler se encontraba a bordo del Niña Bonita con sus amigotes y su mujer se marchaba corriendo a París para iniciar los trámites del divorcio no había necesidad de tomar una decisión inmediata. Nunca el aplazamiento había sido más dulce.

—En ese caso, querida mía, todo parece indicar que piensan dejaros en paz... al menos por algún tiempo. De ser así, ¿qué necesidad tenemos de andar saltando zanjas?

Judith respondió con una alegre carcajada.

—¿Quién ha dicho eso, cariño? ¡Yo no! Mientras estés con nosotros, yo me sentiré siempre a salvo —otro escalofrío de temor recorrió a Boyne, que se sumó a la risa de Judith para librarse de él. Cuanto más frágil era el vínculo que lo unía a los niños, más preciosos le parecían los días que aún esperaba pasar con ellos; no consentiría echar a perder ni un momento con vanos temores.

—Tienes razón. ¿Qué tal si hacemos una locura para celebrar la ocasión? ¿Nos damos tú y yo una buena caminata y luego vamos a cenar con los pequeños?

Judith lo miró con ojos encendidos de felicidad.

—¡Bravo, Martin! Hacía días que no te veía tan contento. Terry temía que estuvieras deprimido por la ausencia de la señora Sellars... Pensaba que por eso no habías venido a vernos, y decidimos que viniera a averiguarlo.

—Pues ya lo has averiguado —dijo, sonriendo de oreja a oreja; y, en tono sardónico, añadió—: Como ves, lo sobrellevo. Pero vamos. No desperdiciemos más tiempo de sol.

Judith se dirigió obedientemente hacia la puerta, pero a medio camino se detuvo en seco y lanzó una exclamación de sorpresa. Boyne, que buscaba su bastón en un rincón, se volvió y vio a Judith parada junto la vieja cuna.

—¡Pero, Martin... si has guardado las botas en la cuna! —se le encendió el rostro con un reproche que por un momento se reflejó también en el rostro de

él. ¿Cómo podía ser tan descuidado? ¿Y por qué una cuna resultaba tan cómoda para guardar las botas?

—¡Qué estúpida... por Dios! Debe de haber sido esa camarera despistada... —y al ver la incrédula mirada de Judith, exclamó confundido, aunque en tono desafiante—: ¿Qué más da? De momento no tengo otra cosa que poner en la cuna.

Judith suavizó su expresión y aceptó la broma con esa mirada de nostalgia y vacilación que él llamaba su mirada de Monreale.

—Pero no tardarás en tenerlo, ¿verdad? Un hijo propio, quiero decir. Supongo que la señora Sellars y tú os casaréis en cuanto ella regrese con el ajuar, ¿no es así? Blanca y yo nos preguntamos si nos pedirá que seamos sus damas de honor...

Boyne sacó las botas de la cuna con gesto violento y sin molestarse en responder. Judith lo observó unos segundos; luego se acercó a él y le acarició el brazo.

—¿Qué pasa, Martin? ¡Te noto muy triste! —exclamó.

—¿Triste? ¿Triste? —Boyne le dio la espalda, exasperado—. Pues sí; supongo que estoy triste. A todos nos pasa, ya lo sabes. Pero ¿no puedes dejar las cosas en paz, por Dios te lo pido? ¿No puedes dejar de molestar a los demás? ¡Pero bueno, Judy! ¡Maldita sea! ¡Por el amor de Dios, no llores! No quería hacerte daño... Te lo juro... Sólo que a veces...

—Sí; ya lo sé, ya lo sé... ¡Piensas que no tengo tacto! —gimoteó.

—¡Al diablo con el tacto! Doy gracias de que no lo tengas. No hay nada que deteste tanto como el tacto. Pero, por favor... no pongas esa cara de miedo, chiquilla. No te he hecho nada malo... sólo te pido que no te metas en los asuntos de los mayores. Eso sólo sirve para estropear las cosas...

—¿Cómo no voy a meterme si te quiero tanto y veo que las cosas no te van bien, Martin? —le espetó, sin aliento—. No irás a decirme que al final no te casas...

Boyne se sintió tentado de hacerlo. Era como si responder con un «sí» a su pregunta fuese la fórmula mágica para la libertad. Al fin y al cabo, ahí estaba el anillo; era libre, técnicamente hablando... no tenía más que pronunciar las palabras para hacerlas realidad. Pero se metió las manos en los bolsillos y se quedó plantado con aire sombrío junto a la esquina de la mesa donde había arrojado el estuche del anillo. «Así no», se dijo. Y a Judith le explicó:

—Lo que quiero decir es que aún no sé cuándo voy a casarme. Eso es todo.

—¿Todo, todo?

Él asintió.

—¡Ah! —Judith suspiró, aliviada. Era evidente que se identificaba plenamente con sus problemas sentimentales, fuera cual fuese su causa o su naturaleza.

Seguía mirándolo, compungida y perpleja, cuando de pronto Boyne la abrazó y acercó la cabeza hacia sus labios, carnosos y brillantes, como siempre cuando ella reía o se emocionaba; lo llamaban de un modo irresistible. Sin embargo, en el último momento apartó la cabeza, y su beso aterrizó inocuamente en la mejilla de Judith, junto a sus pestañas bañadas en lágrimas.

—Vamos, mi niña. Alégrate. Ponte el sombrero y subiremos la montaña —notó que ella seguía temblando, y la tomó fraternalmente del brazo, como siempre—. Vamos —repitió—. Salgamos ya.

En el umbral de la puerta, Judith se detuvo y lanzó una última y trágica mirada a la cuna.

—¡Mi pobre Martin! Supongo que has puesto las botas ahí por lo triste que estás —dijo con un suspiro.

XXVI

La calma del día siguiente no tranquilizó a Boyne. Eran demasiadas las incertidumbres al acecho. Después de reflexionar toda la noche, devolvió el anillo a la señora Sellars con una breve nota en la que decía que, naturalmente, era libre si así lo deseaba, pero él no se consideraba libre en tanto no hubieran tenido una conversación, a pesar de que lo había convencido de que ella sería más feliz poniendo fin a su compromiso.

Era consciente de que recurría a una fórmula manida, la habitual en tales circunstancias, y ansiaba apartarse de ella, ser espontáneo, sincero, él mismo. Pero, mientras la escribía, cayó en la cuenta de que lo lamentaba terriblemente por Rose Sellars, lamentaba haberla decepcionado, y lamentaba también que aquellas frases —con las que lo habían educado— fueran el recurso de personas decentes que detestaban causar dolor, hasta el punto de estar dispuestas a sacrificarse con tal de evitarlo. «Lo cierto es que esas personas eran infinitamente mejores que nosotros», se dijo; y la idea suavizó la despedida de su carta, impeliéndolo a añadir: «Ten paciencia conmigo, querida. Iré en cuanto me sea posible».

Hecho esto, el problema pasó a segundo plano. Apenas reparaba en que casi no pensaba en él. Su vida repleta de actividades prácticas y decisiones

rápidas le había inculcado el hábito de restar importancia fácilmente a los asuntos una vez se había ocupado de ellos. Le halagaba sentirse capaz de despachar con la misma facilidad las cuestiones sentimentales que los problemas profesionales; y en cierto modo era cierto. Tras la gruesa cortina de su vida diaria cultivaba desde hacía años el espejismo de Rose Sellars, pero ese espejismo era ahora el fantasma de un fantasma, y abrió bien los ojos por miedo a descubrir que se hubiera desvanecido hasta acabar en nada.

No llegaron más alarmas a la Pensión Rosenglüh tras la carta de la señora Wheeler a Judith, y los días transcurrieron con una seguridad que parecía satisfacer tanto a la muchacha como a la señorita Scope. Sin embargo, el verano tocaba a su fin en los altos valles de los Dolomitas; los turistas se desperdigaban y los grandes hoteles se disponían a cerrar. De cuando en cuando, un frío resplandor colmaba el aire a primera hora de la mañana, y de noche la temperatura caía hasta el punto de congelación. Los alerces de las zonas bajas mudaban al oro pálido, y los peñascos desnudos ardían con un fuego más intenso, contra un cielo duro como metal. La propia magia de aquellos días cada vez más cortos advertía a Boyne de que no habían de durar y el cambio del paisaje simbolizaba otro igual de inminente en la fortuna de sus protegidos.

La señora Sellars había vuelto a escribir —en términos dulces y razonables— para anunciar que por el momento había decidido quedarse con tía Julia, que estaría en París por espacio de dos o tres meses. Si Boyne de verdad quería tener una conversación, esperaba que fuera a verla lo antes posible, aunque en cualquier caso siempre podía contar con su cariño y su comprensión. Se despedía con un amistoso saludo para los niños.

Boyne temía que Judith planteara de nuevo el tema de sus secretas ansiedades, pero la muchacha se las ingenió para no abordar el asunto prohibido, merced a un esfuerzo visible que le hizo pensar por primera vez que realmente estaba madurando. Sin duda a ello contribuyó el hecho de que él recuperara un estado de ánimo más ecuánime, tanto como la presencia de los pequeños y sus preceptores. Boyne había evitado semiinconscientemente quedarse a solas con Judith, y los días más cortos, junto a la caída de la temperatura, impedían sus excursiones y le dejaban más tiempo para jugar y alborotar con los niños junto a la alegre chimenea del comedor.

Fue allí donde, una tarde de lluvia, se reunió con los más pequeños. Judith se había marchado a Toblach con Nanny y la señorita Scope para equipar a la familia de ropa de otoño; Terry estaba en su habitación, trabajando con su preceptor, y Chip dormía al cuidado de Susan; Blanca, en un rincón junto a la chimenea, se hallaba absorta en un manoseado ejemplar de *The Tatler*, con ese gesto de pasión que adoptaba para estudiar las láminas de moda.

—Las faldas se van a llevar más largas —comentó—. Se lo vengo diciendo a Judy desde hace un mes...

Zinnie se apartó de la embelesada contemplación de un tren eléctrico que Bun estaba montando con las instrucciones de Boyne.

—La dama que estuvo aquí hoy llevaba la falda más larga; mucho más larga que la de Judy —observó.

Beechy, igual de fascinada por los ágiles movimientos de los dedos de Bun, interrumpió indignada:

—No era tan guapa como nuestra Judy.

—¿La dama? ¿Qué dama? —preguntó Boyne, vagamente temeroso—. ¿Ha llegado una nueva huésped?

Blanca entró en la conversación con un fuerte suspiro.

—Si la hubieras visto no la habrías tomado por una huésped. No es de las que se hospedan en Rosenglüh. Seguro que estaría en el Palace si no estuviera cerrado. No era exactamente elegante; ya sabes que la elegancia se ha exagerado demasiado, ¿verdad? Era... ¿cómo es esa palabra antigua que tanto le gusta a Scopy...? Distinguida. Al menos eso es lo que yo creo que significa «distinguido»... la pinta que tenía esa dama. Llevaba una ropa muy sencilla, pero en absoluto «deportiva». Muy de institutriz... como Scopy de joven, si se hubiera vestido en Chanel... —Blanca se detuvo y optó por guardar silencio ante la imposibilidad de encontrar las palabras que buscaba.

Boyne levantó la vista de la máquina.

—Cuando hayas terminado con tu moda tal vez puedas contarme para qué vino.

—¡Para verte a ti... a ti... a ti...! —exclamó Zinnie, ejecutando una doble voltereta que había aprendido de Bun para desesperación de Beechy, tan gordita que siempre se caía en el intento—. Yo te lo puedo contar, porque hablé con ella.

—¿Que hablaste con ella? ¡Qué impertinencia! —objetó Blanca, saltando de su asiento. Bun, tumbado boca abajo y con las piernas en el aire, los rizos mezclados con la locomotora, canturreó por encima del hombro:

—Las chicas siempre están metiéndose en todo... en todo...

—¡Son feas y asquerosas! —simpatizó Beechy, siempre dispuesta a defender a su hermano y aún con escasa conciencia de su propio sexo.

Las represalias de Zinnie se desvanecieron al descubrir que el acuario de peces de colores de la patrona, normalmente situado en el comedor más

grande y fresco, se encontraba ahora junto a la ventana. Se alejó de puntillas para inspeccionar aquel paraíso prohibido, mientras Boyne se levantaba para coger el cable eléctrico.

—¿Dónde está la batería? ¿Has colocado bien los raíles? Muy bien, Bun, ¿estás preparado? —y se volvió hacia Zinnie para preguntar—: ¿Dices que venía a verme a mí? ¿Para qué narices?

—¡Suéltalo ya Zinnie! ¡Es una patraña! —dijo Blanca, encogiéndose de hombros. Se volvió hacia Boyne y entornó los párpados, esbozando su hermosa sonrisa de gato—. Félicitations, cher ami. Elle était plutôt bien, la dame, vous savez.

—¡Caramba! ¡Si aquí nadie habla francés! —protestó Zinnie, sin dejar de observar el acuario.

La puerta se abrió y una doncella entró con una tarjeta que entregó a Boyne con vacilación. Llevaba escrito un nombre: princesa Buondelmonte, y debajo decía: «Ruega ver al señor Boyne por un asunto importante». Boyne se guardó la tarjeta en el bolsillo sin decir palabra, consciente de que todos los niños tenían los ojos puestos en él.

—¡Es la dama, es la dama; lo sé! —cantó Zinnie—. La oí decir que venía a ver a Martin. Ha venido desde Roma para verlo.

Blanca, al lado de Martin, le había tomado la mano con gesto insinuante.

—¿De Roma? ¡Ay, Martin! ¿Quién es? ¿Me dejas ir contigo, al menos hasta la puerta? Quiero ver si su vestido es de cachemira o de crepé... sólo para contárselo a Judy...

Boyne la retuvo con fuerza.

—Tú quédate aquí cuidando de los niños. No es nada importante... volveré dentro de unos minutos —dio gracias a sus astros por el hecho de que la dama hubiera enviado una tarjeta en lugar de confiar su nombre a la camarera. No podía imaginar qué quería de él su noble visitante, pero la sola visión del nombre había desatado todos sus temores. Cuando ya salía de la habitación se dio la vuelta y echó un último vistazo al grupo reunido en torno al tren eléctrico, que después de todo se negaba a funcionar: rizados naranja mezclados con rizados castaños y morenos, piernas tostadas pateando al aire, voces fundidas en entrecortada polémica. ¡Qué sanos y alegres parecían! Y qué bien olían, con esa mezcla de lana, jabón y el aroma a fruta de los jóvenes cuerpos revueltos y amontonados. Mientras los miraba, pensó en lo divertidos y cariñosos que eran, y lo distinto que podría haber sido el mundo si Rose Sellars se hubiera liberado cuando los dos eran todavía jóvenes...

Una dama erguida y esbelta lo esperaba de pie en la sala de estar,

observando atentamente el águila disecada de encima de la chimenea. Se volvió al entrar Boyne y éste vio un rostro ovalado, ligeramente pálido, con ojos grises y serios en exceso, la frente y la nariz bien modeladas. Le asombró comprobar que aquel conjunto de rasgos agradables no produjera un efecto de belleza inmediato, y al mirarla por segunda vez lo atribuyó al hecho de que su propietaria jamás se había considerado hermosa. Que tenía preocupaciones más importantes saltaba a la vista por el tono de su discurso, lento y cuidadosamente modulado.

—¿Señor Boyne? —preguntó, como si temiera que él negara su identidad y dispuesta para desenmascararlo de inmediato; y, al asentir él, continuó con una nota de nerviosismo—: He venido desde Roma para ver a mis hijos.

—¿Sus hijos...? —repitió Boyne, anonadado; y ella se corrigió, sonrojándose levemente:

—Debería decir los hijos del príncipe. O mis hijastros. Pero odio esa palabra, pues los considero ya como si fueran míos.

Boyne empujó un sillón hacia adelante y ella se sentó, cruzando hábilmente los pies y felicitándose por el hecho de que la falda que Zinnie había calificado de larga se ajustara a su cuerpo lo suficiente para no revelar gran cosa de las bonitas piernas que subían desde los finos tobillos.

—¿Están aquí... Astorre y Beatrice?

Boyne la escuchaba abatido, conservando una apariencia de valor.

—¿Aquí? Sí, claro... desde luego. El señor y la señora Wheeler enviaron aquí a los niños hace unas semanas... por el clima.

La princesa Buondelmonte recibió estas palabras con sonrisa ligeramente incrédula.

—¿Bajo su custodia, tengo entendido? Sí. Pero, naturalmente, usted debe saber que el señor y la señora Wheeler no tienen ningún derecho a enviar a los hijos de mi esposo ni aquí ni a ninguna parte —se detuvo un momento y añadió—: Y yo he venido para llevarlos a casa.

—¡Pero, princesa! —exclamó Boyne.

Ella alzó un poco las cejas y observó:

—Parece usted sorprendido.

—Pues... sí. En todo caso, lo lamento muchísimo.

—¿Lo lamenta? ¿No considera que los niños deben estar en su propia casa, con sus padres?

—Bueno, eso depende.

—¡Depende! ¿Cómo puede alguien...? —se puso de pronto como la grana y acto seguido palideció aún más que antes—. ¿No intentará insinuar que...? —empezó a decir. Y Boyne vio que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Porque no pienso tolerarlo ni por un instante —añadió, casi jadeando, como si apelara a su clemencia en un conflicto que no se sentía capaz de resolver si se cuestionaban los méritos del príncipe Buondelmonte como padre.

Sintió Boyne tanta lástima de ella que respondió:

—No era mi intención insinuar nada. Sólo intento decir que estos niños han estado siempre juntos, y se quieren tanto como si fueran una familia. Sería una pena, sería cruel...

—¿Cruel? —interrumpió ella—. La verdadera crueldad ha sido privar a esas pobres criaturas durante tanto tiempo de la influencia de su padre, aprovechándose de... de las desgracias del príncipe Buondelmonte, unas desgracias inmerecidas, para privar a sus hijos de un verdadero hogar, sin vínculos familiares, sin... sin ningún principio rector... —se inclinó hacia delante, los ojos graves, casi aterrorizados, clavados en Boyne—. ¿Qué tutela han recibido? ¿Qué formación moral? ¿Qué educación religiosa? ¿Han reparado alguna vez en eso usted o sus amigos? Es una responsabilidad enorme la que usted ha aceptado. ¿No se le ha ocurrido pensar que un día podrían pedirle cuentas por el uso que ha hecho de ella?

Boyne la escuchaba con creciente asombro. Hablaba despacio, pero con fluidez, no como si recitara una lección aprendida de memoria, sino como si presentara una tesis con la facilidad de una oradora experta. Había algo didáctico, casi forense, en su elocuente exposición. Se la veía temblar de nervios y se adivinaba al mismo tiempo que sus nervios no llegaban a dominarla; y Boyne se sintió desfallecer.

—Me temo que no puedo responder a todas sus preguntas —dijo—. Sólo llevo unas semanas con los niños. El señor y la señora Wheeler me pidieron que los atendiera mientras... mientras se resuelven ciertos asuntos familiares; pero puedo asegurarle que desde que estoy con ellos siempre he visto un clima de gran cariño y me inclino a pensar que eso es lo más importante.

La princesa Buondelmonte escuchaba con atención, las cejas recelosamente fruncidas.

—Comprenderá que no estoy preparada para aceptar lo que usted dice sin reservas. Me refiero a que el cariño de personas asalariadas o de personas inexpertas puede hacer tanto mal como bien. Cualquiera que se haya adentrado seriamente en la difícil y apasionante cuestión de la psicología infantil... —se detuvo y añadió, con aire de modesta dignidad—: Tal vez deba explicarle que me licencié cum laude en Eugenesia y Psicología de la Infancia, en el

Lohengrin College de Texas. Quizá haya oído decir que mi abuelo, el doctor Judson Tring, fue el fundador de la universidad, y también su primer rector — hizo otra pausa, miró a Boyne con expresión mitad orgullosa, mitad tímida, como con intención de comprobar hasta qué punto le había impresionado aquel apunte genealógico, y continuó diciendo—: ¿Puede usted ofrecerme alguna garantía de que Astorre y Beatrice han sido debidamente psicoanalizados en alguna ocasión o de que sus estudios y juegos han sido escogidos atendiendo a su herencia moral, alimentaria, dental y glandular? Los juegos deben supervisarse con tanto cuidado como los estudios... pero ya veo que en Europa todavía se concede muy poca importancia a estas cuestiones capitales —no se le ocurrió a Boyne ninguna respuesta adecuada, y la dama se levantó de su asiento con gesto impaciente—. No tiene sentido proseguir una discusión que, en todo caso, no afectará a mi decisión final, ni a la del príncipe Buondelmonte.

—¡No diga eso, por favor! —exclamó Boyne.

—¿Que no diga...?

—No si eso significa que no está dispuesta a escuchar ningún alegato... a considerar primero lo que podría ocurrirles a estos niños si de pronto se ven desarraigados...

La princesa lo interrumpió:

—No fue el príncipe Buondelmonte el responsable de su desarraigo. Eso fue fruto de circunstancias de las que también él fue víctima... debo decir, señor Boyne, víctima principal... Por eso se vio obligado (o se sintió obligado) a confiar durante algún tiempo la tutela de Astorre y Beatrice a la señora Wheeler. Y lo hizo sencillamente para que nadie pudiera calumniarla —la princesa hizo una pausa, y con sincero temblor en la voz, continuó—: Aunque la señora Wheeler nunca fue la madre de sus hijos, mi marido recuerda que ella llevó su apellido durante algún tiempo.

Si el objetivo de la princesa era silenciar a su interlocutor, ciertamente lo había conseguido. Boyne se había quedado mudo, preguntándose hasta qué punto la nieta del doctor Judson Tring creía en lo que estaba diciendo y hasta qué punto su asombrosa versión de los hechos era consecuencia de un paciente aleccionamiento por parte del marido. Concluyó juzgándola incapaz de mentir deliberadamente y sinceramente convencida de la veracidad de sus afirmaciones, y supo que precisamente por eso sería mucho más difícil razonar con ella. Se miraron sin hablar por espacio de unos segundos, hasta que Boyne dijo:

—Pero admitirá que el hecho de que el príncipe Buondelmonte dejara a sus hijos en manos de la señora Wheeler merece una consideración. Si se mostró

dispuesto a confiar en ella es porque la consideró apta para cuidar de ellos.

La princesa intervino una vez más.

—Mi marido dejó a sus hijos con la señora Wheeler por las razones que ya he mencionado, pero también porque, debido a circunstancias muy desafortunadas, en ese momento no podía ofrecerles un hogar, y los niños no tenían una madre que se ocupara de ellos. Todo eso ha cambiado. Desde que nos casamos, felizmente hemos podido recuperar el palacio Buondelmonte en Roma, y yo estoy tan ansiosa como él de que sus hijos vengan a vivir con nosotros.

Boyne se levantó con impaciencia. La conversación cobraba cada vez más el tono de un debate legal y discurría por unos derroteros que no parecían conducir a ninguna conclusión. Si uno aceptaba las premisas de la princesa — y Boyne no veía el modo de refutarlas— difícilmente podía cuestionar sus conclusiones. Lo único que podía hacer era alegar su falta de autoridad. Recordó a su visitante que la señora Wheeler, a quien por las razones que fuera el príncipe había confiado la custodia de Bun y de Beechy, había transferido ésta a su vez a sus actuales tutores, que sólo ante ella debían responder. La princesa separó los labios para pronunciar la primera sílaba de una nueva protesta, pero esta vez fue Boyne quien se lo impidió:

—¡Princesa! La cuestión no es tan sencilla; hablo del aspecto legal. Si su marido tiene derecho a recuperar a sus hijos, nadie podrá impedirlo. Pero el asunto de fondo es a mi juicio muy diferente. Sólo afecta a los propios niños. Por nada del mundo quieren separarse; son muy felices juntos. Naturalmente que nada de esto es obra mía. El mérito es de su hermanastra —o como quiera llamarla—, de la hija mayor de la señora Wheeler: de Judith, que ha conseguido que los seis niños estuvieran juntos en todo momento a pesar de las idas y venidas de sus padres. Antes de que usted decida...

La princesa levantó una mano con gesto imperativo.

—Señor Boyne... lo lamento mucho. Veo que siente usted un gran afecto por los niños. Pero el afecto no lo es todo... incluso puede llegar a ser una fuente de daño moral. Me temo que no llegaremos a un acuerdo en cuanto a las personas elegidas por la señora Wheeler para hacerse cargo de los niños... ni siquiera con respecto a su propia hija. El alma de un niño...

—Sí —concedió Boyne—; eso es precisamente lo que estoy defendiendo. Si los viera a todos juntos...

—Naturalmente, eso es lo que me propongo —respondió ella con brusquedad.

Su resolución pilló a Boyne desprevenido.

—¿Quiere decir ahora mismo?

Ella asintió con una sonrisa.

—Por supuesto. ¿No pensará que he venido desde Roma por otra razón? Pero no tema; no voy a raptarlos —su mirada adoptó de nuevo una expresión severa—. Espero que no sea necesario llegar a ese extremo, pero desde luego que tengo intención de ver a los hijos de mi marido.

—Muy bien —aceptó Boyne. Empezaba a adivinar, bajo las duras y mecánicas maneras de la princesa, bajo su juventud e inexperiencia, algo a lo que aún cabía la posibilidad de apelar, y consideró que ver a los niños era el mejor modo de conseguirlo.

—Los niños están jugando en la habitación de al lado —informó Boyne—. ¿Quiere que vaya a buscar a Bun y a Beechy? ¿O prefiere verlos primero a todos juntos?

La princesa dijo que sí, que prefería verlos a todos jugando.

—Los juegos tienen un significado psicológico muy profundo —le explicó, con una sonrisa.

—En ese caso, me alegro de que los pille por sorpresa. Con los niños siempre es mejor así. Ya verá qué encantadora pandilla de pedigueños; cómo se entienden unos a otros; lo bien que se llevan... Confío en que eso sirva como alegato en nuestra causa.

Boyne la condujo por el pasillo y abrió la puerta del comedor de los niños.

Fueron recibidos con un estruendo de gritos airados. Todo en la habitación era ruido y confusión, y nadie cayó en la cuenta de que la puerta se había abierto. Nunca, desde que conocía a los niños, los había visto Boyne enzarzados en semejante pelea: parecía increíble que los participantes fueran sólo cuatro. Unos gritaban, otros vituperaban, otros hacían las dos cosas, y todos se embestían al mismo tiempo. Los restos de la batalla aparecían esparcidos por el suelo, pero el frenesí de los combatientes no permitía descubrir fácilmente la causa de la pelea.

—¡Dios mío! —exclamó Boyne, dando un paso atrás.

La voz de Zinnie se alzaba enfurecida sobre las demás.

—No he sido yo quien ha roto el acuario; te lo juro, Blanca... y esos dos italianos lo saben tan bien como yo...

Bun empezó a chillar:

—Fuiste tú quien intentó bañar al conejo de Chip. ¡Fuiste tú, asquerosa y rastrera serpiente!

—No; no es verdad; es que Nanny nunca le da suficiente de beber, por eso subí corriendo y lo cogí mientras Chip estaba dormido, y si Beechy no se hubiera metido...

—Eres una mentirosa; lo que querías era comprobar si los conejos saben nadar.

—No, no es verdad. Fue Beechy quien me empujó contra el acuario y tú lo sabes...

—Porque el conejo se estaba ahogando, y Judy te habría matado —lloriqueaba Beechy.

—Te matará de todos modos si vuelves a llamarnos italianos —rugió Bun.

Obligada a interrumpir el estudio de su revista, Blanca se había levantado de su rincón para zarandear y repartir bofetadas con mano experta. Al volverse hacia la puerta y ver a Boyne y a su visitante en el umbral, dejó caer los brazos, arrastró a los vociferantes niños hasta un rincón y se colocó delante de ellos.

—¡Lo siento mucho, Martin! ¿Has visto alguna vez semejante hatajo de salvajes? Estaban jugando a no sé qué tontería y no me di cuenta... —se dirigía a Boyne, mas, como de costumbre, era la recién llegada quien acaparaba su atención—. ¿Qué pensará tu amiga? —murmuró, con mirada reprobatoria.

Pálida y envarada, la princesa Buondelmente le devolvió la mirada desde el umbral.

—Pensaré justamente lo que esperaba —dijo con frialdad. Se volvió hacia Boyne y, con voz temblorosa, continuó—: Es justo lo que acabo de decirle: en la educación de los niños nada puede fiarse al azar. Los juegos deben dirigirse aún con mayor cuidado que los estudios... Decir a un niño que una persona mayor lo matará me parece una maldad imperdonable... Esta perpetuación del viejo instinto militar... «Matar» es una de las palabras suprimidas del vocabulario del Lohengrin... —todavía nerviosa, se dirigió a Blanca—: Espero que el salvaje responsable de la amenaza no sea uno de los míos... del príncipe Buondelmonte, quiero decir.

Blanca la miraba hechizada.

—¿No estará diciendo que es usted su nueva esposa? ¿De verdad es la princesa Buondelmonte?

—Sí; soy la princesa Buondelmonte —asintió la visitante, con una sonrisa de niña complacida que le dio una apariencia casi tan juvenil como Blanca. Era manifiesto que, por más que le pesaran sus responsabilidades, aún disfrutaba con la mención del título.

Apartando bruscamente a las niñas, Bun corrió con ímpetu hacia ella.

—¿Eres la nueva mujer de mi padre? ¿De verdad de la buena? En ese caso tienes que decirle que me envíe en seguida una pistola, para matar a todo el que nos llame italianos a Beechy y a mí.

La princesa se agachó para posar una mano tímida aunque decidida en la cabeza del niño.

—Lo que haré, cariño, es sacarte de aquí ahora mismo; a ti y a la pequeña Beatrice. Os llevaré a vuestra casa, con vuestro querido padre, que tiene puestas en vosotros todas sus esperanzas; os llevaré a un lugar donde nadie hable de disparar ni de matar...

El rostro de Bun se oscureció visiblemente:

—¿Crees que mi padre no me comprará una pistola? En ese caso, no creo que a Beechy y a mí nos interese marcharnos.

La princesa apretó los labios con la misma resolución que había expresado su mano.

—Me temo que tendrás que venir, Astorre. Éste no es tu verdadero hogar; tú lo sabes. Y voy a llevaros a los dos a la casa más preciosa... y vuestro padre os dará un montón de cosas bonitas que os gustarán mucho más.

—Si no es una pistola, no me gustarán —dijo Bun, inamovible.

XXVII

—¿Llevarse a mis niños? ¿Quitarme a mis niños? —Judith Wheeler acababa de abrir la puerta y allí estaba, menuda y pálida, con el impermeable chorreando y el sombrero calado. Soltó una risotada, y sus ojos grises calibraron a la desconocida con deliberado y helador escrutinio—. No tengo la menor idea de quién es usted —dijo—; pero sé que no sabe de lo que está hablando... —desvió la vista para comprobar los estragos en la habitación y vio las caras asustadas y nerviosas de los niños—. ¡Cielo santo! ¡Vaya lío de mil demonios! ¿Qué narices ha pasado? ¡Ay, el pobre conejito empapado! Toma, Nanny, envuélvelo en mi bufanda y llévate a los niños arriba. Y dile a Susan que baje inmediatamente a recoger este desastre. Tú también tendrás que marcharte, Blanca. Si no eres capaz de poner orden entre los pequeños habrá que tratarte como a ellos —se volvió hacia la atónita visitante—. Soy la señorita Wheeler. Si desea hablar conmigo, ¿tiene la bondad de venir a la sala de estar? —su mirada cayó sobre Boyne, que se había retirado a la penumbra del pasillo como si renunciara a participar en el inminente drama. Lo miró con

aire desafiante y dijo—: Martin, ¿has sido tú quien ha traído aquí a esta dama?

—Es la princesa Buondelmonte, Judith.

Judith volvió a examinarla con ojos implacables.

—Me temo que eso no cambia las cosas —observó. La princesa había inclinado ligeramente su alta cresta, como si no estuviera acostumbrada a recibir instrucciones de una persona más joven y de menor estatura que ella. Boyne recordó cuánto había sorprendido y desconcertado Judith a la señora Sellars en su primer encuentro, y sintió que su corazón se colmaba de esperanzas irracionales.

—Judith —la previno, apenas audiblemente.

—Por aquí. Haz el favor de venir tú también, Martin —los condujo por el pasillo hasta la sala de estar. Cerró la puerta y acercó una silla para la princesa Buondelmonte, diciendo con énfasis—: Tal vez no sepa usted que el señor Boyne ha sido nombrado tutor de los niños.

La princesa no se sentó. Se inclinó sobre el respaldo de la silla y sonrió al paladín de los pequeños Wheeler.

—Al parecer tienen muchos tutores. He oído decir que usted es uno de ellos.

—¿Yo? —Judith abrió unos ojos llenos de asombro—. Yo sólo soy su hermana mayor. Y lo único que hago es cuidar de ellos.

Algo en el tono de Judith pareció conmover a la princesa, que se sentó en la silla sobre la que se había inclinado, comprobó que su falda no dejase ver más que una decorosa extensión de tobillo y comenzó a hablar con voz más amable.

—Estoy segura de que su entrega a los niños es absoluta... que sólo desea lo mejor para ellos.

Judith tardó un momento en responder.

—Eso depende de a qué se refiera usted con lo mejor. Lo único que quiero es que sigamos todos juntos.

La princesa hizo un gesto de comprensión.

—Sí... Pero ¿y si eso no fuera lo mejor para los niños?

—Es que resulta que sí lo es —dijo Judith, con decisión. La otra vaciló, y Judith continuó presionando—: Porque nadie puede quererlos tanto como los queremos Martin, la señorita Scope y yo.

—Comprendo. Pero parece usted olvidarse de que tienen padres...

—No. Son los padres quienes lo han olvidado —respondió al instante Judith.

—No todos. Puesto que yo estoy aquí —sonrió la princesa.

—¿Qué? ¿Sólo porque acaba de casarse con el príncipe Buondelmonte y cree que debería acordarse de atender a Bun y Beechy? Bueno, yo también lo creo. Pero es que, verá usted, él nunca lo ha hecho; no lo hizo cuando eran pequeños y necesitaban que les cambiaran los pañales y los alimentaran; no estuvo a su lado cuando les salieron los dientes. Y ahora que ya tienen edad para comer solos y hacerle compañía debe de parecerle divertido venir y llevárselos, como si fueran un par de pequineses, para que participen en una muestra canina... Parece olvidar usted que, entre tanto, ellos han crecido con nosotros, y es a nosotros a quienes quieren, no a ustedes, y están completamente unidos a sus hermanos, y se morirían si los separaran.

—Conque... ¿unidos? —protestó la princesa con seca sonrisa.

—Por supuesto. ¿Por qué lo pregunta? ¿Porque se estaban peleando cuando usted entró? ¿Le asusta una discusión a cuenta de unos peces? ¿Es que es la primera vez que ve a unos niños morderse y arañarse? —Judith se encogió de hombros con desprecio—. La compadezco; cuando le toque darle a Bun aceite de ricino, entonces sabrá...

¿Era una victoria o una derrota? Boyne y Judith estaban sentados en la sala de estar, haciéndose esta pregunta tras la partida de la princesa Buondelmonte. Había sido idea de Boyne, y casi su única aportación al feroz diálogo entre Judith y la princesa, que ésta regresara a última hora para compartir la cena de los niños. La propuesta, secundada por Judith tras una rápida mirada a Boyne, pareció sorprender a la visitante y desarmar su creciente hostilidad. El encuentro con Judith no había servido para suavizar las cosas y, por un momento, la situación pareció dar un giro peligroso; pero Boyne intervino para sugerir que, puesto que la princesa ya había visto a los niños en su peor momento, tuviera también la oportunidad de estar con ellos en circunstancias más agradables. Añadió que le complacería tener otra conversación con ella, y puesto que no se marchaba hasta el día siguiente y se alojaba en un hotel próximo al suyo, se ofreció a acompañarla hasta allí y recogerla más tarde para ir a cenar. La princesa aceptó ambas propuestas y, tras despedirse serenamente de Judith, se marchó paseando con Boyne por la colina. Boyne era consciente de que la joven seguía interiormente agitada y se aferraba desesperadamente a la escasa resolución que aún quedaba en ella; intentó apaciguarla excusando la irritabilidad de Judith y asegurándole que los Wheeler no pondrían ningún impedimento llegado el momento de reconocer el derecho legal del príncipe sobre sus hijos. La cuestión de fondo, siguió diciendo, era muy distinta; era un asunto de delicadeza, de buen gusto, por así decir. La señorita Wheeler se

había hecho cargo de Beechy y de Bun en un momento en que su padre no estaba en condiciones de hacerlo; les había dado las mismas oportunidades que a sus propios hijos (la princesa murmuró alguna ironía llegado ese punto) y les había mostrado el mismo afecto; pero nada de eso, se apresuró a añadir Boyne, podía compararse con la paciente e inagotable devoción de su hermana mayor, quien, técnicamente, ni siquiera era una hermanastra. Boyne no tuvo necesidad de escoger sus palabras: fluyeron con una vehemencia que incluso a él lo sorprendió. Supuso que la princesa, al margen de cuáles fueran sus teorías educativas, estaría de acuerdo en que lo que los niños necesitan es ante todo amor; en especial los niños expuestos como ellos al mundo de los Wheeler, donde con cada nuevo divorcio y matrimonio se les arroja a un nuevo entorno familiar. A pesar de tantos cambios, señaló, Judith se había aferrado a su prole; les había dado amor y les había enseñado a quererse; la pasión de su fidelidad incluso había inspirado a niñeras e institutrices, de tal suerte que, en aquel mar de cambios, el grupo se había mantenido unido, protegido y feliz. Si se les permitía seguir así por espacio de unos años, argumentaba Boyne, tal vez en el momento de reunirse con sus respectivas familias se pondría de manifiesto que la protección de Judith los había preparado mejor para la vida de lo que habría resultado si sus padres hubieran insistido en separarlos.

La princesa escuchaba atentamente sus argumentos, pero no decía nada, y Boyne creyó que la habían enseñado a no comprometerse a menos que pisara terreno firme, y todo parecía indicar que no estaba familiarizada con esa clase de argumentaciones. Los sentimientos a los que él apelaba parecían despertar en ella un interés romántico como las ruinas medievales en un viajero inteligente; y Boyne comprendió que no había en el vocabulario de la princesa palabras para nombrarlos.

Llegado el momento de la cena en la Pensión Rosenglüh, los niños, liderados por Terry y Blanca, ofrecían una imagen de primorosa armonía que a todas luces sorprendió a la princesa. Para completar el cuadro, Chip, que siempre bajaba a esa hora al comedor para dar las buenas noches, entró conducido por Nanny, dio confiadamente la mano a la dama desconocida, dijo «¿Cotausté?» y enredó sus dedos en el pelo de ella para definirlo «omo e de Uudy», pues el pequeño empezaba a asociar y a generalizar, pese a que sus educadores no supieran poner nombre al proceso, del mismo modo que la princesa no sabía ponérselo a los movimientos instintivos de su corazón.

La cena resultó en conjunto un éxito. Los niños se comportaron asombrosamente bien; hasta Zinnie se acomodó a la tónica general. Bun y Beechy, sentados cada uno a un lado de su nueva madrastra y visiblemente impresionados por su proximidad, se conducían con una compostura que la princesa intentó romper tímidamente en varias ocasiones. Era evidente que la

prohibición de las armas de fuego seguía escociendo a Bun, y los hermanos se mostraron remilgados y evasivos hasta un nivel desconocido para los demás, como lo hacían siempre que algo despertaba su desconfianza. Decidida a ocultar su azoramiento, la princesa disertaba con elocuencia sobre el interés histórico del palacio ancestral que su marido había logrado recuperar, y le prometía a Bun que una de sus espaciosas estancias se transformaría en una moderna sala de juegos, donde podría sustituir sus toscas acrobacias por las más modernas proezas de la gimnasia científica. A Bun se le encendieron los ojos, pero tras un silencio reflexivo negó con la cabeza.

—No podemos, aunque lo quisiéramos con todas las fuerzas, porque hemos hecho un juramento sobre el libro de Scopy.

El solemne recordatorio de Bun hizo que a Beechy se le llenaran los ojos de lágrimas y que Zinnie exclamara:

—¡Seríamos unos villanos sin corazón si lo hiciéramos!

La princesa parecía muy disgustada.

—¿Qué quiere decir que habéis hecho un juramento, Astorre? —preguntó, pronunciando las palabras como explosivos cuyo manejo requiriera suma precaución.

—Pues un juramento muy importante —explicó Bun, esforzándose por ser más preciso.

—Pero a mí no me gusta que los niños hablen de juramentos ni de villanos —continuó su madrastra, dirigiendo una sonrisa de reproche a Zinnie, quien al punto respondió:

—En ese caso, será mejor que nunca haga un juramento.

La princesa se ruborizó y se vio obligada a bajar sus ojos graves.

Dirigió entonces una pregunta general para ocultar su embarazo.

—¿Cuál es ese libro de la señorita Scope? La elección de los libros es muy imp...

Ninguno de los pequeños era capaz de pronunciar el nombre del libro, y todos guardaron un respetuoso silencio que Terry rompió con una carcajada:

—Es el libro con el que Scopy nos cura a todos. Se llama Enciclopedia de remedios infantiles.

La princesa acogió la noticia con gesto receloso.

—No recuerdo que en los cursos de Lohengrin hubiera ningún libro con ese título; ¿se trata de una publicación reciente?

La señorita Scope se hallaba sentada, erguida y majestuosa, al otro extremo de la mesa. Al verse directamente aludida, replicó con confianza.

—No, por Dios; es un libro sobradamente contrastado. Mi madre y todas mis tías ya lo usaban. Creo que incluso mi abuela...

—¿También su abuela? En ese caso seguro que ha quedado completamente obsoleto... hasta podría ser peligroso.

La señorita Scope sonrió, sin dejarse intimidar.

—No lo creo. A mi madre siempre le pareció de lo más fiable. Éramos catorce en la familia; vivíamos a 15 kilómetros de la estación de Lancashire, y nos sacó adelante a todos gracias a ese libro. Con una familia tan numerosa uno no siempre podía avisar al médico...

Las palabras de la señorita Scope dieron un nuevo giro a la consternación de su interlocutora:

—¿Catorce en la familia? ¿No me estará diciendo que su madre tuvo catorce hijos?

La señorita Scope respondió con indisimulado orgullo que eso quería decir exactamente, y la princesa soltó el tenedor como quien salta para combatir un abuso deplorable.

—Es increíble... —empezó, pero se interrumpió y, en tono más bajo, dijo —: Aunque supongo que en aquella época... —la mirada que dirigió a la cabeza blanca de la señorita Scope parecía indicar que el asunto no era más que una antigua y desafortunada costumbre ya superada, y con mayor ánimo concluyó—: En Estados Unidos este tipo de cuestiones no tardarán en ser reguladas por ley...

Tropezó con la horrorizada mirada de la señorita Scope y apartó la vista nerviosamente, como si comprendiera que ni siquiera en Lohengrin se consideraría adecuado abordar la cuestión en presencia de los niños. Con intención de superar su azoramiento, se inclinó sobre Bun y se dirigió una vez más a Zinnie.

—Tú debes de ser la hija de lady Wrench, ¿verdad, cielo? ¡Pensar que hace unos días vi a tu madre en Venecia! —dijo, en un amable intento por cambiar de conversación.

A Zinnie se le encendió el rostro de curiosidad.

—¿De verdad la viste? ¿Te acuerdas de cómo iba vestida?

—¿Cómo iba vestida? —la princesa pareció dudar, desconcertada, y Judith intervino entonces:

—A Zinnie le apasiona la ropa bonita.

—Creo que la tuya es preciosa —observó Zinnie maliciosamente, dirigiéndose a la princesa; y, acto seguido, añadió—: ¿Seguro que mi madre no te dio ningún regalo para mí?

—Zinnie —la reprendió la señorita Scope.

La princesa sacudió la cabeza.

—No, no me dio ningún regalo. A lo mejor piensa que debes ir a buscarlos personalmente. Pero, cuando supo que venía aquí me dio un recado para ti: me dijo que te dijera cuántas ganas tenía de ver a su hijita.

Zinnie se puso como un tomate de alegría y satisfacción; la noticia la elevó de inmediato sobre el resto de los niños. Pero su orgullo no tardó en verse chafado por un pensamiento.

—Si eso fuera verdad me habría mandado un regalo —objetó en tono dubitativo.

—Los regalos no lo son todo. Y no está bien querer a las personas por lo que puedan darte. Además —prosiguió la princesa, poco fiel a su propia lógica —, si tu madre es tan generosa, piensa en cuántos regalos recibirías si vivieras siempre con ella.

Zinnie pareció quedarse sinceramente perpleja.

—¿Siempre con ella? ¿Cómo iba a hacerlo? Ella no quiere «doptarnos» a todos. Y ya sabes que hemos jurado...

—No debes decir jurado —insistió la princesa.

—Juramos —corrigió Zinnie.

—Lo que quiero decir es que no debes emplear esa palabra —explicó la princesa.

—Pero es que lo hicimos —replicó Zinnie—. Sobre el libro de Scopy. Por eso tendría que «doptarnos», y a Judy también. ¿Crees que lo haría?

—Eso no lo sé; tal vez no fuera fácil. Pero ¿cómo no iba a querer tener a su hijita con ella? —la princesa volvió a inclinarse para tomar persuasivamente la mano de Zinnie—. ¿No quieres que te lleve a Venecia, con tu madre, cuando me marche mañana?

Se produjo un momento de tensión. Boyne indicó a Judith con una señal que guardara silencio, y los niños, conscientes de la situación, esperaron con las cucharas suspendidas sobre el pudín y los ojos muy abiertos mientras se consideraba la pérfida propuesta. Zinnie había pasado casi del rojo al blanco; las espirales cobrizas de su enmarañada melena parecieron desplomarse al

mismo tiempo que sus labios. Hundió la cabeza entre los omóplatos y se puso a retorcer entre los pliegues de carne el collar que su madre le había regalado.

—¿Qué regalos crees que me haría? —preguntó cautamente.

—No lo sé, bonita. Pero no debes pensar en eso. Sólo debes pensar en tu madre y en las ganas que tiene de estar contigo. Tienes que responder si quieres que te lleve con ella. ¿Le digo que no quieres ir con ella, Zinnie?

Zinnie seguía con la cabeza gacha. Si hubiera sido posible que alguno de aquellos niños fuera tímido, Zinnie lo habría parecido en ese momento; en realidad luchaba por resolver un problema que escapaba a su capacidad. Finalmente levantó la cabeza y miró a la princesa con resolución.

—Antes de decir nada me gustaría consultar con mi abogado —dijo.

Boyne soltó una carcajada, y la princesa se le unió nerviosamente, acaso para disimular su aparente derrota.

Consciente de que no había logrado ganarse la confianza de los niños, se dirigió otra vez a la señorita Scope.

—Me gustaría mucho tener una conversación con usted sobre su sistema educativo. Supongo que habrá eliminado por completo la exigencia de obediencia, como hacemos en Lohengrin.

—¿La exigencia de...? —la señorita Scope la miró con incredulidad, mientras sus pupilos, claramente impresionados por la pregunta, volvían a dejar las cucharas en suspenso y clavaban sus ojos ávidos en la princesa. La señorita Scope rio con sequedad—. Nunca he sabido de ningún niño que obedeciera sin que se le obligara. Si conoce usted el modo de lograrlo, me encantará aprenderlo —dijo fríamente.

La princesa pareció más sorprendida que decepcionada por la respuesta de la señorita Scope.

—Eso es precisamente lo que nosotros no hacemos; obligarlos. Los dejamos libres como el viento y nos limitamos a pedirles que colaboren. La cooperación en Lohengrin ha desbancado todos los demás métodos. Incluso a los niños de dos años les pedimos su colaboración voluntaria. Creemos que el concepto de obediencia es devastador —se volvió hacia su hijastro con una sonrisa—. Cuando Astorre y Beatrice vengan a vivir conmigo, lo primero que haré es enseñarles a cooperar.

Bun acogió sus palabras sin sonreír, y Beechy estalló en un llanto apasionado y abrazó celosamente a su hermano.

—¡No, no! ¡Eres una mujer mala! ¡No puedes hacer eso! ¡No consentiré que «operes» a Bun! ¡Si tienes que «operar» a alguien, opérame a mí! —

añadió con un gemido final, desafiando a su madrastra con ojos desesperados.

—Pero, mi vida, no te entiendo —murmuró la princesa; y Judith se apresuró a explicar que a Blanca la habían operado de apendicitis el año pasado, y la palabra «operación» había tenido un efecto muy intimidante en los niños, sobre todo en Beechy.

—Esto es imposible... es completamente imposible —exclamó, con un suspiro de desconcierto. Como nadie hallaba la respuesta y la cena había terminado, Judith propuso que volvieran a la sala de estar. Los niños obedecieron, capitaneados por la señorita Scope, y la princesa se esforzó una vez más por entablar conversación con ellos, pero no lograba derribar la barrera de desconfianza que se había creado. Finalmente sugirió que jugaran todos juntos: le pareció interesante jugar a un juego tranquilo que consistía en escribir. Se despejó una mesa, y luego de reunir con cierta dificultad los lápices y papeles necesarios, se distribuyeron éstos entre los participantes y se alzó a los más pequeños sobre unos cojines para que estuvieran más cómodos en las sillas. La princesa explicó que el juego se llamaba «Ambición» y que había sido introducido en el Departamento Vocacional de Psicología Juvenil de Lohengrin para ayudar a los niños, en la medida de lo posible, a elegir su profesión. En primer lugar, cada uno debía escribir en su papel lo que más le gustaría ser o hacer; luego se doblarían los papeles y el señor Boyne los mezclaría en su sombrero antes de leerlos; los niños debían adivinar de quién era cada uno.

El juego no empezó con tanto entusiasmo como su organizadora esperaba. Los niños se sentían oprimidos por su presencia y todos, menos Terry, odiaban escribir, además de no estar acostumbrados a las especulaciones abstractas sobre el futuro; por otro lado, tal vez pensaban que, si respondían sinceramente a la pregunta de cuáles eran sus aspiraciones, serían ridiculizados, como suelen hacer los adultos cuando los niños expresan de verdad su opinión.

Todo ello ocasionó retraso y vacilación, y los lápices no empezaron a moverse sino por la persuasión de Terry y el miedo a desobedecer a la alta y autoritaria dama que de pronto había invadido sus vidas. Boyne recogió los papeles y los mezcló a conciencia antes de empezar a leer en voz alta.

—«Acen sorista...» ah, ascensorista —el intenso rubor de Zinnie la delató como poseedora de aquella ambición. Boyne siguió leyendo—: «Embajadora» —Blanca, naturalmente—. «Un gran poeta, o el mejor escritor de novelas de detectives.» —eso indicaba la pulcra mano de Terry, dividido entre su primera inmersión en Conan Doyle y su embelesada comunión con *The Oxford Book of English Verse*.

Boyne continuó leyendo:

«No labarme nunca los dientes», había escrito laboriosamente Beechy; un «Vampiro-Cuervo», aspiración sin duda atribuible a Bun. «Una buena persona» (¡bendita Scopy! ¡Como si no lo fuera ya!); y por último Judith, con su escritura desigual: «Exploradora». Boyne sintió algo parecido a un cosquilleo al leer este último papel.

Los deseos expresados no lograban enmascarar la identidad de quienes los habían formulado, y a cada anuncio de Boyne se alzaba de inmediato un coro de afirmaciones. La princesa parecía esperar un resultado más sorprendente. Dijo que el juego normalmente suscitaba la discusión, y confiaba en que en la segunda fase todos se manifestaran con mayor libertad. A continuación, explicó, los niños debían explicar por turno por qué razón querían ser una cosa u otra, pero su invitación al debate fue recibida con un silencio temeroso, y Beechy volvió a emocionarse una vez más. La princesa se apenó mucho, pero la señorita Scope le aseguró que tal infracción de los buenos modales era fruto de los nervios y de la tensión, por estar levantados más tarde de lo acostumbrado, y pidió a la princesa que la excusara por ordenar que los niños se fueran a la cama. Todas las caras en torno a la mesa se iluminaron al oír las palabras de Scopy, salvo la de Zinnie, que hizo un puchero. Se bajó de la silla con los demás, pero cuando le tocó el turno de dar las buenas noches a la princesa, interrumpió el desfile para decir:

—¿No hay ningún premio después del juego?

La señorita Scope la arrastró de la mano, mientras la princesa, tras una tímida muestra de cariño mal acogida por Bun y Beechy, se sentaba a charlar con Boyne y Judith. Por más que de ninguna manera le pareciera bien el tipo de educación que estaban recibiendo los niños, se mostraba mucho menos agresiva que por la tarde; sus convicciones parecían resquebrajarse imperceptiblemente por algo inesperado y que tampoco llegaba a comprender en la relación de los pequeños entre sí y con sus mayores. Y aunque seguía repitiendo las mismas frases, lo hacía con menos énfasis y escuchaba con más paciencia los argumentos de Boyne y las súplicas de Judith.

Judith se ausentó entonces para dar las buenas noches a sus hermanos; y en cuanto se hubo quedado a solas con Boyne, la princesa comenzó a decir bruscamente:

—Tiene que escucharme, señor Boyne; tiene que comprenderme. No es sólo que no puedo aprobar racionalmente la educación que están recibiendo Beatrice y Astorre, es que, además, los necesito... los necesito para mi marido —se ruborizó ante su confesión y se apresuró a decir—: Si va a empezar una nueva vida, y lo cierto es que ya la ha empezado, su primer paso debe ser recuperar a sus hijos... —se le quebró la voz, y a Boyne volvió a inspirarle la misma lástima que cuando se mostró temerosa porque él criticó veladamente

el pasado del príncipe Buondelmonte.

—Haré lo que pueda... confíe en mí —balbució Boyne.

Regresó Judith, y la princesa, todavía un poco tensa por el esfuerzo de controlarse, le dio las gracias por su amabilidad y anunció que debía marcharse. Le comunicaría al príncipe Buondelmonte, añadió, intentando mostrarse cordial, que los niños parecían muy bien («físicamente») y que podía asegurarle —así lo esperaba— que pronto se alcanzaría algún acuerdo sobre su futuro.

¿Victoria o derrota? Judith y Boyne se quedaron charlando hasta tarde, preguntándose el uno al otro cuál era la respuesta, pero sin ser capaces de encontrarla.

XXVIII

Al día siguiente seguía lloviendo. Se trataba de una de esas lluvias pertinaces que, en los sitios de montaña, no son tanto un capricho del clima como el telón de fondo con que la Naturaleza indica el cambio de estación. Tras la densa cortina de agua uno tenía la sensación de asistir a algún tremendo cambio de escena anual, al alzamiento y trastocamiento de todo lo que se presentaba a la vista, desde las nubes que descargaban la nieve sobre las cumbres hasta los colchones y las mantas sacudidos y aireados en las ventanas de los hoteles.

No cabía duda de que era el propio estado de ánimo de Boyne el que creaba estas imágenes. Cuando, por la mañana, abrió los postigos tras la aparición de la princesa Buondelmonte, sintió como si ella en persona hubiera colgado la niebla fría y gris delante de su ventana. En ese momento tenía miedo de todo: de las noticias que pudiera traer el correo, de los dictados de su propio sentido común, y, sobre todo, de volver a ver a Judith y de que sus temores se vieran reforzados por los de la muchacha.

Lo peor era que, aun cuando sus torturadores acordaran dejarlos en paz, no podían —principalmente por la salud de Terry— seguir en las alturas en las próximas semanas de lluvia y tormenta. Además, los hoteles y las pensiones, que reabrirían más tarde sus puertas para la temporada de invierno, se disponían a cerrar para la limpieza y renovación anual. Mediado el mes de octubre la demanda de alojamiento caía hasta la llegada de los esquiadores en Navidad. Si se daba la posibilidad de que los niños siguieran juntos por más tiempo, lo mejor sería tal vez llevarlos a Riva o a Meran hasta que el invierno y el buen tiempo se hubieran estabilizado en las montañas.

Boyne daba vueltas a todo con la inquieta minuciosidad de quien hace planes para un moribundo que no llegará a verlos cumplidos. Le embargaba una especie de fe en el futuro, una sensación de seguridad artificial como la que a veces se tiene junto a un lecho de muerte, al pensar: «Mañana consultaré con el médico las ventajas de un clima más templado».

Judith y la señorita Scope acogieron de buen grado la idea de Meran o Riva, y por algún tiempo se habló de bajar en busca de habitaciones. Pero la creciente dificultad de convencer al dueño de una casa de huéspedes para que accediera a albergar a siete niños les hizo decantarse por la idea de alquilar una villa que no fuese demasiado cara. El episodio de los peces de colores y el conejo no les había granjeado precisamente la simpatía de su actual patrona, y no veían fácil congraciarse con otra en un lugar donde serían desconocidos, cuando el otoño se hallaba en pleno apogeo. Decidieron por tanto que Judith, la señorita Scope y Boyne irían en coche hasta Meran esa misma semana para inspeccionar el terreno, si bien, luego de meditarlo, Boyne tuvo dudas de dejar a los niños solos con las niñeras, por más que se tratara de una corta ausencia. Con Joyce en París, reorganizando su vida una vez más, y la princesa Buondelmonte camino de Roma e insatisfecha, el peligro acechaba por todas partes. Cualquiera de las dos cargas explosivas podría hacer añicos el frágil nido que había sobrevivido a las brisas del verano; y Boyne, preocupado, decidió convocar otro consejo en la Pensión Rosenglüh.

Cuando salía del hotel le entregaron un telegrama. Primero miró la firma —Sarah Mervin— y luego leyó el texto que la precedía. «Gustosamente recibiré a mis nietos previo acuerdo definitivo de los padres. Temo no poder asumir responsabilidad sobre hijastros. Sigue carta.» «Un telegrama de abogado —gruñó Boyne, echándoselo al bolsillo—. Por eso ha tardado tanto en llegar.»

Una nueva amargura se apoderó de él al ver que otro de los puntales que aguantaban el disparatado armazón de sus esperanzas se venía abajo. «Esta gente siempre actúa por impulso cuando lo que está en juego son sus propios deseos, y consulta a un abogado cuando a nadie más le incumbe.» Aunque en su fuero interno no se sentía tan sorprendido. La señora Mervin ya no era joven, y es natural que la gente mayor se asuste ante la responsabilidad. Además, bien podía alegar que no era asunto suyo hacerse cargo de unos niños a los que jamás había visto y cuyos padres estaban impacientes, y en mejor posición económica, para cuidar de ellos. Bien pensado, la osada insinuación de Judith sobre la pensión que su abuela recibía de Cliffe Wheeler nada tenía que ver en la actitud de la pobre mujer. «No veo qué otra cosa podía hacer», se vio obligado a admitir Boyne, en aras de la imparcialidad, en su interminable debate con el otro: su yo apasionado y poco razonable.

¡Qué utopía la que Judith y él habían soñado! ¿Cómo se había prestado a

semejante chaladura...? El sueño había terminado, y a él correspondía la penosa labor de hacérselo ver a ella. Descendió trabajosamente la montaña bajo la lluvia.

Judith lo esperaba mirando por la ventana. Abrió la puerta y lo condujo a la sala de estar, donde el fuego, apenas vivo, lanzaba un humo acre. La patrona explicó que siempre pasaba lo mismo, que la chimenea empezaba a echar humo con las primeras lluvias del otoño, a menos que corriera un poco de viento para hacer corriente. Y ese día no corría una sola gota; el único modo de evitarlo era dejar la ventana abierta, dijo Judith a Boyne, volviéndose hacia él. Estaba pálida y parecía preocupada; él comprendió que había estado dando vueltas a los mismos problemas que él. Al verla así decidió seguir ocultándole sus temores un poco más.

—¡Y bien, mi querida Judy! ¡Aquí estamos después de todo! ¡Por el momento sin una sola grieta en las paredes!

—¿Quieres decir que se ha marchado... la princesa?

Boyne asintió.

—La vi salir hacia Roma hace una hora.

Los ojos de Judith se iluminaron, como siempre que él la desafiaba, pero su animación fue sólo pasajera.

—¿Y no has recibido ningún telegrama? —lo interrogó.

La pregunta lo pilló desprevenido.

—Eh... ¿por qué? ¿Tú sí?

—Sí. De mamá. Aquí lo tienes —sacó el papel y se lo puso en las manos con actitud febril. Boyne se sintió invadido por la rabia: era evidente que la anciana señora Mervin había esperado a comunicarse con su hija antes de responderle. ¡Qué cobardía! ¡Qué traición! Se imaginó a todos esos poderes y mandatarios adultos aliados en contra del puñado de niños que él tenía a su cargo, y la amargura de la derrota se apoderó de él. No era que ninguno de esos padres quisiera realmente a sus hijos. Si los hubieran querido, el desmoronamiento del sueño de Judith, por trágico que fuera, habría sido demasiado natural para luchar contra él. Era, sencillamente, que los pobres niños se habían convertido en la manzana de la discordia, cuya posesión era cuestión de orgullo o conveniencia, como marcar un tanto en un juego apasionante o aferrarse a los propios intereses en un enconado procedimiento legal. Boyne desdobló el telegrama de la señorita Wheeler y leyó: «Ven inmediatamente a París con Chip. Debo verte en seguida. No desobedezcas. Envía telegrama Hotel Nouveau Luxe. Mamá».

La imprecisa redacción hacía imposible adivinar si el mensaje era

resultado de un cable de la señora Mervin o simple encarnación de un nuevo capricho de Joyce. En conjunto, Boyne se inclinaba por lo segundo y se mostró casi dispuesto a exonerar a la abuela. A fin de cuentas, ella le había sido fiel y había respondido movida por sus propios escrúpulos.

Arrojó el telegrama sobre la mesa, encogiéndose de hombros.

—¿Y eso es todo? ¿No has tenido más noticias?

Resultó que sí las había tenido. El día anterior, Nanny había recibido carta de Marguerite, la doncella de la señora Wheeler, una mujer de mucha experiencia y pluma fácil, aunque divagadora. Judith logró persuadir a Nanny para que le enseñara la carta, sin conocimiento de la señorita Scope, pues esta última, aun en las circunstancias más extremas, jamás consentiría que sus pupilos se sirvieran para obtener información de lo que la princesa habría llamado «personal asalariado».

Las noticias de Marguerite, aunque poco precisas, eran abundantes. Al parecer, la señora Wheeler había conocido en Venecia a un caballero de bastante más edad que ella, cuyo nombre la doncella no era capaz de escribir siquiera de manera aproximada, si bien era un hombre muy distinto de cuantos se movían en los círculos de la señora.

—¿Distinto... en qué sentido?

—Dice que ha hecho de mamá una mujer nueva —explicó Judith—. Para empezar ha plantado a Gerald.

—Pero ¿por qué razón? Yo creía que había plantado a tu padre por Gerald.

Judith explicaba el asunto con la lúcida imparcialidad que en todo momento aplicaba al análisis de las debilidades de sus padres. Recordó a Boyne que Joyce nunca era fiel a nada y que había decidido casarse con Gerald principalmente con el fin de fastidiar a su marido y tener una excusa para retener al joven preceptor en el Lido cuando los niños se marcharon.

—Gerald es un hombre del Lido —observó Judith—, y eso despertaba la envidia del resto de las mujeres. Ya sabes que una cosa así siempre resulta muy divertida.

Sin embargo, continuó Judith, su madre tenía mucho más sentido común que su pobre padre, siempre presa de mujeres como Zinnia Lacrosse o Sybil Lullmer.

—A veces es capaz de recobrar el sentido común... sobre todo desde esa época tan terrible que pasó con Buondelmonte. Por eso, cuando conoció a este otro caballero, que es mucho mayor, muy religioso y enormemente rico, y que sólo quiere influirla por su propio bien, según dice Marguerite, mamá se dio cuenta de cómo había desperdiciado su vida y de lo distinta que podría haber

sido si lo hubiera conocido años antes. Él no pretende casarse con ella; sólo quiere ser su amigo y consejero. Dice que ella ya se ha casado demasiadas veces. Y para no dejar a Gerald en la estacada, lo ha contratado como secretario hasta que él encuentre otro empleo, y los dos se han marchado a París con este caballero para ver el mejor modo de arreglar las cosas. El caballero opina que mamá tiene que estar con nosotros; dice que ya nos ha tomado a todos mucho cariño, y sabe que mamá se sentirá mucho más feliz si nos tiene con ella...

—¡Ay, Dios mío! Entonces nuestra misión ha terminado —se lamentó Boyne. Judith no respondió, y Boyne siguió diciendo—: ¡Ya sólo falta tener noticias de lady Wrench y de la princesa!

—O de la abuela Mervin... todavía nos queda la abuela —dijo Judith, con cierta esperanza.

Boyne vaciló un instante, pero se dijo que no tenía sentido aplazar la noticia por más tiempo.

—Yo ya he tenido noticias de ella.

Los ojos de Judith volvieron a iluminarse:

—¿De verdad? ¡Ay, Martin! Si acepta que vivamos con ella, puede que mamá y ese nuevo caballero se sientan satisfechos. ¿No habrá dicho que no?

En silencio, pues no encontraba las palabras, Boyne entregó a Judith el telegrama y se alejó hasta la ventana para no ver su expresión. Se quedó un rato allí, contemplando la gris cortina de fracaso que ya lo separaba de aquellas semanas doradas; luego, se recompuso y dio media vuelta.

—Judy...

Ella le devolvió el telegrama.

—En realidad, ya lo esperabas, ¿verdad?

Judith asintió.

—Tampoco importa tanto —continuó Boyne, con escaso convencimiento—, si Bun y Beechy tienen que marcharse...

Judith reflexionó unos momentos sin responder. Luego, presa de uno de sus súbitos cambios de humor, exclamó impetuosamente:

—Martin, ¿tú crees que la princesa tenía razón...? ¿Que estamos muy atrasados? ¿Crees que si hiciéramos todo lo que ella proponía, si tuviéramos profesores y libros modernos y alguien que enseñara gimnasia a Bun... las cosas serían distintas... lo crees de verdad? —cada línea de su rostro, desde las cejas levantadas a los labios separados, era una apasionada demanda de

asentimiento—. Puede que a pesar de todo tuviera razón en algunas cosas: en lo de ese estúpido libro de Scopy, por ejemplo. Todos sabemos que la pobre Scopy es una antigualla, por más que la queramos. Y también en lo de la gimnasia de Bun. ¿Crees que si alquilásemos una villa en Meran podríamos costearnos una sala de juegos como la que ella describía, y contratar a un instructor... no fue así como ella lo llamó? Y lo de la esgrima y la equitación... ¡creo que en eso también tenía razón! Aunque, en resumidas cuentas —se interrumpió, y sus ojos cobraron el aspecto de la lluvia cuando el sol intenta penetrarla—, en resumidas cuentas, Martin, lo principal es que los niños estén así de bien, ¿no es así? Basta con hacer un repaso para ver lo beneficioso que ha sido el verano. ¿Verdad que no reconocerías a Terry, si volvieras a verlo ahora por primera vez desde que nos conociste en el barco al salir de Argel? Y Chip... ¿no te parece un milagro? A Nanny la gente la para por la calle para admirarlo; y todo el mundo piensa que tiene tres años. Cuando llegamos aquí apenas estaba empezando a andar, y ahora ya corre como una liebre. Nanny está agotada de perseguirlo. ¡Y la cantidad de trucos que ha aprendido! Sabe imitarlo todo; creo que será actor de cine. ¿Lo has visto hacer el león, con Bun como domador? ¿O el viejo del mercado, doblado por la ciática, apoyado sobre un bastón y con una mano en la espalda? ¡Es un prodigio! Espera un momento, Martin. Iré a buscarlo para que haga el número del viejo. ¿Quieres?

Una vez más sus preocupaciones adultas quedaron borradas por el orgullo infantil que experimentaba al cantar las hazañas de Chip. ¿Sería siempre así, o la vida cerraría paulatinamente las puertas de ese mundo mágico, aún tan cercano para ella? Boyne estaba dispuesto a renunciar a su propia felicidad con tal de ayudarla a no cerrar ese canal de comunicación con su infancia. ¿Y si él fuera el único capaz de hacerlo? La pregunta se enredaba en sus pensamientos como si una mano insinuante acariciara su mano. ¿Y si sólo él tuviera el poder de aliviar la angustia de la separación que sobre ella pesaba? Boyne la miraba sin salir de su perplejidad.

—Judy... Chip es un niño estupendo, y me encantaría verlo hacer el número del viejo con ciática. Pero antes...

—¿Sí, antes? —palpitó Judith. Y el brillo de su expresión se fue apagando poco a poco ante la mirada de Boyne, al tiempo que sus labios empezaban a temblar ligeramente—. Ya veo; crees que... ¿no hay ninguna esperanza para nosotros?

—Creo que debes ir a París y ver a tu madre.

—¿Y llevar a Chip? ¡Eso nunca! ¡No pienso!

—Escúchame, cielo... —Boyne tomó asiento y acercó a Judith para que se sentara junto a él en el sofá, hablando como le hablaría a una niña que se

resiste a la idea de volver al colegio una vez terminadas las vacaciones—. Verás, Judy. Hemos hecho todo lo posible; todos. Pero los niños no son ni tuyos ni míos. Lo cierto es que son de sus padres —¡qué secas y pobres resultaban sus palabras, en comparación con las que ella deseaba oír!

Judith se replegó en un extremo del sofá.

—¡Esa mujer de Buondelmonte te ha convencido... te ha derrotado! Estaba segura —Judith volvía a mostrarse madura y a calibrarlo con una mirada de rabia y recelo, lanzando sus acusaciones con el tono más estridente de su madre.

—¡Eso es una tontería, niña! Tú misma acabas de decir que quizá la princesa tuviera razón...

—¡No es verdad! Lo que dije es que tal vez deberíamos comprar una nueva Enciclopedia para Scopy y buscar a alguien para que enseñe gimnasia a Bun; y ahora tú dices...

—Digo que no podemos luchar contra el destino. No necesito que la princesa Buondelmonte me lo enseñe.

Judith no respondió. Ambos guardaban silencio en sus respectivas esquinas del sofá, contemplando desesperadamente un futuro del que nada podían adivinar, salvo que el fin de sus esperanzas había llegado. De repente, Judith hundió la cabeza en los almohadones y rompió a llorar. Boyne se quedó mudo e incapaz de hacer nada por espacio de varios minutos. Luego se acercó a Judith y se inclinó sobre ella para abrazarla. La muchacha apenas parecía consciente de su proximidad; seguía llorando, con sollozos duros y desiguales, la cara apretada contra el hombro de Boyne, como si fuera un almohadón del sofá. Él la abrazaba en silencio, sin atreverse a decir nada, sin atreverse siquiera a apartarle el pelo de la cara, mientras a través de la agudeza de su propio dolor, más adulto y menos articulado, imaginaba lo que sentiría ella al ver cómo le arrancaban una a una todas las fibras del corazón. ¡Es demasiado cruel... es una atrocidad!, se dijo, torciendo el gesto al imaginar los desagradables detalles que compondrían la visión del futuro de Judith; detalles que él sólo alcanzaba a adivinar, mientras que ella los veía con toda la nitidez que le proporcionaba su experiencia. Sí; era demasiado cruel, pero ¿qué podían hacer ninguno de los dos? Continuó abrazándola en silencio, escuchando el repiqueteo de la lluvia en la ventana a medio abrir y sintiendo el frío olor a cementerio de la tierra en otoño, mientras los sollozos de Judith lo atravesaban angustiosamente.

El llanto fue cesando poco a poco, y Boyne cobró valor para pasar una mano por el pelo de la muchacha. Parecía abandonada en su abrazo, inmóvil como un pajarillo asustado, y él inclinó la cabeza y susurró:

—Judy...

¿Por qué no?, se dijo. El corazón le latía temerariamente, sin límite alguno. A fin de cuentas, era libre; libre de tirar su vida por la borda y cometer una locura; y Boyne sabía que aquello era una locura. Ya había tenido suficiente razón a lo largo de su vida; y un hombre tiene la edad que siente... Se acercó tanto que sus labios rozaron la oreja de Judith.

—Judy, cariño, escucha... Puede que haya un modo...

Judith se separó de él como un rayo y lo miró extasiada.

—¿Un modo... de seguir juntos? —¡ah, qué duras de responder resultaban las preguntas de Judith!

Boyne volvió a atraerla hacia él. Llorar era para Judith un asunto laborioso y la desfiguraba de tal modo que su rostro, contraído y manchado por las lágrimas, parecía casi anciano; pero el dolor había sido traspasado por la esperanza. Si la hubiera dejado allí, sin hablar, respondiendo sólo con cariño, ¡qué sencillo, qué exquisito habría sido todo! Pero la expectación tensaba el rostro de Judith, y Boyne tenía que encontrar palabras, porque sabía que su silencio no tendría para ella ningún significado.

—Judith... —empezó a decir. Pero ella lo interrumpió:

—Llámame Judy, o pensaré que vas a darme más malas noticias —Martin no respondió, y ella se abalanzó sobre él con un grito de alarma—: ¡Martin! ¡Martin! ¿No irás a abandonarnos tú también?

Boyne tomó las manos de la muchacha, consciente de que las suyas habían empezado a temblar.

—Cariño, yo nunca te abandonaré; me quedaré siempre a tu lado si tú lo deseas. Cuando las cosas vayan mal, siempre estaré ahí para cuidarte y defenderte. Pase lo que pase, no volveremos a separarnos nunca... —se detuvo y su voz se ahogó al ver cómo el sol se alzaba de pronto en los ojos de Judith.

—Martin... —Boyne alzó las manos, primero una, luego la otra, hasta sus húmedas mejillas, donde las posó con silenciosa dicha—. Entonces, ¿ya no perteneces a la señora Sellars?

—No pertenezco a nadie más que a ti... siempre que tú me quieras...

Los ojos de Judith seguían bañando a Martin con su resplandor.

—Cariño... cariño —Judith se inclinó mientras pronunciaba estas palabras, pero Boyne no se atrevió a moverse, sobrecogido por su cercanía: tan sutilmente había pasado de ser la niña de sus fraternales muestras de afecto a la mujer que con tanta pasión deseaba... Cariño —repitió Judith. Luego,

con una expresión en la que ya parecía prender la luz nupcial, exclamó—: ¿De verdad quieres decir que vas a adoptarnos a todos y que estaremos contigo para siempre?

XXIX

Boyne se sentía como un hombre que avanza en la oscuridad, dando tumbos, hacia el borde de un precipicio. El esfuerzo por sobreponerse y el impacto de verse nuevamente arrojado a su mundo de siempre le hacía temblar por dentro. En un arranque de gratitud, Judith lo había abrazado, y él se había encogido al sentir su contacto, el olor de su pelo, todo cuanto él se empeñaba en devolver al espacio de la niñez y de la camaradería, mientras hasta la última vena de su cuerpo le latía aún de dolor por ella. Nada había temido tanto como que Judith detectara el más leve indicio de sus verdaderos sentimientos. Se veía obligado a ocultar la brecha abierta en su perfecta comunión: el hecho de que por un momento, ella hubiera sido para él la mujer que sería algún día para otro hombre, en un futuro que él jamás podría compartir. Separó sus manos de las de la muchacha y se alejó hasta la ventana.

Cuando regresó a su lado, había logrado recobrar en cierto modo la compostura.

—Judy, mi niña, me gustaría que no hipotecaras de un modo tan terrible tu vida futura —se esforzaba por sonreír—. Siempre temo que eso nos traiga mala suerte. Sería mejor que viviéramos contando sólo con lo que tenemos. Estoy dispuesto a prometerte todo lo que un hombre razonable puede prometer: que libraré otra gran batalla por vosotros y no desesperaré hasta ganarla. Estaré ahí. Estaré contigo. No te abandonaré —guardó silencio, leyendo en los insatisfechos ojos de Judith la inutilidad de formular tantos compromisos vagos...

—Sí —asintió ella, con una voz tan débil y apagada como su rostro.

Boyne no se movía, profundamente abatido.

—Lo entiendes, cariño, ¿verdad que sí?

—No estoy segura... Hace un momento creí entenderlo.

Boyne sintió que los nervios se le tensaban de nuevo. ¿Era capaz de volver sobre la cuestión una vez más? ¿De qué serviría? No había más remedio que afrontar el futuro inmediato, de un modo u otro; pero los últimos minutos lo habían privado de energía y decisión. Tenía la desoladora sensación de que ella sabía que él le había fallado, y, al mismo tiempo no llegaba a adivinar por

qué.

—Ten por seguro que haré cuanto esté en mi mano —repitió.

Judith guardó silencio, bloqueada por el bloqueo de él; y Boyne vio la decepción en sus ojos.

—¿No me crees?

Judith seguía mirándolo muda de asombro.

—Pero tú has dicho... Me pareció entender que encontrarías el modo de que todos estuviéramos juntos. Pasara lo que pasara; dijiste que tenías un plan.

Su irritación sin sentido iba creciendo. ¿Cómo luchar contra una simplicidad tan genuina? ¿Era posible tener tanta capacidad para despertar su pasión sin la más mínima conciencia de lo que eso significaba? Se odiaba por dudar. Con el tiempo... quizá muy pronto, la inmensa riqueza de Judith alcanzaría su madurez; pero, por el momento, las únicas facultades que había desarrollado plenamente eran el amor por sus hermanos y la fe en las escasas personas que le habían demostrado amabilidad en un mundo poco amable.

—Lo siento —continuó Judith, después de esperar una respuesta que no llegó—. Supongo que te he interpretado mal.

Boyne soltó una risita nerviosa.

—Así es, completamente.

—Y... ¿no vas a decirme entonces a qué te referías?

Boyne no se movió, las manos en los bolsillos, la vista clavada en los nudos de la madera del suelo, como el día en que ella reconoció que le había cogido dinero a su padre... ¡pero en un estado de perturbación mental infinitamente más hondo! Tan sólo unos minutos antes le había parecido una profanación acariciarla pensando en su amor; ahora, enfrentando a la desesperación de Judith, a su sensación de que la abandonaban y de que debía librar sola sus batallas, Boyne se preguntaba si no sería más justo, incluso más bondadoso, hablar claramente. Sólo de pensarlo, el corazón se le disparó de nuevo. Tal vez había sido demasiado impetuoso, demasiado torpe. ¿Y qué si, a fin de cuentas, una palabra suya lograba despertar la música durmiente?

Lo difícil era saber por dónde empezar. Lo que tan fácil habría resultado decir con besos, resultaba tortuoso o brutal dicho con palabras. No temía tanto la posibilidad de herirla como la súbita idea de que ella lo hiriese más de lo que pudiera soportar.

—Judith —empezó a decir—, ¿cuántos años tienes?

—Cumpliré dieciséis dentro de tres meses... no, de cinco —dijo, con

evidente esfuerzo por ser sincera.

—¡Tan pronto! Bueno, dieciséis años ya es una edad considerable —rio él.

Ella no apartaba de él sus ojos perplejos, como si buscara alguna pista.

—Pero parezco mucho mayor, ¿verdad? —añadió, esperanzada.

—¿Mayor? A veces pareces tan mayor que me das miedo —Boyne recordó entonces con cuanta sencillez le había hablado del deseo de Gerald Ormerod de casarse con ella, como si fuera la cosa más natural del mundo; y sus propios escrúpulos empezaron a parecerle absurdos. «Siempre me olvido de que ha tenido una educación muy liberal», se dijo, burlándose de sí mismo.

Se aclaró la garganta y siguió diciendo:

—Tan mayor que supongo que pronto pensarás en casarte.

Al fin lo había dicho; la palabra resonó en su cabeza mientras esperaba la respuesta de Judith, que llegó en tono indiferente y desencantado.

—¿Y a qué viene eso? ¿Cómo voy a casarme si tengo que cuidar de los niños? —era evidente que la cuestión le parecía irrelevante; su tono parecía recordar a Boyne que eso ya lo habían discutido y descartado hacía mucho tiempo—. Es como cuando me dices que necesito una educación —protestó.

Boyne insistió:

—Pero podría ser que... Podrías encontrar... —tuvo que hacer una pausa para afirmar la voz—. Si no somos capaces de conseguir que no te quiten a los niños, te sentirás terriblemente sola...

—¿Que me quiten a los niños? —la apatía de Judith se esfumó al oír esa palabra—. ¿Acaso crees que permitiré que me los quiten así como así? ¿Sin luchar hasta el último minuto? ¿Voy a permitir que Syb Lullmer se apodere de Chip? ¿Que Bun y Beechy se vayan con ese Buondelmonte?

—Lo sé. Es espantoso. Pero supongamos que ocurre lo peor... ¿No deberías empezar a afrontarlo desde este momento? —volvió a carraspear—. Si las cosas salieran mal, y tú te sintieras muy sola, y alguien te pidiera que te casaras con él.

—¿Quién me lo ha pedido?

Boyne volvió a reírse.

—Si yo te lo pidiera.

Judith lo miró un instante con perplejidad; luego, sus ojos se aclararon y, por primera vez, se sumó a la risa de Boyne. La de Judith pareció surgir, limpia y fresca, de las profundidades de su infancia.

—¡Eso tendría gracia! —dijo.

Se hizo un silencio infinito.

—Sí... ¿verdad? —Boyne hizo una mueca. La miró sin decir nada; luego, como un ciego que busca su camino, cogió su sombrero y su impermeable y dijo—: ¿Dónde está mi paraguas? Ah, lo dejé fuera —y salió al pasillo, muy envarado. En el umbral de la puerta, aún consciente de la cercanía de Judith, añadió algo confuso—: No, por favor... primero quiero dar un paseo a solas... Volveré esta tarde para que decidamos qué hacer con París...

Sintió la desconsolada y pequeña figura de Judith a sus espaldas, detrás de la lluvia, y se alejó a toda prisa, como si quisiera ponerse para siempre fuera de su alcance.

XXX

Seguía lloviendo cuando la colonia Wheeler abandonó Cortina; y llovía cuando el tren en el que viajaban Judith y Boyne llegó a París. En los días que transcurrieron entre la recepción del telegrama de la señora Wheeler y la estrepitosa parada del tren en la Gare de Lyon, Boyne no recordaba que hubiera dejado de llover un solo instante.

Aunque lo cierto es que no había tenido tiempo de pensar en nada... ni siquiera en su propia confusión. Tras la necesaria batalla para convencer a Judith de que debía ir a París y llevar a Chip con ella —pues desobedecer las órdenes de su madre podía colocarlos en una situación irreversible—, primero tuvo que ayudarla a decidir qué hacer con el resto de los niños. Una vez Boyne logró llevarla a su terreno, Judith despertó de inmediato a la emergencia, como siempre que se trataba de cuestiones prácticas. Acordaron que sería una imprudencia dejar a los niños en Cortina, donde la princesa o incluso lady Wrench podrían aprovechar su ausencia para efectuar un asalto a la pensión. Tardaron tres días en encontrar una villa en un barrio alejado de Riva, donde podrían establecerse temporalmente sin demasiado riesgo de que les diera caza un padre o una madre indignados. Boyne despistó a la patrona de la Pensión Rosenglüh facilitándole la dirección del banquero de la señora Wheeler en París y dejando muy claro que Judith iba allí para preparar la llegada de los niños; Blanca y Terry, todavía inmersos en Conan Doyle, colaboraron de buena gana a ofrecer detalles engañosos.

El nerviosismo de la partida y la necesidad de instalar a los pequeños Wheeler en su nuevo alojamiento no dejó un momento a Judith y a Boyne para cuestiones menos acuciantes; Boyne advirtió que, una vez trazado el plan,

Judith parecía casi tan divertida como los gemelos y daba rienda suelta a su oculta faceta aventurera.

—Hará falta un doctor Watson para encontrarlos, ¿verdad? —observó, riendo entre dientes, cuando ella y Boyne, en compañía de Chip y Susan, subían en Verona al expreso de París. Ya instalados en el tren, Boyne notó que la nube del miedo había vuelto a cernirse sobre ella; pero el cansancio pudo más, y se quedó dormida sobre su hombro con la misma paz que Chip, acurrucado frente a ellos, la cabeza apoyada en el regazo de Susan. Boyne recordó entonces que, el día de la excursión con el señor Dobree, la había observado mientras dormía junto a la cascada, con las mejillas sonrosadas y unas sombras de terciopelo bajo las pestañas. Ahora tenía el rostro contraído y cetrino, los párpados hinchados por las lágrimas de la despedida; parecía estar más lejos de él que nunca, pero también necesitarlo más que nunca; y una sensación nueva y reconfortante se instaló en él al pensarlo. Había atisbado una felicidad que jamás alcanzaría y sabía que sus ojos quedarían para siempre deslumbrados por ella; pero la obligación de proporcionarle la ayuda que ella necesitaba encerraba el dolor de Boyne en la zona más profunda del alma, donde se guardan las grandes renunciadas.

Dejó a sus compañeros de viaje en la puerta del Nouveau Luxe, donde se alojaba la señora Wheeler, y se dirigió a su modesto hotel de la orilla izquierda para enzarzarse en una dura discusión consigo mismo. No podía posponer por más tiempo sus propios asuntos, pues la señora Sellars seguía en París. No tenía intención de anunciarle su llegada hasta el día siguiente; necesitaba el intervalo para reponerse de la fatiga y despejar su confusión mental. Entretanto debía trazar un plan de acción, aclarar sus ideas y pensar en el modo de explicarse ante la señora Sellars. Sin embargo, tras un vano intento de descansar y dormir, y un paseo agotador bajo la lluvia, por las calles relucientes y oscuras, decidió pasar de inmediato a la acción, y se metió en una cabina de teléfono para llamar a la señora Sellars. Estaba en casa y respondió al instante. Dijo que tía Julia se encontraba descansando; si Boyne se acercaba en ese momento podrían charlar sin que les interrumpieran.

Detectó el temblor de la alegría en la voz de la señora Sellars cuando él dijo su nombre... pero, qué propio de ella, qué perfecto no hacer preguntas, no perder el tiempo en exclamaciones. Limitarse sencilla y tranquilamente a decir: «¡Ven!». El roce curativo de su sensatez llegaba una vez más para rescatarlo.

Hubiera preferido encontrarse con ella allí mismo, en la puerta de la cabina de teléfono, pues a la velocidad con que giraban sus pensamientos tendría tiempo de repararlo todo de cabo a rabo camino del hotel. Pero no había remedio para eso; no podía sino confiar en que la lucidez de la señora Sellars lo sacara del atolladero.

El apartamento de tía Julia se hallaba en un hotel de la rue de Rivoli, con una hilera de ventanas encaramadas sobre la plateada extensión de las Tullerías, por encima de las cúpulas y las torres que se elevaban más allá de los jardines. La habitación era amplia, espaciosa, y estaba llena de flores. La chimenea estaba encendida; el toque de Rose Sellars se apreciaba en todas partes. Y un momento después allí estaba ella, delante de él, increíblemente esbelta y joven con su vestido oscuro y su sombrerito. Algo más pálida, quizá, y más delgada... pero la impresión se esfumó al verla avanzar con paso resuelto. Boyne sólo vio entonces cuán dueña era de la vida y de sí misma, y pensó que lo necesitaba mucho menos de lo que él necesitaba a la agitada niña a la que acababa de dejar. Pensar en ello agrandó la distancia que los separaba, y acercó bruscamente la presencia de Judith.

—Pues aquí estoy... ¡y he fracasado!

Había preparado una docena de frases iniciales... pero la súbita intromisión del rostro de Judith se las robó todas de los labios. Volvía para pedir perdón a la mujer con la que aún se sentía comprometido, y sus primeras palabras, tras una prolongada e inexplicable ausencia, eran para recordarle la causa de su ruptura. Vio que la señora Sellars apretaba los labios y esbozaba una sonrisa de triunfo.

—¡Cuéntamelo! Quiero saberlo todo —dijo, tendiéndole la mano.

Pero Boyne seguía perdido en la espiral de su error.

—Bueno, no tiene importancia... En realidad eso no tiene nada que ver —tartamudeó.

Ella liberó la mano para encender la lámpara más cercana. Al inclinarse sobre la lámpara, Boyne reparó en que los mechones de pelo que escapaban de sus sienes se habían entreverado de gris. La imagen pareció convertir su separación en meses y años. Se sentía como un extraño ante ella.

—¿Me has perdonado? —empezó.

Ella lo miró con aire grave.

—¿Qué es lo que tengo que perdonar?

—Muchas cosas... supongo —dijo, confundido.

Ella negó con la cabeza.

—Eres libre. Ya lo sabes. Sólo somos dos viejos amigos que estamos charlando. Puedes sentarte ahí... —le indicó un sillón, se sentó también ella, y se quitó el sombrero. A la luz de la lámpara, bajo las sienes entrecanas, su rostro aparecía envejecido y cambiado, como su pelo. Pero su sonrisa impertérrita lo bañaba todo.

—Volvamos al principio. Quiero saber de los niños —apoyó reflexivamente la cabeza en una mano, adoptando la misma actitud que en la salita de Cortina, ese aire que él adoraba.

—Me siento como un fantasma... —dijo.

—No; si fueras un fantasma me darías miedo; y ahora...

—Pues... ahora... —echó una ojeada a la estancia gratamente iluminada por el fuego, vio la cesta de la labor junto a la chimenea, como era habitual, sus libros apilados en una mesa, y un familiar montón de papeles sobre un escritorio, al lado de la ventana—. Un fantasma —repitió.

Ella aguardó un momento, antes de decir:

—Me gustaría que me contaras qué ha pasado exactamente.

—Bueno, todo ha salido mal. Estaba abocado a salir mal. Y ahora yo...

Se levantó, cruzó la habitación, ojeó con cierta curiosidad los títulos de algunos libros y volvió para apoyarse en la chimenea. Ella seguía sentada, mirándolo.

—¿Sí?

—No. No puedo.

—¿No puedes qué?

—Contar nada. Explicar nada —se dejó caer en el sillón y echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo—: He sido un idiota... y estoy cansado; cansado.

—En ese caso prescindiremos de las explicaciones. Sólo dime qué quieres.

Lo que de verdad quería era no contarle nada, sino levantarse y seguir dando vueltas por la habitación. Hizo un esfuerzo por seguir sentado y volver la mirada hacia ella.

—Has sido perfecta... y quiero decirte... quiero que comprendas... —pero no; ese discurso era inútil. Más le valía hacer lo que ella le pedía—. Los niños... bueno, era inevitable que llegara el momento de la ruptura. Tú tenías razón, por supuesto. Pero me daba tanta lástima de los pobrecillos que no quise ver...

Al fin se le había soltado la lengua y le resultó más fácil continuar. Después de todo, la señora Sellars estaba en lo cierto; lo primero era despachar el asunto de los niños. Una vez hecho vería con más claridad su propia situación. Prosiguió su relato sin detenerse, mientras ella escuchaba en silencio; ese silencio suyo, tan raro, que era todo atención y compenetración. Sonrió ligeramente al conocer la invasión de la princesa Buondelmonte y suspiró y frunció el ceño cuando Boyne mencionó que lady Wrench también

estaba alerta. Al conocer las órdenes de la señora Wheeler y la insistencia de Boyne en que Judith y Chip obedecieran de inmediato, alzó la mirada y dijo en tono aprobador:

—Sin duda hiciste lo mejor.

—¿Eso crees? No lo sé. Hace un momento, cuando los dejé en la puerta de ese hotel de Moloch...

La señora Sellars lo tranquilizó con una sonrisa.

—No; no debes tener miedo siquiera del Nouveau Luxe. Comprendo lo que sientes, pero creo que puedo darte algunos ánimos.

—¿Ánimos?

—De cara al futuro. Puede que las noticias de la señora Wheeler no sean del todo malas. Al menos sé que ha buscado el mejor asesoramiento legal; y he oído que quizá pueda quedarse con todos los niños... con sus propios hijos, claro está. Porque desde luego los pobres hermanastros...

Boyne la escuchaba súbitamente atento. Se sentía como si de pronto lo sacudieran para sacarlo de un letargo.

—Entonces, ¿la has visto? No sabía que la conocieras.

—No; no la he visto, y tampoco la conozco. Pero un amigo mío sí. Lo cierto es que coincidió con el señor Dobree en el Lido, cuando éste se marchó de Cortina.

—¿Dobree? —Boyne la miró con incredulidad, como si hubiera entendido mal.

—Sí; ¿no se lo ha dicho a los niños? No, claro... ahora recuerdo que nunca escribe. Bueno, ella tuvo la sensatez de pedirle que se ocupara de sus asuntos, y aunque él no suele aceptar nuevos casos en este momento, sentía tanta lástima de los niños, y de ella también, según me ha dicho, que aceptó velar por sus intereses. El señor Dobree me ha dicho que si sigue su consejo y no se mete en nuevos líos podrá divorciarse de Wheeler libremente, y los tribunales le concederán la custodia de todos los niños. ¿No son las mejores noticias que podría darte?

Boyne intentó responder, pero una vez más se quedó mudo.

La señora Sellars continuaba mirándolo con desafío.

—Es más de lo que esperabas, ¿no es cierto?

Boyne la miró confundido, como si su rostro se hubiera transformado en el de una extraña, como sucede con los rostros familiares en los sueños.

—Dobree —dijo—, ese Dobree...

La señora Sellars se enardecía.

—Eres muy injusto con el señor Dobree, Martin; siempre lo has sido. No sólo es un gran abogado, y la señora Wheeler debe sentirse afortunada de contar con su consejo, sino que además es un amigo amable y sabio... y un buen hombre —añadió.

—Sí —dijo Boyne, casi sin oírla. La tortura de su hora de furia contra el señor Dobree volvía a apoderarse de él por completo. En ese momento le entraron ganas de saltar para ir en su busca y emprenderla a puñetazos...

—No entiendo qué más habrías podido esperar —continuó la señora Sellars, con aire nervioso.

Boyne hizo un gesto de hastío.

—¡Sabe Dios! Pero ¿qué importa eso?

—¿Importar? ¿No te importa que los niños estén a salvo... que quede así estipulado? ¿Que en esta nueva ruptura se queden con su madre, en lugar de andar de acá para allá? ¿Qué querías, si no era eso?

—Quería... sacarlos a todos de este infierno, de alguna manera.

—Creo que exageras. No será un infierno si su madre se ocupa de ellos, tal como el señor Dobree piensa que ella está en condiciones de hacer. Tú mismo dices que ella los quiere.

—Sí; intermitentemente.

—Además, que los hermanastros sean reclamados por sus padres es natural. Dices que la nueva princesa Buondelmonte parece tener buenas intenciones, y ser amable a su manera; en cuanto a Zinnie... creo que Zinnie es la más capaz de todos de cuidar de sí misma.

—Yo también lo creo —concedió Boyne.

—Entonces... —la señora Sellars se detuvo y luego, con mayor énfasis, repitió—: No entiendo qué es lo que quieres.

Boyne miró a su alrededor con la misma extrañeza con que la había mirado a ella. Algo impenetrable y claro como una lámina de cristal parecía separarlo de ella y de todo cuanto la rodeaba. Boyne había estado en ese país del que los viajeros regresan con el alma cambiada.

—¿Qué quiero...? —él lo sabía perfectamente. Lo que quería en ese momento era un opiáceo para anestesiar ese obstinado dolor del cuerpo y del alma: eso quería; y el amor verdadero nada tenía que ver con la grata distracción, con el alimento de los sueños, que imaginó cuando creía estar

enamorado de Rose Sellars; el amor era esa obsesión perpetua, esa proximidad pegajosa, esa fisura en todos los huesos y ese desgarró en todas las fibras. Y su aprendizaje no hacía sino empezar...

De una cosa sí estaba seguro: debía alejarse cuanto antes de aquel espacio tan agradable y de la comprensiva presencia de Rose. Se esforzó por buscar una explicación.

—Supongo que no pinto nada aquí —empezó a decir, bruscamente.

La señora Sellars guardó silencio, pero no uno de sus silencios elocuentes. Fue como si un gran vacío se abriera lentamente entre ellos. Por un momento, Boyne sintió que intentaba forzarlo a salvar el abismo, pero luego comprendió que ella luchaba contra un dolor tan paralizante como el suyo. No era capaz de decir nada, como él, y su impotencia lo conmovió y le hizo sentirla más próxima. «Quiere terminar con dignidad, igual que yo.» Pero la compasión que le inspiraba no le ayudaba a encontrar las palabras.

Al cabo de un rato se levantó y le tendió la mano.

—Eres la mejor amiga que he tenido nunca... y la más querida. Pero me voy a realizar un importante proyecto a alguna parte; lo necesito. Al otro lado del mundo. Por algún tiempo...

—Sí —asintió ella en voz muy baja. No aceptó la mano que él le ofrecía; puede que ni siquiera la viese. Cuando dos personas que se han amado se separan, es como si todo lo que ocurre entre ellos sucediera en un inmenso vacío, como si la desgarradora separación de la carne debiera convertirse finalmente en una angustia incorpórea.

—¡Te olvidas el paraguas! —dijo ella, cuando Boyne llegó a la puerta. Y él alcanzó a reír cuando se dio la vuelta para cogerlo.

XXXI

Al día siguiente, Boyne almorzó en el Nouveau Luxe, a solas con la señora Wheeler y con Judith. Se había preguntado si Joyce preferiría almorzar en sus habitaciones, pero no fue así, y él tenía la cabeza demasiado entumecida por el dolor para preocuparse del entorno. La ausencia de multitud tal vez le hiciera sentirse más lejos de Judith que el hecho de que ella lo mirara sin verlo.

La señora Wheeler iba vestida con una austeridad cuáquera que le daba un aspecto más atractivo y juvenil que cuando Boyne la vio por última vez, ataviada con el desenfado propio del Lido. También su voz había cambiado, como siempre que entraba en una nueva etapa; esta vez era tenue y un punto

melancólica, aunque menos estudiada que esos tonos aflautados que gastaba en Venecia. En conjunto, tenía que admitir que había mejorado; que la influencia del señor Dobree había triunfado allí donde otros habían fracasado. Subieron a la habitación después del almuerzo, y Joyce propuso a Judith que fuera con Chipstone y Susan al Bois de Boulogne, aprovechando que había dejado de llover. Quería tener una conversación tranquila con el querido Martin; Judith podía pedir al chófer que los recogiera a las cuatro; no, a las tres y media. La señora Wheeler había prometido asistir a una fantástica exposición de incunables con el señor Dobree... Judith asintió y desapareció, dirigiendo a Boyne una leve sonrisa.

El señor Dobree le había abierto los ojos a innumerables maravillas, prosiguió Joyce, una vez a solas con Boyne. Los incunables, por ejemplo. ¿Podía creer que jamás había oído hablar de su existencia? El señor Dobree creyó que estaba de guasa cuando ella le preguntó qué era eso. Pero Martin sabía las oportunidades que había tenido de cultivarse en el mundo de Cliffe... Sí, y también había empezado a coleccionar libros —primeras ediciones— para crear una buena biblioteca. ¿No le parecía fantástico para los niños, especialmente para Terry? Se ruborizaba al pensar que mientras la familia viajaba por Europa en yates de vapor, trenes de lujo y Rolls-Royces, el pobre Terry se nutría de la basura que Scopy lograba encontrar para él en las bibliotecas de los hoteles o en las salas de lectura de balnearios decadentes. El señor Dobree se horrorizó al descubrir que Cliffe, pese a todos sus millones, jamás había tenido una biblioteca. Claro que él no conocía a Cliffe.

Joyce continuó exponiendo sus planes para el futuro. Hablaba, según su costumbre, como si se tratara de cuestiones inmutables y fijas en todos sus detalles. Había decidido comprar una casa en el campo, cerca de París o de Dinard; aún no estaba segura. Tal vez de Dinard, pensando en la salud de Terry. El clima era suave, y al parecer tenía ventajas educativas. Si el mar resultaba excesivo para él quizá buscara algo en el interior. En todo caso, tenía que estar cerca de una ciudad, pensando en la educación de los niños, pero tampoco dentro, para evitar las malas influencias y la falta de aire puro. Tenía previsto empezar a buscar en Dinard en cuestión de unos días...

¿Estaba Boyne al corriente de que había iniciado los trámites del divorcio? Debería haberlo hecho hacía mucho tiempo, pero en esos círculos uno pierde por completo el sentido de la moral. ¿Pruebas? ¡Por Dios! Tenía más que suficientes para tomar sus propias decisiones. Horrores y más horrores. No cabía duda, a decir del señor Dobree, de que los tribunales le concederían la custodia de los niños. Y en lo sucesivo ellos serían el único propósito de su vida. ¿Coincidió Boyne en que, a la edad de ella, no había conclusión más perfecta? Estaba segura: hasta parecía más joven de lo que era... y eso que empezaban a salirle las canas. ¿Se había fijado? Pero no pensaba teñirse; ¡nada

de eso! Estaba decidida a envejecer con dignidad. No le importaba lo más mínimo. La madurez estaba llena de responsabilidades e intereses; le espantaban las mujeres que se teñían y tomaban píldoras con la vana esperanza de conservarse jóvenes, como esa patética Syb Lullmer. Gracias a Dios, ella había aprendido que había otras cosas en la vida. Y su principal objetivo, naturalmente, era apartar a los niños de los hoteles y de las relaciones de hotel: de todos los Nouveau Luxe y los Palace. Contaba los minutos para crear un verdadero hogar para los niños, un lugar en el que fueran tan felices que nunca quisieran abandonarlo... Sabía que podía contar con el beneplácito de Boyne... El monólogo concluyó con la expresión de su gratitud por todo cuanto él había hecho por los niños, y la alegría que le causaba estar con Judith y con Chip. Ah, Chip; era un milagro, tan alto y tan gordo; y hablaba y andaba como un niño de cuatro años. Judith le había dicho que todo era gracias a Boyne...

La señora Wheeler parecía lamentar sinceramente que Bun y Beechy tuvieran que regresar con su padre. Aunque tal vez, si la nueva princesa Buondelmonte estaba tan llena de buenas intenciones y tan decidida a actuar según su criterio, los niños podrían tener una educación bastante decente. Buondelmonte ya no era tan joven y acaso sentara la cabeza de buen grado si su mujer le hacía sentirse cómodo y le dejaba tener dinero suficiente para jugar en su club. En cuanto a Zinnie... Joyce dudaba de que su madre o Cliffe se hicieran realmente cargo de ella llegado el caso. Era muy traviesa; nadie más que Judy era capaz de controlarla. Sin embargo, por mucho que le apenara desprenderse de los «hermanastros», pobres criaturas, conocía demasiado bien la ingratitud humana para no contar con la posibilidad de que se los quitaran en cualquier momento. Pero a sus propios hijos... ¡jamás! Nunca más. Boyne podía estar seguro de ello. Había aprendido la lección; había abierto los ojos a su insensatez y su imprudencia; y el señor Dobree le había garantizado... por cierto, ¿se quedaría Martin para ver al señor Dobree, que estaba a punto de llegar para llevarla a la exposición de incunables? Se habían conocido en Cortina, ¿no era así? Sí; lo recordaba. Al señor Dobree le había impresionado la devoción de Boyne por los niños. Joyce confiaba en que volvieran a verse y se hicieran amigos... Boyne le dio las gracias y dijo que tal vez en otra ocasión... era probable que se marchara de París; no podía quedarse... Salió de la habitación ofreciendo confusas excusas...

Vagó por las calles el día entero, inconsolable. Su voluntad parecía paralizada. Había decidido marcharse de París inmediatamente, ir primero a Nueva York, buscar un trabajo y salir hacia cualquier lugar del mundo. No tenía sentido seguir allí ni una hora más. Él y Rose Sellars ya se habían dicho sus últimas palabras... ¿y qué más podía decir a Judith? Sin embargo, seguía sin aceptar la idea de que la vida irreal y feliz que había llevado en las últimas semanas hubiera terminado; de que nunca más volvería a entrar en la pensión

de Cortina para ver cómo los niños le rodeaban como un remolino, dándole una tumultuosa bienvenida, suplicándole una carrera, un juego, un cuento, pidiendo a gritos su arbitraje en cualquier discusión, reclamando una excursión... y a Judith, serena en medio del barullo, o riendo y parlotando igual que los demás... Cansado de tanto andar, entró en una oficina de correos y envió el telegrama al que llevaba horas dando vueltas en la cabeza. Iba dirigido a los contratistas de Nueva York que habían escrito buscando la pista de su joven ayudante. Por fortuna, no habían dado con él. Y Boyne escribió: «Me interesaría el trabajo al que se referían. ¿Sería posible? Puedo empezar en cualquier momento. Enviar telegrama a banqueros».

Una vez despachado el asunto, entró en una cabina de teléfono, llamó al Nouveau Luxe y pidió hablar con la señorita Wheeler. Pasaron interminables minutos hasta que su llamada fue atendida; habló primero con la doncella, que no sabía dónde estaba Judith ni cómo localizarla; luego con Susan, quien le comunicó que Judith había regresado, pero había vuelto a salir. Sólo podía decirle que las señoras cenarían esa noche con el señor Dobree y luego irían al teatro. Después, cuando Boyne ya renunciaba a encontrarla, desalentado, la voz de la propia Judith:

—¡Hola Martin! ¿Dónde estás? ¿Cuándo puedo verte?

—Ahora mismo, si puedes venir. Salgo esta noche... para Londres —de pronto supo que lo había decidido, sin saberlo.

Judith lanzó una exclamación de asombro y le preguntó dónde podían verse. Boyne aceptó que se encontraran en un salón de té, cerca del Nouveau Luxe, pues era tarde y ella debía volver pronto para la cena. Corrió a tomar un taxi, buscó una mesa en un rincón del local y un momento después salió a recibirla a la puerta. Eran más de las seis, y el salón empezaba a vaciarse; en cuestión de minutos el establecimiento sería para ellos solos.

Un poco acalorada por las prisas, Judith parecía mayor y llena de gracia, con su abrigo oscuro ribeteado de piel y un bonito bolso de antílope en la mano enguantada. La niña de los Dolomitas, con la cabeza descubierta, ropa deportiva y zapatos granate, se había transformado en una recatada mujercita que casi se le antojaba una desconocida.

—¡Martin! No puede ser verdad que te marches esta noche... —empezó a decir, sin reparar en que él la invitaba a elegir entre pastas y éclairs.

Él dijo que sí; al menos por espacio de unos días; el mero hecho de oír la voz de Judith, de ver su mirada, casi había dado al traste con sus planes, y se expresaba con inseguridad.

Que fuera sólo por unos días pareció tranquilizarla. Esperaba que estuviera de vuelta hacia el final de la semana, ¿verdad que sí? Sí... desde luego... muy

probablemente.

—Porque ya sabes que los niños ya estarán aquí para entonces —anunció; y dirigiendo entonces la atención a las bandejas que le mostraban dijo—: Creo que las dos cosas... sí, tomaré las dos.

—¿Los niños?

—Sí; mamá acaba de decidirlo. El señor Dobree ha enviado un telegrama. Si Nanny tiene tiempo de disponerlo todo, saldrán mañana mismo. El señor Dobree piensa que tal vez consigamos que los hermanastros también se queden con nosotros. Va a escribir personalmente a Buondelmonte. Y no cree que los Wrench vayan a molestarnos por Zinnie... al menos de momento. Ha descubierto un montón de cosas sobre lord Wrench, y está seguro de que Zinnia ya tiene suficiente con él para hacerse cargo también de Zinnie.

Hablaba con serenidad, casi con desenfado, como si su angustia se hubiera esfumado. ¿Sería posible que el simple cambio de escenario y las horas pasadas con su madre le proporcionaran tanta confianza? ¿Era posible que Judith, que siempre había juzgado a Joyce con una visión tan precoz, se hubiera dejado engañar por ella? ¿O había sucumbido también a la misteriosa influencia del señor Dobree? Boyne observaba su expresión despreocupada sin saber a qué atenerse.

—Pero ese Dobree... en Cortina no te gustaba demasiado... ¿Qué te hace confiar en él ahora?

Judith pareció confundida y frunció el ceño en busca de una razón.

—No lo sé. Es un hombre raro, desde luego; y bastante pomposo. Y tú me gustas mil veces más, Martin. Pero se ha portado estupendamente con los niños y es capaz de conseguir que mamá haga lo que él dice. Ella piensa que es un gran abogado, y sus clientes casi siempre ganan los casos. ¿No te parecería divino que pudiéramos estar todos juntos, Martin, incluidos los hermanastros? Me ha jurado que lo conseguirá —volvió hacia Boyne unos ojos radiantes—. En todo caso, los niños estarán aquí pasado mañana y eso será fantástico, ¿no crees? Tienes que volver de Londres en cuanto puedas y llevarnos a pasar el día a alguna parte, como cuando estábamos en Cortina.

Boyne dijo que así lo haría; sobre el libro de Scopy. Ella se iluminó al oírlo, preguntó adónde podían ir y acabó decidiendo que, si dejaba de llover, un día en Versalles sería lo mejor del mundo... Pero tendría que ser pronto, le recordó, pues en cuestión de unos días la señora Wheeler pensaba llevárselos a todos a Dinard.

Judith tenía el presentimiento de que en cuestión de unas semanas el señor Dobree llegaría a tener más influencia que nadie sobre su madre. Había tenido

una larga conversación con él esa mañana, y él le había dicho con toda franqueza que lo hacía por el bien de los niños y porque deseaba ayudarla... ¿no era una muestra de cariño de su parte? En todo caso, estarían todos unidos, mayores y pequeños, para librar la gran batalla final. («Sobre el libro de Scopy», intercaló Boyne con forzada sonrisa.) Y tendrían una gran casa en el campo, con montones de perros y caballos. Y los niños nunca volverían a estar en hoteles. Y Terry tendría por primera vez un preceptor de primera, y lo enviarían a un colegio suizo en cuanto se sintiera con fuerzas; tal vez dentro de un año.

Boyne la observaba con ojos insaciables. Tenía un aire tan eficaz, tan experimentado... y sin embargo, ¿qué mayor prueba de inmadurez que ese arrebatado de fe en el futuro? Boyne comprendió que cualquiera que le prometiese que los niños nunca se separarían, se ganaría al punto la confianza de Judith... ¡como le había ocurrido a él, tristemente! Y vio también que el simple cambio de ambiente, la emoción de la huida de Cortina, el aliento que la nueva actitud de su madre le infundía, eran como globos que la elevaban a las alturas...

—¿Te parece bien Versailles? —empezó de nuevo—. Aunque si diluvia, ¿qué tal el circo y una buena merienda después, en algún lugar al que también puedan ir Nanny y Chip? —Judith lo miró con su sonrisa de duda—. Había pensado que, tal vez, si no te importa... pero, no, cariño —se interrumpió con decisión—. No invitaremos al señor Dobree.

—¡Por Dios! Eso espero. No si soy yo quien invita —Boyne logró encontrar el tono de voz y la risa que ella esperaba, le devolvió la broma y terminaron fijando el día y la hora de la excursión. Y mientras, en todo momento, con mayor insistencia de lo que Judith pudiera decir, en los oídos de Boyne resonaban unos versos del coro de lemures del Fausto, que Rose le había leído en voz alta una noche en Cortina.

Quién a la estancia tanta miseria y desnudez ha dado...

¿Qué ha sido de las sillas? ¿Y de las mesas?

En préstamo tomadas sólo por un momento...

Sólo por un momento: no era un mal título para la historia de sus últimos meses. Sólo por un momento; y él siempre lo había sabido. «Un episodio —pensó—. No ha sido más que un episodio. Algo que de pronto emerge del mar, una noche de luna llena, tocando el arpa... Sí; pero a veces los episodios duran, mientras que las cosas que uno considera eternas se marchitan como la hierba... y sólo los dioses saben cuáles lo serán... si es que lo saben...»

—L'addition, mademoiselle? Por Dios bendito, niña, ¿cuatro éclairs? ¡Y la cena con Dobree en perspectiva! ¡Ah, tres veces feliz niñez!, como dijo el

poeta... Toma, aquí tienes el paraguas. Cógete de mi brazo; iremos andando hasta la puerta trasera del Nouveau Luxe. Has comido tanto que me has dejado sin dinero para un taxi...

Judith le recordó en la puerta del hotel, radiante bajo su paraguas:

—Entonces, ¿el jueves por la mañana nos recoges a las diez?

—Sobre el libro de Scopy —respondió Boyne, mientras la lluvia lo envolvía.

El día previsto para la excursión con los niños Boyne dormitaba en una hamaca, en la cubierta de un trasatlántico, rumbo a Sudamérica. Era mejor así; mucho mejor. Recibió órdenes a la mañana siguiente de despedirse de Judith en la puerta del Nouveau Luxe: «El trabajo es suyo. Rogamos embarque de inmediato con destino a Río. Detalles a la llegada». Apenas tuvo tiempo de meter sus cosas en el baúl, tomar el primer tren para Londres y embarcar en Liverpool.

Mucho mejor... Así despachaba el hombre ocupado las situaciones sin esperanza. Recordó los viejos tiempos, cuando, al recibir ese tipo de requerimientos, se desprendía de cualquier contratiempo o complicación como quien sacude el polvo de una prenda. Esta vez no sería así; su elasticidad se había esfumado. Y sin embargo, al cabo de cuatro días en el mar, empezaba a sentir un vago solaz en el vacío presente y en el futuro cargado de responsabilidades. Nada de dudas, especulaciones, idas y venidas: quedaría atrapado nada más atracar y sujeto al rígido arnés de su trabajo. Entre tanto, millas y millas de mar lo iban separando de los últimos meses, que ya se tornaban difusos y remotos en contraste con el nítido perfil del futuro.

Era un día suave, con un último tinte estival en la pereza de las olas sobre las que se deslizaba el barco... Boyne cerró los ojos y se quedó dormido...

También en Versalles el día era suave; las hayas de las avenidas conservaban aún sus hojas amarillas, formando túneles dorados que se adentraban en un resplandor azul allí donde el parque se fundía con el bosque desdibujado. Pero los jardines se encontraban casi desiertos; la estación estaba ya muy avanzada para que hubiera niños persiguiendo aros y pelotas por los paseos, y grupos de niñeras haciendo calceta y chismorreando en sus sillas de madera, bajo los grandes Apolos y Dianas de piedra.

Tenía gracia... Los señoriales jardines parecían ser enteramente suyos y de los niños. Las paredes recortadas de las hayas y los carpes devolvían el eco de sus gritos y sus risas. ¡De armas tomar, iban a ser los niños de los Wheater! Terry ya podía correr y saltar con los demás; y Chip, más redondo que nunca con su abrigo de piel blanca y su gorrito con borla, transformaba en correteo sus andares de pato...

Sentadas bajo el sol, al abrigo de un alto seto, la señorita Scope y Nanny contemplaban a sus niños radiantes; y Susan corría a la zaga de Chip...

Boyne y Judith estaban solos. Pasearon hasta internarse en uno de los bosquecillos: solitario aun en verano, con divinidades sin rostro instaladas en sus verdes nichos, arcadas rotas, templos de juguete abandonados por sus dioses. Ese día de noviembre en que la neblina se colaba por todas partes, se deslizaba entre las ramas de los árboles semidesnudos, se tendía como un velo suave sobre el liquen de las estatuas y ascendía desde el lecho de hojas caídas, el lugar parecía el escenario espectral de los días enterrados. Boyne miraba a Judith, y hasta su rostro resultaba fantasmagórico... «Ven —le decía con un escalofrío—. Volvamos al sol...» Fuera del bosquecillo, ya en la avenida, los niños se acercaban alborotando, gritando, riendo, peleando. Boyne, riendo también, cogía a Chip, envuelto en pieles, y lo lanzaba al aire. Bun, deseoso de llamar su atención, hacía una voltereta a sus pies, y Zinnie y Beechy gritaban: «¡Es la hora de los regalos, Martin!». Pues desde el día en que la princesa Buondelmonte tanto se sorprendiera de su codicia, se había convertido en una broma para los niños pedir regalos a todas horas.

«Diablillos... ¡cómo si pudiera abandonarlos alguna vez!», se dijo Boyne.

—¿Un té, señor? —le ofreció la camarera—. ¿Bocadillos de jamón?

XXXII

Boyne volvía de Brasil. El barco se acercaba a Burdeos, remontando el estuario del Gironda bajo un cielo de septiembre tan suave como el que había cobijado su sueño cuando, casi tres años antes, creyó que estaba en Versalles con los pequeños Wheeler.

Atrás quedaban tres años de trabajo y de realizaciones. Y su tarea aún no había concluido; eso era lo mejor de todo. Incapacitado por un acceso de fiebre, había logrado tomarse unas semanas de vacaciones en Europa para luego reanudar su tarea. En un principio pensó pasar su convalecencia en Estados Unidos, aprovechar la ocasión para ver a su gente, encontrarse con los viejos amigos en Nueva York o en los alrededores; pero difícilmente podía ir allí sin sentirse obligado a verla. Y ese momento aún no había llegado... si es que llegaba alguna vez. Se miró el pelo canoso, la piel cetrina y las manchas de la fiebre, y descartó la idea con una mueca. El trópico parecía haberlo consumido...

Rose Sellars se había mostrado amable; se había mostrado perfecta, tal como él había previsto. Boyne sabía que, después de pasar un invierno en el

Nilo con tía Julia, había regresado a su casa de Nueva York y, una vez instalada, había vuelto a escribirle de nuevo. Por sus cartas, libres de todo reproche, de toda alusión al pasado, supo Boyne que había reanudado su vida de siempre: la lectura, los contactos sociales y las pequeñas preocupaciones. Pero se la veía transitar por la antigua rutina con manos transparentes y ojos vacíos, tal como Boyne imaginaba que hacían los fantasmas de las mujeres buenas en el mundo de las sombras.

Él había tenido mayor fortuna: los ojos cargados de futuros proyectos de trabajo, fortalecidas las manos por la labor cumplida. Aunque a veces se sentía débil e incorpóreo. Especialmente desde que empezó la fiebre; le resultaba desastroso interrumpir su actividad. Y esa costa suave y plana que le daba la bienvenida, tan segura y familiar... ¡cuánto lo aterraba! No deseaba restablecer contacto con la vida, y la vida se empeñaba en cortejarlo siempre que no trabajaba.

Le resultaba extraño lo poco que había pensado en los Wheeler últimamente. Su recuerdo había sido al principio una tortura, una obsesión, mas, por fortuna, no facilitó a Judith su dirección, y ella no pudo escribirle; tampoco la señora Sellars había aludido jamás a los niños. Su trabajo en Brasil estaba en el campo, lejos de ciudades y oficinas de correos, aunque de tarde en tarde recibía un hato de periódicos estadounidenses, y por uno de ellos supo que el divorcio de los Wheeler se había resuelto en favor de Joyce; por otro, cosa de un año más tarde, se enteró de que Cliffe se había casado con la señora Lullmer. Ahí había terminado la historia... y Boyne había vivido lo suficiente para saber que los finales bruscos eran los mejores.

Mientras el vapor remontaba el estuario, Boyne aún se preguntaba a qué dedicar sus vacaciones. Todos sus pensamientos estaban puestos en el trabajo interrumpido, en el hombre que lo había sustituido temporalmente, de cuyo juicio y temple no llegaba a fiarse del todo. No era capaz de hacer planes para las próximas semanas porque todo cuanto pudiera ocurrirle antes de su regreso a Brasil le parecía insignificante y carente de interés.

La cena de esa noche, en el famoso Chapeau Rouge de Burdeos, a base de trufas frescas guisadas con vino blanco y regadas con una botella de Château Margaux, cambió levísimamente su estado de ánimo. Había olvidado lo que podía significar una buena comida. Se suavizó su visión de la vida, y hasta las caras de los comensales que ocupaban las mesas contiguas, por anodinas que fueran, cobraron gradualmente interés para él. Las paredes del muelle estaban empapeladas de carteles con vistosos anuncios de los balnearios de la costa vasca: Cibour, Hendaya, San Juan de Luz, Biarritz... Un grupo de alegres bañistas en una playa blanca, salpicada de sombrillas a rayas llevaba el rótulo de Hendaya; otro en el que se veía a un grupo de damas delgadas en un terraza, perfiladas sobre un mar azul cobalto, degustando un cóctel en mesitas

bajas en compañía de sus parejas, indicaba Biarritz. La escena trajo a la memoria de Boyne el recuerdo de espectáculos similares en todo el mundo: casinos, bailes, juego, la monotonía del lujo y el bullicio de los placeres cosmopolitas. Y de pronto supo que deseaba mezclarse con esa multitud: una multitud de gente insignificante y ociosa, con la que jamás desearía volver a encontrarse. Fantaseó con la idea de la orquesta tocando, la gente contoneándose sobre una pista reluciente, la comida cara servida en terrazas rebosantes de flores y el juego en salas abarrotadas y sofocantes. El hombre solitario huía de sí mismo merced al impulso habitual de quienes se vuelcan en su trabajo cuando al fin salen de la espesura. Tomó el tren con destino a Biarritz...

La temporada se hallaba en su apogeo, pero encontró habitación en un hotel barato, lejos del mar, y en seguida empezó a mezclarse con la multitud. Su honda soledad interior lo alejaba en un principio de los demás; las vidas de aquella gente parecían demasiado absurdas y vacías. Pero el esplendor lo fue atrapando poco a poco, como solía ocurrirle tras un largo período de aislamiento y de arduo trabajo; disfrutaba con la idea de perderse entre el gentío, inadvertido y solo, sin posibilidad alguna de ser elegido, como tío Edward, para vivir una grata aventura.

Había llegado a odiar incluso la palabra. Su experiencia sobre el particular resultó en exceso amarga. No quería sino distraerse, y se felicitaba de su anonimato. Deambuló por cafés, terrazas junto al mar y salas de juego por espacio de tres días. Incluso cruzó la frontera española, regresando de su excursión cansado y alicaído. Paisaje y soledad no eran lo que buscaba; y de nuevo se zambulló en el bullicio.

Al cuarto día vio el anuncio: «Esta noche, cena de gala y baile en el Mirasol». El Mirasol era el hotel más nuevo y elegante de Biarritz: el Palace del momento. La idea de asistir a la cena de gala encendió la fantasía de Boyne, y esa tarde fue paseando hasta el hotel para reservar una mesa. Las reservas se habían agotado, y se sentó en el vestíbulo a hojear unas revistas ilustradas. El lugar estaba casi desierto a esa hora; de pronto oyó la flauta de una risa infantil desde el rincón donde se hallaba la jaula del ascensor. Varios mozos con librea holgazaneaban junto a la máquina, y entre ellos se encontraba una niña de piernas largas, falda increíblemente corta y encendida mata de pelo. Boyne dejó la revista para mirarla, pero la niña le daba la espalda. Discutía con el más joven de los chicos, mientras los demás miraban y hacían muecas. Una dama corpulenta se apeó en ese momento de un magnífico vehículo, entró en el hotel y cruzó el vestíbulo en dirección al ascensor. Los botones se cuadraron y la niña del pelo rojo, sigilosa como un ratón, entró en el ascensor siguiendo a la dama y desapareció. Cuando el ascensor bajó de nuevo, la niña salió de un salto y reanudó su pelea con los

chicos. Esta vez no daba la espalda a Boyne, quien pudo reconocer a Zinnie Wheeler. Se levantó de un salto y fue hacia ella, pero otro huésped entraba en el ascensor, y Zinnie lo siguió y volvió a desaparecer. Cuando la máquina regresó al vestíbulo, dos o tres personas la esperaban; Zinnie se deslizó entre ellas, quedando aplastada en un rincón. Boyne estuvo casi una hora sentado, viéndola aparecer y desaparecer; evidentemente, era su manera de pasar la tarde. Y todo parecía indicar que no se trataba de la primera vez, pues algunos clientes la reconocían y saludaban con un asentimiento o una broma. Un caballero viejo y gordo, vestido con polainas, sacó una bolsa de caramelos y le pellizcó en el brazo desnudo mientras se la ofrecía; y una dama de negro que llevaba de la mano a una niñita atrajo a la pequeña hacia sí y miró a Zinnie como si no estuviera presente...

El tráfico se tranquilizó al fin, los botones desfallecieron y Zinnie, tras muchas vueltas sin rumbo por el vestíbulo, se metió detrás del mostrador del recepcionista, inspeccionó las cartas en los anaqueles de caoba y empezó a hojear los periódicos. Fue entonces cuando vio que el portero se acercaba y, dejando el mostrador, bailó un vals por todo el vestíbulo en uno y otro sentido y se detuvo lanzando un bostezo justo delante de Boyne. Por un momento no pareció fijarse en él; pero luego se sentó en el respaldo de su silla, se inclinó sobre su hombro y preguntó con aire persuasivo:

—¿Puedo mirar las fotografías con usted?

Boyne dejó a un lado la revista y la miró. Ella lo observó un momento con perplejidad, antes de enrojecer hasta la raíz del pelo.

—¡Martin... pero si es el viejo Martin!

—Sí, es el viejo Martin... pero tú eres una nueva Zinnie, ¿no es así?

Zinnie tenía los ojos clavados en él; Boyne notó que se sentía mitad intimidada, mitad ansiosa por hablar. Se encaramó en el brazo de su silla y lo abrazó, como hacía Judith.

—Bueno, hace mucho tiempo que no nos vemos. Soy mucho mayor, y tú también —añadió, reflexivamente—. Creo que si no hubiera hablado contigo no me habrías reconocido, ¿a que no?

—No, si no tuvieras ese pelo —dijo, acariciándole la melena. Le temblaba la voz; un velo cubría sus ojos y apenas lograba verla. Si cerraba los párpados casi podía imaginar que el delgado brazo que rodeaba su cuello era el de Judith—. Bueno, ¿cómo está todo el mundo? —preguntó, con voz ligeramente quebrada.

—Ah, estupendamente bien —dijo Zinnie—. Aunque tú no pareces estarlo tanto —añadió, mirándolo de soslayo.

—No te preocupes por mí. ¿Estáis todos aquí o los demás se han quedado en Dinard?

—¿Dinard? —la pregunta pareció desconcertar a Zinnie.

—¿No iba a comprar tu madre una casa de campo en Dinard?

—¿Sí? No lo sé. Nunca hemos tenido una casa propia.

—¿Nunca? ¿En ninguna parte?

—Creo que tener una casa sería una molestia para mamá. Prefiere los hoteles. Ha vuelto a casarse, ¿sabes? Y está engordando.

—¿A casarse?

—¿Tampoco sabías eso? ¡Qué gracia! Se ha casado con el señor Dobree —anunció Zinnie, balanceando las piernas contra la silla de Boyne.

Boyne guardó silencio, y Zinnie continuó, recorriéndolo con una mirada crítica.

—Me parece que tienes fiebre... ¿o algo malo en el hígado?

—Nada de eso. En la vida me he sentido mejor. Entonces, ¿estáis todos aquí? —se le paró el corazón al atreverse a formular la pregunta.

—Sí; estamos todos aquí —dijo Zinnie, con aire indiferente—. Menos Terry, que está en el colegio, en Suiza; y Blanca, que está en un convento en París, porque volvió a prometerse con un ascensorista mucho más asqueroso que el primero; y Bun y Beechy están en Roma, en el palacio de su padre. No les gusta escribir, y por eso no sabemos nada de ellos.

—Ah... —murmuró Boyne. Apartó la vista un momento y observó el vestíbulo vacío—. Pero ¿Chip está aquí?

Zinnie sacudió sus rizos con gesto grave.

—No, él tampoco está aquí —vaciló un momento, columpiando las piernas—. Está enterrado.

—¿Enterrado...?

—¿Tampoco sabías eso? Supongo que estabas muy lejos. Pillo una menin... ¿meningitis, se dice? Estábamos en Chamonix, por Terry. Los médicos no pudieron hacer nada. Fue el invierno pasado... no, el anterior. Lloramos todos mucho, y llevamos luto tres meses. Después de eso, mamá decidió que debía casarse con el señor Dobree, porque se sentía muy sola.

—Ah, se sentía sola...

—Sí; por eso nos fuimos a París y ella se casó. Debió de ser hace dos años,

porque los gemelos aún seguían con nosotros. Beechy y yo llevamos unos vestidos de color rosa en la boda, y Bun hizo de paje. Me extraña que no vieras nuestras fotografías en el Herald. ¿Nunca lees el Herald?

—No es mi costumbre —admitió Boyne.

Zinnie seguía balanceando las piernas contra el lateral de la silla.

—Fue entonces cuando descubrimos que el nombre de pila del señor Dobree es... —Zinnie se fue por las ramas—. Terry logró ver los papeles que tuvo que firmar el día de la boda, y entonces lo descubrimos. Se llama Azarías. ¿Verdad que nunca se nos ocurrió? Es el nombre de un hombre que ganó millones en las minas; supongo que cuando murió le dejó todo su dinero al señor Dobree.

—¿Que ganó millones en las minas?

—Bueno, eso dijo Scopy. Dijo: «¿No sabéis eso? ¡Panda de infieles! Porque resulta que Azarías fue un profeta menor».

—Claro; naturalmente —murmuró Boyne, trasladado como por ensalmo a ese feliz mundo de incongruencias en el que había vivido como hechizado con los niños.

—Creemos que por eso es tan rico y que por eso mamá se casó con él —concluyó Zinnie, dando un puntapié a la silla; luego se bajó del reposabrazos, se puso en jarras, hizo un pirueta y sacó la bolsa de papel rosa que le había dado el caballero de las polainas—. ¿Quieres un bombón? Los del papel dorado son de licor —dijo. Boyne negó con la cabeza y Zinnie continuó mirándolo atentamente. Al cabo de un rato dijo—: ¿Eso que fumas son Abdullahs, Martin? ¿Me das uno? —dijo, con voz seductora.

—¿Que si te doy uno? ¿No irás a decirme que fumas?

—Yo no, pero tengo un amigo que sí fuma —Boyne le ofreció la pitillera, encogiéndose de hombros; Zinnie cogió unos cuantos cigarrillos y se fue corriendo hacia el ascensor. Volvió con la cara radiante—. Eres muy amable. Siempre fuiste un amor. ¿Quieres subir a ver a mamá? Estaba un poco cansada después de comer, y no creo que haya salido.

Boyne se puso en pie, con gesto de negación.

—Lo siento, cariño, pero me temo que no puedo. Lo cierto es que... estoy aquí sólo por unas horas... Tengo que tomar el tren para Burdeos en seguida —tartamudeó.

—¿De verdad? ¡Qué lástima! Mamá se alegraría muchísimo de verte... y Judy también.

Boyne carraspeó y soltó bruscamente:

—Ah. ¿Es que Judy también está aquí?

Zinnie sopesó la pregunta.

—Claro que sí. Sólo que justo hoy se ha marchado de excursión con unos peruanos. Tienen un nombre muy largo... no lo recuerdo. Tienen dos Rolls-Royces. No volverá hasta la hora de la cena. Tendrá que venir sin falta porque tiene un vestido nuevo para el baile de esta noche. Es una pena que no puedas volver para verla.

—Sí... es una pena. Pero no puedo —le tendió la mano, y Zinnie se la agarró con fuerza—. Adiós, pequeña —dijo. Luego, se inclinó bruscamente y le pidió—: Dame un beso, Zinnie —la niña levantó la cara llena de alegría y le dio un beso en la mejilla. Boyne repitió—: Adiós.

Mientras hablaba con Zinnie, Boyne decidió volver a su hotel, hacer las maletas y coger el primer tren hacia cualquier parte. El lugar le pareció de pronto una tumba; su pasado yacía enterrado bajo el ruido y el oropel. Se alejó a grandes zancadas del Mirasol. De vuelta en su hotel, se sentó en su habitación y miró distraídamente sin hacer el esfuerzo de empaquetar. Estuvo mucho rato allí sentado —en realidad toda la tarde— sin moverse. En cierta ocasión se sorprendió diciendo en voz alta: «Se ha comprado un vestido nuevo para el baile». La idea le hizo gracia, y empezó a sumergirse en sus recuerdos...

Cenó en un restaurante —no recordaba dónde—, entró en un cine y estuvo allí una hora. Luego se puso el traje de etiqueta y echó a andar en la noche cálida hacia el Mirasol. El gran edificio, resplandeciente de luz, se alzaba sobre un mar tranquilo; la música llegaba desde el interior, y la amplia terraza sobre el mar estaba abarrotada de damas elegantes, con sus respectivas parejas. Boyne se abrió paso entre la multitud; entonces empezó a lloviznar, y los que bailaban entraron precipitadamente al salón, entre risas y gritos. Boyne se quedó solo en la terraza mojada y paseó despacio junto a los ventanales sin cortinas. La cena había terminado, el restaurante estaba vacío y vio a los camareros preparando las mesas para la siguiente comida. Un poco más allá, pasó por las altas ventanas de los salones lujosamente tapizados, donde grupos de gente mayor jugaban al bridge y al póker en mesas iluminadas por lámparas pequeñas. Se fijó en una mujer corpulenta, con un vestido negro y escotado. Tenía la espalda descubierta y vuelta hacia Boyne, quien reconoció la forma de la cabeza, la mata de pelo rizado, ahora blanco (había mantenido la decisión de no teñirlo) y el giro de los brazos blancos al manejar las cartas. Frente a ella se hallaba su pareja, con el pelo igualmente blanco y un traje de corte impecable; la luz de la lámpara parecía demorarse apreciativamente en los gemelos de perlas cultivadas. Era el señor Dobree, también más gordo, sobre cuyo immaculado cuello asomaba un rollo de carne colorada. La pareja parecía

plácida y bien alimentada, ambos plenamente satisfechos consigo mismos y con la vida.

Boyne continuó el paseo y, tras doblar una esquina del edificio, se encontró frente a los ventanales del salón de baile. Más alejada del mar en ese costado, la terraza estaba apenas iluminada y el espectáculo del interior cobraba, por contraste, mayor brillo.

Al principio no distinguió más que una confusión de luz y de color; parejas que giraban lentamente bajo las grandes arañas, que entraban y salían en tropel o que formaban grupos alrededor de la pista en charcos de intensa luz. La música ascendía y descendía con ritmos palpitantes, se detenía un momento y estallaba de nuevo en respuesta al estruendo de los aplausos. La pista ya estaba llena, y Boyne en vano recorría con la mirada los brazos desnudos, hasta que de pronto se dijo: «¡Pero si han pasado tres años desde la última vez que la vi! Ahora ya es una mujer... A lo mejor la estoy viendo sin reconocerla».

La idea de que alguno de aquellos cuerpos en movimiento pudiera ser el de Judith, de que en ese mismo instante ella pudiera estar mirándolo con ojos desconocidos, le dolió tanto que se retiró a la oscuridad. La lluvia casi había cesado, pero una leve brisa del mar arrastraba el aire húmedo hasta su cara; casi podía imaginar que estaba llorando. El dolor de no verla se le hacía insufrible. Parecía vaciar su mundo...

Oyó voces y pasos que se acercaban a sus espaldas por la terraza y, para que no lo vieran, se volvió mecánicamente hacia la ventana. Y allí estaba ella, muy cerca de él, al otro lado del cristal, desplazándose sobre los alargados reflejos del suelo. ¡Y él había pensado que tal vez no la reconociera!

Justo en ese momento había dejado de bailar; el brazo de un joven muy alto, de cabeza tan reluciente como la pechera de su camisa, se desprendía de la cintura de ella. La tenía delante: se acercaba a un grupo situado junto a la ventana. Dos o tres muchachas la saludaron alegremente cuando pasó por su lado. Se había despejado el centro de la pista para una pareja de bailarines profesionales, y Judith, rechazando la silla dorada que alguien le ofrecía, se quedó de pie, apretujada entre otros jóvenes atildados y esbeltos. Boyne continuó observándola desde fuera.

Ni siquiera se preguntó si había cambiado... si había crecido. Había olvidado por completo el miedo a no reconocerla. La miraba con apasionada atención. Su vestido de seda era de ese rosa geranio tan especial que parece teñido de plata, como la flor del durazno. La suntuosa tela caía a sus pies en una doble hilera de volantes, y las manos de Judith, inmóvil, parecían flotar sobre su cuerpo como pájaros suspendidos en pequeñas ondas de luz solar. Llevaba el pelo moldeado en ondas muy tupidas, como las ondulaciones de un riachuelo. Ya no estaba cortado en la nuca, sino que había crecido y se

trenzaba formando un ocho, sujeto en el centro por un antiguo pasador de diamantes. El cuello aparecía desnudo, como los delgados brazos, pero una banda de terciopelo negro ceñía una de las muñecas, atenuando el suave rosa y ámbar de su vestido y de su piel. Le pareció a Boyne que los ojos se habían vuelto más grandes y más remotos, pero la boca seguía siendo carnosa y roja, como siempre que se divertía o se sentía feliz. Mientras él la observaba, uno de los jóvenes que tenía detrás se inclinó para decirle algo. Ella se llevó a los labios un gran abanico negro mientras lo escuchaba, y sus párpados se cerraron un instante, como hacía cuando deseaba retener una sensación dulce. Pero al desplegar de nuevo el abanico, su expresión había cambiado, y su rostro se tornó tan triste como el crepúsculo otoñal.

«Judith», murmuró Boyne; como si no pudiera creer que se tratara de Judith, que fuera ella, como si la visión fuera demasiado dulce para ser real... Judith se hallaba en uno de sus momentos de belleza; esa belleza suya, intermitente, mucho más encantadora y peligrosa que la belleza permanente, la que nunca abandona a quien la posee. Pensó Boyne que bien podría ser ése literalmente el único día, la única hora, en que la extraña tensión de los elementos que la componían fuera a resolverse en una armonía celestial. Poco importaba la causa del milagro. Acaso estuviera enamorada del joven que se había inclinado sobre ella, y fuera a casarse con él. O tal vez siguiera siendo una niña, contenta con su vestido nuevo, mitad orgullosa, mitad asustada de la súbita conciencia de su belleza y del poder que ésta ejercía... Fuera lo que fuese, Boyne supo que jamás llegaría a saberlo. Se retiró a un rincón oscuro de la terraza y allí estuvo mucho tiempo en la oscuridad, la cabeza echada hacia atrás y las manos enlazadas tras ella. Luego se levantó y se internó en la noche.

Dos días más tarde, el barco que lo había llevado hasta Europa regresaba a Brasil. En su cubierta iba Boyne, un hombre solitario.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es